Torcuato Luca de Tena



La otra vida del Capitán Contreras

Torcuato Luca de Tena nació en Madrid en 1923. Se licenció en Derecho aunque su vocación más firme fue desde un principio el periodismo. Apenas terminada la guerra se trasladó a Londres como corresponsal, donde permaneció hasta 1947, año en que marchó al Oriente Medio, como enviado especial, a la vista de los crecientes conflictos entre árabes y judíos. En 1951 fue nombrado corresponsal en Washington, de donde regresó al ser nombrado director del periódico *ABC*. Ha viajado por todo el mundo, y su obra literaria es ya, pese a su juventud, considerable en poesía y ensayo; hoy aparece su novela *La otra vida del Capitán Contreras*. En ella, Torcuato Luca de Tena acredita una pericia narrativa de primer orden, una fértil imaginación y encuentra, en la comparación de dos siglos distintos, ocasión para analizar agudamente el mundo de hoy. *La otra vida del Capitán Contreras* es una aguda crítica de la vida moderna vista a través del cristal de aumento de un capitán del siglo XVII, que hace sonreír pero también pensar seriamente sobre temas que nos tocan muy de cerca.

Torcuato Luca de Tena

La otra vida del Capitán Contreras

Áncora & Delfín - 85

ePub r1.0
Titivillus 22.05.2023

Título original: *La otra vida del Capitán Contreras*
Torcuato Luca de Tena, 1953
Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus
Muchas gracias a Koriel por el original

ePub base r2.1

PREFACIO

PERSONAJES QUE ACTÚAN EN EL PREFACIO:

Salvador Yuste

El Capitán Contreras

El comisario Osorio

Isabel de Rojas

Don Pedro Xaraba del Castillo

La Viuda del Oidor

Don Lope

El Secretario Prada

Luigi

Valenzuela

Lope de Vega

El Duque de Feria

El Conde de Monterrey

La Condesa de Monterrey

El Marqués de Santa Cruz.

I

Alonso de Guillén Roa y Contreras no nació (como tantas veces se ha dicho queriendo empañar el cristal de esta verdadera historia) de padres moriscos, sino de una aldeana de Castilla con más hijos en el mundo que dineros en la faltriquera. Parte de cuanto sabemos de la vida de Alonso en los siglos XVI y XVII lo debemos a las «Memorias» que en aquellos siglos dorados escribiera nuestro biografiado, por encarecido ruego de Lope de Vega. Estas memorias (descubiertas por Serrano y Sanz, y publicadas en el Boletín de la Academia de la Historia en 1900)[1] arrojan singular luz sobre la personalidad de nuestro hombre, aunque no sobre su última baladronada, por la sencilla razón de que Alonso de Contreras, como es fama, vino a visitarnos muy avanzado ya el segundo cuarto del siglo que vivimos. Los primeros síntomas de vida debieron producirse, según la creencia más extendida, a las siete y veinte de la mañana de aquel 5 de septiembre, cuando sus restos, como los de otros contemporáneos suyos, eran trasladados desde la ruinosa parroquia de Santo Tomé, camino de la fosa mandada abrir para ellos por el Ayuntamiento de Madrid, en el cementerio de la Almudena. No es cierto que él abriera por sí mismo la tapa del ataúd, ni que lo golpeara llamando la atención de los sepultureros, ni mucho menos que saltara del camión, como publicó el *New York Mail*, agrediendo y causando espanto a los estupefactos transeúntes, hasta que fue reducido por tres agentes de la policía armada en la vía pública. Los traficantes profesionales del sensacionalismo y del escándalo han aprovechado el caso del Capitán Contreras para sembrar el desorden y la confusión allí donde pusieron la pluma.

Transcurridos desde entonces varios años, calmado el torbellino de insensateces, bulos y necedades que se produjo a raíz de la aparición de Contreras, ha llegado el momento de poner algo de orden en torno a los hechos que precedieron a su actuación entre nosotros.

La caja de Alonso estaba bien conservada, pues era de hierro. Había sido trasladada, como queda dicho, de la parroquia de Santo Tomé, cuando este viejo edificio fue condenado, tras una alborotada sesión municipal, al derrumbamiento forzoso, antes de que las corrientes subterráneas que minaban sus cimientos le pusieran en trance de venirse abajo por sí mismo, con el riesgo consiguiente para los transeúntes.

En los sótanos de la iglesia, varias criptas parcialmente inundadas que contenían nichos de los siglos XVI y XVII fueron vaciadas de sus mortales reliquias antes de proceder al derrumbamiento, para dar a sus silenciosos moradores habitación más segura en el cementerio.

El traslado se verificó a las primeras horas del alba. Los viajeros vivos de aquel paseo de muertos, por una extraña reacción de contrastes muy española, se creyeron moralmente obligados a chunguearse. Y tararearon aquello de

Con las tibias y los peronés
Los muchachos hacen
lindos patinets*…*

Los españoles de hoy somos, en general, poco respetuosos con los muertos. Hay una secta de vivos que los utiliza como banderín político para conseguir sus fines, atribuyendo a los muertos unas ideas que no tuvieron o parapetándose tras sus huesos indefensos para ocultar sus ambiciones o sus inconfesables debilidades.

Cuando el féretro de Alonso fue abierto, en el cementerio, la última baladronada irreverente se heló en la garganta del más chusco.

No fue tan sólo la sorpresa de encontrar el volumen de un cuerpo donde esperaban hallar un montón de polvo, o a lo más un acervo de huesos y podredumbre, lo que les hizo callar. Ni fue la visión de la podrida mortaja que cubría aquel volumen, dándole un tragicómico aspecto fantasmal, lo que les hizo retroceder. Ni su tamaño, ni su hedor. Fue su movimiento: la ondulación lenta, leve, pero perceptible y rítmica de su pecho. No quiero detenerme aquí en lo que es de todos sobradamente conocido. El espanto de los enterradores ha sido mil veces descrito entonces y aun ahora por gacetilleros más hábiles que yo en provocar la risa o teatralizar la escena.

También son conocidos los episodios que siguieron al descubrimiento. El aviso al encargado del camposanto; el traslado del cuerpo al depósito de cadáveres y la rotura escalofriante por un estudiante de medicina del putrefacto vendaje. No fueron menester hierros ni tijeras. La mortaja se deshacía entre los dedos como si fuera papel quemado. Bajo ella, el cuerpo desnudo de un hombre. Una sustancia grasa de irregular densidad lo envolvía por entero. El pecho respiraba y el corazón lejanísimo palpitaba aterradoramente rápido y apenas perceptible. Lo que más repugnancia causaba —más aún que el color ceniciento, violáceo; más aún que el hedor a miembro escayolado; más aún que aquellas grasas que empapaban la piel como si fueran humores escapados del propio cuerpo— eran las barbas

selváticas que le caían hasta cerca del vientre y daban a su rostro proporción descomunal, y las garras que en lugar de uñas prolongaban extrañamente el largor de sus veinte dedos sin movimiento.

Después el aviso a la policía; el huracán de la noticia en Madrid; la timidez de la Prensa española para decidirse a abordar un suceso ya conocido por todo el mundo y la desbordada fantasía de los corresponsales extranjeros…

La Dirección General de Seguridad se negó en redondo a hacer declaración alguna sobre el hecho, y desde los púlpitos de las iglesias se recordó a los fieles la obligación grave de no propagar ni creer aquella brujería hasta que la ciencia o la Iglesia misma se pronunciaran sobre el hecho.

En el Hospital Municipal de San Juan de Dios se instaló desde el primer día el cuerpo palpitante de Contreras. El doctor don Salvador Yuste se encargó de él, y fue bajo su dirección que limpiaron su cuerpo, espigaron sus barbas y melenas, cortaron sus uñas y espiaron minuto a minuto las reacciones de aquel agónico despertar. Mientras tanto, el Laboratorio Químico del Departamento de Policía analizaba los restos de la mortaja y fragmentos de las uñas, los ungüentos y las barbas.

A la una y doce minutos del día 6, estando de guardia el propio doctor Yuste, la respiración del resurrecto se hizo más profunda y lenta.

«¡Jesús!», dijeron sus labios. Y los dedos de su mano derecha se movieron como queriendo desasirse de invisible y fortísima ligadura. El doctor se acercó a él, le levantó suavemente los párpados y acercó la temblorosa luz de un fósforo a las pupilas secas. No pudo reprimir una vaga zozobra ante aquellos ojos de búho que le miraban sin verle.

Salvador Yuste y Aguirrebengoa tenía a la sazón cuarenta y ocho años de edad. Su padre había sido contrabandista en el Valle de Arán, y su madre lavandera en Irún. A fuerza de contrabandear perfumes franceses y licores, pudieron sus padres costearle los primeros estudios. Pero Salvador no quiso detenerse a medio camino y marchó a la Corte dispuesto a labrarse un porvenir. Alternando la Universidad con la estación, donde cargaba maletas sobre sus espaldas, hasta sacar en propinas lo necesario para pagar matrículas y pensión, logró cursar los primeros años de la carrera de Medicina. ¡Qué lejanos aquellos días en que había que luchar a brazo partido para llevar adelante el propósito emprendido, sin más ayuda que una ambición desmesurada y un amor propio sin límites! Salvador sentía como si una amarga desazón le atenazara el pecho cuando medía lo que de joven aspiraba

a ser con lo que en la actualidad era. Porque su ambición y su fantasía habían sido más generosas con él que la vida misma. Pero Salvador prefería no pensar en ello. Satisfecho debía estar, pudiéndose colgar un *don* de la solapa de su nombre y llamarse *don* Salvador, y tener un piso y una consulta y no faltarle nunca el pan ni la sopa. De joven, su padre le negó toda clase de ayuda para cursar una carrera que, según él, le dejaría muerto de hambre. Solamente en el verano, al regresar delgado y raído a su casa, le recibía con la ilusión y los brazos siempre abiertos a la esperanza de hacerle abandonar sus libros y sus pretensiones. Si quería hacer dinero, allí tenía la mina sin fondo del contrabando. Varias veces le llevó con él por el monte. Las excursiones no ofrecían peligro alguno. No había siquiera que pasar la frontera. El encuentro con los contrabandistas franceses se realizaba en territorio español, en la casilla de un guardabosque, perdida a dos mil metros de altura, en un calvero rodeado de abetos gigantes. Su padre discutía los precios en aquel refugio con verdadera maestría de experto, no aceptándolos sin calcular primero un beneficio del cien por cien en la reventa. Una noche los carabineros le detuvieron al regresar a Bosost cargado de mercancías, y Salvador no volvió a verle más. Se dijo que le habían hecho mil perrerías para que confesara el nombre de sus cómplices y el lugar de las transacciones. Se dijo que le golpearon hasta privarle con puños y porras para que *cantara*. Un mal día murió quién sabe si a consecuencia de estas palizas sin que de sus labios saliera una sola palabra que pudiera comprometer al guardabosque y a los suyos.

Salvador no era hombre que se ahogara en sentimentalismos. Desde aquel día, como si fuera dueño de graduar sus propias emociones, decidió olvidarse de todo aquello que en la vida pudiera estorbarle. Pasó un trapo sobre la pizarra de su pasado. Su origen humilde; su padre muerto fuera de la Ley; sus habitaciones sin sol en la trastienda de unos almacenes, fueron borrados de su recuerdo por un acto de voluntad, y Salvador volvió a Madrid. Sus estudios fueron para él, más que acicate para el triunfo, pretexto para encerrarse en sí mismo, agudizando su egoísmo, reforzando las paredes por donde pudiera filtrarse un pasado que le asqueaba. Sin embargo, en sueños, como una pesadilla que en él se hubiera hecho crónica, la figura del guardabosque se le aparecía periódicamente, arrugando, nervioso, la boina entre sus manazas de leñador.

—Te juro por su memoria —le repetía una y mil veces— que yo no sabía nada; talmente vivo perdido entre mis pinos. No sabía que le cogieron. No sabía que le querían hacer cantar.

—¿Por qué no viniste a decírmelo? Si yo lo hubiera sabido, me hubiera presentado. ¿Y qué? ¿Tres meses de cárcel? ¿Y qué? Al salir de los hierros estaríamos los dos aquí, haciendo contrabando y dinero, tan guapos.

Salvador lo veía en sueños, invariablemente, en la misma postura, de pie junto a él, como un comparsa de pueblo recitando su monólogo sobre un tablado de niebla.

—Él ha muerto por no delatarme. En fin. Si algún día quieres algo, aquí me caiga muerto si no te ayudo Como si fuera aquel que ahora te falta. Un guardabosque en la frontera es más útil muchas veces de lo que nunca se piensa.

Yuste se desperezó. Todavía era de noche. Se acercó una vez más al individuo de las barbas y le tomó el pulso. Al tocarle, creyó notar un levísimo movimiento bajo su piel como si el resurrecto hubiera percibido el contacto de la mano del médico. Después entreabrió los labios y los movió como queriendo hablar, mas ningún sonido salió de su boca. Yuste acercó una silla y lo envolvió con la mirada, espiando cualquier posible reacción. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Qué tragedia o qué locura le habrían impulsado a cometer aquella farsa? Porque a Salvador Yuste no le cabía duda: aquel individuo había preparado meticulosamente su golpe con audacia increíble y no pocos conocimientos médicos.

Aquel hombre era un poseso, sin duda, que se expuso a morir enterrado vivo, a cambio de… ¿a cambio de qué? ¿De la fama quizá?

Una idea, débil al principio, como la leve lámpara de un gusano de luz, comenzó a abrirse paso entre las malezas de dudas y confusiones que ahogaban su cerebro. El doctor clavó sus ojos en el resucitado con profundo interés. Sin dejarle de mirar se quitó los lentes y comenzó con la punta del pañuelo a limpiar los cristales. Se echó a reír.

—No, no; es imposible… ¡Qué locura! Pero… —Y el doctor se revolvió en su asiento, complacido ante la lucha que empezaba a desarrollarse en su interior—. Si yo supiera… Si yo fuera capaz…

Pero el director del hospital, con toda su autoridad a cuestas, ya había hablado del caso. «Después del hospital, a la cárcel o al manicomio», había dicho, refiriéndose al resurrecto.

Yuste volvió a engancharse sus lentes sin armadura sobre la nariz, perlada de sudor. ¿Era acaso inapelable la opinión del doctor Lafuente? La morbosidad popular seguiría con más atención los razonamientos de quien defendiera la posibilidad de un despertar después de quién sabe cuántos años de sueño, que de quien quisiera ver una farsa en aquella resurrección que

apasionaba ya a la calle y a la multitud. El secreto de la fama estaba en la audacia. En saber saltar a tiempo.

—¡Válgame la Virgen! ¡Confesión! —gritó de pronto una voz que pudo cortar para siempre la tentación de Salvador Yuste y Aguirrebengoa. Un cosquilleo espantoso subió como enjambre de hormigas por sus sienes y el corazón alborotado quiso escapársele del pecho. Sentado sobre la cama, el hombre de las barbas le miraba fijamente. Sus labios se movían como queriendo hablar y la respiración agitada sacudía sus hombros cadavéricos. Estuvo así unos segundos.

—¡A lavar mi honra o a cenar con Cristo! —dijo al fin. Pausa. La respiración sonaba como un fuelle—. ¡Confesión! —repitió de nuevo. Y dejándose caer sobre el lecho se quedó otra vez traspuesto.

El doctor Yuste, clavado en su asiento, sin mover un músculo de su rostro, estuvo largamente mirando a su enfermo, mientras la aguja del reloj, inadvertida por él, recorría quién sabe cuántos cuadrantes de la esfera. Al fin, mecánicamente, se quitó los lentes, sacó un pañuelo y se dispuso de nuevo a limpiar los cristales.

II

Era aquel un atardecer malva y dorado. El sol, doblándose sobre el horizonte, salpicaba de púrpura la inmensa llanura toledana.

Se diría que una lluvia de oro hubiera bañado los campos yermos, las cañadas, los oteros y las piedras. Hasta el agua del Tajo, ciñendo con su brazo húmedo los arrabales de la ciudad imperial, estaba salpicada de inquietos espejuelos que robaban con avidez los últimos reflejos del día agonizante.

Alonso de Contreras, sentado sobre el polvo de la cañada, la barba descansando sobre las manos, las manos apoyadas en el gavilán de la espada, el acero entre las piernas a modo de bastón, pensaba. Corría entonces el año de gracia de 1633. En el Tajo un corro de chiquillos desnudos alborotaba. Algunas mujeres de clara ascendencia morisca llevaban sobre sus cabezas enormes cestos; otras, con el cántaro de agua apoyado en la cadera, avanzaban el brazo opuesto inclinado haciendo equilibrio. Algún valiente, fanfarrón y desafiante, jaleaba a las mozas al pasar, atusándose el mostacho, moviendo impertinente la espada bajo la capa. Alonso les veía pasar. Las greñas de su barba más plateadas de lo que él quisiera y las profundas bolsas bajo los párpados daban a su rostro una obscura luz de melancolía que no menguaba la dureza de sus rasgos ni la firmeza ardiente de sus ojos. Ante su imaginación iban desfilando como sobre un escenario de recuerdos los mil incidentes de su revoltosa y andariega vida. Nunca había sido Alonso hombre de meditación. Para él no había existido nunca ni el pasado ni el futuro. Prototipo del hombre de acción, el presente absorbía totalmente su capacidad de atención, con los afanes deshilvanados, contradictorios del momento, del minuto que corre. El hombre de acción es extravertido, como las fuentes que se desbordan, y si no precisa salir de sí mismo es porque nunca ha estado en sí, sino fuera de sí. Si una idea fosforescente cruza rauda como una estrella fugaz por la mente de un hombre de esta catadura, todo su poder de acción se dispara tras la idea que le subyuga, y por eso, disparado, disparatado, se lanza a convertirla en hecho. Pocas veces el destino le contradice, pero si acaece que el mundo exterior ha cometido la imprudente temeridad de ser más terco que él…, entonces el hombre de acción, estupefacto, termina haciendo aquello por donde otros empiezan: pensar.

Alonso de Contreras encontrose dos veces a lo largo de su vida ante encrucijadas tales que privado de acción tuvo que recurrir a la meditación. Y

aun en esto fue tan extremista y totalitario, que una vez se metió fraile, y la otra escribió sus Memorias. En un hombre de su calaña esta sencilla acción de pedir unos pergaminos y rasguearlos con el duro vértice de una pluma de ganso, hasta escribir sus memorias, resultó ser la más insensata de las aventuras, pues los hombres a lo Contreras corren el riesgo, si vuelven la cabeza hacia atrás, de convertirse, como la mujer bíblica, en estatuas de sal, petrificándose de espanto ante la visión de su propia vida. Alonso de Contreras se lanzó a la aventura de la meditación con la misma impremeditación con que otras veces se lanzaba al abordaje sobre la cubierta enemiga en sus piraterías contra los turcos, con la agravante de que entonces otros insensatos como él le seguían, y en esta aventura, en cambio, se lanzó solo y quedó prisionero de los recuerdos que defendían el barco (hasta ahora desconocido para él) de su pasado. Y así es como el hombre de acción, que había bordado día a día su propio destino a punta de espada, sin que el remordimiento o el temor le hicieran recordar el ayer o hurgar en el mañana, se trocó de pronto en hombre de meditación desde que los recuerdos, aguijoneados por la pluma, comenzaron a cercarle con su pálido mundo de fantasmas. Sentado sobre el polvo de la cañada, hundida la cabeza entre los hombros. Alonso de Contreras pensaba. Pensaba… en los mil azares que de poderoso gobernador y temido capitán le habían conducido a Toledo, perseguido por la justicia, donde *cada sombra de árbol podía ser la del verdugo*. Pero, ¿era lícito asombrarse de los caprichos de la fortuna a un hombre como él que tan pronto está en el Mediterráneo pirateando contra los turcos, como persiguiendo a piratas en el Caribe, donde hizo huir la flota del corsario inglés Walter Raleigh; que tan pronto es perseguido por homicidio, como nombrado caballero de la Orden de Malta; que hace vida de ermitaño en el Moncayo y lo excomulga un arzobispo en Capua años después? ¿Cómo podía no estar encallecido a lo imprevisto y al asombro un hombre como él que tras haber dedicado lo mejor de su mocedad a jugarse el pellejo contra moros y turcos, es acusado en su otoñada de ser rey de los moriscos españoles?

Aquí lo tenemos, preso de sus recuerdos, doblado de melancolía, perseguido por la justicia, intentando dar unidad a esos mil episodios de su vida, que si dispersos y salteados no eran más que retales de aventuras, unidos en cambio por la fuerza evocadora del pasado conducían con aterradora precisión a esta situación de hoy, en que acusado de traidor al rey se veía precisado a huir de lugar en lugar con la imagen infamante de un pregón poniendo precio a su cabeza.

Alonso había dado un salto atrás de treinta años en sus recuerdos. Era entonces Contreras alférez de la compañía que mandaba don Pedro Xaraba del Castillo. La compañía estaba en Hornacho, lugar infestado de moriscos. Corría entonces el año 1603. Y ya empezaba a notarse en el ambiente español el tufillo político, racista, religioso que extendiéndose desde las cuevas a las reales antesalas había de producir seis años después la expulsión de los moriscos.

Alonso de Contreras tenía entonces veintidós años. Había pasado nueve pirateando en el Mediterráneo. Él que conocía tantas encrucijadas hubo de estar presente también en esta encrucijada de la Historia.

Un mal día, en Hornacho, el azar le lleva a descubrir un recinto de armas que los moriscos tenían escondidas. Se limitó a denunciar el descubrimiento al Comisario del lugar. Nada más. Pero este episodio torció de tal manera el curso de su vida, que desde entonces Contreras se convirtió en juguete del destino. El incidente del descubrimiento de las armas y la correspondiente denuncia de ello al Comisario, quedó atrás en su vida, olvidado, como quedaban atrás los arrecifes que esquivara en sus navegaciones. Pero he aquí que al amanecer de un nuevo día vuelven las rocas a aparecer ante su navío y al torcer el derrotero surgen las rocas de nuevo, siempre peligrosas, siempre las mismas, como si la brújula de su vida, roto el Norte, hubiera quedado imantada por el maleficio de aquellas armas y apuntara hacia ellas con terquedad de destino. El comisario Osorio no cursó nunca la denuncia hecha por el capitán Contreras. El destino dio con ello su primera campanada. Cuando cinco años después vino a descubrirse la sublevación que los moriscos tenían proyectada y se supo que Contreras conocía la existencia de estas armas, Alonso fue acusado de estar mezclado en tan feo negocio.

Alonso abandonó su compañía por celos de su capitán. Un capitán lechuguino y almibarado que quiso acostarse con Isabel —Isabel de Rojas— querida de Contreras y del que estaba preñada.

—*Señor* —le dijo un día un soldado—, *tan grande bellaquería no es posible que se calle*. El capitán ha entrado en casa de vuestra merced, ha querido hablar a solas con la señora Isabel y *de lance en lance ha querido abusar de ella*. La señora se resistió y el capitán le ha dado *tantos palos que luego quebró en sangre y malparió a las tres horas*.

Oído aquello, Alonso se fue a casa de su capitán y, empuñando la espada, le dijo *que era un ruin caballero por lo que había hecho y que había de matarle. El capitán echó mano de su espada y su broquel, pero como la razón tiene gran fuerza*, Contreras le dio *una estocada en el pecho que le hizo rodar*

por tierra. Y huyó, abandonando su alferecía. El destino dio con ello su segunda campanada. Cuando en 1608 pusieron pleito a Contreras por lo de las armas de Hornacho, esto fue una de las cosas que le hicieron más sospechoso, pues no queriendo Alonso, por hombre, confesar por qué huyó, se vino a sospechar que los moriscos le dieron dinero para que callara y se fuera lejos sin denunciar el descubrimiento de las armas. La aguja apuntaba siempre hacia las cuevas de Hornacho.

Alonso cruzó a Italia, paraíso de sus primeras correrías. Se puso a las órdenes del duque de Feria y éste le encomendó unos galeones para hacer el corso contra los turcos. Cinco años pasó Alonso en esta vida. Durante este tiempo se casó con una madrileña, asentada en Sicilia, viuda de un Oidor, harto hermosa y nada pobre. *Estuvieron casados año y medio, queriéndose el uno al otro, y era tanto el respeto que le tenía, que a veces fuera de casa* nuestro blando pirata *no se quería cubrir la cabeza delante de ella. Tanto la estimaba*.

—*Señor* —preguntó un día a Contreras un pajecillo de Palermo que tenía a su servicio—, *¿en España los parientes besan a las mujeres de los otros parientes? Porque* don Lope *besa a la señora, que le mostró las ligas*…

El matrimonio duró poco. Contreras enviudó. Enviudó al sorprender un día a su mujer, a quien tanto amaba, acostada con don Lope. Enviudó al clavarlos con su espada en el lecho del adulterio, con la facilidad —al decir de Ortega— con que un naturalista pincha dos coleópteros de su colección. (El destino dio una nueva campanada.) Alonso huyó de Sicilia y regresó a España con la pretensión de hacerse capitán y buscar nuevas emociones que le hicieran olvidar las viejas. Si una aventura fortuita le hizo huir de España poco después del incidente de las armas, una nueva aventura le hacía regresar cinco años después. Corría entonces el año 1608. Pocos meses después de su llegada, comprobados los movimientos subversivos de los moriscos, el duque de Lerma conseguía del Rey el Decreto de expulsión… La aguja de su azar, al hacerle regresar a España en fecha tan inoportuna, volvía a señalar de nuevo con peligrosa insistencia hacia las armas descubiertas en Hornacho.

Sentado sobre el polvo de la cañada, Alonso se espantaba al pensar cómo todos los caminos —por distantes y dispares que fueran— que siguió en su juventud conducían al mismo punto de partida: Hornacho, Hornacho y Hornacho…

«¿Seré acaso un predestinado?», pensó.

El sol desmelenaba sus últimos oros en el horizonte y la primera brisa del anochecer soplaba desde Oriente como queriendo acelerar la muerte del sol

apagándolo. Contreras seguía pasando revista a los fantasmas de antaño… Abordajes, fugas, raptos, intrigas, muertes se barajaban en su mente con labios húmedos, con cuerpos cálidos, con brazos desnudos y amantes, distintos todos y todos adorables… Y de pronto, en medio de aquel desenfreno, la paz.

Alonso *entró un día en cuenta consigo mismo y se resolvió a servir a Dios en el desierto*, no pensando que la ermita era un paso más hacia las cuevas de Hornacho. No más cuerpos cálidos. No más muertes. *No más cortes ni palacios. Se compró los instrumentos para ser ermitaño, cilicio y disciplinas, saco para hacerse un sayal, un reloj de sol, muchos libros de penitencia, una calavera y un azadoncito. Metió todo aquello en una maleta y tomando dos mulas y un mozo* se disparó camino del *Moncayo, dispuesto a fabricarse una ermita en las faldas de esta montaña, donde acabar*… A los que le preguntaban espantados que adónde iba con aquellas disciplinas, les respondía secamente: *«A servir un poco a otro Rey, que estoy cansado.»*

Alonso lo recordaba no sin cierta emoción. Pasó siete meses haciendo vida de penitencia. Alimentábase con hierbas, pan y agua. Se llamaba *Fray Alonso de la Madre de Dios, y nunca se sintió triste y abatido, sino más contento que unas pascuas*.

«Si no me *hubieran sacado de allí como me sacaron —pensaba ahora Alonso de Contreras con melancolía—, hubiera durado hasta hoy, y estaría harto de hacer milagros…»*

Pero de allí le sacaron. Alonso recordaba su asombro al ver aquel día acercarse a su ermita *tan gran número de gentes todas juntas y armadas*. Llegaron con tanta prevención *como si fuera un castillo lo que habían de ganar*, y acercándose a él, *que estaba con un rosario en la mano y un cayado en la otra*, *le agarraron* y le llevaron consigo.

Las gentes del lugar, que habían salido al ver la tropa, decían a voces:

«Éste es el rey de los moriscos. Miren con qué devoción andaba en la sierra.»

Le llevaron a una cárcel harto obscura, y allí le *tomaron confesión de verbo a verbo*, preguntándole por las armas que había descubierto cinco años atrás. El destino dio su postrer campanada. Un hecho fortuito rodeado de misterio denunció la existencia en Hornacho de aquellas armas en 1603, con la agravante de que dicha existencia era conocida por los soldados de la compañía de don Pedro Xaraba del Castillo. Enviaron a Madrid a un prójimo para averiguar quién era el alférez de dicho capitán en la leva de 1603, cosa que con facilidad supieron. Buscáronle, y al averiguar que estaba en el

Moncayo hecho ermitaño, pensaron que puesto que había descubierto unas armas de las que no se había tenido noticias hasta entonces y había abandonado su compañía sin motivo aparente que lo justificara, huyendo al extranjero, y había regresado en el momento en que se iban a rebelar los moriscos, construyendo su ermita en el Moncayo, que es tanto como el límite de Aragón y Castilla, como para dirigir desde allí los dos focos de la rebelión, cabía imaginar que aquel fraile fuese falso fraile y auténtico rey de los moriscos.

En Madrid trajeron al Comisario a carear con él; aquel Comisario a quien Alonso había dado cuenta de las armas descubiertas en Hornacho; aquel grandísimo bribón, que por ser quién sabe si cómplice de la morisma no había cursado la denuncia y había puesto en entredicho la honra de Contreras y en boca de las gentes su lealtad al Rey. Alonso dijo que conocía al tal Comisario, que se llamaba Osorio y que había estado en Hornacho en 1603 cuando fueron descubiertas las armas. El Comisario negaba y volvía a negar. Alonso perdió la paciencia amontonada en tantos meses de penitencia y agarrándole de la barba le llamó traidor y mentiroso. Días después el Comisario le mandó un billete diciéndole que se guardara de él en adelante. Alonso entonces se rió. Ahora, transcurridos treinta años, no se reía tanto. Una mala noche le dieron tormento. Alonso lo recordaba no sin que a cada recuerdo se abrieran sus carnes.

Le hicieron entrar en una sala toda tapizada en la que había una mesa con dos velas y un Cristo y un tintero y salvadera con papel. Allí cerca había un potro que no se holgó de verlo y a su lado el verdugo, el alcalde y el escribano. El verdugo le mandó desnudarse, y echándole en aquellas andas le ataron con los cordeles y comenzaron a apretar. ¡Recio caso es! Comenzaron a preguntarle sobre a quién había entregado las armas… “*Bien sé que te dieron a ti y a tu capitán cuatro mil ducados para que callaseis*”, dijo el alcalde; y Alonso respondió: *“Es mentira, y mi capitán supo aquello como el gran turco.”* «Aprieta *y da otra vuelta»*, dijo el alcalde…

En el caletre de Alonso los recuerdos se agolpaban queriendo salir todos juntos como las hormigas de su agujero. ¡Qué inquietud la de aquellos días de libertad vigilada, en que los amigos, aun no habiéndose probado la calumnia contra él levantada le volvían la espalda temiendo comprometerse! ¡Qué angustias las de aquellos rumores de que el traidor del Comisario con falsos testigos estaba a punto de probar que no había estado nunca en Hornacho! Y después la fuga en pleno invierno, *con la nieve hasta media pierna*… y las noticias de que su desaparición había sido interpretada como la mejor prueba

de su culpabilidad…; y por fin el encuentro inesperado con antiguos compañeros de armas bajo cuya protección se acogió Contreras como un náufrago a la tabla de salvación… Entre ellos había varios que habían estado en Hornacho, e hicieron todos juntos un memorial demostrando con más de seis firmas que en 1603 había en aquella villa un Comisario llamado Osorio de tales y tales señas. El corazón de Alonso a pesar de los años transcurridos desde entonces palpitaba con fuerza al recordar el acto de audacia, contra la opinión de todos sus compañeros, de regresar solo a Madrid y presentarse en casa del conde de Salazar con la prueba de su inocencia. La noche anterior había dormido en una casa de mujeres públicas… Una de ellas le dijo: «¡Está loco viniendo a Madrid! *Por las llagas de Dios váyase a una iglesia*. De lo contrario no tardarán en cogerle para ahorcarlo.» Un alguacil con sus corchetes cargó sobre él a la mañana siguiente al reconocerle… Alonso echó mano a su espada y la manejó con tanto arte que los desbarató, logrando huir perseguido por más de cien personas y penetrar en casa del conde de Salazar… Dos días después, revisado el memorial, comprobadas las firmas, el Conde le dijo: "*Vuesamerced ha cumplido muy como hombre de bien. Esto está concluido*. Piense dónde *quiere una compañía y se le dará un despacho*." Alonso sintió al oír aquellas palabras la mayor alegría de su vida. Se postró a los pies del Conde como si fuera el rey y besándole la mano le dijo: *"Señor, puesto que es así, sea para Flandes." El Conde le dio un billete para el secretario Prada y trescientos reales en piezas de a dos*.

«¡Qué de vueltas da la rueda de la fortuna!», pensó Alonso levantándose. Se sacudió el polvo del traje y se pasó una mano por la frente, como si quisiera con este breve gesto cerrar la puerta a más recuerdos.

Pero un nuevo pensamiento se escapó por la cerradura:

«¡Quién me iba a decir entonces que treinta años después iba a verme otra vez en boca de las gentes como rey de los moriscos…!» Alonso echó con un gesto cerrojo y doble llave a su pensamiento y atusándose el bigote renació en él el hombre de acción. El crujir de unas ramas junto a él le sobresaltó. Era un perro husmeando unas basuras. Estaba anocheciendo. Ya el malva en la lejanía había cedido paso al comunismo del gris y los gusanillos que movía el sol sobre el agua se ahogaron en el Tajo cuando el astro se escondió tras la llanura. Había que regresar. A aquellas horas salen las primeras rondas y no era prudente fanfarronear de noche a los hombres como él perseguidos por la justicia. Subió lentamente la empinada cuesta que va del río a la ciudad y las primeras estrellas de la noche al reconocerle parpadearon agitadamente

haciéndole señas. Pero él no las vio. Alonso de Contreras caminaba ciego hacia su destino como un predestinado.

III

Al llegar a la ciudad encaminó sus pasos a la posada de antiguo conocida por el Mesón del Sevillano, también llamada Posada de la Sangre. En la plaza de Zocodover, unos revendedores ambulantes recogían sus tiendas y mercancías. Grupos de hombres charlaban animadamente aquí y allá aprovechando el primer frescor de la noche. Pero la plaza no tenía la animación de treinta años atrás cuando Alonso la conoció, pues Toledo, como otras muchas ciudades de España, había perdido más de la mitad de sus habitantes después de la expulsión de los moriscos. La luna no había salido aún y el Alcázar de Toledo destacaba entre las sombras la imponente majestad de su silueta.

Alonso, pensando que nadie le conocería, pues no tenía en Toledo deudos, ni enemigos, penetró en el mesón. En su interior, mesas y sillas, vino, mozas, requiebros, bullanga. Al entrar Alonso, los rostros de cuantos en el patio estaban se volvieron para mirarle. No iba precisamente ataviado como para andar inadvertido. Las botas italianas dobladas a media pierna, los gregüescos de colores, el jubón de paño verde emperifollado de mil perendengues y garambainas y cruzado por la banda de caballero de Malta y la capa bermeja, en fin, levantada como la cola de un faisán en los meses de celo, no eran la vestimenta más indicada para resbalar sin asombro por las pupilas de aquellos villanos. La veteranía del paño de su chambergo y la agresividad algo decaída de su penacho desteñido no menguaba el empaque de su figura. A Contreras se le daba una higa que le miraran como bobos, con tal que nadie le conociera. Pero alguien le conoció.

—¡Señor don Alonso! ¡Señor don Alonso!

Contreras no miró al que así le saludaba. Vio que no había asiento para beber y con aire pausado, ocultando su turbación, dio media vuelta y salió a la calle.

Alguien se levantó tras él y el capitán aceleró el paso doblando una calleja empedrada. Todo inútil. Su inoportuno seguidor bajaba tras él gritando:

—¡Señor don Alonso! ¡Señor don Alonso!

Contreras dobló una esquina y esperó. No llegó a sacar el arma, pero al menos llevó la diestra al gavilán de su espada. El desconocido conocedor se topó con él de bruces.

—¡Señor don Alon…!

—Callad u os haré callar.

—Señor, ¿no me reconoce vuestra merced?

—No.

—Soy Luigi.

—No sé quién sois.

—Luigi… Yo fui paje de vuestra merced en Palermo, digo, en Monreal, cuando voacé casó a la viuda del Oidor. Yo fui quien os denunció los amores de mi señora con…

—No me acuerdo —dijo nostálgico Contreras—. Hace ya cien años.

—¡Cien años! No, señor. Sólo veintisiete. Yo tenía entonces ocho.

—Pues enhorabuena e id con Dios, que ando apurado.

—¡Señor don Al…!

—Calla o te corto la lengua.

Luigi frunció el entrecejo.

—¿De quién huye vuestra merced?

—De mis sombras.

—¿Son acaso los alguaciles las sombras de vuestra merced?

—Escucha, Luigi. No debes decir a nadie que me has visto. No debes llamarme por mi nombre. Me va en ello la vida.

—¿A quién ha muerto vuestra merced?

—No es eso, Luigi. Me acusan de ser el rey de los moriscos.

El muchacho palideció. La noche había cerrado sobre Toledo y tan sólo el vago resplandor de un farol velando a una imagen mural de Nuestra Señora le salvaba de las sombras con su resplandor lechoso y oscilante.

Luigi se acercó a su antiguo patrón y le dijo en voz baja, casi en un susurro:

—¿De los moriscos? Dios me ha puesto en su camino. Yo soy el único que puede salvar a vuestra merced.

Alonso le miró de arriba abajo. Luigi ya no era aquel niño vestido de cordobán que espiaba detrás de las puertas veintisiete años atrás los amores de su patrona, sino un hombre en la plenitud de su hombría, dispuesto, al parecer, a ayudarle.

Luigi resistió la mirada de Contreras sonriendo, seguro de su victoria. Los pasos de la ronda martilleaban el empedrado de una calle vecina.

—Sígame vuestra merced.

Alonso dudó un momento y, al fin, encogiéndose de hombros, se decidió. Doblaron una calle y después otra y otra más. Tan estrechas y empinadas eran

que la débil claridad de la noche apenas llegaba hasta ellas. Luigi se detuvo ante una puerta y golpeó tres veces.

—¿Quién va? —dijo una voz.

—Amigos —respondió el italiano.

Los cerrojos se descorrieron, no sin harta protesta de la herrumbre que llevaban, y la puerta se abrió.

—¡Que la bendición de Dios caiga sobre ti, Luigi! —dijo un hombre medio envuelto entre las sombras.

—Que Él te acompañe siempre y guíe tus pasos —respondió éste—. Déjanos solos.

El de la casa cedió el paso a Luigi, y éste seguido de Contreras penetró en su interior. Doblaron un pasillo, bajaron una escalera y entraron en una sala amplia de pocos muebles. Luigi encendió un velón y a su luz la estancia se iluminó. Luigi y Contreras quedaron frente a frente en un embarazoso silencio, mirándose.

—¡Qué cambiado está vuestra merced!

—No en balde han pasado… ¿cuántos años dijiste?

—Veintisiete…

—¡Veintisiete! Parece que fue ayer. Eras entonces un niño pálido y debilucho. Ahora, en cambio… ya estás fuerte…

—Vuestra merced también está fuerte *todavía*…

—Esa es mi tragedia, Luigi, y la de muchos… Unos como tú están fuertes *ya*, y otros como yo están fuertes *todavía*… ¡Ay, Luigi, hijo, cuántos recuerdos me traes!

—Espero, señor, que sean alegres.

—Los recuerdos siempre son tristes, Luigi. Si son de cosas malas, por serlo. Si son de cosas buenas, por no tenerlas, pues nunca se recuerda sino aquello que se perdió…

—Melancólico estáis…

—Mis razones tengo… —Contreras hizo ademán de aflojarse el cinto y quitarse la espada. Pero antes preguntó—: ¿Qué casa es ésta?

—La mía —respondió Luigi. Contreras le entregó la espada y se sentó.

—¿Vives solo?

—No.

—¿Con quién vives?

—Con mi suegro.

—No sabía que te casaste. ¿Y tu mujer?

—Murió.

—¡Ah!

Luigi salió llevándose la espada, la capa y el chambergo de su antiguo patrón. La sala donde estaban era sótano. Estaba alfombrada con un rico tapiz mozárabe que contrastaba con la modestia de los muebles, todos bajos y raídos. Aquella casa como otras muchas debía haber pertenecido a moriscos, siendo ocupada más tarde por cristianos cuando aquéllos fueron expulsados. En la parte alta de la pared maestra una claraboya al ras de la vía pública debía dar luz a la estancia durante el día. Ahora, por la noche, ninguna claridad entraba por ella, tal era la negrura de aquella calle. Contreras oyó a Luigi conversar con alguien en la galería alta y se levantó al oír los pasos que descendían por la escalera hacia la sala. Efectivamente, Luigi no venía solo. Le acompañaba un hombre todo en negro vestido, de edad algo más que mediana. Su porte era distinguido, sus ojos hondos, pequeños e inquisidores; la nariz levemente agavilanada; la tez, reseca como pergamino de archivo; la estatura, chica; la breve barba, blanca y mimada. Luigi hizo la presentación. Don Fernando Valenzuela, tal era su nombre, era padre político de Luigi. Por sus gestos blandos y corteses —no por la cortesía, sino por su blandura— conoció Contreras que no era hidalgo su presentado a pesar del nombre y del porte.

—Luigi me ha dicho —dijo don Fernando con voz tan breve como su barba— que hay levantada una grave acusación contra vuestra merced, que es un hombre de bien y gran guardador de su honra desde sus años mozos… allá en Palermo…

Luigi enrojeció hasta las orejas y su turbación aumentó cuando Contreras mirándole severamente le dijo:

—Hay cosas tan delicadas cuando a la honra atañen, que si una vez se hacen, mil veces se callan.

—Señor —dijo Luigi, reponiéndose—, sólo el amor que tengo a vuestra merced me ha movido a traerle a esta casa cuando supe el gran peligro que le amenazaba, porque siendo la acusación perteneciente a cosas de moriscos sólo don Fernando aquí presente y yo podemos borrar toda huella de peligro, como borra el mar las huellas de la arena. Pero es preciso para ello, si es que don Fernando, como yo deseo, se presta a ayudaros, que yo le diga cuanto sepa de vos y que vos mismo, señor capitán, digáis cuanto de vos sabéis…

—Luigi ha dicho bien —rubricó don Fernando.

—Luigi ha dicho mal —rectificó Contreras—. Que una cosa es la historia de los moriscos, de los que me acusan ser rey, y otra muy distinta viejas

historias que Luigi conoce, pero que no guardan relación con los cuidados que ahora paso.

Contreras sentóse al ver que nadie se lo ofrecía, y Valenzuela, rascando su barba, insistió con terquedad de viejo:

—Si guardan relación o no ambas historias, he de ser yo quien lo vea. En cualquier caso me interesa saber —y abrió los brazos señalando a sus dos oyentes— cómo y cuándo se conocieron vuesas mercedes, y hasta qué punto está Luigi obligado a exponerse y a exponerme por salvar la vida a vuestra merced, señor capitán. Porque hay acusaciones que no sólo comprometen al acusado sino a cuantos le alojan, encubren o protegen…

—Señor… —suplicó Luigi.

Contreras miró vagamente a sus dos interlocutores, dudó un instante y al fin dijo:

—Sea. —Se acomodó en su asiento, carraspeó, escupió y tras una pausa larga, añadió—: En aquel tiempo vivía en Sicilia una señora española, natural de Madrid, viuda de un Oidor…

Luigi asentía nostálgico con la cabeza.

—*Era hermosa y nada pobre*, y siempre que pasaba yo por allí de vuelta de mis correrías, la veía en la ventana, *pareciéndome que me prestaba atención*. Supe quién era *y envié un recado diciéndola que yo era de Madrid, que si a su merced podía servirla en algo, no tenía más que mandarme, pues más obligación tenía yo por ser de su tierra que no otros*.

Me lo agradeció y dio licencia para visitarla. Lo hice con mucho cumplimiento y la regalaba frutas de Monreal, que son las mejores del Reino.

—Entonces fue cuando conocí a vuestra merced —dijo Luigi, interrumpiendo—, que no era otro sino yo quien entregaba las presentes y los billetes de vuestra merced a la señora. Estaba entonces vuestra merced tan buen mocetón y galán que daba envidia.

Luigi y Valenzuela escuchaban sin perder sílaba la relación de Contreras. Luigi asentía de cuando en cuando con la cabeza. En su rostro se iba dibujando la emoción del relato. Sonreía cuando el capitán describía a su dulce enemiga; crispaba los puños cuando recordaba el descubrimiento de la traición, y hasta dio un salto atrás cuando su antiguo patrón lanzó su diestra hacia adelante, describiendo mímicamente el final de la aventura. Valenzuela, en cambio, no movió un músculo de su rostro. Tan sólo sus ojos se entornaron varias veces como si quisiera vislumbrar en la penumbra de la estancia las escenas relatadas.

—*Téngalos Dios en el Cielo si en aquel trance se arrepintieron* —dijo Contreras. Y añadió:

—Vendí cuanto tenía. A Luigi le di un billete para el duque de Feria, que lo tomó a su servicio. Me volví a España. Éste —añadió señalando a Luigi— tenía ocho años y moqueaba que daba pena al despedirme. Llegué a Madrid con la pretensión de ser capitán y acabé de fraile en el Moncayo.

Luigi, que escuchaba boquiabierto a su antiguo patrón, al oír esto no supo reprimir su sorpresa.

—¿De fraile ha dicho vuestra merced?

—De fraile —asintió Contreras. Y añadió sonriendo—: Lope de Vega cuando se lo conté le entró tal ataque de risa que creí se moría.

—¿Lope de Vega, ha dicho vuestra merced? —preguntó Luigi de nuevo.

—Lope de Vega —asintió Contreras—. El por qué dejé de ser fraile entra de lleno en la historia de los moriscos.

Las lámparas parpadeaban, y Valenzuela ordenó a Luigi les cambiara el aceite.

—No cuadra, vive el cielo, señor capitán —dijo Valenzuela—, vengar la honra a punta de espada, ser fraile en el Moncayo y llevar como lleváis la banda de Caballero de Malta, con ser rey de los moriscos españoles…

Luigi cambió el aceite de los velones y la estancia se alumbró con nueva luz.

—Si quieren vuesas mercedes —dijo Contreras—, siéntense y escuchen. La historia es larga, porque comienza en 1603, seis años antes de la expulsión de los moriscos.

—Y no sólo larga —interrumpió Valenzuela—, sino grave, si es que el pleito después de transcurridos treinta años sigue en pie…

—Harto más grave de lo que imagina vuestra merced… Era yo alférez del capitán Pedro Xaraba del Castillo… Mi compañía estaba en Hornacho…

IV

—*Vuestra merced ha cumplido muy como hombre de bien —me dijo el Conde—. Esto está concluido. Piense dónde quiere una compañía y se le dará un despacho*.

Me postré a los pies del Conde y besándole la mano le dije:

—*Puesto que es así, sea para Flandes. —El Conde me dio un billete para el secretario Prada y trescientos reales en piezas de a dos*.

—Gentil historia —dijo Valenzuela.

—Cuanto tengo dicho es el evangelio —concluyó Contreras.

—No lo dudo —comentó don Fernando—, que bien conozco los desórdenes e infamias que en nombre del Rey cometieron sus ministros cuando el feo negocio de los moriscos.

—Y al Comisario hipócrita —preguntó Luigi ¿no le dieron garrote?

—No sólo no se lo dieron —respondió Contreras—, sino que si alguien no lo remedia, y pronto, el garrote me lo van a dar a mí.

Se llevó las manos a la cabeza y se alisó el pelo con los dedos mientras repetía de nuevo más despacio:

—El garrote me lo van a dar a mí…

—Estoy confuso —dijo don Fernando Valenzuela— pensando en los peligros que le rodean y no acabo de ver cómo un viejo asunto que concluyó, al menos así parece, hace tantos años, ha renacido de nuevo poniendo en tanto aprieto a vuestra merced.

—El fin no es otro —dijo Contreras— que una cédula con orden de prenderme y un pregón poniendo precio a mi cabeza y decretando pena de muerte a los que me ayuden o encubran.

Luigi se revolvió incómodo en su asiento.

—Vuestra merced está loco viniendo a Toledo vestido de esa guisa, para que todos le conozcan…

—En Toledo —interrumpió Contreras— está mi única salvación.

—Basta, señores —dijo Valenzuela—. Concluya vuestra merced.

—Pues es el caso, señores, que habiendo vencido, al menos así lo creía yo, en tal difícil pleito como el de las armas de Hornacho, logré colmar sin avaricia mis modestas ambiciones. En Flandes no conseguí, por no haber plaza, ser capitán, y me fui a Malta, donde me hicieron Caballero de esta Orden, a pesar de la oposición de dos necios caballeros que no querían,

porque decían, y era verdad, que yo tenía en cuenta varios homicidios públicos. No voy a cansar a vuesas mercedes con la detallada relación de mi vida. Sólo les diré que en América, adonde fui para socorrer Puerto Rico de Indias, hice huir a un corsario inglés con toda su flota, que andaba el muy bergante pirateando por el Caribe. *Se llamaba Walter Raleigh, y los indios le llamaban Guatarral*.

También les diré que en Madrid, donde me holgaba de ver lindas comedias del Fénix de España *Lope de Vega, tan eminente en todo que él basta para honra de España y asombro de las demás naciones,* este poeta, sin haberle hablado yo en mi vida, me llevó un día a su casa diciendo: *"Señor capitán, con hombres como vuesa merced se ha de partir la capa." Y me tuvo por camarada más de ocho meses, dándome de comer y cenar, y aun vestido me dio. Dios se lo pague, pues no contento con eso me dedicó una comedia, "El rey sin reino", a imitación del testimonio que me inventaron de los moriscos*.

Lope de Vega fue quien me pidió que escribiera mis memorias, cosa que hice unos años más tarde, aun siendo tan contrario el escribir a mis inclinaciones naturales.

Después, porque también la fortuna me ha sonreído, fui gobernador de la Pantelaria, una isla que está casi en Berbería, y gracias al favor del conde de Monterrey, fui gobernador de la ciudad italiana de Aquila, en cuyo tiempo tuve un incidente que quizá sea la fuente donde nacen mis desdichas de hoy. Pues es el caso que estando yo de capitán de una guarnición en la ciudad de Nola, y al mando de ciento cincuenta españoles, una mañana, *una montaña que unos llaman Soma y otros Vesubio*, comenzó a vomitar piedras de fuego y cenizas que daba espanto. Tuve que abandonar la ciudad por haberse hundido todo el cuartel donde estaba mi compañía a causa de los terremotos *que meneaban las casas como enjuagadientes en la boca,* y refugiarme por órdenes del Conde, mi señor, que era a la sazón virrey de Nápoles, en la Ciudad de Capua. Bien pude decir allí, como Cervantes, «con la Iglesia hemos topado», porque estuve excomulgado, como ahora diré. La causa fue haber alojado a unos soldados en casas que tienen privilegio de la Iglesia para no alojar tropa. Sus dueños se quejaron y el arzobispo me envió a decir que estaba excomulgado por el capítulo *"quisquis pariente del diablo". Yo le respondí que mirase lo que hacía, que no entendía el capítulo "quisquis", ni era pariente del diablo, ni en mi generación lo había. Que mirase que si me resolvía a estar excomulgado no había de estar nadie seguro delante de mí, sino en la quinta esfera, que para eso me había dado Dios diez dedos en las*

dos manos y el mando de *ciento cincuenta españoles*. Me levantaron la excomunión —¡buena cuenta le traía al señor arzobispo!— Pero no sé si aquello me indispuso con Dios, que aun ahora ando confuso de haber hecho y dicho tan gran bellaquería. Muchas veces he pensado si la causa de mis males no se deberá a esa excomunión y es para purgar tan gran pecado que ando de nuevo en boca de las gentes como rey de los moriscos.

»En Roma escribí en once días de un tirón parte de mis memorias, y tras algunas aventuras que no son para contadas, regresé a Madrid. De esto, señores, hace sólo cinco meses y diez días, y en ese tiempo tan corto ha sido tan larga mi desdicha, como verán vuestras mercedes.

—Estoy confuso —interrumpió don Fernando— al escucharos, señor capitán. Pues, o Luigi me ha mentido, o no hay peligro que os amenace, pues maldita la relación que puedan vuestras andanzas tener con los moriscos, de los que Luigi me ha dicho que os acusan ser rey. Pero este pleito muerto está, según entiendo, y bien muerto.

—Ahora llega. En Madrid pretendí una plaza de almirante en una flota, pues yo era práctico en cosas de mar y llevaba muchos años jugándome el pellejo al servicio del Rey. Para apoyar mi demanda hice un memorial con relación de mis servicios, que no eran pocos, y los puestos que había ocupado y las plazas que había socorrido. Me prometieron la plaza; pero viendo que pasaba el tiempo y *no se resolvía mi despacho, fui a ver al marqués de Santa Cruz, del Consejo de Estado, y apretándole sobre el asunto me dijo: «¿Cómo quiere vuesa merced que le den el despacho* si el secretario Osorio dice que *vuesa merced fue capitán de caballería de tramoya* y que cuanto dice en el memorial es falso?» «¿Osorio, ha dicho vuestra excelencia? *Vea —le dije— esta patente, licencia y reformación y verá que lo que le han dicho no es verdad, que fui capitán de corazas siete meses y tres días.*»

Quedó muy confuso el marqués al ver esto; yo me fui a ver al secretario Osorio, en cuyo despacho entré sin hacerme anunciar. Había en la antesala mucha gente esperando, sobre todo monjas y frailes y algún que otro gentilhombre. Pasé de largo y entré en el despacho apartando a un mayordomo que me pidió que esperase.

—¡Señor! —dije gritando—. Si no se me ha de dar el cargo de almirante que solicito, niégueseme en buena hora, pero no se infame mi nombre negando los servicios que como gobernador y capitán he prestado al Rey. El que tal hiciera es un mal nacido. —Dije. Y cruzando mis manos sobre el pecho aguardé.

El secretario, que me miraba espantado desde que me vio entrar, miró a un lado y a otro como buscando gente para prenderme.

—¡Capitán Contreras! —me dijo—. Ha mucho tiempo que os daba por muerto…

Al oír su voz quedé todo turbado, porque no era la primera vez que la oía, ni tenía para mí gratos recuerdos. El Comisario debió notar mi turbación, porque sonriendo me dijo almibarando la voz: «—¡Repórtese, fray Alonso de la Madre de Dios!, que ya no hay moriscos en España a quien delatar…»

El secretario Osorio no era otro sino el traidor del Comisario que estaba en Hornacho cuando la leva de 1603. Estaba muy cambiado y envejecido, pero con la misma bellaquería que entonces, si es que ésta no se desarrolla con los años. La sangre se me vino al rostro y grité para que todos lo oyeran: «—¿Quién ha dicho que no hay moriscos en España? Sí los hay. Y juro por la sangre de Dios que vuestra excelencia lo es y de los más viles, porque de Comisario fue vuestra excelencia traidor al Rey para encubrir la sublevación que se preparaba de los moriscos, y hoy sois traidor a los de vuestra raza exterminándolos y confiscando sus haciendas para que no quede nadie que os pueda delatar. Pero aquí estoy yo que tengo boca para decirlo, ánimo para gritarlo y espada para mantenerlo.» Dije. Callé. Y al verle tan pálido y tembloroso añadí: «Y guardaos la almirantía que no la quiero si he de recibirla de manos de un traidor.» Volví la espalda y me fui. Los pobres frailes y monjas que esperaban en la antesala me miraron haciéndose cruces como si fuera el diablo, y a uno de los gentileshombres que quiso cerrarme el paso le senté con sólo mirarlo.

—¡Ay, don Alonso —interrumpió Luigi—, que ahora empiezo a ver claro lo que acontece a vuestra merced! Toda esta persecución de que nos habla no es más que una torpe venganza del secretario Osorio.

—Así es —dijo Contreras—. Y lo demás lo saben o lo adivinan vuesas mercedes. No tardó en aparecer un bando poniendo precio a mi cabeza, renaciendo de nuevo la historia de las armas de Hornacho que yacía cubierta de polvo en los archivos, y han desplegado contra mí todas las fuerzas del Reino como si se tratara de tomar una ciudad a los herejes. Pero, ¡ea!, señores, llévenme a dormir, que buena falta me hace. Mañana, si Dios es servido, daré cuenta a vuestras mercedes de lo que han de hacer por mí. Y antes de que el sol salga dos veces estaré, Dios mediante, camino de Lisboa para embarcar…

Si desde aquella habitación se alcanzara un trozo de cielo, el capitán Contreras hubiera visto a las estrellas guiñarse de nuevo. Ellas, como buenas

vecinas de Aquel que todo lo sabe, conocían muy bien que Contreras no llegaría nunca a Lisboa para embarcar. Pero aunque las hubiera visto, de nada le habría servido. ¡Es tan difícil leer las estrellas!

V

En el admirable prólogo a las *Aventuras del Capitán Alonso de Contreras*, publicadas en 1943 por la «Revista de Occidente», dice el introductor —tras cuyo anonimato se reconoce la pluma de don José Ortega y Gasset— que en aquel tiempo: «Ministros, covachuelistas y garnachas habían constituido una gigantesca intriga a costa de los hombres que, atroces o no, se exponían en las cien brechas del Imperio. Más de un capitán general, tal vez el propio Spínola, murieron de irritación, de bochorno, de desesperanza, ante el abandono que la Corte madrileña les dedicaba.»

Si esto ocurría con las figuras excelsas, ¿qué tiene de extraño que un aventurero como Contreras fuera mil veces por lana a la Corte y otras tantas volviera trasquilado? En sus Memorias —de las que sólo se han aprovechado aquí aquellos episodios puentes entre los dorados siglos y el nuestro de latón — relata nuestro héroe cómo varias veces en su mocedad, en su madurez y en su otoñada acudió a la Corte con la pretensión de alcanzar el merecido premio a sus hazañas y servicios, y otras tantas le dieron con la puerta en su ambición.

Pero ninguna más amarga que esta última experiencia, cuando creyendo tener entre los dedos nada menos que el cargo de almirante de una flota descubre que es el propio Osorio, el antiguo Comisario de Hornacho, el hombre de dudosa honradez ante el asunto de los moriscos, quien informa contra él. Padece entonces Contreras un error de perspectiva, y al reaccionar con la violencia que queda relatada, cree hacerlo contra un hombre, contra el titular indigno de un cargo del Estado, ignorando que era con el Estado mismo con quien había topado. Con el Estado que, iniciando entonces su progresiva elefantiasis, alcanzó en pocos siglos a ahogar, junto con las malas hierbas, a la Nación. A aquella Nación… que saturó de estupor al mundo cuando los dioses… —parodiando a un escritor de nervio contemporáneo— nacían en Extremadura…

Alonso de Contreras, al herir al burócrata, topó con el Estado. Nos faltan elementos de juicio para poder calibrar en nuestros días hasta qué punto el comisario Osorio estaba comprometido o no en el asunto de las armas de Hornacho. El caso es que aquí le topamos ascendido a Secretario del Reino, apoyado por buenos valedores, gozando de un prestigio y de una situación, con influencia ganada en las cómodas trincheras de las antesalas y los

gabinetes. Y de pronto aparece ante él, grosero y fachendoso, soberbio y descomunal, arrogante y decidido, un militarote cubierto el cuerpo de cicatrices, con más plumas en el sombrerazo que pelos en la lengua; le acusa públicamente de morisco, le llama traidor, y aún no ha tenido tiempo de decirlo cuando, volviendo la espalda, se va por donde entró sin que uno solo de los gallinas que le sirven ose cerrarle el paso.

Osorio, blanco de ira, revuelve papeles, baraja archivos, redacta un informe, arranca a quien corresponda orden de prender al capitán; pero éste ha huido de Madrid. ¿Adónde? No es difícil adivinarlo.

En la anterior pesquisa —por el asunto de las armas de Hornacho—, Alonso logró redactar un memorial firmado por soldados de su compañía, demostrando que Osorio había sido Comisario de Hornacho. Este memorial le salvó la vida y costó a Osorio seis meses de prisión… Pero, ¿qué validez podían tener las firmas de unos soldados que ayer firmaron un memorial y hoy están dispersos por el ancho mundo, este en Flandes, aquel en Nápoles, este en el Perú, aquel en Malta y el de más allá en los infiernos? No pasó mucho tiempo sin que los valedores de Osorio, alegando por esta dispersión de los firmantes la dificultad de comprobar su veracidad, consiguieran libertar a su protegido.

Contreras no era hombre de mucha fantasía, pensaba ahora el secretario Osorio, y al recaer de nuevo sobre él la vieja acusación del asunto de los moriscos era más que probable que tratase de salvarse, siguiendo paso a paso su anterior actuación, buscando compañeros de armas que acreditasen lo que ya años antes acreditaron: la presencia de Osorio en Hornacho como Comisario en 1603.

Revolviendo papeles, el Secretario logró localizar a tres únicos supervivientes de la compañía que en 1603 levantó el capitán don Pedro Xaraba del Castillo para entrar en Portugal. Uno, llamado Xuárez, encomendero en Méjico; otro, llamado Zamero, sargento en Italia; otro, llamado Vilches, tabernero, casado y padre de dieciséis hijos, en Toledo…

Si Contreras trataba de localizar a sus antiguos compañeros de armas era más que probable que tuviera antes que de ningún otro noticias de este último. De ser así había que buscar a Contreras en Toledo. Osorio no se equivocó.

A la mañana siguiente, el sol, dándole de lleno en los ojos, despertó a Contreras, el cual, imitando a un San Andrés pagano, comenzó a estirar brazos y piernas como si quisiera tocar con la punta de sus miembros los cuatro puntos cardinales. El bostezo que acompañó a tan deleitoso movimiento amenazó con absorber el aire de la estancia y aun el de la

comarca entera. «¡Qué bien se duerme en Toledo!» suspiró. Y cerró los ojos intentando recuperar el sueño. Pero las moscas, que ya las había en Toledo en tiempos de Felipe IV, quisieron contradecirle tomando baños de sol sobre su frente, y Contreras de un salto se levantó. Vistióse, calzó sus botas, atusó su pelo.

—¡Ah, de la casa! —rugió a todo pulmón. (Luigi no tardó en aparecer.)—¡Dios te guarde, pícaro! Por las barbas del profeta, dame de comer, que tengo hambre.

—Deje tranquilo vuesamerced al profeta y no grite, que anda la ciudad alborotada porque se ha dicho que anda la justicia detrás de vuesamerced, que está en Toledo. Y es el mayor bribón que se conoce.

—¡Hola!

—No grite vuesamerced, he dicho, que pueden oírle y han ofrecido mil escudos a quien entregue a vuesamerced vivo o muerto.

—Muerto tendrá que ser, Luigi, porque vivo es difícil mientras me quede fuerza para jugar con mi herruza —dijo Contreras, sonriendo mientras colocaba su espada al cinto—. Pero ve a casa del embajador de Inglaterra y trae una empanada de lo que hallares, y vino, que estoy muerto de hambre y si me han de ahorcar deja que muera harto.

—Sígame vuestra merced.

Bajaron por una estrecha escalera y desembocaron en el sótano alfombrado. Había allí una mesa bien repleta, y sentado ante ella don Fernando Valenzuela hincando el diente como si fuera un muchacho. Se saludaron con una leve inclinación de cabeza, y sin mediar más ceremonia, Alonso sentóse, lanzó el brazo sobre los manjares que le ofrecían y comió como Heliogábalo, si es que el emperador Heliogábalo comía tanto como de él dice la fama.

—Mucho importa —dijo Valenzuela mientras Contreras empinaba el codo remojando el gaznate con un delicioso vinillo— que abrevie vuesamerced con su historia, señor Capitán. Es preciso que conozca presto vuestros planes, si vuesamerced estima en algo el negocio de su propia vida…

—¡Buen vino, vive el cielo, tiene vuesamerced! —dijo Contreras, estrujando la bota con no muy pía intención—. Tiene la doble virtud de apagar la sed y encender la fantasía…

—Abrevie vuesamerced…

Y rápidamente, intercalando en su diálogo las más sabrosas expresiones, Contreras expuso a Valenzuela el orden de ataque contra el Secretario. Si hace treinta años Osorio se hubiera limitado a negar haber recibido de

Contreras denuncia alguna del descubrimiento de las armas de Hornacho, hubiera sido muy difícil —entonces y ahora— demostrar a Contreras que efectivamente realizó tal denuncia. Pero Osorio no se limitó a negar la existencia de la denuncia, sino incluso a negar que él hubiera actuado nunca de Comisario en el lugar llamado Hornacho. Bastaba, pues, demostrar un hecho tan claro y evidente para descubrir que Osorio mentía, encubriendo tal mentira su indiscutible inteligencia con los moriscos en vísperas de la sublevación de éstos.

Contreras logró reunir varios testigos en aquel entonces que juraron que el tal Osorio estuvo de Comisario en Hornacho. Pero el error de Contreras fue abandonar España, de la que estuvo ausente, salvo paréntesis ocasionales, veinticinco años, sin exigir que se llevara adelante la acusación contra Osorio hasta sus últimas consecuencias. Ahora estaba dispuesto a rectificar este error y no abandonar su acusación hasta que no rodara en el patíbulo la cabeza del hombre que, habiendo sido traidor al Rey, había alcanzado por obra de la intriga el puesto de máxima responsabilidad del Reino, cohechando favores y vendiendo leyes y disposiciones a cambio del apoyo de los que de ellas se beneficiaban.

En Madrid, apenas le enteraron de que había orden de detenerle, Contreras buscó la pista de sus antiguos compañeros de armas y supo que en Toledo, cargado de hijos y de dinero, vivía un tal Vilches.

Ni corto ni perezoso se puso en camino: aquí encontró a Luigi y con él un refugio y una ayuda.

—Sólo me resta —concluyó Contreras— que rueguen vuesasmercedes a este Vilches que venga a visitarme, pues bien le conozco y sé que no me abandonará en este trance.

—¿Y el testimonio de Vilches será suficiente? —preguntó don Fernando.

—No —respondió Contreras—. Con su testimonio iré a Lisboa, donde recogeré la firma de Álvaro Pardiñas, capitán de corazas, que estuvo en Hornacho en mi compañía y que me debe favores. De allí embarcaré a Nueva España. Y desde Méjico, donde tengo buenos amigos… y donde no llega el poder del Secretario, formalizaré mi acusación… y si Dios me da vida…

—Señor —interrumpió Luigi—; Vilches es grande amigo mío, tiene una taberna a los pies del Alcázar… Si vuesamerced me lo permite le contaré cuanto es menester que sepa, fiando en su discreción, pues es hombre de bien.

—Ten en cuenta, Luigi, que las paredes oyen.

Luigi sonrió, y armado de una varilla de junco subió las escaleras y salió a la calle…

(Trescientos catorce años después, el autor recopilador de estos apuntes pudo comprobar la ignorancia en que estaba Contreras respecto a la naturaleza de los propios amigos que ahora le ayudaban… Naturaleza que el propio lector de esta tan extraordinaria como verídica historia habrá podido adivinar, si es atento y perspicaz, condiciones ambas que permanecieron siempre extrañas a Contreras a lo largo de su dilatada y turbulenta vida.)

Aquella memorable tarde toledana, Contreras y don Fernando permanecieron mano a mano esperando el regreso de Luigi; impaciente don Fernando con el retraso de su yerno; indiferente Contreras a la burla que el destino le tenía preparada.

Contreras le entretenía entonces contando atrocidades de su vida de pirata, pero don Fernando se sentía incómodo con estas relaciones…

—Vase haciendo de noche y Luigi no viene —le dijo al fin—. Es preciso encender los velones.

Y así lo hizo.

Unos golpes sonaron en la puerta.

—¿Quién va? —gritó don Fernando mientras subía la escalera para abrir.

—¡Amigos! —respondió la voz de Luigi desde fuera.

—¡Que la bendición de Dios caiga sobre ti, Luigi! —dijo el viejo mientras descorría los cerrojos.

—Que Él te acompañe siempre y guíe tus pasos —respondió éste; y precipitándose escaleras abajo, fuese al encuentro del Capitán.

Éste le recibió con una reverencia, como si Luigi fuera el Rey, y le dijo riendo:

—¡Por vida de Satanás que son almibarados vuestros saludos! ¿Es ésta nueva costumbre toledana?

—Lo es de esta casa y basta —respondió secamente Valenzuela, que entraba tras su yerno. Luigi estaba pálido y todo tembloroso…

—Tiempo habrá, señor, para que todo se sepa. Ahora no hay tiempo para discursos… Vuesamerced está en el mayor peligro de su vida… El secretario Osorio está en Toledo… El tabernero Vilches ha sido muerto a puñaladas y se acusa públicamente a vuestra merced de haber hecho este desaguisado para eliminar así al único testigo de la traición de que se acusa a vuestra merced…

—¡Mientes! —rugió Contreras—. Vilches fue testigo de que denuncié al Comisario las armas descubiertas en Hornacho. Y es el Comisario el único a quien favorece su muerte.

—La ciudad anda alborotada y amotinada frente a las iglesias, porque dicen que vuesamerced se ha refugiado en un convento.

Contreras se precipitó escaleras arriba y al poco regresó con su espada y su chambergo.

—¡Por la vida de Dios, vuesamerced ha perdido el juicio! —gritó Luigi al verle así—. ¿Dónde va vuesamerced? ¡Todos los caminos que salen de Toledo están tomados!…

Contreras se detuvo un instante, como dudando. Después comenzó a pasear de un lado a otro cual león enjaulado, y, al fin, sacando la espada comenzó a dar tajos sobre un cojín, con tal fuerza que lo desplumó. Luigi quiso impedirlo, pero Valenzuela le retuvo.

—Déjale —le dijo—, esto le hace bien…

Contreras avanzó unos pasos hacia la puerta. Luigi se interpuso.

—Dicen que han dicho que los que buscan a vuesamerced van en grupos de a seis, porque saben que en Nápoles era vuesamerced el mejor espadachín del reino.

—En eso yerran, porque seis son pocos —dijo Contreras.

Valenzuela y Luigi se pusieron de pronto en pie.

—¡¡Calle!!

La galería donde estaban era sótano, y por la claraboya que en la parte más alta de la pared daba de día luz a la estancia se oía claramente correr de gente y rumor de voces…

Unos tambores redoblaron y las voces se aquietaron.

«En nombre del Rey nuestro señor se apremia a los habitantes de la muy noble imperial ciudad de Toledo para que informen acerca de un gran malhechor que en ella se ha refugiado y que se hace pasar por capitán de corazas y se dice Caballero de Malta y responde al nombre de Alonso de Roa y Contreras. Se emplaza a quienes lo hayan visto o sepan de quien lo haya visto en Toledo, o en los caminos que nacen o mueren en la ciudad, o en los montes vecinos o en los bosques de los contornos… digan de él cuanto sepan, hayan visto u oído…»

Luigi y Valenzuela no apartaban los ojos del capitán. Éste estaba en pie, con la cabeza muy erguida y los brazos caídos cuan largos eran. Las piernas abiertas en aspa, como para guardar el equilibrio. Tenía apretados los dientes y movía la mandíbula como si masticara.

—¡Éste es el pago de mis servicios! —dijo al fin. Y se llevó una guía del bigote entre los dientes.

El pregón continuaba:

«El mayor malhechor que ha pisado tierras cristianas. Excomulgado por la Iglesia, autor de cien homicidios, robador de mujeres, señor de moriscos,

traidor al Rey…»

Contreras estaba muy pálido. Y tan quieto que daba miedo. El pregón continuaba…

—Apaguen la luz —dijo al fin.

Luigi y Valenzuela no se movieron. Contreras de un manotazo apagó el velón y la estancia quedó iluminada tan sólo por la amarillenta luz que desde la calle llegaba.

—¿Qué pretende vuesamerced?

—¡Salvar mi honra o cenar con Cristo! —Y desenvainando la espada subió la escalera y salió a la calle, sin que nadie le estorbara.

—Somos muertos —dijo Luigi—. ¡Ah, traidor, así nos pagas!

En la calle, a la luz de unas antorchas, el pregonero, con sonsonete, proseguía su canción. Catorce o quince muchachos le rodeaban, seis alguaciles armados, tres villanos con faroles y un tambor.

De entre las sombras, la voz de Contreras, acostumbrada a hacerse oír en lo más ruidoso de las tormentas y aun en las batallas en el mar, heló en la garganta del pregonero el texto de su pregón.

—¡Miente el hijo de p… que lo dice y el traidor que lo mandó decir!

Luigi instintivamente se llevó la mano a la boca y se clavó los dientes en los dedos. Valenzuela se dejó caer en un asiento y cerró los ojos. En el silencio de angustia que siguió a estas palabras se oyeron los taconazos de Alonso sobre el empedrado avanzando lentos…

—¡Favor al Rey! —gritó una voz. Y al punto, ruido de carreras, voces, gritos, y el chocar y chasquear de una espada y seis espadas.

—¡Válame la Virgen! ¡Confesión! —dijo una voz cuyo sonido era sangre.

Y al punto otra:

—¡Jesús!

Ruido de cristales, y se hizo la oscuridad, aunque no el silencio.

—¡¡Los faroles!! ¡¡Luz, más luz!!

De nuevo carreras, gemidos y, por fin, silencio… La calle quedó negra como conciencia de pecador. Pasaron dos minutos que a Luigi parecieron siglos. Hasta que la puerta de entrada chirrió suavemente y un roce prudentísimo deslizándose por la escalera se dejó oír. Poco después la voz de Contreras en tono menor:

—¡Cristo ha preferido lavar mi honra a cenar conmigo!

Valenzuela susurró:

—Cierra los postigos y enciende.

Luigi obedeció.

Contreras tenía la espada mojada hasta la empuñadura, y en la otra mano, roto y teñido en sangre, el pregón.

VI

Valenzuela salió de la estancia y al poco volvió con una bota de vino.

—Beba vuesamerced, que esto le hará bien —dijo, ofreciéndosela a Contreras.

El Capitán empinó el codo y bebió con placer. Luego sus ojos se turbaron, miró vidriosamente a sus amigos y se desplomó cuan largo era. Luigi dio un gran suspiro.

—Hay que obrar presto. No hay tiempo que perder.

Entre los dos cogieron el cuerpo de Contreras y lo trasladaron a la cocina. Luigi retiró la ceniza y los troncos que humeaban en el hogar y levantó la trampa allí escondida.

Por no abrir paréntesis dentro de paréntesis no quiere el autor de estas líneas detenerse en consideraciones acerca de cómo ha podido reconstruir los hechos que a continuación han de asombrar a los simples, irritar a los leídos, convencer a los amigos de Yuste, y enfadar a cuantos contra la evidencia misma se han negado a aceptar lo que la Ciencia no ha logrado aún resolver. El autor ha sido protagonista de muchos de los episodios que llenan páginas sucesivas, y tiempo nos queda para responder a múltiples interrogatorios que en el transcurso de la narración han de quedar forzosamente en el aire… Bástenos adelantar que cuanto sabemos de Contreras de los siglos pretéritos lo hemos aprendido del propio Contreras: a través de sus Memorias, todo cuanto le acaeció con anterioridad a su encuentro con Luigi frente a la toledana Posada de la Sangre; de sus propios labios, todo cuanto le aconteció con posterioridad a este encuentro, así como cuanto está relacionado con la segunda acusación de que el secretario Osorio le hace víctima. De Luigi y de Valenzuela no sabemos nada, no podemos saber nada, fuera de lo que Contreras sabía o se preocupó en saber. Y así es como, jugando estos dos personajes papel tan importante en esta historia, como muy pronto verá el lector, sus figuras han de permanecer incompletas, desfiguradas, falseadas tal vez al faltarnos datos con que completar sus rasgos. Si estas páginas noveladas pretendieran tan sólo formar una novela, sin otra finalidad que la de entender o distraer a nuestros desocupados lectores, al autor le hubiera sido muy fácil idear en torno a Luigi y a don Fernando pequeñas historias que salvaran esta laguna ante la cual nos encontramos, y que completaran o

explicaran el carácter, las reacciones, el pensamiento, en fin, de estos dos hombres. Pero siendo nuestro propósito deshacer las múltiples y torpes leyendas que en torno al caso de Contreras han sido divulgadas, debemos abstenernos de toda tentación de añadir por nuestra cuenta un ápice de fantasía a lo estrictamente conocido.

Parece ser que Luigi, allá en su primera mocedad, vino a España, como paje de un oidor, recomendado por el duque de Feria, su señor. En Toledo, cautivado por la hermosura de una mujer, se casó con ella, aun a sabiendas de que era cristiana nueva, es decir, de origen moro, aunque bautizada y practicante. Era hija de don Fernando Valenzuela y había abrazado, con su padre, la religión cristiana a raíz del decreto de expulsión de los moriscos. Siete años vivió con ella y nunca se arrepintió, pues si en su mujer había encontrado un caudal inagotable de ternura, en el padre de su mujer descubrió también un no despreciable caudal. Don Fernando era rico. Y sabio. Y hasta tenía sus atisbos de brujo. Allá en los lejanos tiempos de la expulsión fue acusado de comprar tierras y joyas a los de su raza para salvarlos de la codicia de muchos y enviarles después las rentas y dineros a Berbería. Le salvó de tal acusación un atentado que cometieron con él unos moriscos en venganza de haber renegado públicamente de su fe al abrazar la religión de Cristo. Don Fernando era astuto. Él mismo había marcado en su cuerpo los puntos que habría de rajar el puñal. Y fue su propia hija quien le apuñaló. Aquella argucia le obligó a guardar cama quince meses, pero salvó su vida y sus arcas… Cuando el Santo Oficio autorizó ciertas indagaciones relacionadas con don Fernando, tropezaron los inquisidores con varios hechos que afianzaban la buena fe de su repentina conversión: el uno, el matrimonio de su hija con un cristiano viejo como era Luigi; el otro, el atentado de que fue víctima por los de su raza, según aducían numerosas pruebas y cicatrices; el otro, que por sus antiguas relaciones pudo localizar y entregar, aunque muertos, a dos cabecillas de la rebelión proyectada. El hecho de que quisiera enterrarlos en sus propias tierras, oponiéndose a que los cuerpos fueran descuartizados, fue considerado como un escrúpulo carente de todo móvil sospechoso.

De Valenzuela sabemos algo más. Algo que Luigi confesó a Contreras. De Luigi nada más sabemos, salvo que enviudó sin poder precisar dónde ni cuándo. Ni siquiera el nombre de su mujer sabemos.

Cuando Contreras se despertó quiso moverse, y no pudo. Quiso hablar, y una mordaza se lo impidió. Pronunció un gruñido cuya traducción hubiera sin duda sonrojado a la corte de Satanás, y abrió los ojos. Pequeñas luces blancas

aparecían y se apagaban en todo su horizonte visual. Si cerraba los ojos, las luces se le venían encima y se abrían en su cerebro multiplicándose como fuegos de artificio. La sangre debía galopar por sus venas porque notaba sus pulsaciones en las muñecas, las rodillas y la boca. Su cerebro amenazaba estallar al compás de un tamtam selvático. Nunca supo Contreras el tiempo que duró esta sensación. Poco a poco las luces se fueron desvaneciendo, los ruidos apagando. Aquéllas fueron sustituidas por unos hachones encendidos, y éstos por un rumor de rezos. Se incorporó. Todo daba vueltas en torno suyo. «Estoy borracho», pensó. A pocos metros de él, varios hombres, arrodillados en el suelo, se inclinaban hasta besar el polvo con el rostro. Poco a poco las figuras se fueron superponiendo. Y no eran cinco, sino cuatro. Ya no eran cuatro, sino dos. De pronto sintió que las entrañas le subían a la garganta y las echó por la boca entre suspiros y convulsiones. Y se encontró mejor.

—Me causa lástima verle así —susurró una voz.

—Si le dejamos libre la voluntad —murmuró otra voz—, acabará en la horca.

—Y nosotros tras él.

—¿Dónde estoy? —gritó Contreras.

Luigi se le acercó.

—Estáis conmigo, señor. Nada temáis.

Estaban en una cueva, toda alfombrada con riquísimo tapiz. En un extremo, varios sacos, aljibes, pesas y dos féretros.

—¿Voy a morir?

—No.

En el otro extremo una escalera alcanzaba a una trampa abierta en el techo de la cueva. Don Fernando Valenzuela, manchadas las manos de pez, iba y venía trajinando con potingues. Contreras, sentado en el suelo, atadas las manos a la espalda, amarradas las piernas por pies y tobillos, le miraba hacer.

—¿Es moro vuesamerced?

Don Fernando se volvió, le miró largamente a los ojos y, sin hacer caso a lo que se le preguntaba, le dijo:

—Señor Capitán. Si hemos precisado recurrir a la astucia para reduciros a este estado es sólo por vuestro bien. Sois el más insensato e irreflexivo de los hombres, y tenéis tan buena espada como poca discreción. Si habéis venido a Toledo ha sido, según entiendo, para encontrar al soldado Vilches, tabernero del lugar, y con su testimonio iniciar un memorial para reivindicar vuestra honra, hoy día en entredicho, y vengaros del traidor del secretario Osorio. ¿No es así, señor Capitán? Pues por vuestro bien y el nuestro considere

vuesamerced si en esta situación no es insensato destripar alguaciles, robar un pregón, asustar a la ciudad, comprometer a vuestros amigos y robustecer la opinión del Secretario por perseguir a quien, como vos, con tan buen arte descalabra alguaciles y burla la justicia. A estas horas la ciudad anda alborotada, la justicia burlada, el alcalde sin sosiego. Los correos no tardarán en llegar a Madrid con la confirmación de que estáis en Toledo, cosa que aun en sospecha de las gentes, nadie sabía hasta hoy de seguro. Echad la cuenta de las horas que faltan para que os prendan. Y cuando os prendan, que me ahorquen si tenéis tiempo de rezar un *pater noster* antes de morir infamado como traidor al Rey, y rey vos mismo de moriscos.

—Luego me vais a entregar…

—No.

—¡Que me ahorquen a mí si os entiendo!

Valenzuela dio media vuelta y volvió a su faena. Luigi se sentó en cuclillas frente a su antiguo patrón. Llevóse la mano allá donde otros tienen el remolino, e imitando a los antiguos que arañando la tierra extraían oro comenzó a rascarse la coronilla para extraer palabras con que explicar al Capitán lo que quería decirle. Llevóse después la mano a la barba y rodeándola y tirando della como un borrico a la noria, logró al fin sacar de sus entrañas la confesión que ahora se verá.

Comenzó Luigi a relatar su vida, su matrimonio, así como la naturaleza de don Fernando, que ya conocemos. Contreras no perdía sílaba. Miraba a su joven amigo con tal estupor, que Luigi se sentía cobarde para proseguir. Ensalzó después la sabiduría de su suegro, su extrema bondad, así como las raras virtudes de que el cielo le había investido. Sabía leer en las estrellas, entendía el lenguaje de los animales excepto el de los inmundos; sabía trocar en preciosos los metales viles; conocía, en fin, el secreto de dar vida a los cuerpos muertos… y (Luigi adelgazó la voz al hacer esta última confesión) también sabía… (Contreras se incorporó para oírle mejor) detener el alma de los recién muertos, en su cuerpo, durante más de treinta días.

—¡Mientes, hereje! —gritó Contreras. Luigi, sin inmutarse prosiguió—: En una ocasión, unos moriscos perseguidos pidieron a don Fernando que les diera la muerte para poder huir…

Valenzuela, al oír esto, se acercó de nuevo al grupo.

—Estaban perseguidos como vos. Y toda la ciudad les buscaba como a vos, porque habían puesto buen precio a su cabeza, aunque no tan alto como a la de vuesamerced, por ser moriscos tan sólo y no reyes de moriscos como vos…

Contreras pugnaba por romper sus ligaduras. Prefería mil veces morir a manos del verdugo que no jugar a los bolos con Satanás por toda una eternidad. Pero Valenzuela, indiferente a los esfuerzos de Contreras, proseguía con su historia. Describió punto por punto cómo dio la muerte a sus protegidos. Una muerte aparente, aunque con todos los efectos y características que acompañan a la muerte real. Los pulmones cesan de respirar; el corazón de latir. La sangre no camina por sus vasos naturales; la color se endurece… Los moriscos fueron entregados por Valenzuela a la justicia, alegando haberlos envenenado, y Valenzuela renunció a la recompensa ofrecida a cambio de poder enterrarlos él mismo en una finca de labor que tenía cerca de la ciudad. Ya que si los había matado, alegó don Fernando por aquel entonces, era por asegurar la paz del reino, pero no podía olvidar que eran hermanos suyos de raza y quería tranquilizar su conciencia guardando piadosamente sus cenizas y orando por la salvación de sus almas. Valenzuela cumplió fielmente su promesa y los enterró a cuatro metros de profundidad, en el lugar antedicho, en presencia del alcalde, el escribano y gentes del lugar. Treinta y dos días estuvieron enterrados, al cabo de los cuales el mismo don Fernando, ayudado de su hija, los desenterró y les devolvió la vida. Los moros falsamente muertos se repusieron en pocos días de su falsa muerte, al cabo de los cuales se vistieron con hábitos de fraile y se fueron a América con hartos dineros, donde, cuando Valenzuela contaba esto, aún vivían, aunque con nuevos nombres, prósperos y honrados.

—Y ahora —añadió don Fernando— pensad lo que os conviene. Morir a manos del verdugo como traidor, o que Luigi os entregue a la justicia cual si estuvierais muerto. Tener en cuenta que sólo el veros sin vida aquietará al secretario Osorio. Después podréis huir y con libertad reunir testigos y redactar el memorial que decís y hasta ver rodar, si esto os place, la cabeza del antiguo Comisario… Y basta, que ando apurado.

Volvióse Valenzuela a sus faenas, no sin antes añadir, de espaldas como estaba:

—Podéis meditar, entretanto, señor Capitán, si ha de ser de grado o ha de ser por fuerza…

El silencio que siguió a estas palabras cortaba como un cuchillo. Luigi contenía la respiración. La de Contreras soplaba como un fuelle.

—¡De grado, vive Dios! —dijo al fin.

Luigi dio un gran suspiro.

—¡Y yo que os tuve por loco, señor!…

La caja en que metieron el cuerpo de don Alonso era de hierro y pesaba más que una máquina de guerra. Tres días de ayuno sin ingerir más sólido que hierbas purgantes, ni más líquidos que vomitivos, le habían acercado tanto a la muerte que si no se lo procuraban presto artificial, acabaría viniendo ella sola sin ningún artificio.

Le sangraron pies y manos hasta dejarlo tan débil que no tenía ya fuerzas sino para suspirar alguna bellaquería, mientras Luigi y Valenzuela con sabiduría de brujos y paciencia de eremitas iban realizando todas las operaciones preliminares.

Cubrieron con una gruesa pasta las desnudeces de su cuerpo de forma que no hubiera parte que no estuviera impregnada de ella. Vendáronle después con cuidado sumo con una tela engomada que fue pintada más tarde con betún de judea. Tan sólo respetaron la cara, que emergía viva de aquel sudario muerto, como un alma en pena asomando de los propios infiernos.

—¿Quiere algo vuesamerced?

—Mi espada —murmuró Contreras— junto a mí.

Luigi asintió con la cabeza.

—¡Que la Virgen de la Gracia me lleve a buen puerto! Amén.

Doblaron el cuerpo del Capitán boca abajo. Éste, con apagada voz, repitió de nuevo: «Amén».

Valenzuela palpó sobre la espalda del Capitán y señaló tres puntos: entre los omoplatos, la nuca y el rabadillo (amén) y descargó tres golpes secos con un martillo de cabeza blanda (amén). El cuerpo, como movido por un resorte, se puso rígido y tenso como un arco a punto de disparo. Volviéronle. El rostro, contraído, comenzó a encerarse, los labios a apagarse, los ojos a hundirse, la nariz a afilarse… Alonso abrió los ojos, y al hacerlo, su cerebro se llenó de niebla. Inclinado sobre él, un rostro extraño, agitado, le observaba sin parpadear. No, no era Luigi el que así le miraba, a no ser que el arte de la brujería de Valenzuela llegara al extremo de poder cambiar los rasgos a voluntad. Al revés de aquél, este rostro estaba completamente afeitado, los ojos eran diminutos y estaban cubiertos por dos cristales prensados a la nariz, porosa y brillante.

—Aparta, brujo, y dame la vida…

El rostro del hombre se contrajo con la mueca de una sonrisa y se apartó. Al alejarse unos pasos, Alonso pudo observarlo mejor. Estaba vestido como nunca jamás a lo largo de todas sus correrías viera a ser humano cubrirse. Las piernas, como troncos erectos de árbol, estaban cubiertas por unos tubos semejantes a las fundas de los cañones. El tronco por una medio chupa

cortada a la altura de las caderas, con brazos en forma también de tubo. El cuello, ceñido por una golilla sin rizos, acabando en dos picos diminutos, y una cinta de colores anudada en torno al cuello caía sobre el pecho como una banda militar lisa y vertical. Alonso pensó que pudiera ser un monje, dado lo oscuro de las telas… pero el rostro afeitado y la cinta anudada al cuello le turbaban.

—¿Quién sois? —preguntó.

—El médico —respondió Salvador Yuste y Aguirrebengoa.

—¿Ha llegado mi día postrero? ¿Voy a morir?

—No.

—¿Cuánto he dormido?

—Mucho.

—Luigi tenía razón…

Pausa. Alonso y Salvador se miraban de hito en hito.

—¿Tienes sed?

—Harta. ¿Dónde está Luigi?

—¡Qué sé yo!

—¿La Inquisición?

—Toma, bebe…

—¿Cuánto he dormido?

—Mucho, he dicho.

—¿Cuánto? ¡Responde, perro!

—Estamos en octubre.

—¡Cristo! Luigi tenía razón…

Contreras cerró los ojos como para dormir.

Salvador Yuste se levantó bruscamente de su asiento y salió de la habitación de Alonso Contreras. Cruzó la galería, toda envuelta en sombras, apenas manchada de luz por la que se escapaba por los intersticios de la única habitación iluminada. Bajó la escalera y se dirigió a la cabina telefónica. El portero de guardia le oyó bajar.

—¿Ocurre algo, don Salvador?

—Nada. He de dar un recado telefónico.

—¡Y el loco ese cómo sigue?

—Se está despertando.

El doctor cerró tras sí la puerta de la cabina. El portero murmuró:

—¡Bendito sea Dios!

NOVELA

PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN LA NOVELA:

El Médico

El Periodista

Su Director

El resurrecto

El guardabosque

La mujer de mundo

El Diplomático

La niña Topolino

El negociante de postguerra

El aristócrata raído

El hombre listo

El penúltimo liberal

El Rector

El Pintor

El Poeta

El Conferenciante

El joven vanguardista

La mujer sombra

Su amiga

El negro de la orquesta

El Matón

El Editor

I

Era la noche del sábado. El director me había echado abajo una tras otra cuantas informaciones «sensacionales» había logrado pergeñar uniendo a dos o tres sucesos triviales un poco de fantasía.

Desde la misteriosa aparición del hombre vivo en una caja mortuoria del siglo XVII, y mi correspondiente información sobre el hecho, las relaciones de este redactor con su jefe no eran del todo cordiales. Es el caso que yo había violentado con mi actuación su lema profesional. Un lema del que estaba muy orgulloso y que repetía, como si improvisara, a todo nuevo redactor que ingresara en el periódico.

«Mire usted, joven: en la primera plana se puede exagerar… pero no mentir. En las siguientes se puede mentir sin exagerar…» Mi director aceptaba como buena cualquier noticia, aunque fuera falsa, con tal que pareciera verosímil. En cambio, se resistía a publicar todo lo que a su juicio no fuera verosímil, aunque fuera el Evangelio mismo de la veracidad. Esto le ha proporcionado, todo hay que decirlo, muchos éxitos durante la guerra mundial. Él dirigía desde su mesa del periódico una guerra propia que no tenía nada que ver con la que en los campos de batalla decidían los mariscales contendientes, pero que era muy del gusto de sus lectores. Contraviniendo sus órdenes y violentando su lema aproveché la circunstancia de estar yo aquella noche de turno en la platina para introducir en primera plana la sensacional resurrección del que aún no habíamos localizado como el Capitán Alonso de Contreras. El director pidió mi expulsión, pero el Consejo le desautorizó porque el periódico, que no había sido nunca más que un diario de bares y peluquerías, comenzó desde entonces a leerse en las antesalas de los ministerios y hasta en la clausura de algunos conventos. Apoyado, pues, por el éxito alcanzado y parapetándome tras la prudente legislación laboral que hace abortar cualquier necio expediente de expulsión, yo estaba dispuesto a mantener levantada a favor del resucitado de la Almudena la bandera de la rebeldía. Éste era, pues, mi estado de ánimo cuando el grillo del teléfono sonó en mi despacho.

—¿Diga?

—¿El redactor de sucesos?

—Al aparato. ¿Con quién hablo?

—Aquí el doctor Yuste…

Pero hora es ya, pues más adelante sería tarde, que dé cuenta cabal a los lectores de estas líneas acerca de mi persona. Así que, suspendiendo por breve tiempo el curso de la narración, dejo al doctor colgado del teléfono, como Cervantes dejó al Vizcaíno con la espada levantada, e hinchando estos segundos como un globo voy a aprovecharlos para hacer mi propia presentación.

Yo, lector, soy Cornejo. Antonio Cornejo. Periodista, soltero, ambicioso y no del todo tonto. Mi nombre no puede serte desconocido, pues va escrito con letras rojas en la cubierta de este libro, del que soy autor. Pido a Dios que te sea grato.

Yo al menos así lo intentaré rociando estas páginas con algunos talentillos que Dios me dio al nacer. A los catorce años gané unos Juegos Florales en Almendralejo. Logré volcar en alejandrinos una «Oda de exaltación a la labor del Ayuntamiento», y me llevé la Flor Natural siendo mi padre presidente de la Comisión calificadora y alcalde de la ciudad. En 1934, en *El Heraldo,* me encargaron la sección «Accidentes de tráfico». Por eso, probablemente, cuando acabó la guerra civil me hicieron director de una revista de automovilismo que editaba una rama del Sindicato de Ganadería. La revista murió sola, y aquí comenzó mi buena estrella, pues no existiendo precedente de que un solo funcionario del Estado haya quedado en la calle tras fracasar en su anterior cometido, no iba yo a ser una excepción. Así, pues, tras considerar los buenos servicios prestados por mí al Estado desde la dirección de la revista, al hundirse ésta yo ascendí en el acto, y de subjefe de la sección de Prensa del Sindicato pasé al servicio de programación de Radio Provincial. Obtuve más tarde el cargo de ayudante de delegado de inspector de Formación Política del Censo de Juventudes Ganaderas, hasta que cometí el error de abandonar la política para reingresar en el periodismo. De no haberlo hecho, hoy día, por lo menos, sería subsecretario. Y estaría harto de dirigir periódicos.

Mi entrada en aquel diario no fue tan fácil. El periódico estaba tachado de liberaloide, y un hermano mío, que en aquel entonces tenía influencia y mando, andaba buscándole las vueltas, pues le tenía ojeriza. Hasta que se las encontró. Parece ser que la empresa había tomado varios empleados administrativos sin cumplir con ciertos trámites laborales. Yo intervine entonces y conseguí que mi hermano levantara la sanción que el periódico merecía, y que por cierto no era baja, a cambio de que su director me aceptara como redactor de plantilla con un ligero sobresueldo sin importancia… Yo le

agradecí a mi hermano en lo que valía el favor que me hizo, pues me consta que esta combinación no tenía precedente más que con amigos de su mayor intimidad y a quienes debía favores.

Aunque en él periódico me recibieron de uñas, no tardé en captarme la voluntad de mis compañeros. Mi técnica, en lo que a mi sección se refería, era nueva en España y me dediqué desde el primer día a desarrollarla con todo entusiasmo. Nada de fotografías de exteriores de incendios. Los fuegos, cuando el redactor gráfico se negaba a secundarme, los fotografiaba yo mismo desde dentro: entre las llamas. Mi primer éxito serio fue con ocasión del célebre derrumbamiento de tierras que sepultó a cinco obreros cerca de Getafe. Cuando después de tres días de excavaciones lograron llegar las brigadas salvadoras al recinto donde estaban los sepultados los encontraron charlando plácidamente conmigo, que me anticipé en dos horas a llegar donde ellos estaban. Claro que tuve que bucear por una galería inundada, pero el éxito bien valía el remojón. A los pocos meses de haber entrado en el periódico, mi reputación estaba hecha. Y las paternales sonrisas que acompañaban a la consabida frase de «cosas de Cornejo» se trocaron bien pronto en el convencimiento de que «esto sólo Cornejo lo sabrá hacer». Y así es como el azar me llevó por aquellos días a ser el primero que abordara el suceso del Cementerio de la Almudena y a ser años más tarde el único que con harta mayor exactitud de la que yo mismo hubiera pensado pudo informar puntualmente al gran público de cuanto estaba relacionado con la resurrección de Alonso de Contreras. Los bulos, las necedades, los despropósitos que se han dicho y, por lo que se ve, aún quedan por decir sobre tan misterioso suceso, me han movido a reunir en este volumen cuantas impresiones, inéditas o no, pero veraces todas, sirvan a esclarecer la presencia entre nosotros de aquel hombre excepcional.

—Escúcheme usted bien y no me interrumpa —me dijo aquella noche el doctor Yuste a través del auricular—. Necesito urgentemente hablar con usted… No me interrumpa… Esta noche no podrá usted escribir nada nuevo. El enfermo sigue igual. No se ha despertado aún. Lo que he de decirle es grave y le interesa a usted profesionalmente de una manera extraordinaria. ¿Qué hora es?

—Las dos y diez.

—¿A qué hora sale usted de la Redacción?

—Si es tan importante como usted dice, ahora mismo.

—Pues ahora mismo le espero… ¡Ah!, y no diga a nadie que viene aquí…

—¡Por Dios, doctor! Confíe en mi discreción. Soy periodista…

—Por eso —atajó el doctor; y colgó.

Minutos después llegaba yo al hospital. El doctor Yuste me esperaba en la puerta.

—Gracias —me dijo—; suba usted.

Mi pequeño corazón profesional golpeaba nervioso con sus nudillos en las puertas de la fama. «¡Qué reportaje, Cornejo, tienes entre las manos!», me decía a mí mismo mientras subía a grandes zancadas, siguiendo la dirección que el doctor Yuste, sonriendo, me indicaba. Y al decírmelo, no sabía yo hasta qué punto era aquello verdad.

Entramos en la habitación de Alonso de Contreras.

Éste, desnudo como lo parió su madre, echado sobre la cama, casi parecía muerto, dada la intensa palidez de toda su piel. Tenía unas grandes barbas canosas que le habían recortado caprichosamente para que fueran analizadas por la policía. Todos sus huesos se abultaban bajo la piel; tan delgado estaba. Era larguísimo, o al menos así me lo pareció entonces; pero la anchura de su caja torácica y la prolongación inverosímil de sus hombros denunciaban a ojos vistas la contextura de un atleta. Las metáforas del futuro reportaje se apelotonaban en mi mente: «Su tórax de gigante, rayado ahora como una cebra en bajorrelieve por las olas endurecidas de sus costillas…» Estuve a punto de pedir un lápiz y una cuartilla al doctor para apuntar aquello, pero las palabras que pronunció el doctor me contuvieron.

—Él y yo necesitamos su ayuda.

Y mientras me lo decía señalaba al enfermo con el índice crispado. Después me ofreció un asiento, se sentó él también a mi lado y volvió a repetir la frase, mirándome fijamente a los ojos para estudiar el efecto que me producían sus palabras. Yo me revolví incómodo en la silla, como quien no tiene nada que decir y mucho que escuchar. Pero en el fondo la estaba gozando. Todo aquello era delicioso. («¡Qué reportaje, Cornejito, qué reportaje! ¡El mejor de tu vida!…»)

Yuste era un hombre extraño. Su estatura era algo menos que mediana; su cabeza, en cambio, era descomunal. Le sobraba cabeza o le faltaba cuerpo. Tenía la nariz gruesa, perpetuamente perlada de sudor. Los ojos, ínfimos y brillantes, me miraban por encima de unos lentes sin armadura, prensados a la nariz. La boca, muy estrecha, sin labios apenas, parecía abierta con bisturí. El pelo, cortado al cepillo como el de los labradores o los maestros de escuela. Era al parecer un hombre tosco, pero sus manos eran finas y estaban cuidadas como las de un dentista o las de un pintor…

—Pero, doctor, a usted le consta que yo no creo en la resurrección de este hombre.

—Sin embargo —contestó—, usted es quien ha defendido con más entusiasmo la posibilidad de que fuera realmente un resucitado…

—¡Quítele usted importancia a esto! Si lo hice fue porque era la posición más sensacional.

—Pues piense cómo lo será en adelante, amigo mío…

Todo aquello me parecía deliciosamente literario, fabulosamente periodístico. La proposición que me hizo el doctor hubiera convencido al más insensato de los hombres de que el médico estaba perturbado. A mí me pareció divina.

Se trataba de raptar de entre aquellas paredes el cuerpo del redivivo y esconderlo, aislándolo de toda investigación policíaca y de cualquier intromisión pseudo científica que pudiera convertir en realidad lo que el doctor Lafuente, director del hospital, había pronosticado refiriéndose a nuestro héroe: «Después de la clínica, a la cárcel o al manicomio…»

El tiempo que lo tuviéramos escondido lo aprovecharía el doctor para demostrar al mundo científicamente la posibilidad no ya de una resurrección, mas sí de un estado letárgico que permitiera una longevidad como la que Yuste sospechaba en el redivivo, y yo, entretanto, caldearía la opinión defendiendo en la Prensa las tesis del doctor… No dudé ni un momento en aceptar la proposición del médico. Éste, que debía estar dispuesto a agotar ante mí toda clase de argumentos para convencerme, quedó estupefacto ante mi respuesta:

—No se esfuerce usted, doctor… No hace falta que apele al servicio que prestará a la Humanidad y a la Ciencia. Para mí todo esto son zarandajas. Basta que me lo pida usted en nombre de la Literatura…

El doctor se quitó los lentes, para mirarme mejor.

—Ni hace falta, se lo aseguro, que intente usted convencerme de que este tipo es un superviviente de los tiempos de Maricastaña. Le juro que no es necesario.

Y ya no me enteré de lo que, inquieto y creyéndose burlado, me siguió diciendo el doctor. La fuerza de las metáforas que volcaría sobre aquel suceso el día que lo pudiera contar era mayor que todo lo que el doctor quisiera entonces decirme… El reportaje iba tomando cuerpo en mí mientras miraba triunfante el cuerpo dormido de aquel hombre al que ningún periodista había logrado aún conocer.

Aquel hombre, cuya filiación todavía ignorábamos, cuya aparición misteriosa había levantado ampollas de curiosidad en las multitudes, cuyo caso había rebasado ya las fronteras del país en el que despertó, estaba entonces ahí, a mi lado, al alcance de mis manos y de mis ojos: ¡al alcance de mi pluma!

No podía yo sospechar en mi frivolidad de entonces mientras le miraba luchar y vencer a una muerte que se alejaba de él al ritmo de su respiración, que todo mi futuro iba a quedar desde aquel día imantado, amarrado a su destino, para bien o para mal, hasta la muerte.

II

A medida que las primeras ondulaciones del Pirineo obligaban a la carretera a serpentear entre sus poderosas murallas, los ojos del doctor Yuste iban adquiriendo un brillo hasta entonces desconocido para mí. El coche subía tropezosamente, renqueando como un caballo agotado; los neumáticos chirriaban en las curvas y hubo que detenerse varias veces para echar agua de los arroyos en el hirviente motor. Dejamos el Valle de Ager, dejamos atrás el pantano de Tremp que pone una infinita nostalgia de mar entre las masas terrosas que lo abrazan; cruzamos La Pobla de Segur, en el vértice de dos valles; rebasamos Gerri de la Sal, con su monasterio cargado de leyendas presidiendo las cuadrículas amargas de las salinas. Tal es el contraste de aquellas aguas fluviales llevando en su seno cristales de sal, como jugando a ser océano, que de Gerri podría decirse lo que de Sigüenza cantó el poeta:

Si algún día pinto un mapa
te pondré en el litoral.

Yuste no escuchaba mis divagaciones líricas. Su cabeza funcionaba a una velocidad prodigiosa, comprobando el orden de sus ideas, colocando, como lo haría en el fichero de un laboratorio, sus pensamientos y sus emociones, en las casillas en que tenía prodigiosa e inhumanamente dividido el cerebro.

Yo me había lanzado a aquella aventura como Napoleón en sus guerras: «Primero me comprometo, después pienso en ello.» En Yuste, por el contrario, había tal exactitud en sus reacciones y hasta en la solución de los pequeños problemas que fueron surgiendo a nuestro paso que se diría que todo ello estaba previsto en largas horas de meditación y de estudio. Habíamos robado la ambulancia del hospital, que no había servido nunca más que para llevar al doctor Lafuente a su casa de campo de San Rafael, los fines de semana, en primavera. De cuando en cuando, yo me volvía para mirar a través de los cristales el cuerpo de Alonso, dormido y amarrado sobre la camilla. El cielo se iba cubriendo de espesos nubarrones y la temperatura descendía a medida que avanzábamos, presagiando tormenta.

—Si nevara —dijo Yuste de pronto—, estaríamos a salvo.

Cruzamos un estrecho cañón de piedra, tan apretado y profundo que la carretera se ceñía peligrosamente al río. Yuste tomó la curva con menos prudencia de la que debiera. Cruzamos Sort, con las ruinas del castillo condal. El valle se abría ligeramente, y allá, al fondo, surgían, dominadoras, coronadas por rebelde penacho de nubes pardas, las cumbres señeras del Montseny de Pallars.

—¿Qué hora es? —preguntó Yuste.

—Las doce. Llevamos nueve horas de recorrido.

El paisaje de montaña iba cambiando a medida que avanzábamos, como si al doblar cada revuelta dobláramos también la página de un libro de estampas multicolores. El valle del Noguera quedaba atrás y ahora el aire, el espesor de las praderas, la quietud de los ganados y hasta el aliento humeante de las yeguas que nos miraban cruzar denotaban un impreciso no sé qué de altitud. Los chopos y los almendros o los breves pinos de la repoblación carcomidos por las blancas bolsas de la procesionaria dejaban ahora paso a las praderas que ascendían quietas por la montaña. Era un paisaje plácido, húmedo, tierno, quizá femenino, cruzado aquí y allá de arroyos gruesos y lentos. Más arriba el paisaje se endurecía. Pinabetes aislados sobre el límite de las praderas eran centinelas avanzados del bosque, compacto, apretado, que coronando las más altas lomas daban la nota más severa de aquel arco iris del verde.

El coche subía, detestablemente conducido por el doctor. Aprovechando hasta lo injusto el respiro de las rectas o los descensos, el coche se embalaba, en tanto que la cuesta, empinándose como un caballo alzado de manos, obligaba a la ambulancia a disminuir su velocidad hasta que el motor —agotadas ya todas las marchas— tosía como un hombre enfermo.

—Vamos, vamos —le animaba Yuste.

—Sospecho, doctor, que es usted un conductor deplorable.

—¿No tiene usted frío?

—Algo.

La carretera se movió de pronto sobre sí misma y un aire helado penetró por los cristales.

—¡Viento norte!

Aquí empezaban realmente los verdaderos Pirineos. A medida que ascendíamos, el pequeño horizonte de lomas que nos rodeaba iba descendiendo y detrás de él crecía cósmico y guerrero el nuevo paisaje. Múltiples Venus nacían de un encrespado mar de piedras y crecían después, estirándose hacia el cielo en angustiosos garabatos rocosos. Farallones pardos se asomaban al abismo desde las alturas y los recientes aludes dejaban

marcadas sus huellas de tobogán sobre las nieves eternas. El frío aumentaba y las nubes bajas perdieron sus límites ocultando los picachos del puerto de la Bonaigua. Todo el cielo se puso lechoso, color de galena, a veces, y a veces oscuro como un difuminado de carbón sobre papel mate.

—Está lloviendo —dije.

—Está nevando —rectificó Yuste mientras detenía su coche—. Está empezando a caer nieve.

Descendimos del coche. El aire cortaba la piel como si viniera armado de alfileres de hielo. La nieve, más que sentida, presentida por el doctor, llegaba ahora del norte traída por el viento. Y no caía con la melancólica timidez de los nacimientos soñados, sino que arrebatada por el viento, azotaba de lado, subía desde el valle cortando la piel con sus ínfimos cristales. En las arrugas de las montañas, en los intersticios de las piedras, en la cuneta de la carretera la nieve, finísima, se apelotonaba.

—Hay que darse prisa —dijo el doctor—. Dentro de dos horas puede cerrarse el puerto.

Reemprendimos la marcha. El puerto vencido, la pendiente se pronunciaba, peligrosa. La cortina de nieve cubría por completo la vista del Valle de Arán, políticamente español, aunque francés por la geografía. El cansancio me fue ganando, y los ojos, sin paisaje ya sobre que descansar, se me iban cargando de soñolienta arenilla. Hice el resto del viaje dormido, aunque no tan profundamente como Alonso de Contreras. Yuste me despertó. Habíamos llegado. Estábamos en el calvero de un bosque. Nunca había visto paisaje semejante y al principio, incrédulo, lo tomé por una prolongación de mi sueño. Los abetos, altísimos, se elevaban por todas partes, y entre sus ramas la nieve en gruesos copos se deslizaba pausadamente. Un anciano, desconocido para mí, cubierta la cabeza hasta las cejas con una boina, nos recibió con grandes muestras de alegría.

—¡Hijo mío… veinte años sin verte!… ¡Sabía que vendrías!

Su hija, talluda ya y silenciosa, nos trajo agua tibia para lavarnos. El anciano nos informó que a aquellas horas el Puerto de la Bonaigua apenas se divisaría ya bajo la nieve y se hacía cruces de que hubiéramos podido cruzarlo. Pocas horas después la carretera habría desaparecido totalmente. El Valle de Arán detrás de aquella muralla quedaba encerrado, y en él, Alonso de Contreras y nosotros, aislados del resto de España, hasta que el sol de la primavera, después de seis largos meses de invierno, fuera lentamente desnudando al puerto de su blanco sudario. ¡Hasta la nieve estaba prevista por Salvador Yuste y Aguirrebengoa!

III

El refugio que el doctor Yuste había escogido en el Valle de Arán para encerrar el cuerpo de Contreras estaba en el corazón de un bosque, a pocos centenares de metros de la frontera francesa y a algunos más de la de Andorra. Desde septiembre hasta las puertas de abril nadie sino los lobos puede llegar hasta él desde el lado de España, porque lo impiden los Pirineos, la más formidable fortaleza de Europa, cerrada con inviolables cerrojos de nieve y vigilada por los más poderosos dioses de la orográfica mitología: los Montes Malditos. En aquel refugio, en aquel encierro, lejos del alcance de toda intervención policíaca, Yuste podría libremente salvar a su enfermo y estudiarlo.

Yo, entretanto, planearía la campaña de Prensa que habría de preceder al retorno de Yuste a Madrid…, y Contreras, sin más compañía que dos aldeanos y nosotros, no sufriría el choque del tránsito de su época a la nuestra con tanta violencia como la producida sin duda en su ánimo si despertara a la realidad en la fiebre epiléptica de una gran urbe moderna.

El sitio no pudo ser escogido con mayor acierto por el doctor Yuste.

En sus largos paseos por los contornos, el doctor encaminaba sus pasos hacia el Barranco del Lobo. El bosque rompía de pronto su continuidad y se despeñaba por una pendiente de rocas. Desde allí se veía el valle, cruzado por el Garona, engordado apenas nacido por infinitos arroyos y fuentes que roban el agua española de los deshielos para regalar a Francia uno de sus ríos más generosos. Y al fondo, presidiendo el concierto del Valle, de las cumbres, de las nubes, de las nieves, de los ríos, los Montes Malditos con sus dos cabezas, el Maladetta y el Aneto, alardeando torvamente de poderío. Cuenta la leyenda que en la más remota antigüedad unos pastores de estos montes negaron su ayuda a un pobre que apareció en aquellos contornos pidiendo limosna. Se dice que el mendigo era el Hijo de Dios y que como castigo convirtió a los pastores en bloques de piedra.

El doctor Yuste intentaba reconstruir la figura de los dos mozos en el perfil de las dos cumbres. Necesitaba espolear su fantasía con la fantasía del paisaje. Pero era inútil. Todas sus ideas, por mucho que intentara dispersarlas, estaban fatalmente imantadas y convergían tras la divagación en el único centro que movía todos sus actos: el resucitado.

Después de sus primeras palabras pronunciadas en el hospital, había caído de nuevo en un largo sopor, apenas interrumpido por brevísimos momentos de lucidez en que volvía a preguntar, obseso, por los orígenes de su sueño.

—¿Cuánto he dormido? —volvió a preguntar un día.

—¿Cuándo comenzó a dormir? —preguntó a su vez el doctor.

—Lui… gi me durmió el día de la Visitación de Nuestra Señora. —Y añadió débilmente—: ¿Dónde estoy? ¿Vuesamerced es español? ¿Dónde estoy? ¿Cuánto he dormido?

—Soy español —repuso con suavidad el doctor—, y soy su amigo. Mi nombre es Salvador Yuste.

—¡Yuste! —comentó, nostálgico, el resurrecto—. ¡Allí murió el Emperador!

Hubo un largo silencio.

—Tengo sed —dijo de nuevo—; tengo sed…

Y volvió a quedarse dormido.

Día tras día el doctor fue espiando sus reacciones, temiendo por su vida, esperando con idéntico terror el momento del definitivo dormir o el decisivo despertar. Ahora que éste parecía acercarse, Yuste temblaba deseando y temiendo el fin de aquella agonía invertida; del tránsito de la muerte aparente a la vida real.

Los primeros alimentos le fueron dados en dosis ligerísimas y espaciadas. Los primeros pasos, treinta segundos de paseo diario, durante las primeras semanas, apoyado en el doctor o en mí, pues las piernas no le obedecían. Yuste había aleccionado al guardabosque y a su hija para que las primeras ideas se le fueran cediendo a dosis, como si fueran píldoras de pensamiento, para no desequilibrar con la tremenda verdad el pequeño mundo mental del enfermo. Todo, pasos, alimentos, ideas, fue medido, pesado, pensado por el doctor. Cuando Contreras dormía, Yuste se acercaba a él y le hablaba al oído, como pretendiendo dirigir su sueño, preparando el subconsciente de Contreras a recibir la gran verdad.

En sus largos paseos por el bosque, cuando el tiempo lo permitía y los Montes Malditos no amenazaban tormenta, el doctor pasaba revista a los avances y progresos de su enfermo y preparaba sus planes para el futuro.

Pero Contreras también tenía los suyos. Cuando al fin comprobó que ninguno de cuantos le rodeaban tenía nada que ver con el Santo Oficio, ni con Osorio, ni siquiera con Luigi o Valenzuela, pensó que estos últimos para salvarle debieron transportar su cuerpo a donde ahora estaba, y que luego, descubiertos y perseguidos, hubieron de huir abandonándole. Pensó, en fin,

vivir tranquilo el tiempo que fuera preciso para reponerse, y comunicar al físico que le atendía su precisión de llegar a Lisboa, donde había de embarcar si quería dar feliz término a un negocio del que dependía su vida, su honra y el buen servicio del Rey. Y así lo hizo, pero al encontrar cierta resistencia en su amigo se vio precisado a contar al doctor su vida y milagros, las persecuciones de que era objeto, la argucia que había usado para huir de sus perseguidores y sus planes para el futuro…

Y así fue como tuvimos conocimiento de la personalidad de nuestro héroe. Son de inestimable valor (no sólo para el conocimiento de nuestro personaje, sino también para el estudio comparativo de las dos épocas mentales que en su interior y a partir de entonces comenzaron a chocar) las reacciones de Contreras ante la realidad circundante cuando, todavía incontaminado por los gérmenes de nuestro siglo, se dio de bruces con él.

Y así es que cuando el doctor Yuste, como único argumento para detener sus crecientes deseos de fuga, le disparó toda la verdad informándole que ya no había Luigis, ni Valenzuelas, ni Inquisiciones, y que el secretario Osorio llevaba tres siglos sujeto a la divina jurisdicción del Supremo Juez y que no había por qué huir, ni por qué vengarse, ni de quién vengarse, Contreras ni se admiró ni se escandalizó ni se asustó. Su rostro se iluminó de júbilo, miró al techo y a las paredes con la nerviosa e infantil expresión con que un daltónico descubriera de pronto los colores de las cosas y anteponiendo un suplicante «¿no me engaña vuestra merced?», rogó al doctor le repitiera la buena nueva.

—Esto quiere decir… —dijo, al finalizar, el doctor.

—Esto quiere decir —interrumpió Contreras— que presto seré almirante.

¿Se dio cuenta cabal el Capitán Contreras de las palabras del doctor? ¿Fue capaz de medir el alcance de su significado? ¿Hemos de creerle tan falto de sensibilidad como para no intuir la tragedia que representaba tener el sepulcro separado de la cuna por un abismo que no había vivido? Lo asombroso de muchas de las reacciones de este hombre es precisamente su falta de asombro ante acaecimientos que hoy día nos estremecen y el supersticioso temor con que acogía en cambio minucias y trivialidades tan incrustadas en nuestra epidermis social, que si no viniera Contreras a descubrírnoslas creeríamos que más que características de nuestra época eran inseparables a la humana naturaleza. Ni su resurrección, ni la bomba de hidrógeno, ni el radar, ni la desintegración del átomo, ni el movimiento pro federación de Europa, ni la agencia recién creada de viajes interplanetarios le llegaron, muchos meses después, cuando tuvo conocimiento de ello, a inquietar o perturbar. En

cambio temblaba ante el agua corriente, la democracia, un timbre de llamada o una muchacha en bicicleta.

El relato del primero de los diálogos mantenidos con el resucitado que me había hecho el doctor Yuste la noche que me sacó de la Redacción me impresionó en su día hasta el extremo de decidirme a ser su cómplice en el rapto del cuerpo; cosa que hice deslumbrado por la explotación periodística de caso tan excepcional, pero sin detenerme a ahondar en la posibilidad de que todo fuera realmente verdad, tan verdad como las apariencias indicaban. En el Valle de Arán, a lo largo de los meses que allí convivimos, fui convenciéndome de que todo aquello ni era fábula ni sueño, ni cabía posibilidad de engaño. Pero cuando aquel ente, aquel fantasma, dejó de ser una entelequia con respiración para convertirse en un individuo con su nombre, con su historia, con sus apellidos a cuestas, con su pasado conocido —hasta con sus Memorias publicadas meses antes de su aparición como patente de veracidad, como cédula de fe—, sentí, por una paradójica reacción de contrastes, una angustiosa necesidad de no creer en nada; de huir de la evidencia misma. Hasta aquel momento, mi fe en la resurrección de aquel hombre que no sabíamos quién era, tenía un carácter puramente literario. Yo creía en ello porque era deliciosamente sugestivo que fuera cierto aquello en lo que, en el último rincón de mi sinceridad, en realidad no creía. Pero cuando la evidencia comenzó a penetrar en mí me defendí como un león que se niega a ser enjaulado. Y si por la mañana amanecía con el convencimiento de que todo aquello era un engaño prodigioso, por la noche, después del trato directo con Contreras, me acostaba con el convencimiento contrario.

Una tarde abordé al doctor. Traduciendo a lenguaje literario su estupor de hombre de ciencia me hizo el efecto de que su reacción se asemejaba a la de un poeta que cantando al borde de un arroyo a las náyades y sílfides de los bosques éstas se le acercaran real y verdaderamente dispuestas a convivir con él. Cuando eran pura fantasía, el poeta creía en ellas. Pero ahora que las tenía ahí al alcance de sus manos no se atrevía a abordarlas temiendo traspasar la frontera que va del incierto mundo de la fantasía al cierto y pavoroso del desequilibrio mental.

Y era patético ver cómo se enfrentaban la fe con que el propio Contreras aceptaba su prolongación a través de tres siglos, con la duda del hombre sin el cual su despertar al siglo XX no hubiera sido posible. El encuentro entre la duda del descubridor y la fe del descubierto representó el primer choque entre los dos siglos que se enfrentaban: el XX escéptico y el XVI milagroso.

Un día, sentados el doctor y yo junto a Contreras a la puerta de la choza forestal, el resurrecto preguntó al doctor:

—¿Qué piensa vuesa merced?

—No pienso. Dudo —respondió éste.

—Poco habéis vivido para dudar. Y ¿puedo saber de qué dudáis?

—De un milagro…

—Si dudáis de un milagro, el tal milagro no lo es, que los milagros llevan la evidencia consigo.

—Luego usted cree en los milagros —preguntó riendo el doctor.

—Ya es milagroso que vuesamerced sin ser moro ni judío no crea en ellos… Y yo… ¡cómo no he de creer si he vivido más de seis!

El sol levísimo y convaleciente, como recién salido de un hospital de nubes, acarició suavemente los rostros de los dos hombres. María, la hija del guardabosque, sentada cerca de ellos, dejó de zurcir…

—El uno —dijo Contreras fue en una grande escaramuza con un bajel del turco en aguas de Alejandría. Duró tres horas, al cabo de las cuales tomamos el bajel, aprisionamos a los esclavos y nos dimos a saquear, que había mucho y rico. A los vivos los guardábamos como esclavos. A los muertos, que pasaban de doscientos cincuenta, los tiramos a la mar. *Vuestras mercedes ya saben que los muertos en el mar si son moros y turcos vuelven la cara y el cuerpo hacia abajo* mirando a los infiernos, y los cristianos hacia arriba. *Pues vi aquel día cosa que cuento para que se vea lo que es ser cristiano*. Uno de los muertos del turco quedó boca arriba, cosa muy contraria a los de su raza y religión, que, como digo, siempre quedan boca abajo. Quedamos todos admirados y suspensos de aquel prodigio *y preguntamos a unos turcos que teníamos esclavos cómo era aquello, y nos dijeron que siempre le habían tenido en sospecha de cristiano, pues aunque él se decía renegado, era francés bautizado y practicaba en secreto su religión*. Díganme vuestras mercedes si no es milagro que Dios antes de mandar a los muertos a los infiernos les dé la vuelta para mirarles la cara…

»El otro fue en Lampedusa, una isla a medio camino entre Malta y Berbería, muy abundante de tortugas y conejos. *Dicen que está encantada. Y que en ella se dieron la batalla el rey Rugero y Bradamonte. Para mí es fábula. Pero lo que no es fábula es que en ella hay una cueva* donde los cristianos veneran *a una imagen de Nuestra Señora con un niño en brazos, y los turcos a un morabito que tienen por santo* y que está allí mismo enterrado. En esta cueva se refugian cristianos y turcos cuando naufragan, *en espera de que venga un bajel de su religión y les lleve*. Allí se alimentan de las limosnas

que dejan los barcos cristianos en la cueva con ese fin: bizcocho, queso, aceite, tocino, vino y dinero. *Pero adviértase que ningún bajel*, sea turco o cristiano, *se atreverá a tomar el valor de un alfiler* de dicha *cueva*, aun siendo grandes tesoros los que se juntan, porque todos, como he dicho, dejan ahí su limosna. Y aunque quisieran llevárselo no podrían porque el bajel donde va lo robado no puede, aunque haya viento, salir del puerto. Y si lo intenta se va al fondo. Yo, siendo mozo y pecador lo intenté, y naufragué…»

El doctor Yuste escuchaba a Contreras sin perder sílaba. Era otro el milagro que a él le turbaba; aquel de sentirse trasladado por la evocación de aquel hombre a aquellos tiempos en que los milagros llevaban —como decía Contreras— la evidencia consigo. Contreras continuaba:

—Pero estos son milagros de pecho al lado deste milagro gigante que voy a contar. *Yo estaba de guarnición en Cambray, con mi tercio*, del que era alférez. *Y sucedió que habiéndome nombrado de ronda en la muralla con otro alférez mallorquín que se llamaba Juan Jil*, vimos venir a un correo que nos dijo que esa *tarde habían matado al Rey de Francia dándole dos puñaladas con un cuchillo. Ante eso decidimos que fuese yo a dar el aviso al gobernador. Llegué cuando estaba acostado, y al darle la nueva se espantó porque sabía el estado y riesgo en que andaban las cosas* para la guarnición española. A la mañana siguiente la *noticia se desmintió y todos hacían burla de mí* y de mi compañero diciendo que lo habíamos soñado. Nueve días después de esto que digo, asesinaron al Rey de Francia, Enrique IV, tal *como nos lo había contado el correo de postas*. Lo hizo un maestro de niños que se *llamaba Francisco Ravaillac, natural de Angulema*, en Bretaña. Esto *sucedió el catorce de mayo de mil seiscientos diez*. Era entonces *embajador del Rey* de España *en París don Iñigo de Cárdenas y se cree que fue un ángel* el que me dio la noticia antes de que ocurriera, para que la guarnición española estuviera preparada.

Cuando Contreras terminó su narración, una brisa helada comenzó a agitar las copas de los pinabetes. Se diría que un espíritu maligno hubiera paralizado nuestras lenguas, pues ni el doctor ni yo acertamos a pronunciar palabra. María, la hija del guardabosque, que le había escuchado espantada, bajó de nuevo los ojos y siguió zurciendo. Pero la brisa inicial se trocó en viento huracanado salpicado de copos. Durante toda la noche los brazos invisibles del viento ciñeron nuestra casa como si quisieran llevarla a las alturas para rescatar algo que le pertenecía… algo que el viento hubiera dejado olvidado siglos atrás entre los hombres y que ahora se empeñaba en rescatar para su

reino. Yo no pude pegar el ojo hasta me amaneció. La casa entera estaba ceñida, apretada, alanceada por el viento…

IV

Madrid. Frente al espejo, ajeno en absoluto a mi contemplación, Alonso de Contreras se estaba vistiendo. La habitación contigua al dormitorio tenía un amplio ventanal sobre el parque, por donde entraban a raudales la luz, las risas de los niños y los ruidos de la circulación. De un armario empotrado, con la puerta entreabierta, colgaban la media docena de trajes de tarde que le había comprado; en las bateas, las camisas de seda y popelines, algunas aún sin estrenar, y colocados en posición de firmes, una larga hilera de zapatos nuevos. En los lavabos, todos los potingues del petimetre más exigente. Torpemente al principio, con mayor habilidad después, Contreras había ido aprendiendo el difícil manejo del jabón y los cepillos y el peine. Ahora, sabiendo que algo se le olvidaba, recitaba mentalmente su lección: «Primero el baño, después los dientes, después la barba, después el pelo, después las manos, después las uñas…» Cayó al fin en lo que le faltaba. Tomó la loción facial con la siniestra, la hizo gotear sobre la diestra y extendió el líquido mentolado sobre su rostro, sin poder reprimir un resoplido de dolorosa fruición.

—Pica, pica; vaya si pica.

—¡Moderación, capitán, moderación! —le dije desde mi asiento—. El día que aprenda a no berrear al tomar la ducha fría, o al darse la loción después del afeitado, empezará usted a ser un hombre sociable.

—¡Al diablo! —dijo riendo, sin dejar de mirarse al espejo mientras alzaba en sus dedos la tijera y se disponía a nivelar su bigote con la misma parsimonia y cuidado con que un buen jardinero recortaría el boj de lujo de su jardín.

Al verle así, hecho todo un señorón, viviendo como un ministro, recordaba los obstáculos que hubo que vencer para que un día Contreras pudiera vivir y vestir así… Yo también desde entonces me vestía mejor. «Los asuntos no van mal, Cornejito, no van nada mal…», me decía yo entonces justamente satisfecho. Porque, ¿cuánto tiempo había pasado desde que, deshechas las nieves del puerto de la Bonaigua, el doctor Yuste decidió regresar a la capital y entregarse a la policía antes de que la policía le buscara a él? Seis meses escasos… y, sin embargo, ¡qué de vueltas —como decía Contreras— había dado desde entonces para nosotros la rueda de la fortuna!

Ahora, a la vuelta del tiempo, seis meses después del regreso del Valle y un año desde la aparición en el cementerio, no podía menos de reírme al recordarlo… «¡Genial, Cornejo, genial!», me había dicho mi director, olvidando su enemistad primera, cuando entré en su despacho, a mi regreso de Arán. Y puso en mis manos el ejemplar con la primera de las crónicas que el guardabosque había hecho llegar a Andorra para ser allí fechada y remitida a Madrid. «¡Seis ediciones se agotaron en pocas horas!…» «¡Los repartidores telefoneaban cada treinta minutos diciendo que las gentes se arrebataban los ejemplares!…» ¡Que mandáramos más! «Se agotó el papel que teníamos en almacén.»

Realmente, la titulación que el director me ofrecía no podía ser más sensacional: TAL COMO SOSPECHABA LA POLICÍA, FUÉ EL DOCTOR YUSTE QUIEN ROBÓ DEL HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS EL CUERPO DEL MISTERIOSO APARECIDO EN EL CEMENTERIO DE LA ALMUDENA, gritaba la más alarmista de las tipografías. Y la información estaba subtitulada con un impresionante sumario: EL MÓVIL DEL ROBO, SEGÚN DECLARACIONES DEL EMINENTE HOMBRE DE CIENCIA, FUÉ EL PODER INVESTIGAR EL CASO ALEJADO DE LA INTERVENCIÓN OBSCURANTISTA DEL DIRECTOR DE SU HOSPITAL. Y debajo añadía: DESPUÉS DEL HOSPITAL, A LA CÁRCEL O AL MANICOMIO, HABÍA DICHO EL DOCTOR LAFUENTE, REFIRIÉNDOSE AL RESURRECTO. Y por último: «Andorra, 7 de abril. SENSACIONALES DECLARACIONES DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL.»

Del éxito de estas declaraciones en la opinión pública me dio buena cuenta el director, pero el de la llegada a Madrid nadie me lo tuvo que contar.

Fue en la Estación de Mediodía, Contreras y Yuste bajaron del tren con las manos esposadas. Yo mismo (de acuerdo, por supuesto, con el doctor) había aconsejado a la policía que hiciera esto, pues todas las precauciones serían pocas ante un hombre tan extraordinariamente peligroso como era el capitán. Y es que yo no ignoraba que, al revés que en Inglaterra (en que el público recibe con muestras de desconfianza a quien lleva las manos prisioneras), en España las masas reaccionan siempre a favor del preso. ¡Y cómo reaccionó!

Yo, durante la discusión de este plan con el doctor Yuste, cuando decidí adelantar mi regreso, para caldear a la opinión, no quise de ninguna manera que Contreras hiciera su aparición vestido de corbata y chaqueta. Había que vestirle de tal manera que se comprendiera que su ropa era prestada; que le hiciera parecer extraño y desarraigado a cuantos le rodeaban. Vestirlo de época hubiera sido grotesco. Ahora, al verle bajar esposado, con un estrecho pantalón de pana y una blusa de labrador, asomando su pelambrera bajo las

alas de un gran chambergo de médico rural, aplaudí en mi fuero interno las dotes escenográficas del doctor. Contreras, entre la multitud de curiosos que le miraban embobados, avanzaba receloso y acobardado del brazo de dos policías. Inmediatamente detrás, el doctor Yuste, muy pálido, vestido de negro, con noble gesto de ofendida dignidad.

—Realmente el de las barbas parece un hombre de otra época —decía yo mismo con voz asombrada a los que tenía más cerca. Y después me escabullía algo más lejos para repetir lo mismo.

—Y el médico, ¿verdad que parece un sabio? —añadía.

Al llegar a la puerta de salida de la estación, unos fotógrafos detuvieron la comitiva. Se abrió un semicírculo entre la gente. Los policías pusieron cara de circunstancias: Diez o doce reporteros, unos de rodillas, otros de pie, dispararon, el que lo tenía, su *flash*, y el que no, su magnesio.

Contreras, al ver aquellos fuegos, sin saber lo que eran, ni por qué se le apuntaba con aquellas armas, se asustó de tal manera que desprendiéndose de los que le sostenían y atropellando a los que tenía delante, dio un salto y trepó sobre un hacinamiento de sacos y mercancías. Allí, con los ojos fuera de las órbitas, las manos esposadas en alto como para descargarlas sobre el primero que se acercara, quedó quieto, amenazador y receloso.

La multitud, sorprendida y presa de pánico, se movió inquieta como una ola de resaca que retrocede. Un policía sacó una pistola. Contreras se encogió dispuesto a saltar sobre él. Comprendí que aquello podía terminar en tragedia, y dando voces y empellones me abrí paso hasta llegar al policía.

—¡Guarde usted el arma, bárbaro! —grité—. Y déjeme hacer.

(En casos como esos gana siempre el más audaz. Yo no sé si me tomó por un jefe suyo; el caso es que me obedeció.) Entonces me dirigí a Contreras:

—¿Qué es esto, mi señor capitán? Nadie de los que aquí hay quiere mal a vuestra merced…

Un gran murmullo se elevó de entre la gente al oír los términos en que me dirigía a él.

—Más vale salto de mata que ruego de buenos —gruñó Contreras.

—Repórtese vuestra merced y baje de ahí… no vayan estos señores a creer que tiene miedo…

—¡Hijo de su madre, si alguno lo piensa que se acerque! —gruñó de nuevo.

—¡Vamos, vamos, sosiéguese!

Cuando, al fin, Contreras descendió, en los ojos del doctor Yuste había un brillo de satisfacción: un aplauso contenido.

Aquella noche Yuste y el Capitán durmieron en la Dirección General de Seguridad. Madrid entero ardía en comentarios. Los contreristas superaban a los contrerófobos. Las gentes se exaltaban hablando de Contreras como si fuera un problema del que dependiera el porvenir nacional. Cuando Yuste fue inhabilitado por el Colegio de Médicos para ejercer su profesión «para no deshonrar a todo un cuerpo por contar entre los suyos a curanderos y visionarios», las pasiones alcanzaron límites insospechados. El Colegio se negó a escuchar el flamante estudio del doctor sobre la vitalización de los tejidos y la catalepsia indefinida…, y esto y otros excesos le privó de razón. El gran público, la masa, estaba de nuestra parte. Por aquel entonces escribí yo uno de los artículos polémicos más brillantes de mi carrera periodística.

IGUAL QUE AYER se titulaba. Y comenzaba diciendo: «Cuando Miguel Servet descubrió la circulación de la sangre; cuando el Padre Huarte habló por primera vez de la localización de las humanas reacciones en determinados lóbulos cerebrales, sembrando las bases de la frenología; cuando Pasteur, moderno Colón de la Historia contemporánea, descubrió el nuevo continente de la microbiología; cuando Ramón y Cajal (cincuenta años antes de ser Premio Nobel) aventuró ante un tribunal universitario sus primeras teorías sobre la composición de los tejidos, la incultura, el obscurantismo y la miopía llevaron al primero a la hoguera, al segundo al descrédito, al tercero a la expulsión de la Academia de Medicina de su país, al último al suspenso (en histología, precisamente), truncando la clara trayectoria de su incipiente carrera. Hoy día Servet es considerado como un mártir de la Ciencia. La teoría de Huarte fue lo único que quedó a salvo cuando la doctrina moderna fue desechando las lucubraciones de Guay, que dos siglos después se había inspirado en él. Sin Pasteur la medicina no habría dado el prodigioso salto que va del sangrado con sanguijuelas a las *sulfamidas*; y sin Cajal andarían en pañales, confundiendo los tejidos del cuerpo humano con los de una fábrica de Tarrasa, los propios señores que hoy intentan llevar a la hoguera del descrédito a este nuevo Miguel Servet de nuestros días…»

¡Ánimas del purgatorio, la que armé! Estudiantes de medicina se sublevaron contra sus profesores. Uno de los médicos que votó a favor de la expulsión del doctor Yuste estuvo a punto de ser linchado por el Frente de Juventudes. Pero la reacción popular tan esperada por mí no resolvía en verdad ninguno de nuestros problemas. Yuste, humillado, desalentado, estuvo a punto de emigrar dejándonos en la estacada. Hasta que un día… ¡con qué alegría lo recordaba yo ahora!, Contreras, doblado de risa, nos enseñó la carta que acababa de recibir.

—¡Por mis pecados, señores, lean vuesasmercedes este papel, que nunca pensé que nadie compraba tal clase de mercancía!

El departamento de Investigación de la Roosevelt University en Nueva York se interesaba por adquirir la propiedad del cuerpo de Contreras para cuando éste muriera, a fin de realizar con él determinadas investigaciones…

Formaba parte del contrato el residir por lo menos tres meses cada año en los Estados Unidos como huésped de la Universidad. Ésta no tendría inconveniente en adelantar el dinero, siempre que el Capitán estableciera un seguro en una compañía de reconocida solvencia que indemnizara a la Universidad en caso de que por cualquier circunstancia el cuerpo del Capitán no pudiera ser trasladado después de muerto a aquel centro de investigación.

A través del espejo frente al que se arreglaba, Contreras me vio reír.

—¿De qué se ríe vuestra merced? ¿Se burla por ventura de mi torpeza?

—No, hombre. Estaba recordando…

—Pues que aproveche —dijo. Y dejando las tijeras sobre la repisa de cristal se quitó la bata y buscó su mejor camisa y su traje de montería. Siempre que le veía vestirse recordaba la primera vez que tras rapar sus barbas y melenas y modelar su bigote se miró al espejo. «¡Soy un muchacho! —había dicho, triunfante—. El dormir siglos le vuelve a uno mocetón y galán.» Contreras tendría entonces, según mis cálculos, cincuenta y un años. Con su barba casi blanca, su pelambrera rizada en la nuca y su pálido rostro de convaleciente era poco menos que un patriarca. Al meter navaja y tijera, loción y baños de sol se encontró de pronto hecho un pollo cincuentón, hábil al floreo y a la conquista.

¡Lo que había el capitán Contreras progresado desde entonces!

Todo el tiempo que duró el difícil pleito del doctor Yuste yo había mantenido prácticamente encerrado al Capitán. Me obsesionaba la idea, máxime teniendo a nuestro favor a la calle, de que las gentes no reconocieran en Contreras al personaje fabuloso que con tanta bulla y tanto escándalo se había forjado en la imaginación. Era por ello necesario, había pensado yo entonces, adaptar sus modos sociales (su manera de andar, de conversar, de comer, de sonreír, de discrepar, de aplaudir, de hacer el amor), no ya a las maneras de nuestros días, sino a lo que, según la mentalidad de nuestros días, debían de ser los modos sociales de un soldado de los Tercios de Flandes, que ha sido asesino a los doce años, soldado a los catorce, pirata a sueldo de los príncipes cristianos a los veinte, fraile a los veintidós, reo a los veintisiete; pero que también fue a lo largo de su vida gentil cortesano en la corte de unos duques, amable huésped en casa de Lope de Vega, «el mayor ingenio que

vieron los siglos»; gobernador de islas, protegido del conde Salazar, amigo del marqués de Santa Cruz, y al fin de su vida, huésped, cómplice y víctima de un nigromante morisco que por lo mismo devolvía la doncellez a quien la había perdido, como aseguraba la vida a quien estaba a punto de perderla. Durante un tiempo pensé que sería preferible en este orden de cosas dejar a Contreras al natural, pero pronto salí de mi error, pues dejarlo «al natural» era exponerse a perder la vida a cada instante. En cualquier caso su mirada era tan provocativa, sus carcajadas tan estentóreas, sus zancadas tan extremadas, que antes parecía caricatura de sí mismo, que no superviviente de su época. Decidí, pues, limarlo respetando los ángulos fundamentales de su personalidad, pero suavizando sus aristas. Era además preciso hacerlo así preparando el camino de su posterior explotación.

Yo tenía la esperanza de que algún día Contreras diera conferencias sobre moral, teología, estrategia y amor…

El tiempo que residimos en el Valle de Arán yo lo había dedicado a una intensa preparación cultural del capitán Alonso. Había sido preciso enseñarle no sólo la Historia de España y del mundo desde Felipe IV hasta nuestros días, sino exponerle los antecedentes políticos y filosóficos del momento actual, la evolución de las costumbres y del pensamiento, los progresos de la ciencia, del arte de la guerra y de la navegación.

En Madrid, en cambio, me preocupé mucho más de su educación social. Las segundas enseñanzas fueron desde luego las más difíciles. Y entre ellas, nadie lo diría, la que más me costó fue la de enseñarle a andar, evitando la extraña y petulante manera que tenía de hacerlo: la cabeza erguida, desafiante; los pasos, lentos y a largas zancadas, y un cierto movimiento de hombros que acusaba al bracear, en extremo sorprendente y desagradable. Le obligué a andar más corto, a dar flexibilidad a su cuello y rigidez a sus hombros. Más tarde, cuando tuvo la práctica suficiente para salir a la calle, tuve que corregir otro defecto muy arraigado en él. Era éste la manera recelosa que tenía de mirar a cuantos con él se cruzaban. Desde que les divisaba de lejos hasta que le rebasaban, Contreras no apartaba sus ojos de los de su vecino. Le seguía con la mirada, medio altiva, medio recelosa, y si el otro aminoraba el paso al sentirse así observado, Contreras se apartaba como si esperara un ataque. Si eran mujeres del pueblo las que se cruzaban con él, Contreras las desnudaba con los ojos, que se encandilaban traviesos al par que hinchaba o se le hinchaban las ventanillas de la nariz. Si eran señoras en vez de mozas y no tan jóvenes que se le fueran los ojos, y más si por su indumentaria o su porte demostraban ser de calidad, Contreras las cedía el

paso, deteniéndose cinco o seis metros antes de que le alcanzaran y les daba frente iniciando una, que él consideraba, discreta reverencia. Todo era en él, al principio, tan extremoso que sus cortesías semejaban bajeza y servilismo, sus muestras de amistad sometimiento, su disconformidad declaración de guerra. Comía con tales muestras de apetito que se diría que quería recuperar cuanto no había comido en los tres siglos de muerte aparente, y con tal avidez que se llevaba el quinto pedazo a la boca antes de que ésta hubiera despachado el primero. Hablaba por los codos mientras comía, eufórico casi siempre y de excelente humor, maldiciendo del doctor Yuste, que le prohibía devorar más de cinco platos descontando sopa y dos postres. No bien acababa de comer, cuando arrellanándose en un sillón o en el suelo si aquél no era de su gusto, dormía una siesta tan aparatosa como la comida, con ronquidos algo más fuertes que los comunes, tan sólo interrumpidos por hipos u otros ruidos a los que sobraba en aparato lo que les faltaba en educación. No. La presencia de Contreras, si yo le hubiera dejado «al natural», no hubiera sido cómoda, ni su compañía agradable, ni su figura atractiva. El hombre no hay duda que ha ganado a través de estos siglos en apariencia tanto como ha perdido en contenido. Las reacciones de Contreras eran siempre primitivas, y de aquí que tuvieran el defecto de ser salvajes y la virtud de ser sencillas. De dos cosas muy de nuestros días carecía Contreras: malicia y de ironía. Lo primero va dicho en su favor, lo segundo no. Pues la ironía es el lubricante que ha ido poniendo la buena educación a nuestros malos humores, y la malicia no es sino maldad, encubierta en sus manifestaciones externas por la buena educación. La lealtad, la fe, la ausencia de malicia, la generosidad, eran sus virtudes más características al par que el pundonor llevado a su extremo último, y la fanfarronería y la impremeditación y la agresividad y el recelo constituían sus defectos esenciales. Algunos de éstos, como el recelo, eran sumamente inocentes. Contreras tenía el recelo del cordero, que teme al lobo si el lobo no se disfraza. Nada más fácil que engañar a Contreras. Esto facilitó mucho mi labor. Y no tardó en aprender a vestirse con rapidez, a fumar sin delectación, a comer con mesura, a reírse sin rugir y a sonreír sin amenazar. Contreras había progresado admirablemente en sus lecciones, en lo que a modos sociales se refiere. El baño de cultura moderna en cambio lo había adquirido sin asimilarlo. Es decir, se había puesto al tanto, como si dijéramos, de lo ocurrido, pero no podía evitar una permanente función crítica asentada sobre los pilares de la lejana atalaya de su primera vida. En cuanto a formas de pensamiento, normas de vida y de conducta, su actitud era irrebatible, incompatible con la nuestra. Yo quise bucear en su ánimo, aprender el secreto

de en dónde empezaba y dónde acababa su posibilidad de asimilación, porque era admirable cómo se compenetraba con formas de vida que habrían de ser fatalmente ajenas a él, y cómo repudiaba, en cambio, otras que aparentemente no lo eran tanto. No tardé en llegar a una conclusión. La diferencia esencial entre Contreras y un hombre de nuestros días, prescindiendo de diferencias de superficie, estribaba en cierta balanza instintiva y mental para medir la jerarquía de los valores. Esta balanza era en él de distinta fabricación a la nuestra y arrojaba resultados positivos allá donde en la nuestra eran negativos, y viceversa, sin negar la posibilidad de paradójicas coincidencias. La vida, la muerte, el dinero, el arte, el amor, el poder, la familia, el rey, la propiedad, tenían una clasificación determinada en su mente distinta a la nuestra, y era también distinta la valoración de la ley, y la guerra, y la fe, y la envidia, y el misterio, y el saber, y la lealtad, y el pecado, y la santidad, y la razón de Estado y Dios. Cuando una sensación nueva, un conocimiento nuevo, una forma, una idea, una cosa aparecían ante él por vez primera, instintivamente, sin él mismo saberlo, la clasificaba y ordenaba y valoraba en esta balanza íntima que era centro de su personalidad, de acuerdo con las valoraciones preestablecidas del resto de las cosas. Quizá me falta pluma y habilidad para expresar esto que digo. Sólo sabré decir que mi natural petulancia de hombre superior por moderno se desvaneció ante Contreras apenas descubrí este secreto, fuente y motor de todas sus reacciones. Hasta mucho tiempo después (hasta hoy que redacto estas líneas) no alcancé a comprender que este termómetro de la vida que todos llevamos dentro es en nuestra época anárquico. Lo hemos descompuesto, o lo han descompuesto las generaciones que nos precedieron. No sabemos medir el valor de las cosas y por no saberlo luchamos y sufrimos y vivimos en torno a ficciones, sombras, brisas…

«Cornejo, Cornejo —me decía yo entonces—, procura ser tú el que influyas en el Capitán, pero no permitas que sea el Capitán quien influya en ti o acabarás como él acabó: de fraile en el Moncayo…»

La cara de Contreras, limpia y tersa, levemente sonrojada la palidez del jabón por el escozor de las lociones, y el pelo algo rebelde a los primeros planchados, peinado hacia atrás marcaba unas entradas bien abiertas sobre la frente amplia. Todas las largas y lentas operaciones de su lavado y vestir las había hecho sin la torpeza de los primeros días y sin incrustar en su aparente progreso las bárbaras exclamaciones y comentarios de otras veces. Ahora, introducidas ya sus largas piernas de zancudo en los pantalones de montar, ceñidos sus pies en las botas militares, abrochados los puños de su camisa, introdujo la corbata bajo el cuello, ciñó un extremo sobre el otro, corrió el

nudo, lo ajustó bajo la nuez, cuidándose de evitar una sola arruga, y me miró pidiendo un aplauso. Le ayudé a ponerse la cazadora. No se olvidaba de nada. Mientras llenaba sus bolsillos iba recitando la lección aprendida: en este bolsillo, el pañuelo; en éste, la cartera; aquí, la estilográfica y el mechero, y la pitillera, y las llaves, y la calderilla. Se quedó un momento como dudando.

—No falta nada —le dije.

—Sobra todo; falta la espada.

La insistencia de Contreras en comprarse una espada me desconcertaba. Él no la quería para usarla, sino para demostrar su buena condición. «¿En qué se distingue ahora —me decía— un caballero…, yo lo soy de Malta…, o simplemente un hidalgo, del que no lo es?» Y al decirle que en la mejor calidad de las prendas de vestir, se quedó perplejo, pues eso era tanto como afirmar que la hidalguía iba forzosamente unida a la riqueza, lo cual iba contra toda ética y razón.

Pero, en realidad, y pese a esta y a otras desconcertantes salidas, no podía quejarme de los adelantos del Capitán. Si su alma había quedado virgen, sus formas sociales, en cambio, las manifestaciones externas de su carácter habían progresado extraordinariamente. Y eran éstas condición mínima para poder presentar al Capitán en sociedad.

Mucho había yo luchado para llegar a esta bifurcación de caminos ante la que nos encontramos hoy. Contreras ante mí descendía la escalera del piso camino de la calle, donde el coche nos esperaba. «Tú no sabes adónde vas, pero yo sí sé dónde te mando», le dije mentalmente, sin poder reprimir un cierto placer, un cierto morbo literario pensando en la meta a la que Contreras inconscientemente se dirigía. Porque hasta aquel día el relativo encierro y las enseñanzas puramente teóricas de que le había revestido no habían tenido otra finalidad que la de hacerle «presentable», pero no le había presentado aún. Contreras desde aquel día habría de enfrentarse con la sociedad, con el arte, con las doctrinas políticas, con la técnica, con las formas de gobierno, con las convenciones sociales, con el espíritu de la época, con los tipos humanos de nuestros días… Nada más y nada menos.

¿Cómo se comportaría el capitán Contreras con nuestro mundo?

¿Cómo se comportaría nuestro mundo con el capitán Contreras?

Me quedé un poco rezagado mirándole bajar, alegre, confiado, sereno.

—¡Que tengas éxito, Capitán!

V

Paca Revilla era ya antes de que sus relaciones con Contreras la hicieran famosa una de las mujeres más discutidas de Madrid. Todo en ella era discutible: su fortuna, su inteligencia, su vida privada. Cuando la sociedad, la alta sociedad, escoge una víctima y la sitúa en el altar de los sacrificios de sus comentarios no hay virtud que se resista, ni cualidad por elocuente que sea que no se ponga en tabla de juicio.

En Madrid no había fiesta, *cocktail* o reunión a los que Paca no asistiera. Para Paca todas las puertas están abiertas, y todas las lenguas sueltas. Todos la invitan, la festejan. Todos ríen sus gracias y sus desplantes… y pocos la defienden cuando se dice que dicen que Paca… Pero Paca no se inmuta. Los chismes se desvanecen solos, si se desvanecen. Y si no, ¿qué podía hacer ella para evitarlos? ¿Tenía ella acaso la culpa de que la gente fuese así? «¡La verdad es que Paca…!», decía la gente maliciosamente. Y Paca decía al enterarse del nuevo chisme que le habían colgado: «¡La verdad es que la gente…!» Y hacía un gracioso mohín que igual podía significar *je m'en fiche*, como: estoy hasta aquí de chismografía.

«¡Perteneces a una generación de escépticos!», decía desconsolado el padre de Paca a su hija cuando ésta se encogía de hombros ante las preocupaciones políticas de su padre. A ella le picaba que la incluyeran como un número más en una generación preclasificada. Ella, como todos los incluidos en aquella vaga denominación, había acumulado en demasiados pocos años mayor número de sensaciones, sufrimientos, esperanzas y desengaños que las generaciones anteriores a lo largo de toda su vida. Y si no fuera así, al menos podía asegurar que la generación de sus padres no había sufrido como tal generación los vaivenes de una época dislocada en los años precisos en que se cristaliza el carácter. Si los sucesos de España hubieran cogido a Paca Revilla con diez años más de experiencia o diez años menos de vida, Paca se hubiera parecido a nuestro protagonista como un árbol a una corriente de agua. Desde los doce años, en que vio por vez primera a las turbas volcar un tranvía, hasta que en la guerra viera, desde su hospital de sangre, a los antiaéreos derribar a los cazas sobre su cabeza, toda su infancia y juventud fue de sobresalto en sobresalto, de temor en esperanza, de ilusión en desengaño. A la salida del colegio, ¿cuántas veces no detuvieron su coche para cachearlo? Otras lo vio incendiado con las manchas aún calientes del

humo bajo sus ventanas sin cristales, como grandes ojeras ensombreciendo unos ojos vacíos.

En su casa había presenciado mil y una vez las disputas entre su padre y su hermano mayor: recomendando prudencia aquél ante los desmanes de los revolucionarios; acalorándose éste en la defensa del argumento de que en circunstancias como aquellas no era posible más dialéctica que la de los puños y las pistolas.

En Asturias estuvieron sitiados en la finca por los comunistas cuando éstos se sublevaron contra la República. Los rebeldes mataron al capataz, prendiendo dinamita en su boca, y ella vio sus restos desfigurados ante los que no lloraban sus hijos porque no le reconocían. Allá vio actuar por primera vez al Tercio, e intuyó por aquella represión armada lo que podía ser la guerra.

Cuando la guerra estalló, Paca tenía diecinueve años y estaba recién casada. Hasta seis meses antes de su boda, «desde toda la vida» había tenido dos pretendientes. Uno al que ella quería más; otro el que más la quería a ella. El primero era Luis Seoane: el segundo, el conde de Alcedo. Alcedo era más guapo, bailaba mejor. El día de su puesta de largo la había perseguido toda la noche. Ella recordaba la precisión con que ceñía su cintura prestando seguridad a la frágil inseguridad de sus primeros pasos de baile. Luis Seoane era más fino, más inteligente, hablaba con gran brillantez, y hasta conseguía turbarla cuando bailando ella con Alcedo, Luis desde lejos la miraba bailar. Durante tres años fue novia de Luis. Un noviazgo tormentoso y accidentado, pues en este tiempo se pelearon más de seis veces, «para siempre y definitivamente». Redundancia que no bastaba a evitar que se arreglaran después. Pero en una de estas escaramuzas sentimentales, Alcedo intervino con tan buena fortuna que se casó con Paca. Pero Paca no le quería. No le quiso nunca. Sacrificó su felicidad a su despecho. Y cuando a los cinco meses de guerra civil un antiaéreo derribó el avión que pilotaba su marido, no pudo evitar el considerarse liberada por el destino del atolladero en que la había metido su propio orgullo. No guardó luto, porque la muerte de Alcedo no se confirmó al principio y no quería que el negro de sus trajes semejara al deseo de dar por buena una noticia incierta. Pero la gente buscó a este hecho otra explicación. Paca, se dijo, no había querido usar unas tocas que la estorbaran para perseguir en los frentes o en la retaguardia al gran amor de su vida: Luis Seoane, alférez provisional… Cuando Seoane murió al tomar una trinchera en la gran bolsa de Extremadura, el Estado Mayor confirmó la muerte de Alcedo, ocurrida un año atrás. Y entonces Paca —la viuda alegre— no pudo ponerse

de luto, por evitar que las malas lenguas insinuaran que lo guardaba por Luis y no por su marido.

Cuando Paca quedó doblemente viuda —ante el juzgado y ante su corazón— marchó de enfermera a un hospital de sangre en primera línea. El hospital fue conquistado por los rojos sin que ni ella ni sus compañeras lo abandonaran cuando aún era tiempo de hacerlo. Los heridos no podían quedar a merced de los invasores… El médico quedó también al frente de sus heridos. Los rojos lo hicieron prisionero y no se volvió a saber más de él. Las enfermeras eran todas jóvenes y atractivas. Ninguna abandonó su puesto. Sobre esto se ha hablado y murmurado mucho. Alguien llegó a insinuar una porción de infamias respecto a las concesiones que algunas de estas enfermeras tuvieron que hacer para que los enemigos respetaran a los heridos. El lodo de la murmuración salpicó de lleno a Paca Revilla… ¡Pero los heridos fueron respetados por el enemigo! Y allí los encontraron cuando el hospital fue reconquistado tres semanas después.

Cuando terminó la guerra, Paca no tenía hogar. El de sus padres en Asturias lo abandonó para casarse, y no quiso volver a él. La casa estaba vacía sin sus hermanos.

Se negó también a vivir con sus suegros, que la recibieron con reticencias al luto tan severo que había guardado a su marido…

Cerró su corazón a los demás hasta simular que no lo tenía, y reamuebló su piso de casada. Pero no se encerró en él. Paca era la perfecta mujer de mundo y dio al mundo cuanto el mundo exigía de ella: su presencia, su sonrisa, su mordacidad y sus desplantes. Pero —y esto la salvaba— nunca dio su corazón. Quizá porque —como tantas cosas en la guerra— había ardido y ya no quedaba de él sino las ruinas.

El mundo de Paca Revilla no era tan sólo el gran mundo, sino también el mundillo bohemio y farandulero. Se la veía frecuentemente con periodistas, pintores, poetas y toreros. Carecía de prejuicios sociales, y esto influyó no poco en el ambiente de murmuración que se consolidó en su derredor apenas terminada la guerra… ¡Se la veía con gente tan rara! Entre los raros estaba yo, y puedo asegurar, precisamente por ello, que Paca era una señora allí donde estuviese. Hay mujeres que para serlo precisan no salir del marco social en que han nacido. Paca, para ser una señora, no precisaba de marco alguno y seguía siéndolo igual que en los salones de una Embajada, en el estudio de un pintor existencialista o en el cuchitril donde un grupo de bohemios e intelectuales de poca monta improvisábamos flamencos para oírla cantar.

Estaba Paca en la plenitud de su belleza, que es quizá el límite de la juventud, cuando se enfrentó con ella Alonso de Guillén Roa y Contreras, capitán redivivo de los Tercios de Italia.

No fue la mujer blanda, no fue la mujer escaparate —tan de nuestros días— a quien podría aplicarse el dicho del fabulista *tu cabeza es hermosa, pero sin seso* la que yo había escogido como cuña para introducir al capitán Contreras en nuestra sociedad.

Paca Revilla, enormemente trabajada por la vida, y en su viaje de regreso de cuanto de hermoso y turbio la vida puede dar de sí, era una finísima depuración de cualidades. Baqueteada por las circunstancias, refinada por la cultura, Paca era como una piedra de inestimable valor a quien los golpes de artífice de las circunstancias en que le había tocado vivir hubieran sacado —tallándola a martillazos— el máximo brillo y finura a todas sus facetas y aristas. No era precisamente lo que se llama una mujer virtuosa (Paca era alegre, franca, mordaz, curiosa de novedades y libre de prejuicios), pero tampoco podía decirse (aunque algunos lo decían) que no fuera una perfecta señora.

Si algún defecto tuviéramos que buscar en ella, señalaríamos dos: el escepticismo y el difícil secreto de saber cerrar su corazón a cualquier tentativa del dolor para refugiarse en él. Huía instintivamente de los tristes, de los fracasados, los feos, los amargados, los miserables. Había recubierto su personalidad de una coraza invulnerable, impenetrable al sufrimiento propio y al ajeno. Egoísmo se llama esta figura. Y sin embargo, a pesar de lo dicho, Paca no era frívola, sino profunda y deliciosamente consistente.

Dos días antes de aquel en que Alonso de Contreras con tanto cuidado se había acicalado frente al espejo, y vestido su traje de montería, yo había suplicado a Paca Revilla que me ayudara a introducir al capitán Contreras en la crema de la alta sociedad. Le entusiasmó la idea y me brindó su colaboración. No era para menos el entusiasmo. Contreras, que no había sido visto nunca en público salvo el día de su llegada a Madrid, esposado junto al doctor Yuste, en la Estación del Mediodía, era el objeto máximo de todos los comentarios de las tertulias, de los periódicos, de los sermones e incluso de alguna nota oficiosa de la Dirección General de Seguridad…

—Me divierte horrores conocer a ese tipo —me dijo Paca—. Pero primero me vas a decir toda la verdad… ¿Cómo se te ocurrió sacártelo de la manga?

—Paca, te juro que este hombre es el auténtico capitán Contreras… Además, tú sabes que a ti yo no te engañaría nunca…

—No insistas, te creo.

—¿Me crees que no te engaño?

—¿Cómo no te voy a creer? Por no desengañarme de que nadie me engañaría nunca es por lo que no me he vuelto a casar.

—Eres incorregible.

—Déjalo de mi cuenta —añadió—. Uno de estos días tendré una oportunidad. Ya te avisaré.

Y en efecto, no pasaron muchos días sin que tuviéramos noticias de Paca Revilla. Nos llamó por teléfono para invitarnos a una cacería en la finca de unos amigos suyos en la provincia de Ávila.

¡Caza de águilas con presa! Estaba segura de que a Contreras no sólo le gustaría, sino que podría demostrar su habilidad de cazador. Anticipándose a nuestra respuesta, Paca había ya anunciado a los condes de Robledo, propietarios de la finca, que nos llevaría con ella.

Por supuesto que íbamos a ser el mejor número de la cacería. He dicho que nos llamó por teléfono. En realidad no fue a mí, sino a Contreras a quien llamó. Estaba a medio vestir cuando le pasé el auricular. Era ésta la primera vez que lo manejaba para algo que no fuera jugar con él, y como no podía comprender la metamorfosis sufrida por la voz de aquella señora, de cuando en cuando separaba el aparato de su oído, como si esperara ver salir por él a la propia mujer que le hablaba, aunque disminuida, achicada, encogida en la misma proporción en que la voz lo estaba.

—¡Contéstale! ¡Dile algo! —gritaba yo al ver que Contreras no pronunciaba palabra.

—¡Estoy desnudo! —me respondió, todo turbado por una extraña asociación de ideas que le hacían imaginar que si se hacía oír se dejaría ver. Tuve que quitarle el auricular e imponerme de lo que Paca quería. La impresión que a Contreras le producía el teléfono era tan cómica como desconcertante. Ni la aviación (sobre la que él juraba y perjuraba que ya se habían escrito libros en sus tiempos), ni la bomba atómica cuando apareció meses después (que al fin y al cabo no era más que una explosión mayor que las demás), ni la radio (que era una caja de música perfeccionada) le impresionaban tanto como el teléfono y el automóvil.

El agua corriente en sus tuberías —esos pequeños ríos que trepan por las paredes— como él las llamaba y las bombillas eléctricas —con su pedazo de sol prisionero— eran los modestos adelantos que seguían a los anteriores en su admiración. Fuimos a la finca en un coche abierto conducido por Paca.

Cuando lo presenté, al pobre Contreras se le imantaron los ojos tras los de ella.

Ella notó complacida la admiración de que era objeto. En el primer aparte que pudo, Contreras todo iluminado me dijo:

—Esta mujer es lo más perfecto que ha modelado Dios sobre la tierra. Parece un milagro.

Y ella, antes de subir al coche, se acercó a mí para decir:

—Es muy atractivo tu capitán…

A medida que tomaba contacto con la velocidad, yo diría que las facciones de Contreras se iban modernizando. Paca puso la radio y Contreras no pudo reprimir una gozosa exclamación de júbilo:

—¡Juro por mis pecados que todo es ahora mejor! ¡El hombre ha hecho muy hermosa la vida!

—¿Y la mujer…? —preguntó Paca—. ¿No cree usted, capitán, que la mujer también contribuye a embellecerla?

Contreras tardó un poco en contestar.

—Decir que contribuye a embellecer la vida es decir algo muy estrecho, señora… Tan estrecho como decir que contribuye a lo contrario. Las estrellas son brújulas de la noche; el sol es el pintor de la Naturaleza; el agua es el consuelo de la tierra; mas siendo así también es cierto que por las estrellas se engaña el navegante; por el sol se queman las plantas; por el agua se anega la tierra. Mas no contribuyen; son la razón primera y única de aquellas dichas y destas desdichas. Por eso la mujer, que es fuente y motor primero de cuanto de bueno y malo nos acontece, es en la vida estrella, sol y agua.

—¡Bravo! —rió Paca, entusiasmada—. Me encanta saber que somos tan importantes.

Llegamos a la finca a la una de la tarde. En el jardín se servía un aperitivo, haciendo hora para almorzar. Todos charlaban animadamente, supongo que de nosotros, pues apenas llegamos guardaron silencio y saludaron a Paca con alusiones «al número de circo» que les iba a proporcionar.

—Me parece —me dijo ésta al acercarnos— que Robledo necesita comprar aceite.

Comprendí perfectamente la alusión. Entre los invitados estaba Cosme Molludo, doctorado en las artes del mercado negro. El dueño de la finca, hombre de unos sesenta años, afable y socarrón, se levantó al vernos llegar. Nos presentó a su mujer, todavía guapa, muy expresiva y algo más observadora de lo que yo hubiera querido. Nos analizó con tanta curiosidad que no pude evitar un cierto complejo de corbata, temiendo haber abusado en ella, a pesar de la cacería, de los temas venatorios. Estaban con ellos una jovencita de las que llaman «topolino» —Dorita Rivas—, muy sonriente, muy

arregladita, muy moderna, de aspecto atorrante; un hombre de grandes orejas, mirada inteligente —Morales—, que al principio tomé por el administrador o un empleado distinguido de la finca y que luego resultó ser policía; el capellán, limpio y circunspecto; Cosme Molludo, en cuyas manazas de leñador relucían dos brillantes; y un diplomático de cuyo nombre y nacionalidad no quiero por ahora acordarme… Estos dos últimos eran los únicos de los presentes a quienes yo conocía de vista. El diplomático, planchado, pulido, meloso, era muy popular en Madrid, y la gente no sabía a ciencia cierta, qué era en él más digno de admiración, si su petulancia o sus pocas luces. Se cuenta de él una divertida anécdota, de cuya veracidad no respondo, acaecida con ocasión de una visita a la galería de cuadros que tiene instalada el duque de Alba en su piso de la calle de la Princesa, junto a las ruinas del palacio de Liria. Entre otros de gran valor, está allí un famoso lienzo que representa al tercer duque de Alba, el gran general de Felipe II, pintado por Tiziano el año de gracia de 1545. El diplomático, cuando le dijeron que aquello era un Tiziano, hizo un vago gesto de entendido y volviéndose hacia su anfitrión se dice que dijo:

—Claro, claro… Y el retratado es su papá, ¿verdad, señor duque?

El capitán Contreras saludó con bastante corrección a todos los reunidos. Besó la mano a todas las mujeres, fueran señoras o señoritas, doblando el espinazo casi en ángulo recto. Y estrechó la mano a los caballeros con tal fuerza que algunos, como el diplomático, se acariciaron después los dedos doloridos. Una vez saludados a todos (Contreras después me confesó que no se había enterado de quién era nadie), no supo qué hacer y se quedó pegado a mí sin separarse un punto. Todos le miraban de arriba abajo con bastante insolencia, y Contreras se azaró. Se apoyaba en un pie, después en otro, como un actor novel.

—¿De modo que usted es el famoso capitán Contreras? —dijo al fin la dueña de la casa, rompiendo el embarazoso silencio.

—Para servir a mi señora la condesa —respondió Contreras dando un taconazo.

La niña topolino contuvo una risita, y yo me azaré como si aquel salvaje hubiera dicho una palabrota y fuese hijo mío.

Hubo un silencio de nuevo, tan largo, que durante su duración creo que todos pensaban qué iban a decir para romperlo. Al fin todos dijeron unos tras otros alguna tontería.

—Es usted muy guapo.

—¿Sabe usted hacer esgrima?

—¿Es usted soltero?

—De verdad, de verdad, ¿cuántos años tiene usted?

—¿Es cierto todo lo que han dicho de usted los periódicos?

Noté con terror que la incomodidad de Contreras se iba a traducir de un momento a otro en algún disparate.

—¿He sido invitado a una cacería o llamado a un tribunal? ¡Tantas preguntas cansan! —dijo al fin, enrojeciendo.

El exabrupto produjo un tercer silencio mayor que los anteriores. El conde de Robledo se revolvió incómodo. La condesa adquirió un tic nervioso… arrugando la nariz. La niña topolino tuvo poca fortuna en su intervención.

—No sea usted malo. Todos estamos deseando oírle. Se cuentan tantas cosas de usted… No nos ha dicho todavía si es soltero o casado.

Paca se puso a toser, nerviosa, aunque en el fondo la estaba gozando. Yo hubiera querido hablar de fútbol o de la caza. Pero Contreras no me dio tiempo. Miró a la niña con aire retador y repuso con aplomo:

—Soy viudo, señora mía. A mi mujer la maté por acostarse con un mi amigo que resultó serlo della. ¿Qué más quiere saber? Pregunte y será complacida.

Dorita Rivas enrojeció hasta lo inverosímil. La condesa de Robledo acentuó su tic. El conde palideció. El diplomático dijo que aquello era inaudito. Contreras miraba a unos y a otros con ademán retador.

—Pregunten, pregunten, que a todos complaceré. Yo siempre complazco a los hurgadores de vidas ajenas. ¿Y por qué enrojece esta señora? ¡Pesia de mí la delicada!

Si aquella escena hubiera durado unos minutos más yo hubiera muerto ahí mismo de disgusto, irremediablemente.

Paca sacó una conversación de caza. Preguntó si había muchas águilas este año. Que en qué parte de la finca se habían montado los puestos. Todos intervinieron atropelladamente en la conversación, diciendo unos que había más águilas que nunca, otros que este año no se había visto ninguna. Contreras siguió un rato mascullando no sé qué cosas, y al fin, al ver que nadie le atendía, se sentó en una silla y escuchó. Como la comida tardó en servirse y la conversación de las águilas se prolongaba más allá de la amenidad, Contreras comenzó a bostezar aparatosamente. La dueña de la casa le miraba nerviosísima con el rabillo del ojo; pero él, metido en faena, no dejaba, el muy bruto, de bostezar.

Esta, señores, fue la presentación del capitán Contreras en nuestra sociedad.

VI

Tras el aperitivo vino el almuerzo. Tras el almuerzo, media hora de tertulia, y después nos dividimos en dos grupos. Unos se retiraron a dormir la siesta, y otros se equiparon para cazar. Contreras, Paca y yo nos apuntamos a estos últimos, y a nosotros se sumaron el policía, el cura, la niña topolino y el dueño de la casa. Éste fue explicando a Contreras el manejo de las escopetas. Y el Capitán, para demostrar su aprendizaje, mató en el camino una alondra posada sobre una rama.

—¡Qué bruto! —gritó Dorita Rivas—. No se mata a los pájaros cuando están quietos. Eso es casi un asesinato.

—Es una ley del cazador —dijo el cura, quitándole importancia.

Llegamos al sitio deseado. Un gañán nos esperaba con un «gran duque» amarrado. Con este nombre se ha bautizado en Castilla a la más cruel de las aves de rapiña: el búho gigante. El cura nos explicó que el «gran duque», apoyado en su virtud de ver en la obscuridad, aprovechaba la noche para devorar a las crías de las demás aves. Y era tal su poder y su ferocidad que todas las aves se aliaban contra él apenas la claridad del día le dejaba casi ciego.

El gañán amarró al «gran duque» por una pata a una estaca clavada en el suelo. Nosotros, muy cerca de él, nos parapetamos en una casamata, techada con ramas de pinos, para ocultarnos de la penetrante vista de las águilas. El búho, subido en su estaca, con su cara de aristócrata compungido, estaba tan quieto que parecía disecado. Muy pronto, sin embargo, agitó las alas, como si hubiera percibido cierto peligro. Chillando como cotorras, unas urracas comenzaron a volar sobre él. Dieron varias vueltas en torno y se alejaron gritando, hasta que las perdimos de vista.

—Han ido a avisar a las águilas —aclaró el cura— para que vengan y lo maten.

Contreras estaba echado en el suelo, entre Paca y la niña topolino. Esta última hablaba por los codos. Se disculpó por haberle llamado bruto. En realidad, ella no lo consideraba como un insulto: a ella le gustaban los hombres un poco brutos. Su novio era tan formal, tan correcto, tan estudioso, todo el mundo decía que valía tanto, que ella no lo pudo soportar y peleó con él:

—Has hecho muy bien, querida —intervino Paca Revilla—. Un hombre de esas condiciones no era para ti…

—A mí —continuó la niña, llevándose la mano a la boca como si fuera a decir una barbaridad— me encantan los hombres un poco brutos y sobre todo con mucha experiencia. Tú debes tener mucha experiencia, ¿verdad, Contreras?

—No habléis tanto —intervino el dueño de la casa—. Vais a espantar la caza.

El «gran duque» abrió las alas y saltó de la estaca al suelo. Estaba todo tembloroso y giraba la cabeza de un lado a otro, mirando inquieto al cielo con sus grandes ojazos ciegos. De cuando en cuando hundía la cabeza en el pecho, que se le hinchaba como una gran papada. Tenía tal movilidad en el cuello que cuando volvía la cabeza hacia atrás, girándola en redondo, parecía una botella cuya cabeza —el tapón— la hubieran puesto al revés. Tan pronto tenía el pico abierto y amenazador y parecía defenderse de un enemigo invisible, como se tranquilizaba y replegando sus alas saltaba a la estaca, volviendo a adquirir su actitud de jeroglífico egipcio.

—Algunos detenidos en la comisaría —comparó el policía— pasan con igual facilidad de un terror casi infantil a la más absoluta indiferencia.

—Es curioso observar —comentó el conde— que el «gran duque» parece mucho más asustado cuando presiente a las águilas que cuando éstas le atacan.

—Igual que todos los delincuentes —añadió Morales, el policía—. Desgraciadamente he tenido que presenciar algunas ejecuciones y he comprobado que la mayoría de los malhechores llegan al garrote vil con mucha mayor serenidad que cuando les amenazan con recurrir a las manos para hacerles «cantar»…

El búho volvió a saltar al suelo, presa de pánico. Con el pico pugnaba por romper las ligaduras que le ataban a la estaca. Tenía las alas abiertas y trataba inútilmente de emprender el vuelo. Su papada adquiría un temblequeo casi conmovedor y algunas de sus plumas del cráneo y del cuello se le erizaban.

—¡Ahí están las águilas!

Desde nuestro refugio se las veía llegar, majestuosas, volando muy alto y describiendo círculos concéntricos. Tenían toda la serenidad en el vuelo de quien se sabe rey del aire. Las urracas, a prudente distancia, chillaban, cobardes. Las águilas fueron descendiendo, girando, satélites de un planeta invisible. De pronto, una de ellas, las alas en alto casi verticales, las garras extendidas y la cabeza —armada del poderoso pico entreabierto— inclinada

hacia abajo a la altura de las garras, se lanzó en picado casi vertical contra el búho, que sintiéndola cerca había quedado hundido, hinchado, disminuido, inmóvil. El águila pasó rozando el suelo y sin detenerse lanzó un picotazo al «gran duque». Al punto reemprendió el vuelo azotando el aire pausadamente con sus alas y ganando altura. Salvo el dueño de la finca, que no disparó por ceder aquella primicia a sus invitados, los demás no lo supimos hacer, absortos ante la fuerza de aquel espectáculo. Una segunda águila se lanzó en picado. Tan cerca estaba, que se diría que las garras se iban a clavar en nosotros. Paca disparó sus dos cartuchos de un golpe y la reina del aire cayó fulminada, clavándose en el suelo y dejando tras sí una larga estela de plumas. La que venía detrás quiso reemprender el vuelo y ganar altura, pero la acosamos a disparos y fue a caer a cien metros de nosotros.

—¡Eh, no disparen, que soy yo!… —gritó, apareciendo tras una loma, el diplomático, que por lo visto pensaba que en el campo no había más águila que él.

—¿A qué vendrá éste ahora? —preguntó el organizador de la cacería.

Paca aclaró:

—Se ha debido de enterar que cazábamos con un «gran duque» y vendrá a que se lo presentemos.

Todos rieron su ocurrencia. Todos menos Contreras, invulnerable todavía a la ironía.

Iniciamos el regreso hacia la casa.

Unos gañanes cargaron con las águilas muertas. Otro, con el «gran duque», al que dieron dos lagartos vivos de golosina como premio a su actuación.

Por la noche Contreras se graduó como un delicioso conversador. El diplomático propuso, ya de sobremesa después de cenar, que se jugara a aquello de plantear una serie de preguntas idénticas a todos los presentes y deducir por las contestaciones de cada cual los caracteres y gustos de los reunidos. Se empezó por la pregunta más inocente: «¿Qué paisaje está más cerca de su corazón?…» Dorita Rivas, que no conocía París, encontró muy elegante asegurar que el del Sena. Paca Revilla, con más sencillez que su joven amiga, nos dijo que el mar. El diplomático respondió, sin sonrojarse, que el paisaje que estaba siempre más cerca de su corazón era el último que hubiera visto reflejado en los ojos de una mujer… El policía y yo respondimos que ninguno. Y Contreras, acordándose de la última isla de paz, a la que arribó en su juventud, nos dijo con voz sonora: «¡Las faldas del Moncayo!»

La segunda pregunta era ya más delicada: «¿Cuál ha sido su mayor error, o su mayor pecado, o aquello de lo que está más arrepentido?»

He aquí algunas de las respuestas.

Diplomático: «No haber tenido a los veinticinco años la experiencia y el mundo que tengo ahora.»

Dorita Rivas, sonrojándose: «¡No puedo decirlo!»

Paca Revilla: «Haber hecho todo lo que no me han agradecido, y haber dejado de hacer algunas de las cosas que aseguran que hice.»

Policía: «Si no lo repiten, de lo que más me arrepiento, a veces, es de cumplir a rajatabla con mi deber.»

Contreras: «De no haber dado tiempo a que miraran por la salvación de su alma a un hombre y a una mujer a quienes maté en Palermo.»

Paca, el diplomático y la niña topolino dieron un grito, horrorizados.

El policía se sonrió.

—Fue en defensa de lo que era mío —aclaró Contreras, como para deshacer el efecto de sus palabras.

El juego quedó interrumpido mediada la pregunta siguiente:

—¿De qué acción de su vida está más satisfecho?

—En cierto modo, de todas —respondió el diplomático.

—En cualquier caso, de ninguna —contestó Paca Revilla.

—La acción de la que estoy más satisfecho —dijo el policía— es lo que estoy emprendiendo.

—Pues yo —interrumpió Contreras—, de lo que estoy más satisfecho es de haber desembarcado a un mal cristiano, desnudo y sin sustento alguno, en un islote desierto, para que allí purgase un pecado que había cometido, muriendo de hambre.

—¡Alto, alto! Esto no puede seguir adelante, Capitán. Eso hay que explicarlo —dijo Paca, interesada.

Todos insistieron.

—¡What an exciting idea! —gritó la niña topolino, frotándose las manos y arrugando deliciosamente la naricilla respingona.

El juego, naturalmente, no podía continuar. Mucho más que los paisajes que el cursi del diplomático pudiera descubrir en los ojos de las mujeres; más aún que las ingenuidades de la más joven, o que las ironías de Paca, o que las insinuaciones que ninguno entendimos del policía, lo que a todos nos interesaba era oír a Contreras. ¡Pues no había dicho nada el mozo! Nos puso en un abrir y cerrar de ojos tres muertos sobre la mesa como quien ofrece cigarrillos. No era de extrañar la interrupción. Quizá todos los circunstantes

creyeron que Contreras había cogido la ocasión por la cintura para hacerse oír. Nada más lejos de su ánimo. Contreras, incapaz de comprender los matices del juego, se daba a él enteramente en serio, ignorando que tácitamente estaba permitido mentir… Si no lo fuera, ¿no hubiera confesado mayores monstruosidades ninguno de los circunstantes? No quiso, por más que se lo rogaron, aclarar lo de los muertos inconfesados allá en Palermo, pero no tuvo inconveniente en relatar la acción de la que tanto se enorgullecía. Puso en antecedentes a los que le escuchaban. Él estaba entonces al mando de una fragata con misión de indagar los movimientos de la armada del turco; dar aviso a las plazas en peligro y hacer el corso contra el infiel. Un día, en una isla llamada Astypalea, en el canal de Rodas, le dijeron que *una fragata cristiana había secuestrado al papaz, o cura griego de la isla, y que pedía dos mil cequíes por su rescate*. Montó Contreras en cólera al ver que en las costas mismas del turco *había cristianos tan desalmados que robaban a los otros cristianos, y enderezando su fragata, y con la gente y la artillería muy en orden, por si era fuerza pelear, se fue en busca del corsario*. Sin luchas, *pues la fragata* del ladrón *era chica (de ocho bancos y veinte personas), Contreras exigió al capitán, que era italiano, le mostrase la patente y licencia del virrey*. Al ver que era falsa, aprisionó al capitán, se quedó con su gente y su fragata, libertó al papaz y desembarcó al italiano, desnudo como había nacido, y sin comida, en un islote. «Como la muerte de hambre es lenta —concluyó—, el muy bergante tenía tiempo de arrepentirse de sus pecados.»

—¿Y le dejó usted morirse de hambre? —preguntó el diplomático escandalizado.

—Los griegos de la isla me pidieran de rodillas que enviase por él y le perdonara. Yo les dije que no me enojasen, que así se castigaba a los ladrones enemigos de cristianos, y que agradeciesen que no le había ahorcado.

Las reacciones de cada uno de los oyentes hubieran servido a Contreras, si Contreras hubiera tenido el don de la observación, para calibrar a los distintos tipos humanos que allí reunidos parecían escogidos por mí para presentarle una variada representación de nuestros elementos sociales. Pero el cielo le había negado esta cualidad. Contreras pasaba entre las cosas y las personas desprovisto de esas antenas ultrasensibles que yo me precio de poseer y que recogen y perciben los efluvios de las personas.

—Si sus razones les convencieron —insistió el diplomático— los griegos aquellos eran tan desalmados como…

—No eran desalmados, sino muy corteses y comedidos. Dígalo yo, que me quisieron casar con la hija del gobernador y me dieron tantos besos que aún me queda el escozor en el rostro.

El diplomático era demasiado *snob* para percibir el encanto primitivo que se desprendía de la sinceridad narrativa de Contreras. Todo aquello era demasiado incorrecto para él, demasiado «vulgar», en el sentido británico de la palabra; y ponía un gesto de ofendido pudor en el elegante rictus de sonrisa internacional.

—Cuando los griegos me vieron llegar, *bajó casi toda la gente al puerto dándome mil bendiciones. Las mujeres me llamaban "morfo pulicarto"; que quiere decir mozo galán*.

—¿Y eran guapas aquellas mujeres? —preguntó alguien.

—*De todo había. Que en todas partes hay más y hay menos. Las más granadas venían vestidas con sus basquiñas a media pierna y jaquetillas coloradas con media manga casi justa y las faldas redondas hasta media barriga, la que podía de seda y la que no de grana. Las perlas, como las que todavía se usan aquí en la garganta, las llevaban allá en la frente. Algunas llevaban zapatos de chinelas abiertas por la punta*.

—Como ahora. Igual que ahora —dijo entusiasmada la niña topolino.

El policía, como un automóvil con el delco avanzado, producía la sensación de estar constantemente «pasado de listo». Tenía una eterna sonrisa mientras Contreras hablaba como si desde la privilegiada atalaya de su experiencia y su oficio fuera viendo la trampa, el truco, la mentira —¡ingenua mentira para él!— de las narraciones de Contreras.

—Me llevaron a la iglesia —continuaba contando el Capitán—, donde me sentaron en una silla con una alfombra bajo los pies. *El cura, revestido como de Pascuas, me incensó y después me besó en el carrillo*. Después vinieron todos los hombres y me besaron igual, tal como era costumbre en aquella isla. Yo, con el rabillo del ojo, miraba si se acercaban mujeres para hacer lo mismo, *y cuando las vi acercarse suspiré. Cierto es que había muchas hermosas de quien no me pesaron los besos*, pues templaba con ellos los que me habían dado tantos barbados y bien barbados.

Paca no pudo contener la risa. Contreras también se reía.

—Me quisieron casar con la hija del gobernador —continuó—. Pero mi gente se amotinó y dijo que si me casaba *quemarían la ciudad y saquearían la tierra. Tal era el amor que me tenían*. Entonces me dijeron que al menos aceptara su regalo y *besara la boca de la muchacha. Lo hice de buena gana.*

Me regaló cuatro pañizuelos de seda y oro y dos pares de almohadas bien labradas.

Yo estaba encantado de lo bien que se estaba portando el Capitán. Tan comedido, tan brillante, tan limpio de gesto y de dicción. Oírle hablar así casi llegaba a compensar el disgusto de la mañana por su atrocidad. Pero, ¿quién podía estar nunca seguro junto a él?

Contreras, recordando las gracias de la hija del gobernador, terminó suspirando:

—*¡De haberla querido gozar, no hubiera habido dificultad!*

Fue tan fuerte el ataque de tos de la niña topolino que hubo que darle agua para cortárselo. El policía y yo nos volvimos a mirar unos grabados sobre la chimenea conteniendo la risa. El diplomático, escandalizado, se despidió de las señoras y se fue a dormir.

Cuando Contreras hablaba, Paca le escuchaba un poco absorta. Como si fuera capaz, y lo era en efecto, de escuchar al Capitán teniendo al propio tiempo en marcha la máquina de su pensamiento. Paca le escuchaba con cierta ternura admirativa, y cuando Contreras acababa su relación quedaba unos segundos silenciosa. Como si en sus ojos hubieran quedado unos puntos suspensivos que la obligaran a ir con su pensamiento un poco más allá de la última palabra que puso fin a la frase.

La niña topolino, en cambio, perdía el dominio de sus gestos y sus nervios al oír al Capitán. Constantemente le interrumpía con arrebatadas exclamaciones de júbilo, de terror, entremezcladas con tan claras insinuaciones de admiración que hubieran tambaleado la virtud del más huraño de los galanes.

Con otras jóvenes cortadas en serie me he llevado el mismo chasco que con Dorita Rivas. Apenas se las conoce a primera vista parecen ingenuas; días después, a segunda vista, cree uno descubrir que toda aquella ingenuidad no era más que picardía encubierta, y que las tales topolinos tienen el mismo demonio colgado de las pestañas. Pero más tarde, a tercera vista, se cae en la primera sensación. No son malas, ni maliciosas siquiera, ni tienen picardía alguna. Se ríen de las frases picantes sabiendo que son picantes. (¿De aquí su picardía?) Pero sin saber lo que dicen. Abordan descaradamente a los hombres sin saber ni lo que abordan ni a lo que se exponen. Algún día he de escribir un ensayo en defensa de la niña topolino. Su único pecado es el de ser tontas desde las raíces hasta la punta del pelo, pero hasta esa tontería desaparece cuando la vida se encarga de arrancarles el topolinaje.

Aquella noche pudo haberse producido un escándalo. Salimos a pasear antes de retirarnos a nuestras habitaciones, Paca, Dorita, Contreras y yo. Había luna, y todo el campo estaba lleno de pequeños ruidos, de esos pequeños ruidos —grillos, cigarras, aleteos nocturnos— que bordan el silencio de las noches de Castilla. Paca y yo nos habíamos quedado retrasados. Contreras y Dorita se habían adelantado hasta perderse de nuestra vista. Pero oíamos sus voces. La de él, prepotente; la de ella, entrecortada de risa.

—Oye —me dijo Paca—: ¿tienes tú alguna cuenta con la policía?

Ante mi negativa, Paca me dijo:

—Pues ten cuidado con Morales; me ha hecho el efecto de que anda buscándote las vueltas.

No habían pasado unos minutos, cuando oímos la voz de Dorita Rivas:

—¡Déjeme, bruto; déjeme!

Y la de Contreras:

—Yo no devuelvo lo que se me da…

Paca y yo nos pusimos en pie.

—Ve a ver qué pasa, corre —me dijo Paca, asustada.

Dorita Rivas venía corriendo hacia nosotros.

—Ese hombre es un monstruo. No sé lo que quiere de mí. Pero es un bruto. Me ha hecho daño. —Y nos enseñaba sus muñecas enrojecidas.

—¿Tú le has besado? —preguntó Paca.

—¡Claro!

—¿Cómo que claro! Estúpida. Cuando no se sabe jugar, no se juega. Te merecías que…

Contreras apareció, dirigiéndose a nosotros.

Dora Rivas echó a correr y Paca la siguió.

Contreras estaba irritadísimo. Daba voces poco menos que pidiendo justicia. ¡Aquello era un engaño! ¡Una trampa! Ella le había llamado Morfo Pulicarto, y le dijo que en Fulifut (Hollywood) las mujeres besaban mejor que en Astypalea.

Intenté calmarle. Aquello que había pretendido hacer era una villanía.

¡Nunca lo dijera! Contreras se abalanzó sobre mí, me zarandeó por las solapas y me lanzó al suelo violentamente de un empellón. Después se llevó la diestra a la cadera como para desenvainar y al no encontrar lo que buscaba quedó esperando que repeliera —cosa que ni me pasó por la mente— la agresión.

Al fin, deponiendo su apostura y ablandando el gesto, se acercó a mí, me tendió una mano y dijo lo más conciliador que su voz le permitía:

—¡Levántese el señor manchapapeles y vámonos a dormir!

—La próxima lección —le dije aceptando su mano— será sobre los matices…

—La próxima lección —replicó— seré yo quien la dé.

VII

En todo aquel tiempo, Contreras sufría, o gozaba, por mejor decir, un cierto proceso de deslumbramiento. Todo cuanto veía lo encontraba mejor que en su primera vida: más fácil, más cómodo, más alegre. Juraba y volvía a jurar que todo era en nuestros días mejor que en los suyos. Y cuanto más le deslumbraban las cosas, más subía por la pendiente por donde un día habría de derrumbarse. Porque el desengaño de Contreras, cuando se produjo, tuvo el carácter cósmico de los grandes dramas humanos.

Pero no anticipemos los acontecimientos. Si las cosas le deslumbraron desde su primer contacto con ellas, las personas en cambio no le deslumbraban tanto. A veces se quedaba sorprendido ante algo que le desconcertaba, reacciones que él consideraba increíblemente mezquinas, pero que llevado de aquel optimismo inicial no se atrevía a juzgar. Estamos en el momento de la euforia deslumbrada de Contreras. Por de pronto, nunca se consideró tan rico, ni tan mimado, ni tan atendido por todos como entonces lo estaba. España atravesaba por entonces el momento cumbre de la inflación. De una inflación que nadie se preocupaba de detener porque daba a la vida una maravillosa sensación de ficticio bienestar. Los bancos otorgaban créditos, la Bolsa subía, ingentes fortunas se creaban por la sola reiteración de unas operaciones beneficiosas.

Yo fundé para Contreras una inmobiliaria. Las acciones se cotizaron tan altas que las vendimos todas aun antes de empezar a construir. Nunca he comprendido por qué los compradores se interesaban tanto por aquellos papeles impresos que se llamaban acciones y que no representaban nada, puesto que nuestro único gasto había sido el de la propia emisión de los papeles. Nuestros compradores revendieron a su vez las acciones a precios más altos. Contreras se desesperaba de la ocasión perdida. «El último duro que lo gane otro», decía yo siempre. Y no sé quién fue el último que lo ganó. Sólo sé que el que los perdió todos está en la cárcel. ¡Pobre!

Paca Revilla acompañaba a Contreras a visitar museos, fábricas, hospitales; le llevaba a los estrenos de teatro y a los grandes conciertos de música; le introdujo en su círculo de poetastros y pintores; le llevó a los toros, y hasta logró introducirle en los centros de investigación científica. A veces tomaban el coche con intención de regresar a la noche, pero Contreras embriagado de velocidad se negaba a volver. Paca accedía y no regresaban

quizá en tres semanas. A su vuelta, Contreras había enriquecido su experiencia viviendo en los mejores hoteles, visitando astilleros y viendo fletar buques nuevos; habiendo hablado con jefes de la marina a bordo de cruceros; habiéndose sumergido en submarinos, o desprendido de tierra en aviones militares.

Paca Revilla fue en realidad quien abrió a Contreras las puertas de nuestro siglo, como un hada las de un palacio encantado a cualquier héroe infantil de los cuentos de Grimm. Yo no hice más que llevar a Contreras hasta las puertas de este palacio. Pero fue Paca Revilla quien le llevó de la mano por él, le introdujo en sus salones y galerías y parques. Contreras de su mano caminó por ellos deslumbrado, extasiado, como los héroes de los citados cuentos, por los alcázares de oro de un sueño prodigioso.

Hasta que Contreras descubrió que en esta metáfora de nuestro siglo que era el palacio también había buhardillas con telarañas, y charcas con sapos y cuadras con estiércol. Y que detrás de los mármoles, las sonrisas y los perfumes había lacras y pus y letrinas. Entonces fue el despertar.

Cuando Paca y Contreras se escapaban de Madrid organizaban su regreso de tal manera que aun dando grandes rodeos pasaran alguna vez por la costa. Era ésta una exigencia de Contreras. Para viajar de Barcelona a Madrid no lo hacían por Zaragoza, sino por Valencia, por ver el mar. Desde Granada bajaban a Málaga y seguían por la costa hasta Gibraltar, y de allí a Cádiz, donde reemprendían el regreso pasando por Jerez, Sevilla y Córdoba. Contreras sentía un irrefrenable entusiasmo en realizar en pocas horas distancias que él había recorrido de mozo en mula o a pie tardando días, semanas o meses. «España se ha vuelto chiquita —solía decir—. En mis tiempos era la mayor extensión de Europa.» De nuestros tres mares, Contreras prefería el Mediterráneo. Por allí, de Oriente, habían venido todas las invasiones: los fenicios, las colonias griegas, los romanos, los cartagineses, los moros. Por allí había llegado el comercio, el vidrio, la púrpura, el alfabeto, el arte y las corridas de toros. Por allí había llegado Cristo, en la lengua de Pablo, y en el pecho de Santiago el Hijo del Trueno. Por ahí quiso venir el otomano, pero España en Lepanto le cerró la puerta del mar. Solían aprovechar los atardeceres para detener el coche en las rotondas que permitía la carretera frente a la costa. Paca espoleaba al Capitán para que hablara, y éste no se hacía de rogar y se enfrascaba, haciendo las delicias de su compañera, en la narración de sus aventuras de corsario o de capitán.

—¡Qué bien hueles! —le dijo un día, interrumpiéndose—. Ahora entiendo que si por un milagro quisiera Dios volverme a mi mundo primero no podría

vivir en él.

Y le contó cómo un día, hacia algunas semanas, viajando en el Metro de Madrid, sintió cerca de él un olor muy fuerte. Bien es sabido que los olores y la música son el mayor excitante de la memoria y la evocación. Aquel olor le transportó siglos atrás al recuerdo de una mujer a la que quiso, llamada Isabel, por la cual se batió a muerte con el capitán don Pedro Xaraba del Castillo. Se volvió y encontró tras sí una mujerzuela sucísima, desgreñada, legañosa, que apestaba. Al pronto se asustó de que aquella mendiga le hubiera evocado por su olor a Isabel. Pero más se espantó cuando se convenció de que, en efecto, aquel olor a oveja, a hembra sudada, a yegua, era peculiar en las mujeres de su tiempo.

—¿Acaso no se perfumaban?

—Sí; lo hacían con algalia, ámbar y pomadas aromáticas. Pero los olores del cuerpo eran más fuertes, y cuando aquéllos se diluían, éstos persistían más fuertes que primero. Y es que no se lavaban. Después de aquella sensación, siempre que he percibido un mal olor he evocado aquellos días. Y aunque entonces aquello no me repugnaba, ahora pienso con horror que las casas de entonces olían a muerto, las personas a ganado, las calles a excrementos, los cuarteles y universidades a orines y a sudores.

—Es una desgracia lo que estás diciendo —terciaba Paca—, porque significa que repudias el ambiente mismo en que has nacido y vivido.

—¡Ah, no! Porque entonces yo carecía de sensibilidad para sentir por aquello repugnancia alguna. Es ahora, aquí, cuando he percibido el contraste. Los útiles de limpieza, el agua corriente, los servicios de alcantarillado y sobre todo el uso del baño y del jabón han vuelto a la humanidad más limpia. Todo es ahora más amable de vivir. Todo es ahora mejor. Las gentes se han rodeado de convenciones que nadie traspasa para no herir los gustos o los sentimientos de los demás.

—Sí, desde luego —sugirió Paca—; hay conversaciones y expresiones, hay temas que no suelen abordarse con una señora…

Pero Contreras no se enteraba.

—Quiero verlo todo —me decía al regreso de sus excursiones—, quiero aprenderlo todo. Hay cosas que se me escapan, que se me quedan fuera: los hombres, las mujeres. Veo lo que han hecho, y es mucho hacer. Pero cuando quiero ahondarles, enfrentarles con la razón última de su razón de ser, percibo desconfianza en ellos, como si quisieran guardar para sí el secreto del éxito y del progreso…

—¿No será que buscas algo en ellos y ellos no tienen nada dentro? —le pregunté.

Contreras se me quedó mirando largamente.

—No puede ser —dijo al fin—, no puede ser. Mira lo que el hombre ha hecho. —Y abría las ventanas de par en par señalando la ciudad limpia, clara, ordenada, poderosa…— Esto no se hace solo. Es el hombre quien lo ha hecho. —Contreras, deslumbrado por el progreso, no quería darse por vencido frente a la poquedad de unos hombres de los que meses más tarde llegó a decir que habían sido rebasados por sus instrumentos, quedando atrás, rezagados, empequeñecidos, vencidos y dominados por la Técnica.

Contreras luchaba así contra las avanzadillas de una decepción que él estaba aún muy lejos de sentir.

Una tarde, el Capitán se sintió poseído por una súbita inspiración.

—No era yo solo el que hablaba —me confesó más tarde— sino que hablaban dentro de mí todos mis hermanos, y los padres y los abuelos de mis hermanos; todos cuantos murieron o vivieron por un orden mejor.

La cosa, según me contó Paca Revilla, fue de lo más extraordinario que se puede imaginar. Habían subido Paca y él a lo alto del Tibidabo. Contreras quedó perplejo, extasiado ante la vista que desde allí se divisa de Barcelona. La gran ciudad en cuadrículas perfectas se extendía enorme desde la montaña hasta el mar. Estaba atardeciendo y en la lejanía embarcaciones de todos los tonelajes salían o arribaban al puerto. Un gran transatlántico rodeado de barcazas y remolcadores salía majestuoso con la solemnidad de un cisne navegando entre patos. Erizadas de chimeneas las fábricas dejaban escapar por ellas leves nubes que quedaban unos instantes flotando indecisas hasta que se deshilachaban en el gran crisol de la brisa del Mediterráneo.

Paca estaba junto a él y estudiaba sus reacciones. El viento les daba de cara y se diría que Contreras abría todos los poros de su piel para recibirlo excitándose a su contacto. Poco a poco comenzaron a encenderse las luces de la ciudad. Primero unos barrios, después otros. Las grandes hileras de calles y avenidas quedaron así marcadas, dibujadas, con grandes trazos de luz. Como mecheros que se encendieran caprichosamente, los balcones comenzaron aquí y allá a iluminarse. Las grandes sombras azules de los edificios se iban así agujereando como un reflejo del cielo apolillado de estrellas. En la última lejanía los pueblos que desde allí se divisaban se encendieron también. Por las carreteras —gusanos de luz— los coches se alineaban en procesión de antorchas. El Capitán comenzó a agitarse. Su respiración se aceleró como si hubiera bajado corriendo desde allí a la ciudad. Sus mejillas se tiñeron de

emoción. Separó su brazo de la cintura de ella, adelantó unos pasos y dio una voz muy fuerte diciendo:

—¡Gran Dios, gran Dios! ¡Y cómo me gozo, bellaco de mí, en tu gran magnificencia y en la de tus hijos los hombres que bien se ve que los hiciste a imagen y semejanza tuya, pues tales cosas han hecho!

Paca quedó estupefacta. Le tiró de la chaqueta, diciéndole que callara, pues había gente mirándole. Contreras ni la oía:

—¡Gran Dios, gran Dios! —dijo de nuevo—. Hiciste al hombre de barro perecedero, pero le diste el soplo divinal del alma que no muere alzándolo por encima de todas las criaturas. Le diste alma inmortal y con ella una brújula, la inteligencia; un cofre, la memoria; un clavo con un martillo, la voluntad, para que pecara con su libre albedrío. Y lo expulsaste del Paraíso para que se hiciera, merced a las armas que le diste, el suyo. ¡Ya se lo ha hecho, gran Dios! Ya ha descubierto los secretos de la Naturaleza y las fuerzas que guardabas ocultas en la atmósfera, y en las aguas y en los polvos cósmicos de las estrellas. Y las ha encauzado y aprovechado para que todos gocen de tu generosidad. El hombre ha ido despacio —¡gran Dios, Dios del Sinaí, Padre del Hombre!— cojeando y renqueando y torciéndose y cansándose… Pero al fin ha llegado a lo que Tú querías de él, ¡a lo que querías Tú, Señor, Tú, que eres el Camino, la Verdad y la Vida!

Contreras tenía los brazos alzados al cielo en forma de V, como un San Juan de Teotocópuli; sus ojos despedían fuego, cargados de sangre como estaban. Al llegar a este punto, Paca había huido de su lado refugiándose en el coche, desplazada por un grupo de curiosos que (en el sitio en que ella inicialmente había estado) rodeaban ahora a Contreras mirándole boquiabiertos. Un gran rumor de voces acogió las últimas palabras de Contreras, pero todos callaron cuando el Capitán con voz más fuerte aún que antes reanudó su perorata:

—¡Y cómo me gozo, repito, bellaco de mí, al ver que todas las criaturas se han ordenado para el fin que estaba previsto desde el día de la Creación! Gozaos también vosotras, criaturas de Dios, y entonad cantos de alabanza a Dios Nuestro Señor. ¡Pero, ¿qué digo?, si ya lo hacéis vosotras, fábricas e industrias de los hombres, Davides de cemento, con el laúd dulcísimo de vuestras máquinas! ¡Qué salmo mejor que el canto de vuestros motores! ¡Qué baile mejor que éste del movimiento de vuestras ruedas y cilindros, en homenaje al Señor como el de los seises de la catedral de Sevilla que danzan a la castañuela el día del Corpus para alegrar al Santísimo!

»¡Y vosotros, buques veloces, que cubrís cuadrantes de la Tierra en menos que un bergantín llegaba en mis días de Rodas a Lampedusa; y vosotros, pájaros de acero, liebres del aire, que dejáis atrás la tortuga del sonido para fomentar, raudos, el comercio y trasladar los bienes de donde éstos sobran adonde sobran bocas. Y vosotras, fuerzas ocultas en las aguas de los ríos que al despeñaros del seno de vuestra madre la montaña que os alumbra, alumbráis y dais luz a las urbes venciendo a la obscuridad, que es tanto como vencer la muerte!

»¡Y vosotros, aceites y gases, que yacíais ocultos en las profundidades de la tierra y ahora sois sangre que mueve máquinas y naciones! ¡Y tú, Madre Naturaleza, cuyas flores alegran al triste, cuyos frutos dan de comer al hambriento, cuyas fibras y algodones visten al desnudo; tú que has dado a tus hongos y hierbas, no sólo propiedades salutíferas para sanar lacras y males del cuerpo, sino también para castrar las fiebres y pestes que antaño diezmaban a la Cristiandad!

»¡Y vosotras, en fin, ondas invisibles del aire, que servís con el radar de manos sin fin del hombre para palpar a distancia los peligros y acariciar como ya lo habéis hecho la cara de la Luna; y servís de garganta para que la voz de la mujer que habla en los Mares del Sur se escuche entre los fríos polares!

»¡Cantad, cantad, criaturas *junto al hombre que os hizo su instrumento, a vuestro Criador!*

»¡Y yo, bellaco yo, puto yo, miserable yo, uno a vuestros cantos los míos en alabanza al que es de todos, el Camino, la Verdad y la Vida!

Cuando Contreras terminó, la gente se apartó: unos burlones, otros atemorizados, otros respetuosos.

—Es el profeta que ha anunciado la Madre Ráfols —susurraban unos.

—Es un loco que se ha escapado de Sant Boi —decían otros.

Y otros se preguntaban, recelosos:

—¿No será el Anticristo?

Cuando Paca le abrió la portezuela para que entrara tardó en arrancar y en poner en marcha el motor. Estaba un poco pálida y en sus ojos habían quedado esos puntos suspensivos que le nacían a veces cuando quería ir más allá de las últimas palabras pronunciadas por el Capitán.

Aceleró y huyó de aquel lugar. Pero en cuanto se hubo alejado de cuantos les podían ver, detuvo el coche y se volvió hacia él.

—¿Quién eres? —le preguntó, dura, patéticamente.

Contreras quedó sin habla.

—Hoy, por primera vez, creo que no eres una gran mentira; eso que tú has dicho, el cursi de Cornejo no te lo ha podido enseñar… ¿Eres realmente el que tú dices ser? ¿Quién eres?

Paca había apagado las luces del descapotable. El cielo infinitamente alto estaba acribillado, traspasado de estrellas.

—Mira —dijo Contreras, señalando el cielo—. ¿Las ves cómo me hablan? Cuando en la mar los barcos que mandan los segundos se apartan de la capitana, ésta les hace señas, moviendo banderas si es de día, y antorchas si es de noche. Cada movimiento, cada postura de las banderas quieren decir algo: órdenes, advertencias, normas: lengua que no entienden sino los iniciados en las cosas de la mar. Yo me he apartado de mi nave capitana y ando perdido sin norte ni guía esperando la llamada que me enseñe el derrotero que haya de seguir. ¿No ves cómo me hablan? ¿No ves cómo me hacen señas? Pero no entiendo su código, no sé leer sus signos…

Contreras echó la cabeza atrás posándola sobre el hombro de ella.

—Si no sintiera a mi lado tu respiración, tus latidos, yo, Contreras, capitán de corazas, ahora tendría miedo…

Y Paca Revilla separó su vista del cielo, donde las estrellas, tercas, incansables, seguían parpadeando.

VIII

Desde aquel día, inexplicablemente, Paca comenzó a retraerse de Contreras aislando sus salidas con él. Excursiones no volvió a realizar ninguna más. A veces se disculpaba con el Capitán alegando estar indispuesta. Otras me rogaba que los acompañara, pues no quería quedarse a solas con él.

Quiso justificar su actitud conmigo diciéndome que a medida que se iba convenciendo de la auténtica personalidad de Contreras, le daba un miedo indescriptible quedarse a solas con él, pues temía perder el juicio. Yo nunca lo creí. Más bien, pensaba yo, Paca temía enamorarse del resurrecto, y huía de él como había huido siempre de todos cuantos la llegaron a inquietar sentimentalmente o interesar. De pronto salió de viaje. La habían invitado unos amigos ingleses a una jira de placer por el Mediterráneo, y estaría fuera algunos meses. «Miraré mucho a tus estrellas —le decía a Contreras en su carta de despedida— por si quieren darme un mensaje para ti. Nada me agradaría tanto como servirte de correo con tu nave capitana.»

Contreras se abatió mucho con esta escapatoria de Paca. Yo me abstuve muy bien de indicarle que la carta no era más que un pretexto para no verle, pues no había inglés en el mundo, por flemático que fuera, que organizara cruceros por el Mediterráneo mientras no acabara la guerra, aunque ésta irremisiblemente se acercara ya a sus fines.

—¿Tú le has hecho alguna escena de amor? —pregunté al Capitán.

—No —respondió éste sonriendo.

—¿Y ella a ti?

—Bromeando, muchas veces. Pero si yo no seguía la broma y me ponía serio cortaba en seguida el tema y me obligaba a pasar a otro.

—No te estarás enamorando, supongo…

—Lo estoy ya hasta la entraña misma del amor. Pero no me atrevo a abordarla por temer perderla…

—Haces bien.

—¿Hago bien?

Y Contreras se quedó triste como un colegial despechado.

Poco tiempo estuvo Contreras entre nosotros. Insuficiente para que toda la gama de sensaciones nuevas pudieran sedimentarse y equilibrarse en el

permanente torbellino de su ánimo.

Porque si Contreras hubiera convivido veinte años en nuestra sociedad, esa balanza instintiva que le servía para medir la jerarquía de valores con los que topaba hubiera actuado sobre sectores más amplios que aquellos sobre los que en realidad actuó. Pero fue su paso tan fugaz, fue su visita tan corta, que también fue inevitable el riesgo de que Contreras, al intentar aprehender algo de nuestro siglo, tomara el rábano por las hojas; el rábano de una época excelsa por las hojas de los seres con quienes más a mano se topó, fueran éstos o no representativos del momento y el sitio en que vivían. Por eso tiene tanta importancia el conocimiento de las personas a quienes Contreras trató en el corto aunque sabroso período de su estancia entre nosotros. Muchos de estos tipos humanos no tienen relación alguna directa con la acción propiamente dicha de la vida de Contreras: con el argumento de su vida. Son aves de paso, estrellas fugaces que pasaron raudas junto a él. Pero conviene recoger, diseñar, algunas de sus semblanzas, pues siendo o no destilación genuina de una época todos ellos dejaron sin duda un rastro de paradoja en el ánimo del Capitán. Rastros que sumados superpuestos habrían de florecer un día en la última y definitiva sorpresa que Contreras nos tenía preparada.

¿Quiénes fueron los amigos de Contreras? Analicémoslos.

El patán millonario

A este caballero, Contreras le había conocido meses atrás, el día de la cacería de águilas, en casa de los Robledo. A él y a sus acaparamientos se había referido Paca cuando al verle imaginó que el dueño de la casa necesitaba comprar una buena partida de aceite. Gran persona, Molludo. Yo siempre he sentido por él una gran admiración en la que no debo ser correspondido, puesto que la mañana aquella cuando fuimos presentados no me reconoció o fingió no reconocerme a pesar de haber intervenido juntos en algún negocio cuando él comenzaba. Pesaba más de cien kilos y no era un hombre alto. Los ojos pequeños y grises, escondidos bajo el grosor de unos párpados carnosos y abolsados; la mandíbula cuadrada y voluntariosa; las orejas chicas, la nariz gruesa; el pelo tordo y abundante; los brazos cortos; las manos enormes y torpes, adornadas ambas con un brillante en el anular. Iba aquel día vestido con traje castaño a rayas, sin cruzar. La chaqueta, siempre abierta, dejaba al aire el chaleco, cruzado de bolsillo a bolsillo por una cadeneta de la que colgaba un dije de oro que sobaba constantemente al hablar. No fumaba, por ser asmático, pero comía y bebía como un cosaco. No

era analfabeto, como se llegó a murmurar, pero tampoco tenía muchas letras precisamente. Él siempre había tenido su dinerillo, aunque no la fortuna que administraba y acrecentaba en la actualidad. Algunos le tachaban injustamente de pillo y granuja por haberse enriquecido en el estrecho margen de diez años. Esto siempre lo he considerado injusto. Molludo tenía una inteligencia natural portentosa y una habilidad para los negocios fuera de lo normal. La pillería, si así quiere llamarse, era en él accesoria. Sus dos negocios más originales los hizo fuera de España. El primero fue el proponer al Gobierno de cierta república europea el canjearle todos los automóviles oficiales del ejército, de los ayuntamientos, las diputaciones y las direcciones generales que estaban viejos y renqueantes, por automóviles americanos últimos modelos. La operación constituyó un formidable negocio: para el Gobierno y para Molludo. El Gobierno, recién terminada la guerra, carecía de dólares y se encontró del día a la mañana con todo el parque móvil de sus ministerios renovado. Molludo se quedó con todos los coches viejos, y en el momento preciso en que se vendían a precios astronómicos. El producto de la venta de aquellos rodantes antediluvianos fue muy superior al de los dólares adquiridos en la bolsa negra para poder pagar en fábrica los coches americanos, importados a aquella república sin divisas ni compensación. La operación es sencillamente magistral. Y no lo es menos la que llevó a cabo con la chatarra de guerra de Bélgica y Normandía.

Por conductos extraoficiales y exigiendo alrededor de todo ello el máximo secreto, el Gobierno checoeslovaco buscaba a un agente que comprara en Francia y en Bélgica como chatarra todo el material inservible que había quedado abandonado en los campos de batalla. La operación debía realizarse simulando en Suiza una fundición interesada en comprar aquella chatarra, que una vez en el país helvético sería reexpedida a sus verdaderos compradores. La legación checa, en la república donde Molludo había realizado el canje de coches, intervino en el asunto y se realizaron los primeros tanteos. Molludo puso condiciones. Respondiendo de la compra, el Gobierno checo debía depositar en Suiza, a nombre de Molludo y en una cuenta condicionada, un millón de libras esterlinas. Molludo no podría retirar ese dinero hasta el término de un año, o antes, si las partidas de chatarra y armamento viejo llegaban a Suiza con antelación a ese plazo. Entretanto, él realizaría las compras anticipando el capital. Si cumplido el plazo de un año no se había realizado la operación, el Banco tenía instrucciones de traspasar automáticamente de la cuenta de Molludo a la de la legación checa un millón de libras esterlinas, que era la cantidad inicialmente depositada.

Molludo precisó con todo detalle los términos del acuerdo y la relación de las instrucciones conjuntas cursadas al Banco. Y se fue a dormir. Quiero decir que ni se acordó de la compra de la chatarra ni de todo el complicado y comprometido negocio. Al cabo de un año, no habiéndose realizado la compra, se traspasó de su cuenta a la del Gobierno checo un millón de libras esterlinas, tal como se había estipulado, pero los intereses de ese capital, que ascendían a veinte mil libras —dos milloncejos de pesetas—, quedaron deliciosamente olvidados en el inteligente y elástico fondo de su cuenta corriente.

Yo le considero un genio.

Muchas veces he defendido a Molludo por considerar que su arte de hacer dinero no es inmoral, sino original. El hacer una fortuna a lo largo de tres generaciones supongo que debe ser relativamente sencillo, y puede hacerse con todos los requisitos que manda la ley. Pero si de lo que se trata es de aprovechar una serie de coyunturas favorables para hacerse rico antes que desaparezcan las tales coyunturas, es lógico que haya de prescindir para ello de alguno de esos requisitos que la ley manda. Molludo era un clásico ejemplar negociante de postguerra. Tenía una clara vocación de millonario, y fue fiel a sí mismo a lo largo de toda su actuación. Se decía de él que bajo su apariencia de hombre tranquilo y cachazudo se encerraba un violento temible. Se dice que pegaba a su mujer y que era con sus subordinados de una desconsideración rayana con la crueldad. Dos debilidades, sin embargo, tenía Molludo. La una, su hija; la otra, su preocupación por codearse con gentes de alcurnia social. Y eran tan grandes estas debilidades que la primera le llevó, no digo a consentir sino a sugerir a su hija que omitiera su primer apellido, porque Molludo sonaba demasiado pueblerino, y usara tan sólo el apellido de su madre; sugerencia que Dorita —Dorita M. Rivas como se firmaba— siguió al pie de la letra. La segunda debilidad llevó a un hombre tan inteligente como era Cosme Molludo a caer de lleno en esa caricatura de millonarios que son los nuevos ricos, con cadeneta de oro, brillantes en los dedos, pretensiones heráldicas y titubeante conjugación de verbos irregulares. Molludo tenía puesto en Madrid un piso a una querida. Él fue quien inició al Capitán en el arte de salir con toda clase de chicas libres y hasta libertinas sin comprometerse. Aunque esto Contreras no lo aprendió bien, y por poco se nos casa con una.

Pepe Castejón era el único superviviente de una de esas familias de la aristocracia que se arruina un poco cada generación, y a él tocó dar la puntilla a los últimos restos de la fortuna. Pero hasta esto lo hizo a lo gran señor.

Tenía en aquel entonces una imprenta en Madrid en la que había invertido, con la pretensión de airearlo, el último resto del capital, ya menguado, que había heredado de sus padres. Se dedicaba a reproducir fotográficamente ediciones príncipe de obras clásicas. Y lo hacía con maña y mucho arte. Desde Valencia había traído, para hacerle regente de sus talleres, a un obrero hijo, nieto y biznieto de impresores, verdadero artífice en el arte de reproducir planchas de hierros y viñetas antiguos.

—No me llame usted señor marqués —solía decir a los impenitentes que le daban el título—; llámeme usted don José…

En realidad, Pepe Castejón, soltero, despreocupado y un tanto bohemio, no utilizaba su título cuando era rico, y sólo comenzó a usarlo cuando se arruinó. Fue, por decirlo así, su única rebeldía contra las ochocientas pesetas de su sueldo de censor literario en una editorial modesta, después de la guerra civil.

Un día, una comisión de obreros se presentó en su despacho amenazándole con la huelga total si no despedía al regente de los talleres, que no pertenecía al Sindicato socialista…

Castejón sabía muy bien a lo que se exponía si no accedía a las pretensiones de aquellos hombres. Una huelga en aquellos días —julio de 1936— significaba la ruina fulminante. Se disculpó con la comisión. Despedir a un hombre honrado que vivía de su trabajo sin causa alguna que lo justificara era una villanía. Él no era capaz de quitar a nadie de la boca un pedazo de pan. Llamó al regente a su despacho y delante de sus compañeros le dijo:

—Antonio, le invito a usted a cenar en Lhardy. Me quedan veinte duros y me los quiero gastar con usted…

—Pero, don José —le dijo uno de los presuntos huelguistas—, ¿usted ha pensado lo que esto significa para usted? ¿Lo ha pensado usted bien, don José?

—Hoy llámenle usted señor marqués —le dijo por toda respuesta. Y despidiéndose de todos cogió del brazo al regente, salió del taller y se lo llevó a cenar…

La huelga se produjo y enlazó con la guerra civil. Los talleres de Pepe Castejón fueron incendiados; el regente de los talleres, fusilado por sus compañeros; el marqués del Darro se incorporó en Somosierra, con los

hermanos Miralles, a las tropas de liberación. Más tarde ingresó en el Tercio, y perdió un brazo en el frente de Teruel. Hoy día trabaja en una editorial como censor literario, con un sueldo de ochocientas pesetas. De cuando en cuando publica unos libros de versos nada despreciables en primorosas ediciones numeradas, y tras intentar inútilmente venderlos acaba regalándolos a los amigos y parientes que sufragaron la edición.

Castejón, cuando yo le conocí, tenía la vanidad de ser insobornable. Y lo era, en efecto, hasta por el trabajo. De haber muerto en la guerra civil, lo habría hecho como un héroe. En la vida corriente yo creo que Castejón no servía para nada. Perdió toda su fortuna por decir una frase a lo gran señor, pero una vez caído no tuvo agallas para remontarse. Era perezoso y sentimental. Contreras intimó mucho con él. Leían versos juntos, y fue él quien movió a Contreras a escribir sus primeros poemas. Entre los dos, muchos meses después, casi hacia el final de esta historia, escribieron este poema, hasta hoy inédito. (En él se perciben, clara e indistintamente, las opuestas influencias de sus dos autores.)

Yo quisiera ser viento. Sorprenderte.
Que el halo de mi aliento te moviera
—veleta de mi pulso— de manera
que pudiera sentirte sin tenerte.

Quisiera ser el mar. Adormecerte.
Que el vaivén de mis olas te durmiera.
Que mis algas te hicieran prisionera
para poder sentirte sin tenerte.

Quisiera ser el fuego, y encenderte.
Hacer de ti una brizna de mi hoguera.
Abrazar con mi llama esa madera
que me invita a sentirte sin tenerte.

Quisiera, en fin, si por mi mal no fuera,
abrazarme a tu suerte, de tal suerte
que sin tenerte, *Filis*, te sintiera
como si te tuviera sin tenerte.

El día que Contreras le conoció se le quedó mirando con extraña perplejidad. Castejón era un hombre alto, extremadamente delgado. Los ojos, todavía jóvenes, conservaban, aunque más acentuada que en su juventud, aquella mezcla de distracción y tristeza que siempre tuvieron, culpa quizá de su claridad un poco femenina. El pelo, entre rubio y cano, anunciaba en sus entradas y en algunos claros esas «próximas calvicies» que amenazan a sus propietarios desde jóvenes y que luego pasan los años y no llegan a producirse. Una de las mangas de su chaqueta había sido prolongada por el

sastre para que descansara en el bolsillo lateral sin escaparse. Contreras al observarle aseguró haberle conocido antes en alguna parte que ahora no podía recordar.

—En Sicilia —dijo Contreras de pronto—. Yo le he conocido a usted en Sicilia. —Pero enseguida rectificó. No podía ser… Hacía ya una porción de años.

—No, no es posible —dijo Castejón, intrigado—. Desgraciadamente no conozco Sicilia más que a través de las cartas de un antepasado mío que estaban en el archivo de casa y que por más señas quemaron los rojos…

—Pues yo juraría que… —insistió Contreras, terco—. ¡Tate! —dijo de pronto como si hubiera dado en el clavo—, ese antepasado suyo era…

—Fue virrey de Sicilia, creo que con Felipe IV…

—Con Felipe III —rectificó Contreras—. ¿No era acaso el duque de Feria? —Cuando Castejón un poco turbado contestó que sí, Contreras, bañados los ojos en lágrimas, quiso besarle la mano jurando que no había conocido mejor caballero en su día ni más valiente, ni más dadivoso, ni más blando con los humildes, ni más duro con los soberbios que don Lorenzo Suárez de Figueroa y Córdoba, segundo duque de Feria—. Murió de unas cuartanas malignas —concluyó Contreras—, en 1607.

—¿Qué son cuartanas, papá? —preguntó a su padre Dorita Rivas, que allí junto estaba.

—Calenturas —aclaró Contreras—. Ahora las llaman calenturas.

El penúltimo liberal

El padre de Paca Revilla era un vejete simpático y charlatán que enfocaba todos los problemas de la vida humana a través de la política. Para él la política no tenía más que dos ingredientes: lógica y derecho. La función esencial de los gobernantes era para el señor Revilla «hacer posible la penetración del derecho a todos los órdenes de la vida». Fuera de eso, toda política era abuso.

Estaba lleno de manías y de pequeños odios. Aseguraba que la transigencia era la única virtud que distinguía al hombre civilizado de sus abuelos los de las cavernas. Había perdido a tres hijos en la guerra y no podía sufrir que nadie usufructuara el santo nombre de los caídos con interpretaciones *a posteriori* de por qué lucharon y murieron. Calificaba de sepulcros blanqueados a cuantos monopolizaban el patriotismo como si lo acabaran de descubrir y no lo concibieran en aquellos que discreparan de sus

ideas y fórmulas. ¿Para qué decir más? Revilla, al decir de su hija (aún vivía Romanones), era el penúltimo liberal.

—Usted todavía es joven —le dijo una tarde a Contreras, que casi se sonrojó al oírlo—, pero no de los de ahora, y por eso me comprenderá…

Contra lo que Paca deseaba, su padre, y no Contreras, fue el que llevó aquella tarde la voz cantante. Se diría que mucho más que oír al siglo XVI, lo que le interesaba a él era que el siglo XVI le escuchase. Como un anfitrión que se disculpara por sus invitados, por haberles servido la cena en el jardín, no siendo la noche tan agradable como otras, Revilla disculpó al siglo XX, ante Contreras, por no haberse exhibido ante él en sus mejores momentos. La gran conquista de la civilización, mucho más que los sorprendentes avances técnicos o industriales, era el Derecho, el haber llevado extendido el campo del derecho a todos los órdenes de la vida. Esta extensión, en su avance paulatino, había sufrido grandes crisis. Y ahora cruzábamos una de ellas. (Paca interrumpía de cuando en cuando a su padre con deliciosas divagaciones sobre los liberales. «Los liberales son unos señores muy viejos, muy buenos, que quieren a todo el mundo y nadie les quiere a ellos.») Revilla aseguraba que aun siendo los pueblos liberales los menos religiosos dentro del cristianismo, ante los ojos de Dios tenían que aparecer más justas las doctrinas que defendían, la transigencia, el respeto a las minorías y el sistema de libre discusión que no la imposición unilateral a los más del criterio de los menos.

—No pretenderá usted decir que Dios es demócrata y parlamentario —le interrumpí.

—Claro que no —respondió—, porque no hay más que uno. Pero si fueran varios, no tendrían más remedio que serlo.

—Está chocheando —le dije a Contreras al salir. Y éste se quedó estupefacto de oírme hablar así.

—¿No es justo entonces cuanto ha dicho este señor?

—¡Democracia! ¡Parlamentarismo! Esas palabras equivalen a entregar a las masas, a la suma aritmética de los irresponsables y los ignorantes, los destinos de los que piensan y son responsables.

Contreras, imprevistamente, se puso triste.

Al fin añadió:

—¿Y no podríamos organizar una democracia sólo de los que piensan, trabajan y tienen sentido de la responsabilidad?

Otros amigos fuera de los citados (Yuste, frío y soberbio; Paca, la perfecta mujer de mundo; Castejón, el aristócrata raído; Revilla, el penúltimo liberal; Molludo, el patán millonario) tuvo el capitán Contreras.

De Dorita Rivas, la niña topolino, pura jaula de pájaros, abrumadoramente vacía, insinuante, cimbreante, decía Paca Revilla que merecía que la dieran un susto. Dorita era la clásica niña que si le hicieran un hijo juraría llorando que no comprendía cómo había sido eso, que ella no se acordaba de nada y que habría sido por casualidad y sin querer. Y, probablemente, tendría razón.

Morales, el hombre listo, es otro de los que jugó papel importante en la vida del Capitán. Y éste sí, el que no es inteligente, pero goza del título de listo, sí que es representativo de esta sociedad nuestra que lastró la carrera política del capitán Contreras. Suspicaz, pillín, lleno de complejos y de envidias, reticente, sabihondo y necio…

Otros muchos personajes dejaron a lo largo de esta historia una huella de paradoja en el ánimo del capitán. Entre ellas, Silvia —¡ay, Silvia!, sombra de nuestra sociedad—. Ya hablaremos de ella cuando le llegue el turno algún día. Y, por último, yo, que tampoco soy manco.

Estos son, estos fuimos, los amigos personales del capitán Contreras. De aquí el peligro de que el escepticismo de Paca, la soberbia de Yuste, el cinismo mío, la frivolidad de Dorita, la deshonestidad de Molludo, la incapacidad de remontarse de Pepe Castejón pudieran ser interpretados algún día por él como «símbolos de una España soberbia, escéptica, frívola, cínica, deshonesta e incapaz que vivía del narcisismo mental de autorecrearse (¡así me lo dijo un día!) el último refugio de la espiritualidad en el mundo».

IX

El escándalo que produjo en su día la aparición de Contreras en aquel féretro en que iba a ser enterrado en el cementerio de la Almudena se hubiera ido diluyendo a lo largo de los meses hasta quedar archivado en la memoria de las gentes si yo no hubiera jalonado y hasta dosificado en su medida exacta las noticias del Capitán a través de la Prensa. Si Contreras hubiera pasado del cementerio a un piso alquilado en la calle de Lagasca, hoy día ya nadie se acordaría de él, como nadie se acuerda de tantos y tantos fenómenos que sin haber sido aclarados jamás, pasaron sin transición de la máxima actualidad al más negro de los olvidos colectivos.

Pero en el caso de Contreras, el interés, los comentarios, los bulos, las discusiones, las apuestas, no cejaron un punto hasta después de su marcha. Téngase en cuenta que muy pocos días después de su aparición en el cementerio, Contreras y su médico desaparecieron sin dejar rastro. Si grande fue el escándalo de su aparición, mayor lo fue aún el de su desaparición. El misterio no se aclaró hasta seis meses más tarde, cuando aparecieron mis primeros despachos desde Andorra confirmando la sospecha de que fue el doctor Yuste quien lo raptó de entre las paredes del hospital. Entonces ocurrió el regreso y la manifestación popular en la Estación del Mediodía, sobre la que no voy a detenerme más, pues fue amplísimamente recogida por toda la Prensa de España y aun del extranjero. El proceso contra el doctor Yuste, primero por raptar a un enfermo que estaba bajo su vigilancia y las sesiones más tarde en la Academia de Medicina, en las que se inhabilitó al doctor para seguir ejerciendo la profesión médica, no hicieron sino prolongar la actualidad de nuestro hombre, encender aún más las pasiones y dividir a la opinión de contreristas y contrerófobos, según creyeran o no en la tesis de Yuste respecto a la supervivencia del Capitán. Varias veces tuvimos que cambiar de casa, o dormir indistintamente en hoteles imprevistos, pues al ir a retirarnos a nuestro piso nos encontrábamos a veces con verdaderas multitudes esperando nuestra llegada. Pero cuando Contreras empezó a salir y se supo que había estado en un *cocktail* en casa de Tal o en una cacería en la finca de Cual, la curiosidad subió de punto, hasta el extremo de que las personas que habían coincidido con él tenían a veces que ausentarse de Madrid por no poder aguantar las llamadas telefónicas, las consultas, las cartas, las interviús de centenares de amigos y curiosos que se interesaban por

conocer detalles de su personalidad o confirmar si eran ciertos los lances que se contaban de él.

¡Y los bulos que surgieron, Dios Santo, como aquel absolutamente falso, de que se había batido con el alcalde de Madrid por un quítame allá esos adoquines!

Una de las cosas que yo no conté nunca por aquel entonces, pues podía haberme visto muy seriamente comprometido, fue la visita que realizaron a casa del doctor Yuste unos militares alemanes acompañados de un doctor de la misma nacionalidad y de un funcionario de su Embajada. El doctor Yuste me los remitió y vinieron a verme. Estuvieron muy correctos y se interesaron mucho por el procedimiento que habían empleado Luigi y Valenzuela para conseguir la longevidad del Capitán. El doctor aquel estaba trabajando desde hacía muchos años en estudios parecidos —aunque más ambiciosos— a los del famoso doctor Voronof para multiplicar por dos y aun por tres el promedio normal de la vida de un hombre, y quería a toda costa conocer el procedimiento de Valenzuela, pues él sabía que era absolutamente posible provocar estados catalépticos de enorme duración. Los faquires hindúes conseguían mantenerse aparentemente muertos hasta cuarenta días. ¿Y si esto era posible, por qué no iba a serlo cuarenta años?

Era precisó, era necesario, hallar la fórmula. Él la tenía casi al alcance de la mano, pero no acababa de dar con ella… y la necesitaba. La necesitaba absolutamente. Nosotros no teníamos la fórmula, teníamos tan sólo vivo y coleante su resultado. El doctor quiso conocer a Contreras y lo mandé llamar. Contreras le explicó lo que pudo. El doctor le miró las encías, le hurgó las narices y se detuvo con especial atención en sus párpados y en sus uñas. Mientras le observaba pronunció varias exclamaciones en alemán, que yo no entendí, pero que produjeron mucho revuelo entre los militares y el funcionario que le acompañaba. Por fin, cuando hubo concluido, el vejete cogió a Contreras por el rostro y le dio un beso en la mejilla lleno de entusiasmo.

Después de esta visita —terminada la guerra mundial y desaparecido Hitler entre las ruinas de su Cancillería—, cada vez que se habla de si el Führer ha muerto o no, yo me pregunto si el doctor aquel habría descubierto a tiempo la fórmula que perseguía.

(Ésta es la primera vez que hago la anterior declaración. Espero no tener que arrepentirme.)

A Yuste íbamos a verlo con alguna frecuencia. Nos hacía unas cuantas preguntas de pura fórmula y a la media hora nos echaba para proseguir con

sus trabajos. Muy rara vez era él quien nos llamaba. Quería analizar trozos de piel del Capitán, pelo, partículas de uñas.

Las últimas veces adquirió la desagradable costumbre de no saludarme. Se acercaba a Contreras, le agarraba por los hombros y le decía:

—Esto ya está, hijo mío; esto ya está.

O bien:

—Pronto serás un hombre. Hasta ahora no eras más que una sombra.

Un día ni nos abrió la puerta.

—Vete, hijo, vete ahora y vuelve la semana entrante. Tendré algo bueno para ti.

Ocho meses después de la terminación de la guerra, hicimos nuestro equipaje, arreglamos nuestros papeles y emprendimos a Estados Unidos el viaje en el avión de una Compañía holandesa, para cumplir el contrato con la Roosevelt University.

Conseguir pasaporte para Contreras no fue cosa fácil. Contreras en realidad no existía oficialmente: carecía de personalidad civil. Nos denegaron tres solicitudes consecutivas, acompañadas de sus instancias correspondientes en papel de barba y con póliza de 1,50. Como vi que por el conducto reglamentario no había nada que hacer, acudí a mi hermano, siempre influyente, y éste me invitó a comer con uno de los oficiales encargados de esa función. El amigo de mi hermano nos entregó los pasaportes sin ninguna dificultad. El doctor Yuste pretendía darle dinero, pero no fue necesario. En España no se soborna con dinero, sino con simpatía y con amistad. (Al revés que en Estados Unidos, donde mis dotes personales sirvieron mucho menos para estos fines que los dólares del capitán Alonso.)

Llevábamos tres días en Nueva York, cuando recibimos una gratísima sorpresa.

Aquella noche, vestido de etiqueta, Contreras procuraba siguiendo mis instrucciones no exteriorizar, con la mirada de angustia de otras veces, la sensación de ahogo que el cuello duro y la subida en el ascensor le producían. Íbamos subiendo los ochenta pisos del «Olimpic Hotel» con intención de cenar en el *grill* de una de las soberbias terrazas colgadas de la frente de aquel gigante de cemento. En el reducido espacio del ascensor, las gentes, apelotonadas, guardaban silencio. Yo miraba los números luminosos que se apagaban y se encendían en un cuadro indicando el piso que cruzábamos. Cuando salimos al aire libre, Contreras respiró. Entramos en el comedor, oteando la posibilidad de una buena mesa cerca de la orquesta. El *maître* se acercó a nosotros y en correctísimo español nos dijo:

—Señor Cornejo, señor Contreras, ¿quieren seguirme, por favor?

—¿De qué se trata? —pregunté, intrigado.

—Un cliente me ruega que acepten ustedes su invitación para cenar en su mesa. Por aquí, por favor…

Más guapa que nunca, sentada en su mesa, sonriendo al vernos llegar, Paca Revilla.

X

El departamento de Contreras, contiguo al que yo ocupaba con el doctor Yuste, constaba de un gran salón, una terraza mediana, un dormitorio pequeño, un cuarto de baño diminuto y una cocina microscópica.

El salón con sus grabados de perros y caballos, su bar empotrado que se iluminaba al abrirse, su magnífico jarrón de Dulton, su *pick up* disfrazado de biblioteca y sus cómodos sillones de cuero, era muy inglés; quiero decir que anteponía lo confortable a lo lujoso. La terraza con sus breves enredaderas trepando por las paredes pintadas al óleo, sus conchas de mármol lanzando haces de luz indirecta contra el techo, su pequeña pecera iluminada de azul, su barandilla de hierro blanco y su mesa y sillas de cristal era en cambio muy americana. Quiero decir que supeditaba la comodidad a un cierto aspecto de deslumbrante escenografía cinematográfica. El salón resultaba elegante sin pretenderlo. La terraza buscaba la elegancia sin conseguirla. Después supe que Paca había dicho que el salón parecía diseñado por Castejón, y la terraza ideada por mí…

Contreras, vestido de etiqueta —americana blanca, pañuelo negro de seda asomando por el bolsillo—, el cigarrillo rubio en los labios, alternaba el mirar al reloj con mirarse al espejo. Al verse allí reflejado no podía menos de sonreírse.

—¡Ay, Contreras, capitán de corazas, quién te ha visto y quién te ve!

Cuando en su primera vida tuvo conocimiento de que Valenzuela, que le tenía atado y prisionero, era morisco, quiso deshacerse y huir, pensando que más valía acabar a manos del verdugo que jugar a los bolos con Satanás por toda una eternidad.

Y se imaginó de pronto en los infiernos con su cara de cristiano viejo, pero con traje de moro o de renegado, turbante en la cabeza, babuchas de «Xauen» en los pies y un alfanje en la cintura. Aquel disfraz era el *Inri* que le ponían los demonios por traidor a su raza y a su fe. Y este otro disfraz con el que ahora se veía, ¿no era acaso también el de un renegado?

¿No estaba acaso en tierras de herejes recibiendo dineros de manos de calvinistas y luteranos que partían con él la capa y el pan como otrora lo hiciera don Félix Lope de la Vega y Carpio? «Con hombres como vuesamerced se ha de partir la capa», recordaba Contreras con nostalgia.

«¡Ay, Contreras, Contreras, capitán de corazas, quién te ha visto y quién te ve!

»Tú venciste, aquí cerca en estos mares, a Walter Raleigh, a quien los indios llamaban Guatarral. Le venciste por socorrer Puerto Rico de Indias, que lo tenía cercado.

»¿De qué sirvió tu victoria? Ahora… al cabo de los siglos, Walter Raleigh ha tomado Puerto Rico. En el palacio del gobernador ya sólo se habla en inglés…»

Pero Contreras se pasó la mano por la frente cerrando con cerrojo y doble llave la puerta de su memoria a nuevos recuerdos como lo hiciera aquel día —¡tan próximo y tan lejano!— frente a Toledo por evitar verse cercado de nuevo por su pálido mundo de fantasmas.

—¡Al diablo los fantasmas! No hay tiempo ahora para bregar con ellos. Tiempo es éste de lidiar con seres de carne y hueso que aun siendo así se me escapan, se me esfuman entre las manos cuando sueño hacerlos míos.

Pero hoy, ¡vive el Cielo!, no ha de ser así.

Contreras encendió la radio, dulcificó la luz, y se sirvió una copa de *whisky* escocés. Paca Revilla no tardaría en llegar.

Durante los diez días que llevaban en Nueva York se habían visto todas las noches, salvo tres en que las sesiones en el laboratorio de la Universidad se prolongaron más de la cuenta, y una en que Contreras quedó medio tarumba por haber sido tratado con hipnotismo y sujeto a un detector de mentiras.

Paca y él se reunían en Fornos, el restaurante español de la Calle 52, o en pequeños cenadores italianos o franceses. En los demás no se podía comer, pues todos los ingredientes estaban irremediablemente perfumados. Después iban a bailar. Y allí se quedaban hasta que les echaran. Contreras se escandalizaba de que Paca, que no le permitía acercarse más de la cuenta cuando estaban solos, se aviniera, en cambio, a bailar con él mejilla contra mejilla delante de todo el mundo. Estas convenciones (decía el Capitán para sí) no las entendería ni el sabio Morgante, del que dicen que lo sabía todo.

—¿Te dijeron algo las estrellas para mí cuando te fuiste?

—Me dijeron que estabas triste y que te morías por verme. ¿Es eso verdad?

—Tan verdad, que si antes no vuelves acabo.

—Yo también te eché de menos a veces.

—Eso quiere decir…

—Eso, por de pronto, no quiere decir que te pongas serio.

Y Paca torcía la conversación, rompiendo la intimidad.

Contreras se desesperaba. Pero nunca se decidía a abordarla, por temor a perderla.

—Los hombres que se ponen serios de amor —decía Paca— ponen cara de peces. Todo el mundo tiene cara de algún animal. Mira: aquel de allí tiene cara de búho, aquel de gallo, y aquel de ratón. A mí no me importan las caras de tigres, las caras de osos, las caras de dogo. Pero las caras de peces me revientan. ¡Los peces son tristísimos!

Una noche, Contreras la trató con cierta brusquedad. La actitud de aquella mujer le irritaba.

Ella no sólo no se dio por ofendida, sino que replicó sorprendentemente:

—¿Te das cuenta que llevamos diez días viéndonos a diario y aún no conozco tu departamento? ¿Por qué no me invitas a cenar contigo mano a mano?

Contreras se arregló la corbata frente al espejo y volvió a mirar impaciente el reloj. Paca no podía tardar.

Cuando al fin llegó, el salón estaba sin más luz que la palidísima de un velador junto al tresillo del bar, y la que entraba por la terraza, profusamente iluminada. De entre los libros de la biblioteca surgía cálida en tono menor la música de terciopelo del *pick up*. Paca se echó a reír.

—Está todo admirablemente escenografiado —dijo, cordial.

Contreras se disculpó. Tenía que perdonarle si había algo incorrecto o mal dispuesto.

Ésta era la primera vez que él se veía en semejante trance. Y se había puesto en manos del *maître*, que era el autor de todo: de la luminotecnia, de la música, y hasta del menú. Paca protestó tan sólo de la luz. No le gustaban los medios tonos. Se sirvió un *whisky* y ofreció otro al capitán. Poco después, sentados frente a frente, en la terraza, comieron; preocupado Contreras de los más mínimos detalles del protocolo social; deshaciéndose ella en elogios por los cambios operados en las maneras del Capitán.

—Estás hecho un gran señor…

—Nunca lo fui y siempre ambicioné serlo. Cuando estuve al servicio de los condes de Monterrey, la condesa se reía al decirle yo que al llegar a viejo me gustaría jugar al hidalgo rico. Tener unas tierras y una casa. Distraer el tiempo entre el cuidado de mi hacienda, la caza y los libros. Poco he leído, pero en este mi nuevo estado me gustaría hacerlo. A la hora del yantar escandalizaría a mi sobrina relatándole mis bellaquerías de mozo, y los viernes le daría dinero para el pan de los pobres.

Los puntos suspensivos volvieron a nacer en los ojos de Paca. Esta vez fue ella quien se puso seria al exclamar asombrada:

—¿Y por qué se reía la condesa de Monterrey?

Contreras respondió, entre fanfarrón y nostálgico:

—Decía que no era yo hombre para eso, y tenía razón. De mí se ha escrito que estaba hecho de «la misma madera que los forajidos», «que era uno de los que entran en la vida al grito de "¡Atrás; por la muerte vengo!"»; que dormía «de pie como las grullas, entre la rendija que dejan dos muertes. La que yo di a alguien ayer y la que a mí me espera mañana».

Paca no replicó. Había en ella como una renuncia a bucear en busca de la clave del gran misterio de Contreras. El misterio era atrayente y sugestivo, y Paca prefería dejarlo tal cual, sin intentar repetir la historia del que mató la gallina de los huevos de oro.

Contreras llenó en silencio la copa de su invitada. El champaña se diluía en oro, multiplicándose en un mundo de pequeños planetas que ascendían raudos formando con la espuma en la superficie una gran constelación: una vía láctea de burbujas. Paca sorbió despacio su copa, mirando a Contreras a través de su cristal. Contreras la miraba beber.

—Alonso —dijo ella tras dudar si debía decirlo o no—, un día te pregunté que quién eras. Tú me respondiste quién creías ser…

—No quien creía ser, quien sabía que era —protestó Contreras—, sabiéndolo con evidencia de luz natural…

—Pero —replicó Paca—, ¿estás tú cierto de que todo aquello que ves, que todo aquello que percibes es real y verdaderamente tal como lo percibes y lo ves?

—Yo no entiendo de esas filosofías, Paca. Yo sé qué soy, sé quién soy, sé cómo soy.

—¿Y no has dudado nunca si todo cuanto te rodea no es producto de un sueño? ¿No has pensado nunca que tú mismo puedes ser el protagonista de un sueño que estás soñando?

—No, Paca. Yo percibo con evidencia de luz natural que existo real y verdaderamente: que hay un Dios anterior a mí que me ha creado; que hay otras criaturas en torno mío… piedras, flores, bestias, hombres… creados por El mismo que me creó. Percibo con la misma evidencia que el hombre (que en su primera edad estaba próximo al bruto, salvo en la posesión de un alma) ha ido progresando merced al soplo divinal que aquella alma encerraba, hasta llegar al día de hoy en que todo es mejor que ayer, como ayer era mejor que antes. Y también percibo… —continuó Contreras, variando de tono—,

también percibo que tus dudas no son tales dudas, sino ganas de hablar o de hacerme hablar. Porque si lo fueran…

—Si lo fueran, ¿qué? —preguntó Paca sonriendo.

—Si lo fueran, no sería cierto que el hombre de hoy es superior al de ayer…

—¿Y entonces? ¡Sigue, sigue!

—Entonces… ya no necesitaría de ti para deshacer los últimos callos y lastras del hombre rudo que era… serías tú quien necesitarías de mí para salvarte…

—Sírveme otra copa, capitán Contreras —dijo Paca, ofreciendo la suya, vacía; y quedó un momento silenciosa.

—Yo a veces pienso que todo cuanto nos rodea es mentira. Y más mentira que nada, ese progreso del hombre, que tanto te deslumbra…

Contreras hizo un gesto de disgusto.

Paca cordial, con una gran ternura en los ojos y en el gesto añadió:

—Pero de todas las mentiras que nos rodean, te juro que la tuya me parece la mejor…

—Pero de todas las mentiras que nos rodean —rugió Contreras— ¿es esto mentira acaso?

Se había puesto en pie y señalaba desde la balaustrada, abajo, hacia la calle. Paca se acercó a él. La inmensa avenida se prolongaba, frente a ellos, hasta donde la vista permitía, bordeada por ciclópeos colosos de cemento que proyectaban sus testas iluminadas sobre la noche. Una noche sin luna y sin estrellas, porque la luz de la ciudad la velaba. Eran como enormes brazos levantados, de una manifestación universal; como cañones interplanetarios; altavoces de estrellas, dioses de una moderna mitología. Y abajo, en las arterias de aquel cuerpo colosal, los automóviles en número incalculable —los glóbulos negros de la ciudad— transportando del centro a las afueras —del corazón a los miembros— alimentos, salud, energía.

—¿Es esto mentira acaso? —volvió Contreras a repetir.

Paca Revilla no se atrevió a replicar.

Contreras prosiguió:

—Yo, como hombre rudo y de pocas letras, debía cortarme la lengua antes que contradecir a una mujer tan leída como eres tú; pero si tu discreción no me debía autorizar a contradecirte, en cambio sí me autoriza a ello el que seas mujer, que nunca se ha sabido de mujer alguna con sobra de seso.

—¡Bravo por el preámbulo! —rió Paca, a quien entusiasmaba la sintaxis y las impertinencias del capitán—. Adelante…

—Filósofos hay, y de mucho seso, según me ha explicado Cornejo, que han escrito cien libros para averiguar si ellos mismos existen o no. Para mí, que ya no hay plaza en las casas de orates. Pero volvamos a nuestro cuento. Todo cuanto desde aquí vemos… esos edificios gigantes, esas luces, ese poder… demuestra con evidencia de luz natural que si el hombre de hoy ha hecho esto y el de mis días no lo hizo, el hombre de hoy es mejor que el de ayer. La evolución natural de los siglos va hacia adelante y no retrocede sobre sus propios pasos. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios lleva en sí mismo una tendencia a acercarse a Dios, es decir, a la perfección. Esta perfección, lo mismo en el orden de lo material como en el de las cosas del espíritu. Y si el hombre ha respondido a esta tendencia de perfección puesta en él por Dios, no hay duda de que ha avanzado mucho desde mis días.

Una vez puesto en marcha, Contreras hubiera seguido hablando hasta el cansancio si Paca dispuesta a precisar no le hubiere interrumpido.

—¿Y crees —fue su interrupción— que el hombre ha progresado en el orden del espíritu, en fe, amor al prójimo, renunciación, bondad, justicia, en la misma medida que lo ha hecho en el orden de la materia: técnica, química, mecánica y organización?

—Es de suponer que sí.

—¿Y si algún día te convencieras de lo contrario?

—Pensaría que el mundo ha quedado cojo.

—Pues convéncete, capitán Contreras. Está cojo, y sin muletas.

Quedaron un largo rato en silencio. Los anuncios luminosos colgados de los edificios se encendían y apagaban, cambiando cada vez sus colores. Un anuncio de bebidas encendía sólo unas letras de tal manera que no decía nada. Después encendía otras y se apagaban las primeras. Por fin se encendían todas. Era un parpadeo azul, rojo, amarillo, enervante. De la calle, lejanísima, ascendía como un gran mar de sonidos en el que se hubieran perdido las gotas aisladas de los distintos ruidos que lo formaban. Pero sobre su gran superficie surgían de cuando en cuando olas de ruidos. El histérico del pitido de un tren; el mugido de vaca marina de un transatlántico entrando en el puerto; los bocinazos prohibidos de un embotellamiento de coches. Pero sobre todos ellos las luces guiñando pícaras recomendaciones comerciales, parpadeando nerviosas, manchando el inmenso tejado de niebla de la gran ciudad. Una niebla formada por las chimeneas, el vaho del cemento, la humedad del puerto, el humo de los cigarrillos, y el aliento de diez millones de habitantes.

—¿No conoces los versos que hizo Castejón acerca de Nueva York? —preguntó Paca—. Escúchalos.

Ante el ojo sin pulso del vigía
que alza la antorcha de la Libertad
sobre las ruinas de la Geometría
crece —tumor sin nombre— la ciudad.

Es un bosque de lanzas de cemento
que a las nubes desgarra y hace guerra,
¡dedos enhiestos pilotando al viento!,
¡mástiles poderosos de la tierra!

Babel gigante sin humillación
que al mismo Dios de las alturas retas,
tus altos cíclopes de acero son
batutas de un concierto de planetas.

Ciudad con sed de altura ¡y sin ascetas!,
ciudad sin sexo vertical y fría
con déficit de luna y de poetas
y superávit de melancolía…

Busco lejos de ti cuanto te falta,
la libertad que anhelas y el aroma
de la noche infinita, clara y alta
que es el alféizar donde Dios se asoma.

Lejos de ti la norma y la medida
en mi lento reloj de sol y arena.
Lejos de ti el latido de la vida
que arrulla, que acompasa y que serena.

¡Lejos de ti, sin ver el desafío
de tu proximidad a un Dios que ignoras!,
lejos de ti, Babel, y del vacío
de ser tú misma el Dios a quien adoras…

(Ellos, vacíos de pasiones; ellas,
blanda lujuria sin sensualidad.)
Ahogada en su luz —¡y sin estrellas!
crece—, cárcel de plata —la ciudad…—

Cuando Paca hubo concluido, Contreras movió la cabeza con desaprobación, pero no se atrevió a replicar.

—Es una ciudad epiléptica que permanece en pleno ataque de epilepsia —dijo Paca, retirándose de la balaustrada y entrando en el salón—. ¡Y este es el corazón del mundo! ¡De nuestro mundo, capitán Contreras!

Contreras la siguió. Estaba desolado. Se sentía en cierto modo culpable de que a Paca la disgustara su mundo. La terraza tenía la culpa. El *maître* tenía la culpa. Y los vinos también. En sus días, cuando se pretendía galantear a una mujer, no se precisaba la artificial colaboración de los licores. Y él había invitado a Paca para galantearla, no para hablar con ella de filosofías.

—¡Adiós, Contreras! —dijo Paca, extendiendo su mano para despedirse

—. Ya es tarde.

Contreras sintió derrumbarse el suelo bajo sus pies. Al igual que con Dorita Rivas la tarde de la cacería de águilas se veía ahora desconcertado, burlado. Alguien había hecho trampa. Era evidente, con evidencia de luz natural —como él decía—, que si Paca había aceptado aquella invitación en su departamento, que era tanto como decir su casa, no era para cenar y marcharse tras definir Nueva York como una ciudad epiléptica. Contreras tomó la mano que le ofrecían y la retuvo.

—No, no te vas.

Ella no hizo ademán alguno por retirar su mano, pero le miró con tal frialdad en los ojos que Contreras, tras dudar, la soltó.

—¿No? —dijo ella tan sólo. Y después, dulcificándola—: Adiós, Contreras: mañana nos volveremos a ver. ¿No es mañana la cena en honor del doctor Yuste? Yo estoy invitada. —Sonrió y traspuso la puerta, entornándola… No la había aún cerrado cuando un estrépito tremendo se oyó en la habitación. Contreras había cogido el jarrón de Dulton y lo había hecho añicos contra el suelo. Paca volvió a entrar y cerró tras sí la puerta.

—Pero ¡estás loco! ¿Qué niñerías son éstas? —le dijo, acercándose a él y sacudiéndole los brazos.

(En circunstancias parecidas, a mí me cogió por la solapa y me lanzó al suelo de un empellón.) A Paca la abrazó con fuerza y la besó en la boca largamente.

Paca no hizo ningún forcejeo inútil de resistencia. Cuando Contreras la dejó en libertad se apartó un poco, hizo un gesto con la cabeza, como echando hacia atrás un rizo del pelo (o un pensamiento que la estorbara) y, tomando a Contreras de la mano, lo llevó al sofá próximo al bar y se sentó junto a él.

—No tienes ningún sentido común, capitán Contreras. Cállate, cállate ahora y escúchame, cosa que todavía no has hecho nunca. Escúchame, aunque creo que hoy no nos vamos a entender.

Paca Revilla estaba demasiado interesada por Alonso de Contreras para cometer cualquier ligereza que rompiera el encanto que se desprendía de su amistad con él. Ella sabía muy bien que el amor es un dios caprichoso y cruel que exigía, como los ídolos de los aztecas, corazones sangrantes en su holocausto, y no estaba dispuesta, ¡ahora de vuelta de tantas cosas!, a ofrecerse como sacerdotisa y víctima de un nuevo dios. El amor no es más que una lucha desesperada por buscar una felicidad en la que ella no creía y que al ejecutarse hasta su conclusión flamea consumiendo a los que a él se entregan. Ella temía, intuía, sabía que el entregar a Contreras su voluntad

equivalía a desprenderse de lo único que Contreras buscaba en ella. Y que para ella misma Contreras dejaría de ser el enigma hábil para turbar su sueño con el recuerdo de sus relatos prodigiosos, de su dicción bárbara y elegante, de su personalidad transplantada, para convertirse sencillamente en un hombre más. Era un hombre capaz quizá de envenenar su piel en breves minutos sobresaltados, pero capaz también de dejar en su boca y en su espíritu un amargo sabor de hastío, de insatisfacción, de cansancio moral. Paca estaba de vuelta de muchas ilusiones (quebradas precisamente por alcanzarlas), y sabía con egoísta frialdad que nada en el mundo valía la pena de romper un equilibrio conseguido a fuerza de mucho desengaño y dolores íntimos. Tan íntimos que nunca habían aflorado a su piel hechos lágrimas.

Contreras escuchaba a Paca con tal desconcierto que su vanidad herida de hombre quedaba anulada, empequeñecida, por el estupor.

Porque aquella mujer no le decía que no le quería, sino que le rechazaba precisamente por quererlo. Y no eran razones de virtud las que esgrimía, sino de cálculo; de un cálculo que abría un abismo entre los dos; un abismo que Paca suplicaba a Contreras no intentara traspasar.

En la lucha que se inició entre los dos aleteaba el patetismo de dos fuerzas que se buscan sin encontrarse. Porque Paca no se contentaba con ilustrar a Contreras de una determinación previamente decidida, sino que entristecida por el efecto que sus palabras producían en él pretendía llevarle por el camino de la renunciación. Y Contreras se debatía oponiendo calor a la frialdad de ella. Era la lucha de la impremeditación, la arrogancia, la hermosa fuerza ciega, el torbellino envuelto en bellas, violentas y generosas galas contra el dominio, el carácter y el cálculo.

Era el siglo XVI, activo e ilusionado, contra el XX, escéptico y razonador. Era la fuerza dinámica de la voluntad y el corazón contra la fuerza estática de la contabilidad mental. ¡Era el capitán Contreras con todo su mundo, contra el mundo todo de Paca Revilla!

En la lucha entre la costa y el mar, no siempre la costa gana. Paca sintió agrietarse su castillo, y hasta pensó un momento que lo perdía porque su dominio no era el de una madurez sazonada, sino el de una dictadura contra tropas que podían rebelarse. Contreras se había hecho dueño de la palabra, y ésta fluía en él cargada de metáforas, rica de matices, como una cascada que no pierde la belleza de su fuerza primitiva y bárbara por manchar en ella el sol, la púrpura multicolor del arco iris. Prometía y mandaba. Afirmaba y perdía. Y su tono sabía remansarse también como agua que se recoge. Paca necesitaba a veces echar para atrás su frente rechazando el rizo y el

pensamiento que la estorbaban. Y venció. Contreras fue poco a poco aislando sus intervenciones, ensimismándose, parapetándose en su silencio. La voz de Paca surgía ahora cordial, segura, animosa. Se levantó. Contreras permaneció sentado, mirando a la pared, de espaldas a ella. Paca se acercó con cierta ternura. Posó tras él sus manos en los hombros del Capitán y después las fue deslizando suavemente por sus brazos. Contreras, no se movió siquiera cuando Paca, inclinada sobre él, acercó su rostro al suyo y lo mantuvo así unos instantes. Al fin, sin decir una palabra más, se fue.

Cuando regresé por la noche a casa vi la luz encendida en el departamento de Contreras y entré por si quería algo. Sentado en su sillón de espaldas a la puerta, el Capitán se volvió al oírme entrar. Me dijo que no le despertara al día siguiente, pues estaba cansado y quería dormir hasta tarde. Cuando ya muy entrada la mañana pregunté por él, el pájaro había volado. En la conserjería me dijeron que había salido con su equipaje al amanecer.

XI

¡Válgame Dios con el disgusto! Nadie puede imaginar la actividad que yo desplegué intentando inútilmente localizar al Capitán, encontrarle, o sencillamente averiguar dónde estaba o dónde había podido ir. ¡Pero si él no sabía desenvolverse solo! ¿Cómo diablos iba a haber huido del país con los trámites interminables y molestísimos que hay que realizar para salir de él; trámites, requisitos, disposiciones, que si en todas partes son engorrosos, aquí rozan el límite de lo insufrible? Antes que a nadie fui a visitar a Paca a su hotel. Su primera reacción fue la sorpresa. Después arremetió iracunda contra mí. ¿Por qué iba a saber ella nada del Capitán? ¿Era ella por ventura su nodriza o su empresario para seguirle los pasos como a un chiquillo o a un actor de circo? ¿O pensaba yo que lo tenía escondido en su cama para calmarle sus fiebres?

—¡Fuera de aquí, impertinente, majadero; fuera de aquí!

Ésta fue su primera reacción. Al día siguiente, en cambio, y al otro, y al otro, me llamó para saber si habíamos tenido noticias del Capitán.

Tardé varias horas en decírselo al doctor Yuste. Éste vagaba por los cuernos de la luna y no se enteraba de nada, Sin embargo, la desaparición de Contreras tenía un especial matiz de gravedad. Contreras, a cuyo nombre estaba la cuenta corriente, tenía con su firma la llave de nuestra despensa. El doctor, al saberlo, se echó a llorar. ¿Por qué no había esperado un día más para fugarse? ¡Por lo menos hasta después del banquete!

Hasta entonces las cosas no habían podido ir mejor de lo que fueron. Recién llegados y al cabo de tres días de trabajos intensivos en la Universidad, al reunirse los profesores en el claustro, el rector alzó la palabra y poco más o menos dijo:

—Señores, aunque pertenecen ustedes a las disciplinas más variadas del saber humano, es preciso que sepan que en esta Universidad estamos realizando unos estudios que pueden revolucionar hasta su entraña misma leyes hasta ahora universalmente aceptadas por la Ciencia. La gloria de este Instituto a todos alcanza y todos debemos enorgullecernos de ello.

»Dentro de breves días, si los experimentos que vamos a realizar dan buen resultado como todos los antecedentes presumen, podremos proclamarlo oficialmente al mundo. Colabora con nosotros el eminente hombre de ciencia español señor “Bengoa”, que es hoy nuestro huésped de honor.»

Una pequeña salva de aplausos corteses acogió las palabras del rector, y los profesores se fueron turnando para estrechar la mano del doctor «Bengoa».

Tres meses después y tras haber minuciosamente estudiado y comprobado todos los extremos del flamante estudio del doctor Yuste, la Universidad había organizado una sesión en que Contreras, sujeto a hipnotismo y ante un detector de mentiras, iba a ser analizado y estudiado no ya por doctores en Medicina, sino por historiadores, filólogos, geógrafos, marinos y astrónomos. Los conocimientos de astronomía de Contreras eran sorprendentes, pero se detenían en el punto mismo en que esta ciencia progresó después de su primera muerte. Con el arte de navegar, el conocimiento de Contreras, profundísimo, producía el mismo fenómeno. En geografía no había rincón del Mediterráneo, islote, banco de arena, paso de corrientes, vientos, bahías que no conociera. Contreras hablaba correctamente el italiano, y algunas palabras de francés, griego, turco y árabe en sus versiones arcaicas y populares. En castellano, sin embargo, fue, paradójicamente, donde el profesor encargado de examinarle dio su fallo en contra. Contreras, se dijo, hablaba no el castellano de ayer con incrustaciones de hoy, sino el idioma de hoy con incrustaciones en su sintaxis y vocabulario de ayer. Esto era perfectamente explicable —alegué yo entonces— dado que Contreras desde su aparición en el cementerio de la Almudena hasta la fecha había leído, estudiado, escuchado solamente la versión contemporánea. ¿Cómo es posible, pues, que al cabo del tiempo su oído y su sintaxis no se hubieran ido amoldando al idioma que percibía en la calle, en casa, en los teatros y hasta en los libros? Sabido es que las personas pierden con más facilidad su idioma nativo cuando habitan en países de lenguas hermanas que no en aquellas donde el idioma proviene de otro tronco. Un español que viva en Rusia conservará hasta su muerte el idioma y el acento patrio, pero no así un español que viva en Portugal, en Italia… o en la misma República Argentina. Y viceversa.

El experimento de historia fue sensacional. Contreras no sabía —¡y ahí estaba el detector que no le dejaba mentir!— quién era el secretario de Estado en los Estados Unidos aquel mismo día, pero sabía quién era virrey de Nápoles en 1608; ignoraba quién era hoy el presidente de la República francesa, pero sabía quién fue el embajador de España en París cuando el asesinato de Enrique IV; no conocía los nombres de Napoleón, Nelson, Washington, Bolívar, San Martín, Ramón y Cajal, Rubén Darío, y supo en cambio tres nombres de comedias de Lope de Vega que se habían perdido, de las que no se tenía noticia y que ni siquiera estaban recogidas por Astrana

Marín en su puntualísima relación. Hasta de los nombres de los cómicos que las estrenaron Contreras se acordaba. Y fueron comprobados. Y era verdad…

—Señores —proclamó solemnemente una tarde memorable el rector de la Universidad—, no hubiéramos llegado nunca a la conclusión que hemos llegado, y que es sin duda la revelación más grande en la historia de la Medicina y la más perseguida y ambicionada por todos, pues nos descubre el secreto de prolongar hasta límites insospechados la vida de los hombres, sin el sacrificio y el tesón de este hombre singular que es el doctor «Bengoa». Porque, señores, este hombre que aquí veis ha sido inhabilitado para ejercer la profesión médica en su país por haberse atrevido a mantener lo que hoy, debidamente asesorados y apoyados por cuantos en esta investigación han intervenido, proclamamos solemnemente como una gran verdad. Un aplauso, señores, para el doctor «Bengoa».

Y Mr. «Bengoa», mientras escuchaba la larga, apretada, emocionada salva de aplausos tuvo varias veces que retirarse los lentes de la nariz porosa, brillante, ahumarlos con su aliento y limpiarlos nervioso con la punta de su pañuelo.

La noche que el capitán Contreras huyó iba a celebrarse un banquete monstruo en honor del doctor Yuste de más de dos mil cubiertos. El embajador de España cablegrafió aquella tarde a Madrid que, o se habilitaba de nuevo al doctor para ejercer su profesión en España y se le desagraviaba públicamente, o se corría el riesgo de que los Estados Unidos votaran en contra de nuestra Patria en la inmediata sesión de las Naciones Unidas.

XII

Cuando el capitán Contreras regresó a España pensó haber encontrado su libertad. Se le daba una higa de todos sus compromisos adquiridos con Yuste o conmigo. Los adquiridos, o, mejor dicho, adquiridos para él por nosotros sus protectores con la Roosevelt University estaban por ahora cumplidos, puesto que había permanecido en observación el tiempo requerido de tres meses por la cláusula de aquel contrato en el que su cuerpo había sido cedido para después de muerto a aquellos curiosos que querían divertirse abriéndole un día, como a los marranos, en canal. Lo único que le dolía era haberse excedido en media semana en su compromiso. Pocos días, aunque suficientes, para salir malherido en aquella refriega con Paca Revilla. «¡Cara ha sido la propina! —pensaba ahora Contreras—, que si antes me volviera no había para qué.»

Contreras fue a visitar a Pepe Castejón, el aristócrata raído, como le bautizó para sí apenas le conoció. «Señor marqués —le había dicho— si vuestra excelencia es hombre de bien, confiéseme, que lo he menester.» Y se confesó con él; quiero decir que le contó con pelos y señales su fuga de Nueva York, la irritación que le producían sus protectores, la escena con Paca Revilla, y su deseo de huir de nuevo, de fugarse de todo y de todos, de acabar…

Pepe le oía, le dejaba hablar, y a Contreras hablando, contando, narrando se le pasaban las horas y aun los días sin sentir. Todas las tardes al borde de las ocho Contreras y Castejón se reunían, encaminaban sus pasos al Retiro, y allí paseaban bajo el techo solemne de los castaños, desde Alcalá al Ángel Caído, desde la Rosaleda al Estanque, y desde allí hasta Independencia, donde se despedían y separaban hasta el siguiente anochecer.

Durante aquellos meses (mientras Yuste y yo recorríamos Estados Unidos, Canadá, Méjico y Uruguay pronunciando conferencias) Contreras se enfrentaba, sediento de novedades, con sensaciones nuevas. Pero ya no las enfocaba ni las analizaba con la misma generosidad que primero. Después de visitar infinidad de exposiciones de pintura, museos de arte y colecciones particulares (y de anotar en su portentosa memoria la fecha a que correspondía cada una de las obras que más herían su sensibilidad), Contreras, tras un grave incidente en el museo, llamó a Castejón y le dijo:

—Si habéis, señor, de ser mi confesor, sedlo hasta el fin. He aquí que he blasfemado contra el arte. He pecado contra el arte. Pero no me arrepiento de mi pecado. Rechazo la contrición, la atrición y por supuesto el propósito de enmendarme. ¿Queréis a pesar de todo oírme en confesión?

Y Contreras se excitaba hasta lo indecible exponiendo su pensamiento. No había nada como la evolución del arte pictórico que reflejara mejor la evolución del alma colectiva de las distintas épocas. Cuando él murió —mejor aún, cuando cayó en el gran sueño— allá en su lejana primera vida, el arte pictórico español había alcanzado su máxima altura, la más alta cumbre de la perfección. Hasta entonces la evolución había partido de los balbuceos camino de la serenidad. Nuestros primitivos —«y atendedme, señor, pues hemos de volver a ellos»— lograron plasmar en bellísimas imágenes toda la dulzura, la ingenuidad, la pureza, la emoción sencilla y virgen de una adolescencia limpia. Nuestros primitivos, sin dominar las perspectivas, ignorantes de las distancias y las profundidades, pero maestros en el color, eran «los trece años» de nuestra pintura. Equivalen a lo que en poesía representa el marqués de Santillana.

Contreras tamborileaba con los dedos sobre la mano mientras recitaba:

«En un verde prado
de rosas e flores
faciendo ganado
con otros pastores
la vi tan donosa
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.»

—Plasmad eso, señor marqués, en vuestra imaginación. Poned colores a estos versos y veréis que no pueden ser iluminados más que con los pinceles de esos que agora llamamos un «primitivo».

»De la ingenuidad a la picardía, de la picardía a la inquietud, de la inquietud a la entrega mística y del misticismo a la serenidad, hay los mismos pasos que van de la infancia a la pubertad y de aquí a las dos juventudes y por último a la madurez. La pintura tuvo, pues, sus edades. Fra Angélico, o la pureza; Botticelli, o la picardía; Teotocópuli, o la inquietud; Zurbarán, o la renunciación; Velázquez, o la serenidad. Cada uno de ellos fue fiel a su edad pictórica. Después vino el desconcierto, pero no el caos. Después yo me dormí y no he despertado hasta hoy.

»Y ahora al despertar visito estas exposiciones de hoy, y me enfrento con lienzos que son engendros del diablo, masturbaciones de la conciencia, excrementos de Satanás vistos al microscopio y descompuestos sus colores a través del prisma. Masas informe, geometrías de esquizofrénicos, colores que no son caricias de la vista, sino manchas del lienzo en que han sido puestos. Tres tendencias descubro: una, la apuntada, digna de llamar la atención de los psicópatas antes que de los críticos; otra, la del feísmo; otra, la de los primitivos sin ingenuidad. La del feísmo, gozándose en lo hórrido y espantable: muertos, caretas de un carnaval en los infiernos, cabras con cara de merluza, mujeres con pechos de cabra…

»Mirad, señor. Lo menos duro de mirar son los falsos primitivos. Pero así como la carencia de perspectivas, la blandura e ingenuidad de las formas era, en los primitivos auténticos, producto de su edad, germen de sus trece años, aquí estos otros mueven a risa, pues es como si una mujer vieja, arrugada y prostituta por añadidura se peinara con tirabuzones, se adornara con un lazo y saliera de calcetines, con la falda sobre la rodilla y un ramo de margaritas, a posar para el pintor. ¡La pureza, señor, y la ingenuidad son incopiables!

»De todas estas tendencias creo que la del feísmo es la única fiel a su época. La única sincera. Los días de Trento y de San Quintín; los días de *La vida es sueño*, los días del Derecho internacional de Alvarez de Menchaca y el Padre Vitoria tuvieron de ilustradores a Miguel Ángel y Velázquez. Los del petróleo y la bomba atómica, los de Nüremberg y Carlos Marx precisaban primero a Picasso, después a los feístas…

—Capitán —interrumpió Castejón—, estáis confundiendo épocas, mezclando nombres de personas que estuvieron separadas entre sí casi un siglo.

—Tonto he de ser si no me explico. Para mí, *La vida es sueño* y *La Venus del espejo*, los lienzos, los dramas, el derecho, los poemas, la diplomacia y el arte de ganar las batallas tienen todos ellos un autor común: su tiempo. Calderón y Velázquez, Vitoria y Cervantes, Garcilaso, Menchaca y Ambrosio de Spínola no fueron más que las manos del autor verdadero de los cuadros, los versos y las batallas que emprendieron. La época dellos no ha forzosamente de coincidir con los años que vivieron. Si muchos no fueron contemporáneos para sí mismos, ahora para nosotros sí lo son entre ellos gracias a la perspectiva que nos da la Historia.

»Aquel autor, señor marqués, aquel autor que fue el siglo dorado por excelencia pintó el cuadro de *Las lanzas*. Esotro autor que es vuestro tiempo ha pintado esto.

Y Contreras sacó de su bolsillo la reproducción en colores de uno de los más admirados cuadros de la exposición que por entonces se celebraba. Su plano último era como una masa de materia viva; un músculo informe no localizado aún, traspasado por curvas de plomo y escamas violáceas como de cuerpo muerto. Encima de aquello, como borrones, como tachaduras, como toboganes de un desprendimiento de pintura, todos los colores desordenados de una paleta. «¿Conocéis la historia de este cuadro?», preguntó Contreras. Ante la negativa de Castejón, el Capitán se lo explicó. Trataba su autor, del que dicen secretos a voces que es invertido, de ilustrar la contraportada de un libro de versos de un ilustre poeta tan afeminado como él. Trabajó noche tras noche queriendo inspirarse, dar forma plástica a aquellos versos; concretamente, a un poema numerado con el signo cero. Empezó pintando lo que se ve al fondo de esta reproducción. Una noche, considerándose fracasado, se dejó arrebatar por la ira y, tras escupir a su obra, lanzó contra el lienzo la paleta de colores con ánimo de destrozarlo. Acto seguido, el pintor, despechado, se fue a dormir. A la mañana siguiente el pintor fue despertado por el poeta, que le abrazó emocionado por haber reproducido con tal exactitud la emoción celestial de sus versos. Y es que la paleta, lanzada de plano contra el lienzo, quedó pegada a él por los trozos de pintura húmeda; después se fue corriendo por el peso, hasta que se despegó y cayó al suelo. «Abrázame, Basino, abrázame», gritaba enloquecido Redondo, el poeta. Y después añadió: «¡Qué dolor de desprendimiento, de arrancamiento el de esos trazos! ¡Qué doloroso deslizarse el de esos colores sobre el plano mismo de la renunciación! ¡Nunca pude soñar una ilustración tan apropiada para mi número cero; tu obra se ciñe a la mía como el ombligo al vientre!»

—Y tenía razón —continuó Contreras con burla—, pues he aquí, nada más y nada menos, su poemita.

Castejón tomó en sus manos la cuartilla que Alonso le ofrecía y leyó:

Poliedros de rosas fruncen argonautas
—desciendo—
por el árbol viril de tus calcomanías
—desciendo—
¡qué esguince de menoretas por la enésima
potencia de tus músculos, oh marinero!

Renuncia de cascabeles arrepentidos
—asciendo—
retuercen las albas focas en ti, ¡nefario!
—asciendo—
caballos y megalitos vagan, melifluos,
por la fibra ¡ay!, del nabo de tus buñuelos.

—Comprendedme, señor —le interrumpió Contreras—, que si Santillana pudiera escoger para ilustrar sus coplas al mismo Fra Angélico, ¡este poeta de hoy, Redondo, sólo podía ser ilustrado por un pintor como Basino!

—Eres muy duro, Alonso, al juzgar a nuestros artistas —protestaba Castejón—; pero mucho más si pretendes aplicar tus juicios, no ya a Redondo o a Basino, sino a la época en que ellos viven y que tú crees que representan. ¿Cambiarías tus días por los de ahora? No eran esas las noticias que yo tenía de tu manera de pensar.

—¡No sé, no sé! —respondía Contreras. Y al decirlo se llevaba las manos a la cabeza con gesto abrumado y un tanto cómico, y del que se reía Castejón.

Y es que para el marqués del Darro aquello no pasaba de ser un tema de conversación, mientras que para Contreras la solución de aquella duda era trascendente, vital.

—Bueno, bueno —dijo Castejón, bromeando—; si es absolución lo que buscas, yo te absuelvo de tus pecados, pues son sólo de pensamiento. Pecado sin escándalo es pecado sin agravante.

Contreras se echó a reír.

—El caso —dijo— es que ha habido escándalo…

—¿Qué me dices? ¿Qué has hecho?

Y Contreras impuso a Castejón, como si aquello fuera motivo de broma, del escándalo tremendo conocido ya en nuestros días por la gente como el de «la sala de Goya». (Yo estaba en Montevideo cuando los periódicos lo publicaron. El conde Foxá me llamó desde la Embajada de España para leerme el telegrama enviado por la «United Press». Cuando lo leí me eché a temblar. A pocos escándalos de este calibre, Contreras acabaría en la cárcel, pensé. Y lo mismo debió de pensar Castejón cuando Contreras, la voz entrecortada de risas, se lo contó.) Parece ser que, obsesionado Contreras por lo que él llamaba la prostitución del Arte, se lanzó a averiguar dónde empezaba —época, lienzo, pincel— el camino que apartándose de la belleza inició la búsqueda de la inspiración en la entraña misma de lo feo. Un grupo de becarios y estudiantes extranjeros, invitados por un colegio mayor, visitaban aquella tarde las salas del Museo del Prado. Un ilustre conferenciante había preparado para ellos unas cuartillas. Tras los corteses aplausos que siguieron a la breve presentación del conferenciante, hecha por el director del colegio, y cuando aquél, sacando las cuartillas del bolsillo, había ya anunciado que sólo hablaría unos minutos acerca del creador y pontífice máximo de la pintura moderna, una voz potentísima retumbó por

todas las salas, rebotó en los mármoles de las galerías, y borró de la garganta del conferenciante todo vestigio de sonido. La voz decía así:

—¡Ya te tengo, engendro de Satanás; ya sé quién eres, follón!

La voz nacía en la inmediata sala de la Pintura Negra y se fue corriendo a medida que el capitán Contreras se acercaba al aula que habían improvisado aquellos señores bajo las complacientes miradas de la familia de Carlos IV.

Cuando el Capitán se dio de bruces con aquellos estudiantes, entre los que había birmanos, egipcios, filipinos, holandeses, cubanos, chilenos y alguno que otro español, no se arredró ni acobardó; muy al contrario, cogiendo la ocasión por los pelos y gesticulando con su bastón, dirigió una filípica sangrienta contra el genio, el pontífice, el emperador de la moderna pintura.

—¡Él es, él es —gritaba— el que ha roto los moldes de la belleza modelados por los griegos y desenterrados tras siglos de olvido por el Renacimiento! Él es el primero que ha encontrado en el Aquelarre (rito demoníaco en que las brujas ofrendan doncellas enteritas al diablo en forma de macho cabrío) el motivo más fino de su inspiración. Él es —añadió, señalando a *La maja vestida*— el primero que ha utilizado la aristocracia como tema de pornografía. Él es —continuó, señalando a la familia del rey Carlos— el primero que ha hecho una caricatura de la sacra monarquía católica. Levantadle monumentos, dedicadle endechas y poemas, ensalzadle en himnos de alabanza, porque él es quien derribó del pedestal en que se hallaban a la gallardía, a la belleza, al respeto, para poner en su lugar brujas, sapos y revolución.

Los estudiantes extranjeros, que llevaban tres días visitando monumentos, ciudades, museos, calles, plazas y archivos; que habían sido sometidos a la tortura de tres conferencias, dos recitales y un discurso por día y que habían mirado con incontenible terror cómo el conferenciante sacaba sus cuartillas, encontraron aquella interrupción de lo más divertida, y aunque la mayoría no entendió de la misa la media, cuando Contreras hizo una pausa le dedicaron entusiasmados una ovación. El conferenciante tartamudeó dos o tres incoherencias, y el director del colegio mayor fue a avisar a los ujieres de que allí había un individuo que no pertenecía a la reunión y que no dejaba hablar al conferenciante. Acto seguido se fue al teléfono con ánimo de avisar a la policía. Cuando los ujieres llegaron al aula dispuestos a poner orden sufrieron (¡y cómo se reía Contreras al contárselo a Castejón!) la más peregrina de las confusiones. Vieron cómo un caballero dirigía la palabra a los estudiantes, que le escuchaban complacidos; vieron cómo un pollo presumido intentaba interrumpirle tirándole de la chaqueta y profiriendo exclamaciones

indignadas, y ni cortos ni perezosos se llevaron de allí al conferenciante a viva fuerza, sin escuchar sus gritos y sus protestas.

Contreras, viéndose solo y a sus anchas, cogió de la mano a una estudiante egipcia que era, según su posterior descripción, una diosa de belleza, y la llevó seguida de todos sus compañeros, primero frente a los retratos de Sánchez Coello y las salas de Rubens y Tiziano, y después a la sala de la Pintura Negra de Goya.

—Decidme, bella señora, y decidme, vosotros sus galanes y amigos, ¿qué preferiríais, veros o verla pintada por la galante elocuencia de estos señores, o sacrificada vuestra recatada doncellez, su doncellez recatada, al macho cabrío de este ensuciador de bellezas que es Goya?

La broma, como es natural, no podía continuar. Deshecho el equívoco, los ujieres, reforzados por el director del colegio y el conferenciante, iniciaron la persecución y captura del capitán Contreras. Éste, sin perder por un instante su buen humor, les hizo correr por los pasillos, se dejaba acorralar para abrirse paso después, el bastón en alto, entre sus perseguidores. Los estudiantes le protegían poniendo la zancadilla a los ujieres; la estudiante egipcia abofeteó al conferenciante; algunos espectadores bramaban indignados que aquel escándalo no se podía tolerar; otros se doblaban de risa oyendo las exclamaciones del Capitán y viendo el arte con que se escurría de los ujieres.

—Señor: con la venia de vuestra Majestad —dijo Contreras, doblando el espinazo en la Sala Velázquez ante el retrato de Felipe IV; y trazando (como Pizarro en la isla del Gallo) una raya imaginaria en el suelo con la punta de su bastón, añadió—: Quien pase de aquí, lo doblo de un estacazo.

Todos se detuvieron.

Después, guardándose la espalda, se fue retirando hasta que, cerca ya de la puerta, dio un salto de torero sobre la verja y salió a la calle. Las últimas palabras que oyó fueron las de la estudiante egipcia, desconsolada:

—*Comme il est beau et comme il est adorable!*

XIII

Una tarde, Castejón propuso a Contreras ir a casa de unas chicas a tomar unas copas y a charlar.

—Son chicas de medio pelo —le aclaró—. Viven solas, son algo libres, tienen mucha simpatía y pocos prejuicios. Sólo te pido que no te des a conocer como un resucitado de otros siglos. Podrían creer que es burla… y podrían molestarse.

—Que me place —dijo Contreras. Y hacia allá se encaminaron los dos.

—Son chicas que trabajan —continuó explicando Pepe Castejón—, y entre todas se pagan el piso y la comida. Ganan poco, pero lo poco que ganan lo gastan en vestir. Y se visten tan bien que si las convidas a salir nadie diría que no son de buena familia.

—Y ¿de qué viven? —preguntó Contreras.

—Hacen de todo —aclaró Castejón—. Una es modelo de una modista de nombre, otra es enfermera, y la otra tiene un amigo en Intendencia que les provee la cocina a precio de tasa. Son muy buenas chicas, ya lo verás.

Llegaron a la casa. El inmueble en la Avenida de la Reina Victoria, en Cuatro Caminos, era moderno y bien parecido. La chicas vivían en un ático, y como por ser verano había restricciones eléctricas, tuvieron que subir los cinco pisos a pie; Contreras presionó el timbre, pero Castejón dio con los nudillos en la puerta, pues aquél no funcionaba. La mirilla se descorrió y tras ella apareció un ojo. Tras el ojo una voz de mujer.

—¡Pero si es el marquesito! ¿Vienes solo?

—Traigo a un amigo.

—Entonces, espera, que me voy a poner la bata.

Segundos después la puerta se abría.

—Bueno, perdóname que os reciba así; es que estaba en el baño cuando oí que llamabais. Ingrato —añadió, dirigiéndose a Castejón—, te habías olvidado de nosotras…

—Aquí, un amigo —dijo Castejón, presentando a Contreras.

—Mucho gusto. Los amigos de Pepe son amigos míos.

Una voz preguntó desde el interior, gritando:

—Loly, ¿quién ha venido?

—Es el marquesito —contestó la aludida—. Ya te hemos hablado de él.

Replicó la voz:

—Ahora voy a que me lo presentes.

—¿Quién es? —interrogó Castejón.

—Es Sylvia. Una chica nueva.

Y Loly, tomando a Pepe y a Contreras del brazo, los hizo pasar al cuarto de estar. Este salón tenía una radio, un sofá verde, dos sillones verdes, un cojín verde y un gran ventanal abierto que daba paso a una terraza. Las maderas de los brazos del sofá y los sillones hacían juegos de agua, como imitando caoba, pero eran de pino. Las paredes y el suelo estaban muy limpios. En la terraza había una tumbona de lona verde y una hilera de tiestos con geranios.

Loly tenía unos veintisiete años. Era esbelta, guapota, un poco grande y muy simpática. Reía constantemente y hablaba por los codos. Tenía una bata blanca con grandes lunares azules. Cuando llegó Sylvia, que era la dueña de aquella voz que sonó por el pasillo, Loly hizo la presentación.

—Ésta es Sylvia.

—Encantado.

—Éste es Pepe.

—Encantada.

—Ésta es Sylvia.

—Es un placer.

—Éste es un amigo de Pepe.

—El placer es mío.

Se sacaron copas. Se encendió la radio. («No muy alto, que molesta a los vecinos.») Se bailó, se bebió, se rieron. Se volvió a beber. Se volvió a bailar. Se volvió a reír.

Sylvia era fina, pero bien hecha. No era alta, pero tan bien proporcionada que lo parecía. Tenía la piel muy blanca y los ojos grandes y tristes. Tenía la sonrisa fácil y la risa difícil. Se rindió ante la incapacidad de Contreras para el baile y se echó en la tumbona de la terraza. Contreras, sentado a sus pies, comenzó a piropearla. Ella le dejaba hablar. De cuando en cuando le sonreía. Pepe y Loly se habían ausentado del salón hacia los interiores.

Sylvia se puso a tararear una canción y, al fin, la cantó tan suavemente, tan finamente que Contreras, lo que para él era casi un milagro, la escuchó. Y se la hizo repetir.

Me llamaste veleta
por lo variable, por lo variable…
Si yo soy la veleta,
tú eres el aire,
tú eres el aire…

Que la veleta
si no la mueve el aire
se queda quieta.

—Si no la mueve el aire se queda quieta… —repitió Contreras—. ¿Has compuesto tú esa canción?

—¡Cómo se te ocurre! ¿Tengo cara de hacer versos? Es popular.

—Las canciones populares las hacen los poetas.

—Pero yo no lo soy…

—¿Te gustan los versos?

—Mucho.

—Pues escucha éste que escribí un día y que hoy viene a cuento por lo de la veleta…

Quisiera ser el viento y sorprenderte,
que el halo de mi aliento te moviera
—veleta de mi pulso— de manera
que pudiera sentirte sin tenerte.

Quisiera ser el mar. Adormecerte,
que el vaivén de mis olas te durmiera,
que mis algas te hicieran prisionera
para poder sentirte sin tenerte.

Quisiera ser el fuego, y encenderte,
hacer de ti una brizna de mi hoguera,
abrazar con mi llama esa madera
que me invita a sentirte sin tenerte.

Quisiera, en fin, si por mi mal no fuera,
abrazarme a tu suerte, de tal suerte
que sin tenerte, *Filis*, te sintiera,
como si te tuviera sin tenerte.

Silvia se incorporó, interesada.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—Júramelo.

—¡Por Júpiter!

—No te creo.

—Bueno…

Casi todas las luces de las casas vecinas se habían apagado. Los trasnochadores que tomaban el fresco en otras terrazas o azoteas lo hacían sin luz, gozando de la que la noche agujereada de estrellas tenía. El cielo estaba altísimo y lejano.

—Dímelo otra vez.

Contreras lo hizo.

—¿Por qué repites «para poder sentirte sin tenerte»?

—No sé. Quizá porque perdida la esperanza de poseer, aún conservo la de sufrir…

—¿Sufrir? ¿Qué palabra es ésa? Ya no se usa. En esta casa no se usa nunca. —Y Sylvia lo dijo sonriendo. Pero sus ojos no acompañaron a los labios en la sonrisa.

—Oye…

—Di.

—¿Quién es Filis?

—No sé.

—¿No quieres decirlo?

—No. Cierto que no sé. Podría ser una mujer que conocí en Palermo; podría ser Isabel, por la que me batí un día; podría ser Paca; podrías ser tú…

—¿Yo? —Aquí Sylvia se rió de buena gana—. No, hombre; a mí no me pega eso de «sentirte sin tenerte».

—¿Por qué?

—Pues… porque no. —Y se volvió a reír—. Oye: ¿el marquesito no te ha dicho nada de nosotras?

—Decir, ¿qué?

—Nada. Bueno, de mí poco podrá decir, pues no me ha conocido hasta hoy.

Sylvia se levantó de su tumbona y se apoyó en la baranda de la terraza, junto a Alonso, mirando a la calle y a la noche.

Cuando Loly y Castejón volvieron a la sala ya era tarde. Se despidieron, y Sylvia pidió a Contreras que volviera otro día.

—A partir de las nueve y media estoy siempre en casa —dijo. Y añadió —: Oye, ¿cómo te llamas?

—Alonso… Alonso Guillén.

—Pues hasta otro día, Alonso.

—Adiós…

Dos veces por semana el capitán Contreras hacía novillos en sus paseos con Castejón. Y a veces, cuando acudía a la cita, abandonaba pronto a su amigo para dirigir sus pasos hacia la Avenida de la Reina Victoria. Pero no le ocultaba el porqué. Junto a Silvia, en aquella terraza, se le pasaban las horas sin sentir. A veces Castejón le acompañaba y hacían juntos su tertulia con las chicas. La mayoría de las veces, sin embargo, no.

Contreras estaba cansado. De vez en cuando le entraban unos deseos incontenibles de irse, no sabía dónde ni a qué, pero de irse lejos, solo. Aún le quedaba dinero, sin tener que acudir a Cornejo, del que le habían anticipado como precio de su cuerpo para cuando muriera, y mil veces pudo haberlo hecho, mas nunca lo hacía. A veces se levantaba con la idea fija de tomar el tren para amanecer el siguiente día en un puerto y desde allí embarcarse adonde fuera, sin rumbo fijo: a Argel, a Messina, a El Cairo o Astypalea. Pero se le pasaban las horas y las energías planeando lo que después no se resolvía a emprender. Contreras atravesaba una crisis de voluntad, una depresión que si es por lo general común a los hombres de acción, en él, que era, que había sido, la acción misma, adquiría por contraste un matiz mayor. Los hombres le aburrían, el teatro le enervaba, el cine le asustaba, la música le entristecía. «Son diálogos enfermos de generaciones enfermas», dijo un día, comentando una obra de humor. Y Contreras al decirlo comprendió que había cambiado o que estaba cambiando su concepto de los hombres y las cosas que le rodeaban.

Y pensaba en ello quedándose en el borde del dilema sin atreverse por sí mismo a trocar la inquietud por el desengaño.

«Soy viejo —se decía a sí mismo—, que si no lo fuera no me daría *el pensar*.»

A veces le decía a Sylvia su inquietud y la comentaba.

—Eres un filósofo —le decía ésta—, y hasta un poco santo.

La primera vez que la oyó llamarle santo le dio tal ataque de risa que creyó perecer. Pero yo creo que fue encariñándose con la idea hasta el punto de pensar de nuevo retirarse a una ermita donde acabar. Pero se defendía de la acusación de santidad repitiendo: «Es que voy haciéndome viejo, y así como a otros les da tos y carraspera, a mí me da *el pensar*.»

—¡*El pensar*! —repetía Sylvia—. ¿Crees tú que eso es malo?

—¡Quién sabe!

Si quisiéramos reducir a la estrecha celda de un vocablo cada uno de los complejos estados de ánimo por los que atravesó el capitán Contreras desde su desenterramiento hasta la ejecución de su última baladronada, tendríamos que agruparlos en tres momentos: el de la euforia deslumbrada, el de la crítica reformadora, y el del desaliento. Si el último fue el más patético y el primero el más ingenuo, éste por el que ahora atravesaba fue quizá el más brillante. Contreras se defendía de las sombras que a veces le ceñían sumiéndole en un estado de acabamiento moral, con la morfina de un espíritu reformador, de un misticismo político en el que se encendía y arrobaba sin lograr encender a

nadie de cuantos le escucharon. Sólo Sylvia le atendía sin discutirle, y cuando en otros grupos le privaban de la palabra con objeciones a las que no le permitían replicar, Contreras se refugiaba en ella como último y necesario auditorio. Un día, todo encendido de cólera le contó la infamia de que había sido objeto.

—Lo que ocurre —le había dicho, impertinente y retador, un joven vanguardista— es que los eternos descontentos como usted no pueden tolerar que haya un régimen político en España que lleve ya doce años manteniéndose en el Poder…

—¡Majadero! —interrumpió Contreras—; si alguna objeción tengo que oponer al régimen no es que dure ya doce años, sino que no pueda durar doscientos. Que de ser así, hoy mismo lo suscribiría.

—No debías meterte en esas cosas —se atrevió Sylvia a decir.

El proceso mental de Contreras ante nuestro mundo atravesaba un momento semejante al de los aztecas del siglo XVI cuando descubrieron que los jinetes y los caballos de los conquistadores no formaban un solo cuerpo gigánteo, sino que eran dos seres distintos; dos seres que podían morir, como ellos, de una lanzada certera en el corazón. Dos seres, por lo tanto, imperfectos contra los que se podía luchar; a los que se podía vencer…

En medio de las realidades portentosas, de los avances ingentes de la sociedad humana, el capitán Contreras descubría mezquindades, mentiras y errores colectivos tan hondos que reducían a nada las conquistas que tanto le admiraban. Un día, Contreras había ensalzado a la técnica, instrumento del hombre… Pero ya en estas alturas de sus meditaciones, Contreras empezaba a sospechar si no había quedado el hombre prisionero de la técnica, reducido a ser él el instrumento y no el señor de su propia obra. Esta metamorfosis, mejor dicho, esta inversión de las causas y los efectos, la veía Contreras evidente en múltiples fenómenos de nuestros días. El hombre creador de la máquina se encontraba sometido a ella bajo yugo de esclavitud. La sociedad organizadora del Estado para conseguir sus fines se veía sometida al Estado, de la que pasaba a ser esclava. Ya no estaba el Estado al servicio de la Nación; era la Nación quien estaba al servicio del Estado. La ambición de poder quedaba de servir a un ideario, para ser las ideas quienes pasaban a servir y hacer el juego a la ambición. Y esta elefantiasis del Estado, ya iniciada en los días primeros de Contreras, se había desarrollado hoy hasta limites infinitos lo mismo en las monarquías que en las repúblicas, igual en los regímenes de fuerza que en los regímenes de derecho.

Pero lo que más le admiraba era la confusión existente en torno al concepto y a la ubicación de la soberanía. ¿Dónde reside la soberanía, en el príncipe que manda o en el pueblo que obedece? Él, Contreras, no entendía de estas filosofías, pues como reiteradamente decía, nunca había estudiado en Salamanca ni en Alcalá. El poder, decían los teólogos, emana de Dios, y el rey lo ejerce por delegación en nombre de Él. Pero ahora unos verdugos franceses (Contreras utilizaba el «ahora» incluso para hablar de la Revolución francesa) impusieron la idea de que la soberanía residía en el pueblo, y el Universo todo así lo había acatado y mantenido. Quien ejerciera el mando ya no lo hacía en nombre de Dios, sino en nombre del pueblo. Y el pueblo era quien cedía a sus gobernantes, o bien la totalidad de los poderes (regímenes absolutos), o bien poderes limitados y además sujetos periódicamente a revisión.

Si los pueblos habían alcanzado su mayoría de edad, como decían los liberales (y con más calor que nadie el padre de Paca Revilla), justo era que éstos se gobernaran a sí mismos eligiendo de su propio seno a los hombres que habían de ocupar los puestos del mando. «Pero decidme, señor de mi ánima —clamaba Contreras cuando oía esto—, ¿quién es ese pueblo del que habláis en el que reside la soberanía? ¿Forman parte de él y en la mima medida que los demás, los gitanos, los moriscos, los ignorantes, los miserables, los ladrones, las prostitutas, y esas subclases, esas subrazas que desgraciadamente aún subsisten en nuestra patria vivendo en cuevas o en montes y que no han sido rescatadas ni por la más primitiva civilización? ¿Qué tienen que ver las brujas del aquelarre pintadas por Goya con los asuntos del gobierno de la comunidad? Son sujetos de derechos humanos, pero no los hagáis sujetos de responsabilidad política, pues no la tienen. Pero si queréis darle representación, no otorguéis a su voto el mismo valor que al hombre honesto y capaz.

»Las sociedades deben intervenir en los negocios de la cosa pública, pues de ella depende su riqueza, su paz y su bienestar, pero no debe confundirse el término de humana sociedad con el de masa ignorante y ciega. Dad un voto al hombre por el hecho de serlo aunque ignorante, puesto que decís que no puede ser excluido de la sociedad quien no ha delinquido. Pero dad mil —añadía con calor— al que sea sabio y otros tantos al que promueva con su trabajo o su inteligencia fuentes de riqueza y bienestar común. Dad más voto al que tiene hijos que al que no los tiene, pues es más lo que aquél se juega en el negocio de todos. Dad más voto al comerciante o al industrial que al poltrón y al perezoso. Dad más voto al trabajador honesto y diligente que al

vicioso y sembrador de malas hierbas. Dad más voto en lugar de vanas condecoraciones a quien sea merecedor por sus obras del agradecimiento de la comunidad. Y retiradlo al delincuente; excluidlo en quien no haya alcanzado en la escuela o en la parroquia o en el taller un título por mínimo que sea de utilidad. Negádselo a los parásitos, a los moralmente tarados, a los que han quedado al margen del lento avanzar de los siglos. Y así premiando a unos y reconociendo a otros sus propios derechos, castigando a unos y no otorgando a otros, por no ser merecedores dello, el derecho a intervenir en el negocio común, no creáis que innováis nada en política, sino que aplicáis justicia y lógica —esos dos ingredientes, señor Revilla— en los que basáis la bondad de toda política.

»Redactad esa Constitución, aplicadla, mantenedla, y cuando lo hayáis hecho llamadme, señor, que quiero ser diputado.»

Contreras hablaba como si lo hiciera ante una multitud apretada y atenta a sus palabras, aun cuando lo hiciera ante una sola persona distraída y mentalmente perezosa. Sólo al percibir que el vacío le ahogaba se dejaba vencer por la desazón y se batía en retirada. Entonces acudía a Sylvia. Y Sylvia, que no hablaba cuando él tomaba las riendas de la palabra; Sylvia, cuya única virtud era la de saber escuchar, o al menos la de aparentar atención cuando él la exigía, se le iba metiendo en el alma, lentamente, dulcemente.

Una noche, Contreras bebió. Sylvia le animaba a ello bebiendo ella misma, porque quería verle alegre y hacerle bailar. Pero él, a medida que bebía, se iba encerrando en sí mismo, *ensimismándose*.

—¡Qué aburrido te pones a veces! ¿Por qué no hablas?

—Perdona. Estaba como soñando despierto.

—¡Qué poco galante!

Y Sylvia, entre aburrida y melosa, se sentó sobre sus rodillas, le besó en la cara, disimuló un bostezo, y se quedó junto a él acurrucada y regalona. Loly, que les vio en esa posición, le dijo al marquesito que parecían una vieja niñera adormeciendo en sus brazos a una joven colegiala.

El Capitán alzó la vista y dijo:

—Es tarde, pronto va a amanecer.

—No te vayas —suplicó ella—, ¡se está tan bien así!…

—Es que si me quedo voy a ponerme a hablar. Hoy tengo unas voces dentro de mí que quieren salir… y no sé si tú las quieres escuchar.

—Habla, habla. Me encanta oír tu voz así tan cerca de mí. A veces oyéndote siento un calor suave así por la espalda que me gusta.

—¡Mira! ¿La has visto? Una estrella fugaz…

—¿Cómo la voy a ver? Estoy con los ojos cerrados para escucharte mejor…

—¡Sylvia!

—Di.

—Quiero comprar una casa y unas tierras cerca de aquí.

—¿Cerca? ¿Dónde?

Y Contreras tomó la palabra y comenzó a hablar… Como Sylvia apenas le interrumpía, no puso vallas a su discurso y habló una hora larga, hasta que las estrellas, llegada su hora, se fueron, apagándose, a acostar. Contreras habló a media voz, confidente y hasta se diría que emocionado. Todo el tiempo tuvo la sensación de que aquellas mismas palabras hubieran brotado antes, en otra vida, de su pecho: quizá en Monreal cuando pensó, al elegir nuevo estado, dejar la milicia; quizá cuando las primeras hebras de plata aparecieron sobre sus sienes, sin que los secretarios del Rey su señor quisieran premiar sus heridas y sus servicios; quizá, cubierto de plumas y de garambainas, ante la risa alborozada de la condesa de Monterrey…

Durante unos instantes el fantasma de Paca Revilla se le acercó para esfumarse después. «De mí se ha dicho que estaba hecho de la misma madera que los forajidos; que era de los que entraban en la vida al grito de *"¡Atrás!, ¡por la muerte vengo!"* Pero detrás de esta visión suya de rayo de la guerra, de gallo de la riña, unos deseos incontenibles, irrefrenables —Toledo, el Moncayo— de serenidad y de paz.»

«A un cuarto de legua de Toledo (empezó diciendo Contreras), allá donde el Tajo se dobla y repliega, abandonando el rumbo del Cantábrico que en ese punto tenía, para dar la cara hacia Portugal; allí donde unos batanes rompen el curso de las aguas aprovechando su corriente, he de comprarme un cigarral. La casona estará hecha, y las tierras por hacer, que habrá que limpiarlas de piedras para poder sembrar. La casa será ancha. No tanto que sea causa de envidia a los vecinos, ni tampoco que yo tenga que envidiarles a ellos. Allí me retiraré a descansar, pues lo he menester.»

Hizo una pausa.

—Sigue, sigue hablando —susurró Sylvia suavemente.

—La planta baja —continuó Conteras— tendrá un hogar para hacer fuego. Y dos muebles junto a ella. Uno será alto, como sillal de monje estudioso. Otro más pequeño, para acompañar las horas. Adosada a la pared habrá una mesa de roble sencilla. La tabla será de una sola pieza y las patas se doblarán como pezuñas de leones para hacer mayor la base de su apoyo. Sobre la mesa habrá una escribanía con pluma de ganso para escribir y polvos

para secar. La escribanía será de bronce tallado y figurará en ella San Juan en la isla de Patmos escribiendo el Apocalipsis. A la diestra de la mesa habrá unos libros, pocos, pero provechosos, ya de meditación, ya profanos. Entre los primeros estará el *Kempis* traducido por Fray Luis de Granada, y entre los segundos, *El rey sin reino*, de Lope. Sobre la mesa habrá un marco con las armas del Rey nuestro señor; adosado a la pared frontera, un astrolabio, un compás, unas espuelas y un arcabuz, no para guiar ni defender la casa, sino como muestra de que quien la habita sabe lo mismo usar las armas del mar que las de tierra. La pared será de cal, sin adornos ni compromisos de los que ahora se usan, salvo una imagen de Nuestra Señora de la Gracia, de azulejos cocidos, que esto lo saben hacer con maestría en Talavera o en Oropesa.

»Junto a la imagen habrá una lámpara de aceite encendida, y junto a la mesa un lebrel que lo mismo sirva para la caza como perdiguero que para la huerta como alguacil de casa y corte. En un estante adosado junto a los libros guardaremos el ajedrez, que no es tanto juego de ociosos como de soldados, y de estos últimos no de los viciosos y de poco entendimiento, sino de los que buscan en la maestría del juego los secretos del arte de la guerra. Las piezas serán de marfil y las unas representarán turcos o franceses. Las otras serán de cristianos. Si las figuras las saben hacer en Toledo tal como yo las imagino (cosa segura, pues siempre han sido los toledanos buenos talladores), el juego quedará a la vista sobre una mesa al efecto, sirviendo así lo mismo de adorno que de entretenimiento. En otro extremo de la estancia habrá un bastidor, una rueca y un laúd. Tú bordarás o hilarás, y yo te haré música, que para todo sirve quien ha sido soldado y ha vivido en cortes de príncipes y grandes señores. Las mañanas iré de caza con el alba, las tardes administraré mi hacienda, y si las noches son largas te haré canciones y endechas que me den la fama que no me dieron mis servicios al Rey. Que los soldados viejos antes han de cambiar ellos por sí de vida que no se la cambien de mal grado sus muchas plumas y sus pocas fuerzas.

»Que más vale retirarse a tiempo que caminar forzado, y antes vale ponerse una vez colorado que ciento amarillo. Máxime que yo siempre pensé retirarme algún día y llevar vida de hidalgo, que aunque mis agüelos no fueron nobles, bien lo podrían ser mis nietos. Los viernes daremos de comer a diez pobres. Yo les lavaré los pies y tú les servirás la mesa, que no es mucho preparar el alma para el trance que tanto tarda, y lo que no se ha hecho en… en… luengos años puede hacerse en años cortos si la voluntad es buena.

»Los domingos visitaremos a los vecinos, siempre que los vecinos no nos hayan anunciado su visita. Concertaremos esto las mañanas en misa mayor en

la catedral.

»No seremos famosos por nuestros hechos sino por nuestras virtudes. Que lo que no se ha ganado de mozos puede ganarse de viejos. Yo seré ducho en la caza y tú en honestidad. Serás recatada con tus doncellas: severa con sus licencias y blanda con sus debilidades. Que más puede a veces un buen consejo que un mal castigo. Y antes se predica con el ejemplo que con las palabras.

»Soy viejo para la guerra, pero no lo soy para el amor, que esto sin probarlo antes se sabe por el modo con que las mujeres miran a uno, que no por el modo con que uno mira a las mujeres. Que la avaricia del amor puede engañar al que pretende, pero no al que es pretendido.»

Hubo un silencio largo. Contreras había hablado bajo, confidente, con voz emocionada y contenida, Sylvia no replicó… Sylvia, sentada sobre Contreras, apoyada la cabeza sobre su pecho, se había quedado dormida. Dormida desde las primeras palabras del capitán.

En la última lejanía, el negror de la noche aparecía ya desteñido, como si un heraldo de la aurora hubiera frotado el negro horizonte con aguarrás. Y Sylvia estaba dormida. ¡Pobre capitán Contreras! ¿A qué pozo fue a parar la corriente cálida de tu voz, qué sismógrafo recogió la vibración de tus ilusiones?

—Sylvia, Sylvia, ¿quieres unirte conmigo en sagrado matrimonio?

El silencio fue la respuesta.

Contreras, alzando la voz y apretando su brazo contra la cintura de ella, protestó:

—Fuerzas me quedan, dineros tengo, gracias no me faltan para que cuanto aquí he dicho no sea a modo de pedir, sino de ofrecer.

El gesto y la voz de Contreras despertaron a Sylvia, que hizo un pequeño movimiento, sobresaltada.

—¿Te sorprende mi pregunta? ¿Te sorprende mi propuesta? Sylvia, por última vez: ¿quieres casarte conmigo?

—¿Casarme yo?… ¿Casarnos?

Sylvia se pasó una mano por la cara, como para volver en sí. Después se apretó aún más contra él.

—Casarnos… casarnos… ¡Pero si no sabes quién soy!

Contreras respondió preguntando:

—¿Sabes tú acaso quién soy yo?

XIV

¿Quién era esta muchacha por la cual Contreras quisiera ser mar, y viento, y fuego y otras sandeces para poder adormecerla, sorprenderla y encenderla, como le dijo en sus versos?

¿Quién era Sylvia?

El lector, sin duda, habrá alcanzado el secreto a voces de su personalidad, como lo alcancé yo mismo apenas tuve conocimiento de su relación sentimental con mi prófugo amigo. Pero cuando a mi regreso de América (para salvar a Contreras de la estúpida red en que quería caer, o por interés personal o por curiosidad literaria) me lancé a investigar sus antecedentes descubrí la importancia que para este libro podría tener el nuevo personaje aparecido. Por la influencia que tuvo en la última baladronada del capitán Contreras, pero también por ser Sylvia sombra y matiz de esta sociedad nuestra; de esta sociedad en la que estando yo inmerso no hubiera nunca llegado a conocer si Contreras, a su modo, no me la hubiera ido indirectamente revelando. Porque la luz de los cuadros no es tal luz si el lienzo carece de sombras que la realcen. Y Sylvia era sombra: sombra de nuestra sociedad.

¿Quién era Sylvia?

Sylvia, la Sylvia de hoy, ayer se llamaba Concepción. Era hija de un empleado de banco en Villanueva del Río. Un empleado tan puntual, tan serio como aquel otro padre de la *Pepa Doncel*, de Benavente, del que dijo un día su propia hija que fue en vida tan honrado que cuando murió dejó a sus hijas en el duro trance de tener que dejar de serlo… Cuando su padre murió, Sylvia dejó Villanueva y se vino a Madrid con sus veinte años a cuestas, media docena de trajes, unos miles —pocos— de pesetas, y muchas pretensiones. Trajes y pretensiones de señorita provinciana. Y no quiso colocarse de dependienta tras un mostrador porque ella era una señorita. Y una señorita no puede vivir por sesenta duros. Y no quiso colocarse en una oficina porque sin saber taquigrafía ganaría menos que tras un mostrador; ni como maestra de párvulos porque ganaría menos que en una oficina; ni, por supuesto, como institutriz porque sus padres no habían servido a nadie, ni eran esas sus aspiraciones. Ella venía a Madrid para casarse. Entretanto, se colocaría de algo en algún puesto importante de alguien importante. «Algo», «alguien», «algún», se repetía Sylvia sin perder la esperanza.

Por fin encontró su puesto. Mentalmente, claro es. Sylvia se quiso hacer aeromoza, camarera de avión. Sylvia sabía francés, Sylvia sabía geografía. Se presentó en las oficinas de una Compañía aérea. Pero el francés de las monjas de Villanueva del Río no era, por lo visto, el francés que se hablaba en Francia. Había, además, que aprender inglés. ¿En cuánto tiempo aprendería ella un idioma y perfeccionaría el que ella, hasta entonces, había creído saber? En tres meses, pensó primero. Después pensó que en siete. Más tarde en un año. Y se inició la carrera fatal, entre el difícil aprendizaje y los fondos —¡todos sus fondos!— que tenía bajo llave guardados en un cajón. Si lograba su puesto antes de que el dinero se acabara… Pero, ¿y si el dinero se acababa antes de conseguir su puesto? Y Sylvia comenzó a estudiar, primero en su habitación del hotel, entre las cuatro paredes de una pensión después, sin más distracción que ese «algo», «algún», «alguien», a cuya indeterminación era preciso, urgente, dar cuerpo antes de que se acabaran los fondos, los fondos del cajón…

Cuando conoció a Fernando, los apuros de Sylvia bajaron algo de tono, pues éste la invitaba a aperitivos que a ella le bastaban para suplir su almuerzo, y la invitaba a cenar, con lo que Sylvia prolongaba en un día o en dos la longevidad de sus fondos.

La historia es tan vulgar que apenas si tiene valor literario traerla a unas páginas dedicadas a la publicación. Por otra parte, yo, que nunca me he sentido incómodo por la fama de frívolo que a modo de San Benito me colgaron en la Redacción, me siento incómodo ahora al pensar que la pluma se me quiera escapar para meterse en la camisa de once varas de moralista o predicador. No es ese mi fuerte. Pero… aun sin quererlo, aun sin pretenderlo, no puedo evitar, no puedo frenar la desazón que me produce el relatar este caso de Sylvia, que es vulgar no tanto en el sentido británico de esta palabra —vulgar por bajo, por grosero— como por ser frecuente, extendido, pan nuestro cotidiano de nuestra sociedad. Porque antes —en la irresponsable e irreflexiva determinación de un «antes» difícil de precisar— esa fuente de que se nutrían los centros dedicados al comercio de la carne provenían de los fondos más turbios, moralmente más bajos, económicamente más miserables de la periferia social; fuentes ante las que la conciencia pública se negaba a entonar el *mea culpa* porque escapaban a toda posibilidad —o al menos a la más fácil posibilidad— de redención cívica. Porque la escuela, la parroquia, el taller al extender su mano no llegaban a ellas; porque nacían de ese cinturón de miseria, de los desplazados que han emigrado del campo para ceñir hipnotizados por su falsa luz a la gran ciudad y del que se destacan las

avanzadillas de la prostitución, la mendicidad y el raterismo. Yo no digo que no fueran dignos de que la sociedad entonara ante ellos el *mea culpa*, sino tan sólo que no lo entonaba. Era como una llaga de tan difícil curación que el médico, desalentado, la abandonaba calificándola de incurable.

Pero nunca como hoy había ascendido tanto ese nivel del que la prostitución se nutre. Había ascendido tanto, tanto —ha ascendido tanto—, que se acerca a la burguesía, que ha penetrado de plano en lo que en otros países como Francia constituye la burguesía. Y esto ya está a mano, al nivel mismo de la responsabilidad de todos, metido de lleno en nuestro propio campo, al alcance de la mano del médico y de la medicina, si es que existen médicos y medicinas para las deformaciones de la conciencia colectiva.

¡Hijas de padres modestos cuya modestia no fue tanta para que en casa se echara de menos manteles y tres platos; a las que no faltó la escuela o el colegio de monjas hasta avanzada ya la juventud; Sylvias de Villanueva del Río, desplazadas del pueblo rico, que parece pobre, para ahogarse en la gran ciudad pobre que parece rica; señoritas con pretensiones que antes sacrifican el almuerzo al bolso y a los guantes por amor a unas apariencias a las que se aferran sin salvarse!

¿Serán nietas acaso de aquellos hidalgos que no prescindían de su capa y espada y que se migaban las barbas para aparentar que habían comido?

Hasta ellas ha llegado tan violentamente, tan sin avisar la sacudida económica, la miseria económica, que al quedar huérfanas, al faltarles el apoyo del padre o del hermano se ven forzadas a huir; a huir de la casona del pueblo que ya no es suya, para ayudar a la madre cuya pensión no le alcanza, o para pagar al hermano los estudios que empezó y que ha de concluir, y para vivir ella misma con la dignidad de un poderse vestir: ¡vestir de señorita entre las señoritas de la gran ciudad! Y, de pronto —frente a la dureza del primer trabajo por la vida (porque Sylvia, la Sylvia de Contreras, no había trabajado nunca cuando era hija de familia más que en los menesteres de la casa)—, la facilidad del dinero junto a ella —junto a ellas las Sylvias, todas los Sylvias desplazadas en la gran ciudad…—. La facilidad del dinero de este amigo que las invita a cenar, o beber, o a bailar, gastando por halagarlas de un golpe ante sus ojos más de lo que ellas sacan a lo largo de un mes de ese cajón cada vez más desocupado. Y es el dinero, el dinero fácil, el que las pierde antes que el vicio, antes que una entrega que les repugna… La historia de Sylvia es una historia vulgar.

Los peldaños de su perdición no fueron muchos. El primero fue su propia educación: Sylvia no fue educada para trabajar. (Eso para los hombres, para

las criadas; Sylvia era una señorita.) El segundo lo puso su padre al rechazar un pretendiente de la niña en Villanueva del Río.

—¿Fulanito? ¡Ni hablar! Ese es poco para ti.

El tercero fue la muerte de su padre. Y después la venida a Madrid. Y más tarde el conocimiento de Fernando. El penúltimo peldaño… Pero vamos a detenernos en el penúltimo peldaño.

Hacía ya muchas horas que el sol entraba a raudales por la ventana del dormitorio. Sylvia entreabrió los ojos y miró al reloj. Eran las tres de la tarde. Se levantó, abrió el grifo del lavabo y llenó un vaso de agua. Se tomó dos aspirinas, bebió dos sorbos, cerró las cortinas para amortiguar la luz y se volvió a acostar… La cabeza le estallaba. Había bebido demasiado la víspera, y los ojos y las sienes le dolían. No volvería a beber, por lo menos no volvería a beber tanto. Ayer se había divertido bien. ¡Qué ingenioso era Andrés, el médico aquel amigo de Fernando! Desde que salieron de Madrid, en el coche de éste, hasta que llegaron al restaurante en la carretera de La Coruña, no había hecho más que reírse con el ingenio, y los chistes, y los «golpes» de Andrés. La novia de Andrés era también muy simpática. Pero bebieron todos demasiado. «Bebimos demasiado —rectificó Sylvia para sí—. Fue una locura.» Fernando se puso demasiado meloso y sobón. A Sylvia le molestaban estas confianzas en público. «¡Que nos están mirando, Fernando!» «Pero, hija, míralos tú a ellos.» Y Sylvia recordaba vagamente la escena del sofá de Andrés y su niña. «¿Por qué no esperan a estar solos? ¡Es un asco!»

A Sylvia le dolía ahora tanto la cabeza que hasta le dolía pensar. Y, sin embargo, quería recordarlo todo.

Fernando pidió un taxi a Madrid, y Andrés se quedó allá con su automóvil. El taxi tuvo que detenerse dos veces antes de llegar a casa, porque… porque ella estaba tan… tan borracha que se mareó y ensució todo el automóvil. ¡Qué asco, por Dios, qué vergüenza! ¿Qué habría pensado Fernando de ella?

Sylvia al recordarlo se tapó la cara con las manos, abochornada. No podía recordar más. Le daba vergüenza recordar más. Se levantó de la cama para vestirse, pero al hacerlo todo le dio vueltas y se tuvo que volver a acostar. Se quedó medio adormecida, pero no logró dormirse. Una desazón se lo impedía. Fernando la dejó aquí en la pensión… y la acompañó hasta su cuarto: se fue y volvió a entrar después.

—Oye, perdona, pero no tengo dinero para el taxi…

—Ahí en el cajón… cógelo: Mañana me lo devolverás.

—No tienes más qué mil pesetas: ¿las cojo?

—Sí, hombre, cógelas. Devuélvemelas mañana.

—Voy a pagar el taxi y subo a traerte la vuelta.

Y Sylvia no recordaba más. Si Fernando volvió a subir o no, ella no podía recordarlo. Se quedó dormida, mareada —¡qué vergüenza, Dios mío!—, borracha, y sin desvestirse sobre la cama. Había dormido vestida toda la noche. ¡Cómo estaría su ropa! Sylvia quiso palpar su traje, y casi se alegró al comprobar la equivocación. Porque afortunadamente había recordado mal, pues estaba desnuda. Y al llegar aquí se hizo un blanco en su memoria. Un blanco que, azorada, miedosa, por un momento, por unos minutos, se negó a querer traspasar. Pero la sombra de Fernando se le reveló de pronto sobre ella. Un Fernando acalorado, descortés, embrutecido. ¿Qué había pasado? No, no quería recordarlo. ¡Aquello no podía ser! ¡Era sin duda un mal sueño, una pesadilla de la que quería desasirse, de la que era preciso desasirse! Pero la luz se fue abriendo paso en ella, y a medida que la evidencia se le presentaba en toda su crudeza, una angustia infinita le atenazaba el pecho, la garganta y las sienes impidiéndola reaccionar, llorar, huir. Cuando al fin saltó de la cama se dirigió al cajón del dinero. Efectivamente, estaba vacío. En el espejo de la cómoda Sylvia se encontró frente a frente consigo misma. El rojo de los labios comido, las ojeras pronunciadas, la melena enredada. Y Sylvia se miró, y a pesar de todo, como un relámpago, tuvo la sensación de encontrarse, en medio de su turbación y suciedad, hermosa. Entonces se escupió a la cara, se flageló el rostro sin dejar de mirarse, gozándose en verse sufrir en el reflejo del mirador. Y quiso reaccionar, y no pudo, y buscar fuerzas para huir, y no las encontró. Porque el cajón del mirador, abierto por ella, estaba ante ella vacío.

Once meses después Sylvia tenía de nuevo lleno el cajón. Y no en la pensión, sino en un piso tomado por ella en compañía de otras amigas en la Avenida de la Reina Victoria. Allí recibía a sus amigos y hacían, todo lo bien que podían, una triste comedia. Pero una comedia legítima.

Todas estas chicas tenían dos grupos de amigos. Unos, los que conocían su profesión y de los que aceptaban regalos o dinero, pero a los que no recibían jamás en su casa; otros que ignoraban el oficio al que se dedicaban y a los que recibían y agasajaban, aunque ocultando celosamente sus andanzas con la esperanza nunca realizada de casarse con alguno y redimir su suerte. Por las tardes, de cuatro a nueve, Sylvia iba a casa de doña Paca a vender los goces de su cuerpo. Por la noche, antes de dormir, recluida en sus habitaciones, repasaba el inglés comercial y el francés rectificado que le enseñaron las monjas de Villanueva del Río, o leía versos, o escribía a su

madre, ante la que se disculpaba por no ir a verla, pero a la que mandaba dinero para que el hermano pequeño no interrumpiera los estudios y se hiciera un hombre de provecho. A Fernando no lo había vuelto a ver, ni siquiera para reclamarle la vuelta de aquel dinero que sin duda por las distracciones de aquella noche no le devolvió.

Sólo años después, cuando llegué a intimar con ella, Sylvia me confesó que la tarde que siguió a la aventura iniciada en la carretera de La Coruña, cuando al fin pudo serenarse y dialogar consigo misma, hizo el firme propósito de regresar a su casa, al lado de su madre, colocarse de «algo» en «algún» sitio, de «alguien»: de alguien… que quisiera ayudarla… Pero la vaga indeterminación de estas palabras frente a la concreta realidad de comer aquel día y el siguiente… la detuvo, porque estando vacío el cajón había que escoger entre invertir lo que en su bolso quedaba en el billete del tren o en la cena de aquel día. Porque el billete no podía ser de tercera. Ella no podía viajar entre aldeanos; entre aldeanos que dirigiéndose a su mismo sitio la reconocerían. ¡Porque ella, al fin y al cabo, era una *señorita*!

XV

El visitante no me dio tiempo a meditar si me convenía o no recibirle aquella mañana. El anuncio de la doncella: «Señorito, el señor Morales pregunta por usted» fue precisamente seguido por la entrada de mi amigo el comisario.

—Mi querido Cornejo, ¡cómo me alegro de verle a usted de nuevo por estas tierras!…

—¡Hombre, Morales, qué placer de verle en casa! Pase usted.

Morales me estrechó la mano con una cordialidad y efusión que me dio mala espina, pues sabido es que la amabilidad de los policías suele ser directamente proporcional con el grado y delicadeza del asunto que traen entre manos. ¿Visita de un policía? ¡Malo! ¿Cordialidad en la visita? ¡Peor!

—Pero, ¡qué bien está usted instalado, Cornejo! No lo había yo localizado a usted como hombre de tanto gusto…

—Pues no sé si agradecerle o no el cumplido —respondí—, porque no he sido yo, sino un decorador, quien me ha puesto la casa.

—Me alegro, me alegro que los negocios vayan bien.

—Gracias a Dios no van mal…

—¿Y cuáles son sus negocios, amigo Cornejo?

—Mis negocios, señor Morales, son como esa coletilla que se añade (en las escrituras constitucionales de muchas sociedades anónimas) al objeto social. Esa coletilla que dice: «así como a cualquier otra actividad que redunde en beneficio de la sociedad»… Yo me dedico a esta coletilla…

—Siempre que las actividades sean legales, naturalmente.

—¡Por supuesto!

Morales era un hombre más bien bajo, más bien estrecho, de rasgos pronunciados, boca enorme, ojos grises pequeños y grandes orejas voladoras. Se llevaba frecuentemente la mano a la nuca, en la que se daba tres caricias rápidas, como si fuera el anca de un caballo después del paseo.

—¿Cuándo regresó usted de América?

—Ayer tarde. Todavía no he deshecho el equipaje.

—¿Y vino usted solo o acompañado?

—Mire usted, Morales; usted es un hombre muy ocupado, yo también. Vamos a procurar ahorrar tiempo los dos. Y la mejor manera de ahorrarlo es que no me haga usted preguntas cuyas respuestas conoce usted de antemano.

Usted sabe que he venido ayer. Y que he venido solo. Y sabe usted a lo que he venido. Pregúnteme usted aquello que no sepa y yo le ayudaré muy gustoso. Máxime que estoy sospechando que lo que usted quiere de mí es lo mismo que yo quiero de usted: encontrar a Contreras, ¿no es eso?

—Puede ser que no estorbe a lo que yo busco encontrar a Contreras. Pero, ¿por qué tiene usted tanto interés en encontrarle?

—Porque en ello me va, no digo la vida, pero sí mis ingresos, mis negocios, mi profesión. Yo no le oculto a usted nada, ni tengo por qué ocultárselo. Yo vivo de Contreras. Yo le administro, yo le dirijo. Yo soy, ¿cómo le diría a usted?, algo así como su empresario… Pero a cambio de mi franqueza para con usted le voy a suplicar que me pague usted en la misma moneda. ¿Qué tiene que ver la policía con todo esto, Morales?

—Morales se acarició la nuca, se revolvió en su silla y se abrió en su cara, la ancha media sandía de una sonrisa:

Me levanté de mi asiento y presioné el timbre.

—María, tráiganos unas copas. ¿Qué prefiere usted, Morales, *whisky* o jerez?

—Jerez.

—Traiga usted jerez, María. Pero llévelo al despacho: allí estaremos mejor.

Morales me siguió, atravesamos el salón y penetramos en mi gabinete de trabajo. Aquello estaba más recogido, y además tenía más a mano algunos papeles que podían interesar al comisario.

—¿Es posible, Morales, que todavía pueda usted dudar de la veracidad del caso Contreras?

—Hombre, la verdad, lo curioso sería que lo creyera…

—¿Pero… aun después de lo que ocurrió en América?

—Sí, algo he oído de una declaración de un rector, pero preferiría que usted me lo contara.

María entró con la bandeja, la dejó sobre la mesa del tresillo y se retiró. Serví unas copas. Morales se sentó frente a mí, y con el mayor calor que pude describí punto por punto el proceso de la investigación tal como allí se desarrolló.

La escena del detector de mentiras; el estudio de los filólogos; la comisión de historiadores; el interrogatorio del psiquiatra; los análisis; las curvas del proceso; las discusiones; las conferencias del doctor Yuste; el nombramiento de éste como miembro de honor del Colegio de médicos de allá; las anécdotas que surgieron; el escándalo en los periódicos más sensacionalistas, sin que

uno solo de los comentarios públicos o de las mil y una informaciones que se publicaron sobre el caso se atreviera a poner en tela de juicio la veracidad del caso Contreras después que éste fue declarado oficialmente como un milagro vivo por los médicos de la universidad propietaria de su cuerpo.

Extraje entonces de la caja fuerte cuanta documentación tenía sobre el caso.

—No se las ofrezco a usted para que se las lleve. Pero sí le puedo facilitar fotocopias de todos estos documentos por si quiere estudiarlos o meditar sobre ellos.

Morales los fue repasando con inocultable curiosidad. De cuando en cuando se detenía ante uno de ellos con risita picaresca, como diciendo para sí: «¡A mí… ¡a mí!… con éstas! ¡Bueno soy yo para que me engañen!»; actitud muy frecuente entre una serie de hombres generalmente tontos que viven de un título social de listos que les han otorgado otros más tontos todavía.

Y Morales era *listo* —parapeto éste de la «listeza» tras el que se atrincheran los que no son inteligentes con harta más fuerza que los que lo son—. Porque a un hombre inteligente se le acaba convenciendo con razones. Pero con los listos —como las razones no les alcanzan— no hay nada que hacer. La postguerra española durante su primera etapa ha sacado a la superficie —como el agua a las lombrices— a varias promociones de *listos*. La suspicacia, la picardía, la audacia, la malicia —condiciones todas nacidas de un complejo de inferioridad— llegan a veces a suplir la inteligencia propia, pero nunca la inteligencia ajena, pues ésta carece de las armas ofensivas necesarias para penetrar la coraza de suspicacia tras la que se parapetan los *listos*.

—Muy interesante —concluyó diciendo Morales al terminar de leer los papeles que le había entregado—. Extraordinariamente interesante…

—¿Se ha convencido usted?

—Vamos, vamos, Cornejo, que a mí no me la dan con queso ni en Nueva York.

—¡Vaya, hombre! ¡Qué se le va a hacer!

Morales me dio unos golpecitos protectores en la espalda y se despidió de mí. Volvió a abrir la puerta cuando ésta estaba ya entrecerrada, y me preguntó:

—¿Sabe usted dónde vive Contreras?

—No, todavía no. Pero hoy lo averiguaré.

—Ahórrese el trabajo. Está en un cigarral de Toledo, en el kilómetro número dos de la carretera de Extremadura. El cigarral se llama Venezuela, Mariazuela, o algo así…

—Será Valenzuela —repliqué.

—Sí, esto es exactamente. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

—Porque él tuvo un amigo que se apellidaba así hace ya muchos años en Toledo.

—Vamos, vamos, Cornejito, que a mí no me la dais… Abur… abur.

—Espere usted, Morales. Dígame algo más; ¿qué hace Contreras ahí? ¿Con quién está?

—Pregúnteselo usted a Castejón. Él sabe algo de esto… y yo también.

Y Morales, el hombre listo, se fue.

XVI

La carretera de Madrid a Toledo estaba a punto de derretirse bajo el sol. Los carros tirados por mulas —los mayores enemigos de nuestras carreteras— iban dejando una huella sobre el asfalto como de esquíes sobre la nieve. El asfalto parecía cera, y el sol el horno colgante de una fundición. Yo iba inquieto, por el calor, por el riesgo permanente de un reventón… y por el éxito harto problemático del asunto que me llevaba a Toledo.

El plan inmediato era rescatar a Contreras de las redes de Sylvia. Había que hacerlo. Era preciso que así se hiciera. El doctor Yuste y yo nos habíamos embarcado en aquella aventura de devolver a un fantasma su realidad corpórea, de habilitar un sitio en nuestra sociedad de hoy a un hombre que no pertenecía a ella y no era cosa de abandonar la empresa a medio camino.

Mucho se ha hablado de Contreras, en los últimos años, en España y fuera de España, mucho se ha comentado su milagrosa longevidad; la creciente duda que su persona de continuo planteaba. Y si la explicación a la que nos agarrábamos los que en él creíamos desde el primer día no satisfacía a la racional meditación de los incrédulos, menos aceptables eran aún las razones que se daban para desmentir la verdad que su propia presencia proclamaba. Pero si la admiración que a todos causaba su sola existencia llegó a alcanzar el grado que merecía la extrañeza del caso, nadie en cambio reconoció en Yuste y en mí el mérito de haber hecho posible lo que ahora a tantos admiraba. Porque sin el doctor y sin mí, Contreras hubiera sido vencido por el peso incontenible de una losa de incredulidad que le hubiera sepultado con harta mayor crueldad que la que lo guardó sepulto y viviente durante tres siglos en la cripta de Santo Tomé. Nadie sabe hasta qué extremo llegó el desprecio, la sorna, el desplante, la crueldad de aquellos que aun después de aceptar la evidencia de Contreras seguían señalándonos con el dedo de la burla como a farsantes engañabobos. Los Morales —los hombres listos— no nos perdonaron nunca nuestro sacrificio. Estas líneas, por no soñar imposibles, no están escritas para convencerles, pero tampoco para engañarles. Cuando, hoy o mañana, se quiera investigar, se quiera bucear en el mar de confusiones que Contreras provocó durante su paso fugaz entre nosotros, habrá que recurrir a mí, habrá que recurrir a este libro, donde nada ha de permanecer oculto ni siquiera —¡oh qué carnaza para los cuervos la de esta declaración!— el legítimo afán de recompensa económica que nunca

dejó de animar con su señuelo mis devociones, mis esfuerzos y mis angustias a favor del capitán Contreras.

Si este libro pecara de insincero, la duda o la sonrisa provocada sobre la parte podría extenderse, contaminarse sobre el todo. Y aun de este riesgo quiero defender al Capitán. Llegando a este capítulo, ¿cómo ocultar mi temor de que —volado el pájaro— fuera ya inservible el alpiste de oro? Una vez conseguida la reivindicación científica del doctor Yuste, asegurada la estabilidad económica del resurrecto, extendida la fama de Contreras a lo ancho y largo de su patria, era menester sacar a nuestro hombre del encierro en que la más elemental prudencia respecto a su adaptación nos había obligado y enfrentarlo con el gran mundo; soltarlo para que volara solo, encararlo con los problemas, con los ambientes de hoy para extraer de la reacción de su balanza mental enseñanzas, advertencias, normas de conducta y de pensamiento. Pero de la prudente libertad vigilada a que el doctor Yuste y yo le habíamos sometido —sin más concesiones que el conocimiento de pocas y seleccionadas personas— el pájaro había volado de la ancha jaula para enclaustrarse en otra más estrecha: entre los barrotes tendidos por una mujer.

Por Morales supe la residencia del Capitán. De Castejón recibí las primeras noticias acerca de Sylvia. Y de Conrado Blanco, empresario del teatro Lara, el impulso para salvar al redivivo. Cinco conferencias —a doscientas pesetas las butaca— me fueron brindadas por el señor Blanco; dos para ser pronunciadas por el doctor Yuste, con Contreras presente en las tablas, y tres por el propio Capitán. El veinte por ciento de las entradas correspondería a una sociedad que previamente podríamos formar el médico, el resucitado y yo. Por mis gestiones para convencer a mi amigo, por la redacción o corrección de las conferencias, y por crear el «ambiente» necesario desde la Prensa, yo recibiría un anticipo especial. Las conferencias serían repetidas más tarde en París, Londres, Roma, y con la aureola de ellas presentarnos después en el difícil y árido escenario de las provincias españolas. Era necesario rescatar a Contreras de las redes de aquella mala mujer. Había que hacerlo.

Al llegar a las proximidades de la vieja ciudad imperial torcí el rumbo cogiendo la carretera de Extremadura. Allí, en el kilómetro dos, estaba el cigarral de Valenzuela. Antes de llegar fui repasando en la memoria todo lo que la víspera me habían contado las niñas de la Avenida de la Reina Victoria de esta Sylvia a la que ahora iba yo a desplazar…

Al llegar al kilómetro indicado, un palo con un cartel recién pintado indicaba señalando una desviación: «A media legua, cigarral Valenzuela». Me adentré por un camino de bueyes. Y tuve que cerrar las ventanillas del coche, tal era el polvo que levantaban las ruedas al avanzar. Hasta que la carretera o el camino aquel, si es que a eso se le podía dar algún nombre, al doblar un recodo desapareció confundiéndose con un barbecho. Me apeé del coche. Allí no había cartel ni indicador de ninguna clase, ni se veía alma viviente en torno, ni había casas ni construcción alguna. Lomas abruptas, de cuando en cuando un roble, un castaño, un nogal. En la lejanía —«¡chopos del camino blanco, álamos de la ribera!»—, álamos y chopos de Antonio Machado. Yo no conocía el campo más que a través de la literatura (que creo sinceramente que es la única manera de tolerarlo) y por eso no me atrevería a jurar que los árboles aquellos fueran los árboles descritos. Pero en cualquier caso no creo que el detalle tuerza para nada el ritmo de nuestro cuento.

Había, eso sí, un gran silencio que lo envolvía todo. Había una gran paz. Otras palabras que me atribulaban: silencio y paz. Ambas cosas me incomodan. Me aburren. Pero me tranquilicé pensando —mientras coronaba una loma que entonces me parecía una montaña— que a Sylvia también todo aquello le aburriría. ¿Sería acaso buen sistema convencer a Sylvia de que todo aquello era muy aburrido? Pero rechacé, al menos provisionalmente, la idea. Ante Sylvia lo que yo tenía que hacer era improvisar.

Doblada la loma, descubrí la casona. Era toda blanca y estaba medio enterrada entre castaños que le daban sombra. Cuando me acerqué descubrí que la casa era grande, muy grande. De lejos no lo parecía tanto. (Perogrullada ésta que en el momento de corregir las cuartillas respeto en honor de la sinceridad. Porque entonces descubrí que en el campo como en el mar las proporciones engañan.)

Al llegar a la puerta de entrada, el silencio era tan grande como en el resto del campo. O allá no vivía nadie, o estaban todos dormidos. Di una voz y después otra. Iba a dar la tercera cuando un mozalbete llegó corriendo, indicándome silencio. Se paró delante de mí y no dijo nada, esperando que yo hablara.

—¿No hay nadie en esta casa?

—Sí.

—¿Quién?

—Pues yo.

—¿Y nadie más?

—Sí.

—¿Quién?
—El amo.
—¿Y por qué no me lo has dicho antes?
—Porque no me lo había preguntado.
—Pues quiero ver al amo.
—Ahora no puede ser.
—¿Por qué?
—Pues porque no.
—¿Hay aquí una señora que se llama Sylvia?
—No.
—¿No?
—¡No!
—Y el ama, ¿cómo se llama?
—Concepción.
—Pues me he colado.
—Sí, señor.

Al muchacho había que sacarle las respuestas con sacacorchos.

—Corre y dile a tu amo que está aquí un amigo suyo que se llama Cornejo. Ya verás como viene en seguida.

—El amo ha dejado dicho que si viene un señor que se llama Cornejo, que no le deje entrar. Lo dice todos los días.

—Y si te doy veinte duros, ¿tú le dirás a tu amo que estoy aquí?
—No, señor.
—¿Por qué?
—Porque el amo dice que a los traidores los cuelga de un árbol.
—Pues me parece que me he colado otra vez.
—Sí, señor.
—Oye, ¿tú quieres mucho a tu amo?
—Sí, señor.
—¿Por qué?
—Porque es el amo.
—Ya.

En esto la voz de Contreras gritó desde el interior:

—¡Luigi, dile a ese manchapapeles que pase!
—Pase usted, señor.

Creo que he transcrito casi textualmente la conversación con este muchacho, pues las notas que me sirvieron para redactar estas páginas las escribí aquella misma noche. El nombre de Luigi con que Contreras bautizó a

aquel chiquillo me alarmó, haciéndome pensar que el Capitán estaba trastocado; pero esta impresión no fue sino aguachirle al lado del plato fuerte que tuve que tragar minutos después.

—¿Pero qué locura es ésta? —fue lo primero que acerté a pronunciar.

Y, en efecto, aquello no podía tener otro nombre que el de una locura. La casa, el zaguán, la puerta, la vestimenta de Luigi, el nombre mismo que le habían puesto no habían sido suficientes indicios para indicarme la comedia que entre aquellas paredes se desarrollaba. Porque todo ello, el mobiliario, la decoración y la vestimenta de Contreras se regía al modo y a la moda del siglo XVII español.

El Capitán hasta se había dejado la barba. Cuando vio mi estupor rompió en tal carcajada que creí que se lo llevaban los demonios de la risa. Cuando dejó de reír, yo tuve que dominarme para no echarme a llorar, tal fue el desaliento y la ira que aquello me produjo. ¡Toda una labor de *dos* años aniquilada!

—No se te puede dejar solo, Capitán. ¿Quieres decirme de una vez qué locura es ésta?

—Sosiéguese vuesa merced, señor manchapapeles, y siéntese cabe mí, pues hemos de hablar…

—¡Claro que tenemos que hablar! ¿Puedo yo saber por qué has dado instrucciones de que no se me recibiera? Bien claro está que no querías verme. Lo que ya no está tan claro es que se merezca este trato una persona que se ha desvivido por ti para que tú pudieras vivir; una persona que lo ha dejado todo por servirte, por ayudarte, por evitar que te ahogaras en un mundo que no conocías… Yo no merezco este trato, Capitán; no lo merezco.

»Pero, aparte de merecerlo o no, hay otras muchas cosas que quiero que me expliques, que te ruego que me expliques. ¿Qué haces aquí? ¿De quién es esta casa? ¿De quién te escondes? ¿De quién huyes… precisamente ahora que podrías gozar de tu fama, hacerte rico, fabulosamente rico, viajar, influir, ser consultado por todos… ahora que podrías mandar?

Contreras me escuchó sonriendo. Esperó sin impacientarse —cosa rara en él— a que acabara. Cuando lo hube hecho, tiró de mí para que me sentara junto a él, me pasó un brazo por el hombro y, mirándome a los ojos, me dijo:

—Estoy cansado.

Bajó después la vista, como avergonzado de lo que iba a decir, y al fin, titubeando primero, ganando seguridad después, comenzó a hablar, a hablar, como nunca me había hablado. Tres temas giraban en torno a su conversación con insistencia de obseso: Dios, el Universo, y su propia salvación. Si

Contreras huía, si se había escondido era porque empezaba a perder la fe, no ya en Dios, sino en el Universo y en su propia salvación. Contreras había perdido la esperanza…

Al principio (me dijo), todo cuanto le rodeaba le parecía mejor que cuanto había conocido en su primera vida, porque todos los adelantos del orden material, del social, del técnico e incluso del político los llegó a considerar como un formidable salto con pértiga hacia adelante; como un acercamiento del hombre hacia su fin, que no es otro sino la perfección reflejada en Dios. Pero ahora empezaba a considerar que el salto formidable, portentoso de la Humanidad no había sido dirigido hacia Dios, sino hacia el vacío. Que Dios no contaba para nada en los planes de los hombres; que todo cuanto el hombre había creado tenía su fin en sí mismo. Luego si esto era así, el fin último de la Humanidad se había empequeñecido. La ventaja social, el sistema político, la máquina no eran, pues —como él había en su principio considerado—, estaciones conquistadas por el hombre como ente social en su viaje hacia la perfección de Dios, sino metas de un camino que no iba a parte alguna.

Yo no sabía, nadie de hoy podía saber, cómo en sus días, en los días gloriosos de Contreras, Dios estaba detrás de todas las metas de los hombres. El rey representaba el poder heredado de Dios; la guerra —las guerras en que Contreras había intervenido— eran guerras religiosas contra el infiel en el Mediterráneo, contra el hereje en Europa, contra el pagano o el idólatra en América. El pecado de soberbia, o de ira, o de lascivia eran fugas del camino real entre el hombre y Dios, pero fugas lastradas por el arrepentimiento que movía al hombre a recuperar el camino perdido y volver a Él.

Ahora Dios ya no estaba detrás de las metas de los hombres. Había quedado fuera del programa. No tenía entrada ni de paraíso en la gran farsa que se estaba representando. Y esto —el pensar en esto— significaba para Contreras tal desazón, tan gran desaliento que le había dado lo que Contreras llamaba «el pensar». Y pensaba obsesionadamente en la inutilidad de aquel esfuerzo ingente de generaciones y generaciones que vivieron luchando y murieron luchando por un mundo mejor. Pensaba en la católica monarquía, en los ejércitos de la cristiandad, en las cumbres de ingenios, poetas, teólogos, juristas, moralistas y santos que por caminos diversos tiraron un día de la nave de los Estados hacia un fin que se había frustrado. Pensaba en aquel ayer y en este hoy. Pensaba con desesperanza en aquella esperanza. Y por último «la soberbia de Yuste, la frivolidad mía, el escepticismo de Paca Revilla, la incapacidad de remontarse de Pepe Castejón se le habían antojado símbolos

de una España soberbia, frívola, escéptica e incapaz que vivía del narcisismo mental de autocrearse el último refugio —¡qué grotesca paradoja!— de la espiritualidad en el mundo».

Hoy como ayer —continuó diciéndome Contreras—, él no era hombre que le gustara ensimismarse en las cosas. Pero cuando la vida le obligaba a mirar hacia atrás, entonces eran las cosas, los problemas los que se le metían dentro en pie de meditación. Su propio problema, su propio milagro de supervivencia no había sido ni siquiera fruto de meditación para él hasta ahora. Porque cuando despertó de su sueño se disparó como de costumbre sin mirar de soslayo siquiera y comenzó a caminar movido por la curiosidad primero de la novedad, hasta que apareció frente a él el enigma de Paca Revilla, a la que siguió y persiguió, entretenido por el propio afán de la persecución: del capricho. Pero cuando Paca le frenó, cuando le detuvo en su siempre impremeditada carrera, Contreras detenido, frenado, liberado del afán de avanzar se vio precisado a pensar… y el pensamiento del desengaño amoroso le llevó al desengaño de los hombres y las cosas que le rodeaban, y de aquí al harto más trascendente desengaño de la Historia.

De aquí al total escepticismo quedaba todavía un salto. Por eso había querido quedarse —sin traspasarlo— al borde del abismo, pero en el borde, en la orilla de Dios. Esta orilla era la isla de paz de su cigarral… las amarras que sostenían su barca eran la pureza, la serenidad de aquella santa mujer que allí le acompañaba.

—¿Sylvia? —interrumpí sin poder contener mi sobresalto y mi sorpresa.

—Se llama Concepción —rectificó suavemente el Capitán.

—De esa mujer precisamente quería yo hablarte.

Contreras me miró intrigado y molesto.

—¿La conoces?

—No.

—Entonces seré yo y no tú quien pueda hablar de ella.

Contreras se levantó de su asiento y haciéndome un gesto para que le siguiera salió por el zaguán hacia la puerta grande que daba al campo. El sol había vencido ya la última raya del horizonte dejando una gran mancha de sangre sobre el cielo y una brisa piadosa parecía querer acariciar y consolar a la tierra martirizada hasta entonces por el gran sol desaparecido. A pocos metros de la casa, bajo la umbría de los árboles viejos y generosos, Contreras se detuvo y me ofreció un asiento de mimbre junto a una mesa de piedra. Apenas se sentó él también, se acercó solícito un criado con una bota de vino.

—Todas las tardes a esta hora —me explicó Contreras— me siento aquí a ver caer la noche. De vez en vez empino el codo para remojar el gaznate con este vino… que no es malo, ¡vive el cielo!

Y diciendo y haciendo echó la cabeza atrás, alzó la diestra y apretando el cuero dejó caer entre los dientes un hilillo de tinto amoratado y gordo.

El cielo pasó del rojo al lila y del lila al gris. La noche llamaba ya a la puerta, y los grillos al sentirla venir le prepararon una horrible recepción musical.

Contreras me pasó la bota y bebí.

Supe entonces cómo un día, los últimos Carnavales, Contreras tuvo la humorada de realizar para un grupo de íntimos amigos una parodia de época para inaugurar el cigarral. Castejón le ayudó a ello, y bajo la experta mano del director del Teatro Español montaron la gran tramoya. Sólo fueron invitados grupos de cómicos, artistas, poetas, periodistas que se vistieron de época y algún diplomático. Como público actuaban todos los aldeanos de la comarca.

Contreras sobre un gallardo caballo abría el desfile. Le acompañaban dos trompetas y cuatro lacayos, *todos de grana, cuajados de tahalíes, espadas doradas* y sombreretes de plumas. Tras ellos, cinco alazanes sin jinetes, *con sus sillas, dos con pasamanos de plata y todo con sus pistolas guarnecidas en los arzones*.

La parodia, según me explicó el Capitán, representaba la llegada de los cardenales Sandoval, Espínola y Albornoz como huéspedes al palacio de los condes de Monterrey en Roma, donde el conde era a la sazón (año de gracia de 1630) embajador extraordinario de Su Majestad.

—*¡Qué galas* —me contaba Contreras, como si al recordarlo realmente estuviera viviendo la comedia que representó— *serían menester para ese día! Yo saqué unas armas azules con llamas de plata, calcillas de gamuza cuajadas de pasamanos de oro, mangas y coleto de lo mismo y un monte de plumas azules, verdes y blancas encima de la celada*…

Entré de esta manera —continuaba Contreras— por toda esta explanada que hacía las veces de plaza frente al castillo; detrás de mis lacayos venían las carrozas con los cardenales, sus familiares, criados y estandartes, y el último, Luigi, que era mi teniente, detrás de la comitiva, harto galán.

Contreras no me contó entonces quiénes fueron los amigos que se brindaron a tomar parte en aquel suntuoso Carnaval. Después, Luis Calvo el periodista me contó que entre los asistentes estaban Luis Escobar, Conrado Blanco, Dionisio Ridruejo, Mariano Rodríguez Rivas, Joaquín Calvo Sotelo, don Gregorio Marañón y el embajador de Italia, que lo era a la sazón el duque

de Galaratti Scotti. La parodia fue lo más suntuoso y real que se puede imaginar.

Al llegar frente a la puerta del palacio, Contreras hizo corcovear su caballo, lo alzó de manos, hizo dos piruetas y saltó al suelo mientras uno de sus palafreneros le tenía las riendas. Acto seguido un lacayo abrió a los cardenales las puertas de la carroza. Contreras les recibió descubierto y rodilla en tierra. Y se negó a levantarse mientras no le dieron su bendición. Cuando lo hubieron hecho les acompañó a los interiores, donde con toda pompa les esperaban los condes de Monterrey.

Cuando ya cerca del amanecer se fueron los invitados, Sylvia, quiero decir, Concepción —que había hecho, un poco tímida y desconcertada, las veces de condesa—, se quedó sola con el Capitán. Se desnudó de tanta gala incómoda y tanto brocado y se presentó ante él con un salto de cama. Los criados apagaron los velones y las hachas y bengalas que habían iluminado la fiesta y encendieron la luz eléctrica. Contreras, derrengado sobre un sillón frailuno, les miraba hacer, desolado. Todo aquel mundo fantástico que por breves horas había revivido, se esfumaba ahora a medida que el golpe del conmutador iba robando a las sombras su poder de evocación. Al abrirse las ventanas para hacer la limpieza, el suave olor a ámbar, algalia y a ante curtido, como trastienda de guantero, con que Contreras había perfumado la sala, desapareció. En medio de aquel mudable escenario que tan presto se trastocaba, el capitán de corazas Alonso de Contreras —¡calcillas de gamuza cuajadas de pasamanos de oro, mangas y coletos de lo mismo!— dolorosamente íbase despertando a la realidad.

Concepción se acercó a él y le pasó una mano por la frente.

—Estás cansado —le dijo—, estás triste…

Contreras la miró sin responder.

—Hace un rato daba gusto verte. Estabas tan alegre, tan lleno de vida… parecías más joven.

—¡Me encuentras viejo!

—Te encuentro adorable.

—¡Concepción!

—Di.

—¿Tú conoces la historia que cuentan de mí…? ¿Que no soy un hombre de hoy, sino un superviviente de otros días, que soy un desterrado del tiempo, que tengo el sepulcro separado de la cuna por tres siglos que no he vivido?

—Sí, la conozco; pero tú nunca me has hablado de eso…

—Y… ¿lo crees?, ¿tú crees que es verdad todo cuanto Yuste y Cornejo dicen de mí?

Sylvia quedó desconcertada y tardó algo en responder.

—Tú no me has dicho aún si debo creerlo… pero prefiero no pensarlo, ¿sabes? Me daría miedo…

—Y a mí me da miedo no pensar en ello. Me empieza a dar miedo el discurrir por la vida con los ojos ciegos por la luz de fuera sin mirar nunca dentro de mí.

»Hoy, al verme así vestido ante estos señores que parecían mis amigos del tiempo viejo, llegué a soñar despierto que éste no había pasado y me sentí feliz. Pero ahora al despertar siento una desazón que me ahoga. Quisiera no desnudarme nunca de estas calzas, y este coleto, y este jubón…

»Quisiera vestirlos como hábito para la meditación, y quisiera tenerte siempre cerca para apoyarme en ti sin desfallecer.

Contreras, entonces, se levantó de su sillón frailuno, cerró las ventanas, apagó la luz eléctrica, encendió de nuevo los velones, mandó a dormir a los criados, y fue aromando con ámbar los muebles, los tapices, los rincones…

Se acercó después a Concepción, que un poco asombrada le veía actuar, y con galán continente y tras hacer ante ella una gentil cortesía la tomó de la mano, la besó y le dijo:

—Señora, si vuesamerced estima, como yo estimo, que la gran farsa del mundo pesa ya por desabrida más de lo que fuera menester, acompañadme en estotra comedia a la que os invito; que la vida si no se la colorea con los afeites de la fantasía antes produce tedio que entretenimiento.

—Ahora explícame —interrumpió riendo Concepción— qué tengo que contestar a eso.

—Lo que debéis contestar es de este modo, aprendedlo bien:

»¡Que me place, señor galán, acompañaros en vuestra burla!

»Mas sólo os pido, si en algo me estimáis, que las burlas no alcancen a las cosas del corazón, que éste es un niño sin malicia que no entiende de discreteos.» Y yo, si esto me dijerais, respondería: «Rechazad, hermosa doncella, esos vuestros temores, y si algún día pensáis que todo en vuestro torno es ficción, que todo cuanto os rodea es burla y mentira, que sois protagonista de una farsa y yo un fantasma de vuestro sueño, no seré yo quien intente, engañándoos, desengañaros, pues yo mismo dudo a veces hasta del suelo que piso. Pero en medio de tanta burla, de tanta ficción, de tanta mentira, yo os prometo que una sola cosa es verdadera, y ésta es, ¡oh dulce enemiga mía!, el amor que por ser tan grande ni aciertan a decir los ojos ni a

traducir las palabras; el amor, señora, que dándole muerte es la vida misma de este pecho que, rendido, os adora…»

Al llegar a este punto de su narración, Contreras me pidió la bota, que había quedado en mis manos mientras le escuchaba, bebió de ella largamente, y añadió:

—Desde aquel día ni Concepción ni yo hemos vuelto a salir del cigarral. Los domingos viene un fraile de San Francisco y dice misa para nosotros y los criados. Concepción es paciente y dulce. Sabe acompañarme cuando lo he menester, y cuando no, sabe, sin que yo lo pida, dejarme solo. Así llevamos cinco meses de vida sin sentir más turbación que el que un día, terminadas tus conferencias, aparecieras por aquí rompiendo esta paz…

—No olvides que el contrato con la Universidad exige que pases tres meses todos los años en aquel país —le dije alarmado—. Si quieres puedes llevarte contigo a Concepción. Pero… yo, antes del próximo viaje, tenía unos planes para ti…

—¡Al diablo con tus planes!

Comprendí que hubiera sido inoportuno por entonces insistir, y torcí el rumbo de la conversación.

—Dos cosas quiero pedirte, Capitán. La primera, que me alojes esta noche en tu casa. Por no hacer el viaje de noche, ¿comprendes?

—Concedido.

—La segunda, que me autorices a hacerte una pregunta.

—Concedido también.

—¿Cómo armonizas el estar imbuido de una preocupación religiosa como me acabas de demostrar con tus palabras, con el hecho de… de estar vivendo con una mujer… con una mujer que…?

Contreras me interrumpió secamente:

—Ese es un negocio del que yo sólo soy juez.

—Perdona, no he querido molestarte.

Durante largo rato guardamos silencio. Los pensamientos de Contreras seguirían sin duda el ritmo marcado por su obsesión. Los míos, menos santos que los suyos, seguían otro camino. Y por primera vez comprendí que para conseguir mis objetivos tenía fríamente que trazarme un plan. Y seguirlo. Seguirlo fríamente también.

Hoy, a la vuelta de todo cuanto aconteció, estoy arrepentido de ello. Todo cuanto Contreras me dijo aquella noche, cuanto me había dicho antes y cuanto me llegó a decir después, ni fue asimilado por mí ni pude yo entonces sospechar que dejara en mí huella alguna. Yo tenía mi plan, yo buscaba mi

objetivo con frívola terquedad y no podía menos de desechar instintivamente las preocupaciones y los prejuicios de quien entonces me parecía un obseso. Hoy, a la vuelta del tiempo, cuando esto escribo, me siento sin quererlo imbuido por sus palabras de entonces. Aun estando Contreras (al momento de redactar estas líneas) muy lejos de mí, me hace el efecto de que está aquí de pie, a mis espaldas, leyendo las palabras que va mi pluma depositando sobre el papel. Como si quisiera evitar que aprovechara estas líneas para justificar una actitud que fue (y yo así lo confieso hoy) innoble y quizá —aunque me cueste escribirlo— criminal.

El fin pretendido por mí era rescatar a Contreras de aquel encierro y restituirlo a la sociedad, al público, para que gozaran todos de las enseñanzas, de la presencia, del milagro vivo y actual que significaba su presencia entre nosotros.

Los medios empleados para rescatarlo me parecieron entonces justificables. Hoy ya no me lo parecen tanto: utilizar a Paca Revilla para alejar a Contreras de Sylvia. Y utilizarme a mí mismo para alejar a Sylvia del capitán Contreras…

Que Paca serviría a mis fines, no me cabía duda. Paca era caprichosa, jugadora de gran estilo, no se entregaba nunca a nadie, pero gozaba fríamente consiguiendo que los demás se le entregaran.

En cuánto a mí, no vi dificultad alguna en conquistar a Sylvia. Al fin y al cabo yo tenía sobre Contreras la ventaja de la juventud… aliciente que para una mujer como Sylvia tendría sin duda alguna cotización.

En esto pensaba, cuando un rumor de pasos nos hizo, a Contreras y a mí, volver el rostro. Hacia nosotros y desde la casa se acercaba ella. Venía normalmente vestida; quiero decir que no se había disfrazado, como al principio temí, al gusto antañón del Capitán. Sylvia era lo suficientemente hermosa como para no tener que arrepentirme tan presto de mi proyecto. Su cuerpo era esbelto y sus ojos tristes y grandes.

Me puse en pie para la presentación.

—Están ya todos esperándote —le dijo a Contreras.

(Sylvia tenía encanto. Su cuerpo me pareció joven, atractivo, confidente.)

—Todas las tardes —me aclaró—, al anochecer, nos reunimos con los criados de la casa y rezamos el *Angelus* en el zaguán.

XVII

Nunca pude sospechar que los amaneceres en el campo fueran tan alborotadores como en realidad eran. Varias horas hacía ya que el ladrido de los perros, el cacareo de las gallinas, el piar de los pájaros, el canto de los gallos y las voces de Contreras habían iniciado en colaboración con la dureza de la cama un abierto combate contra mi sueño. Pero cuando, medio vencido, opté por mirar el reloj y comprobé que no eran todavía las siete y media, me sentí poseído por la ira. Y la ira, definitivamente, me desveló.

Cinco días viví en el cigarral presenciando, poco impasible, bien es cierto, la carrera desenfrenada entre la consecución de mis objetivos y el aniquilamiento de mi paciencia. ¡A ver quién llegaba antes! Y confieso que si hubiera debido prolongar mi estancia en el campo claudicara.

A las cinco y media, con el alba, Contreras se levantaba, pedía a gritos el desayuno y la escopeta. A las seis le traían a un perro con el cual, replicando gritos por ladridos, emprendía un tremendo coloquio bajo mi ventana. A las siete, Contreras salía con su perro de caza. A las ocho se levantaba Sylvia. A las ocho y media accedían a subirme el desayuno a mi cuarto. Las mañanas eran interminables: Mientras Contreras cazaba, Sylvia atendía a las labores de la casa, y yo me quedaba en mi cuarto escribiendo. A las doce se almorzaba. Contreras contaba sus peripecias, sin dejar hablar a nadie. Después de almorzar, tres cuartos de hora de tertulia y la siesta. Todo el mundo menos Sylvia y yo dormía la siesta en aquella casa. Una hora después Contreras regresaba al cuarto de estar. Sylvia se retiraba y no volvía a aparecer hasta las siete, hora en que se cenaba. Contreras aprovechaba este tiempo para hablar con el capataz, hacer números, planear traídas de agua, dirigir unas obras y no sé cuántas zarandajas más. Después de cenar, Contreras y yo nos retirábamos bajo los castaños, hasta que Sylvia nos anunciaba que estaban ya los criados reunidos para rezar… Tras las oraciones, todo el mundo se retiraba a dormir.

Aparte del día de mi llegada, en que me dejaron sin cenar, los demás días comí hasta hartarme. No era mala la manera de cocinar en el siglo diecisiete. Pues hasta en esto Contreras había querido poner el caprichoso sello de su personalidad.

Lo que no pudo conseguir Contreras es que durante mi estancia Sylvia se vistiera de época. Hasta él mismo intentaba armonizar el atuendo de sus trajes con un algo de campero actual, como queriendo atenuar los contrastes.

Yo tuve que adaptar mi programa al horario del cigarral, que en cierto modo favorecía mis planes. Así, durante la siesta de Contreras podía, sin violentar a nadie ni buscar subterfugio alguno, hablar a solas con Sylvia. Después de cenar, mientras ella se ocupaba en la casa, podía yo hablar sin testigos con Contreras. Y no faltaban a lo largo del día muchas ocasiones de hablar con los campesinos y los criados, aprovechando las ausencias de los amos. Y de esta manera empecé a actuar.

La labor fue más difícil con Sylvia que con el Capitán. El Capitán era como un cohete que una vez disparado no había quien le hiciera retroceder. Pero era como un cohete en la mano. Siempre había la facilidad de apuntar en una o en otra dirección según la trayectoria que interesara conseguir. Me guardé muy bien de violentarle hablándole de Sylvia. Una contradicción en este extremo hubiera siempre sido suficiente para irritarle, echando a perder toda intervención posterior. Procuré atacarle por el flanco más débil. El flanco del amor propio herido: Paca Revilla…

—Las mujeres —le dije— son a veces como fortalezas que no se rinden a cañonazos y abren después las puertas si se llama a ellas suavemente con los nudillos. ¿Por qué había huido de Nueva York? Bien es cierto que en la guerra como en el amor una retirada a tiempo puede significar la victoria. Pero para ello es necesario que la retirada sea puramente estratégica, y no una fuga en desbandada.

Contreras me replicaba que si la actitud de Paca Revilla hacia él se debiera a virtud o a indiferencia, tendría una explicación. Pero que le constaba que ella estaba interesada por él, que era ella quien le había buscado, quien le había llevado al terreno del floreo, hasta las puertas mismas del amor. Y que allí se detenía, ¡no por virtud, sino por cálculo! Si Paca Revilla le rechazaba no era por miedo a la aventura fugaz, sino por miedo a perder su equilibrio cayendo en las redes de un amor ciego, hondo, total. Y esto es lo único que él a la vuelta de tantas cosas se sentía dispuesto a dar y a exigir: totalidad.

Quizá este afán de totalidad era el que le lanzaba de bruces hacia un deseo irreprimible del más allá buscando, deseando sumergirse, abismarse en Dios.

—Deje usted a Dios en su sitio, Capitán… Estábamos hablando de Paca Revilla. —Y así un día y otro y otro más fui abonando un terreno que no era reacio (y de aquí mi poco mérito) para dejarse abonar.

Con Sylvia ya he dicho que la cosa no fue tan fácil. Sylvia me detenía con su serenidad, con su cordialidad de ama de casa en función de anfitriona hacia un huésped amigo de su marido. El camino de la confidencia era difícil, no mediando ni siquiera amistad entre los dos. Tenía que hacer constantemente

un esfuerzo recordando sus antecedentes para autoconvencerme de que la labor no era imposible. «Pero si esta mujer que tengo ante mí es una ramera —me decía a mí mismo—, ¿cómo es posible que no me atreva a abordarla, a insinuarme con ella, a buscar la confidencia?» Pero el hecho es que no me atrevía. Sylvia verazmente parecía una señora. Aunque en estas líneas, por pura inercia, escribo el nombre de Sylvia cuantas veces me refiero a la mujer que vivía con Contreras, vale la pena advertir que en el cigarral nadie la conocía por este nombre, sino por el de Concepción. Como supe más tarde, éste era su auténtico nombre de pila, el que llevó siempre mientras fue hija de familia en Villanueva del Río. Sylvia era su nombre de combate, su máscara en Madrid, cuando la vida la obligó por pudor a ocultar su nombre de bautismo. Yo durante todos aquellos días no sabía nada de ella más de lo que dijeron sus compañeras de casa en la Avenida de la Reina Victoria, cuando fui allá la víspera de venir a Toledo, acompañado de Pepe Castejón. El lector al llegar a este punto de la narración sabe ya más de ella de lo que yo sabía entonces. Para mí, durante aquellos días del cigarral, Sylvia era una mujer pública de la que se había encaprichado Contreras. Solamente una duda de la que no pudo sacarme Pepe Castejón cuando le interrogué sobre el caso en Madrid tenía yo al respecto: ¿sabía o no sabía el capitán Contreras cuáles eran los antecedentes de la mujer que vivía con él?

Durante tres días, y aprovechando los noventa minutos que invertía Contreras en dormir su siesta, tuve largas charlas con Sylvia… Mejor dicho, con Concepción. Hablábamos de cosas intrascendentales: del campo, de las cosechas, de las relaciones económicas del propietario con el capataz, o con los gañanes o con sus familias. Yo le preguntaba mil cosas y hasta aprendí algunas. Procuraba exagerar el auténtico asombro que me producían los milagros del campo. Yo ignoraba hasta entonces que los espárragos eran troncos de arbustos a los que no dejan crecer, pero que si se dejaran alcanzarían una respetable corpulencia; ignoraba que la tierra necesitaba descansar durante un año sin dar cosecha para poder fructificar con más fertilidad al siguiente, y de aquí los barbechos; ignoraba, en fin, pequeñas menudencias de las que Sylvia durante aquellas tertulias se encargaba de ilustrarme, no sin escandalizarse primero de mi ignorancia; ignorancia que yo procuraba acentuar para hacer mayor su asombro. Al tercer día logré hacerla reír al confesarle mi incapacidad para comprender por qué una semilla enterrada bajo tierra podía engordar hasta convertirse en una sandía llena de agua azucarada sin necesidad de que la tierra se abonara con azúcar… Y se rió de tan buena gana, y yo gocé tanto viéndola reír, que creo que desde aquel

instante desapareció una sutil barrera que existía entre los dos. Esto puede parecer una nimiedad, pero no lo es. Nada disminuye más la distancia entre las personas que la risa alborotada, alborozada, en común.

Nada más opuesto que un diálogo con Concepción a uno con Paca Revilla. Paca era rápida, mordaz, magnífica en la réplica, ingeniosa. Un diálogo con ella equivalía a un frontón dialéctico en que el argumento lanzado con intención o sencillamente con gracia era devuelto al instante con mayor intención o mayor gracia que el primero. Sylvia era incapaz de este juego. Sylvia carecía de malicia. Para ellas las palabras no tenían otra intención que la marcada por el uso o el diccionario. Una conversación sobre las cosas del campo significaba nada más que una conversación sobre las cosas del campo. Ni había en ella trastienda, ni la sospechaba en los demás. Cuando la vida la arrastró a la prostitución aprendió muy pronto que no era amor sino goce lo que se pedía a cambio de dinero. Y ella dio lo que se le pedía a cambio de lo que recibió. En Contreras encontró la fórmula de vivir sin tener que comerciar con su cuerpo. Y dio lo que se le pedía a cambio de lo que buscaba. A cambio de ese «algo», «algún», «alguien» que había logrado corporeidad en la fórmula casa, Toledo, Contreras.

Do ut des. Doy, luego das. Esta fórmula tan antigua y tan sencilla era la fórmula de Sylvia…, digo, de Concepción. Porque lo que Contreras buscaba en ella: paz, compañía, calor, amistad, no era Sylvia quien se lo podía dar, sino Concepción.

Y ella jugaba el papel de Concepción a las mil maravillas. De aquí la enorme dificultad que tenía mi empresa. Yo trataba de abordar a Sylvia —a la mujer fácil— y en la búsqueda me daba siempre de bruces con la serena presencia de Concepción.

Una tarde llovió. Llovió como llueve en Castilla. Llovió a lo capitán Contreras: con precipitación, con violencia, con lluvia definitiva y total. El día había amanecido nublado y bochornoso. El aire estaba quieto, agazapado bajo el calor, como un toro preparado a embestir. A media tarde un gran trueno dio la señal de combate y el aire, el agua, los rayos se corrieron la gran juerga sobre la comarca.

Tuvimos que quedarnos en casa sin salir. Y así, a media tarde, en el gran salón del cigarral, cuando ya la tertulia de sobremesa murió de languidez, Concepción se apostó junto al bastidor para bordar, Contreras junto a su mesa para escribir, y yo fui espigando los viejos tomos de la biblioteca para leer. Ojeé *La perfecta casada*, de Fray Luis de León; las *Musas* de Quevedo, y me

detuve con especial atención en un curioso libro desconocido hasta entonces por mí. *Manual de confesiones* era su título.

Contreras tenía marcado con lápiz rojo todo lo referente al pecado de brujería.

También había allí una antología poética. Contreras, sin duda, la había leído entera, pues intercaladas entre sus páginas había cuartillas emborronadas, con proyectos de poemas inspirados en los autores de las más distantes épocas.

Junto al conocido soneto de Lope que comienza con aquel endecasílabo «Pastor que con tus silbos amorosos…», etc., Contreras había escrito, aprovechando el comienzo del citado verso, un bello poemita del que pude localizar tres antecedentes ilustres e inmediatos: Fray Luis, San Juan de la Cruz, y el propio Lope, inspiradores por igual de los versos del Capitán. Decían así:

¡Pastor que con tus silbos amorosos
alientas la montaña, la pradera,
el valle, la fontana, la ribera,
y los bosques umbríos, sonorosos!

Yo sé de una cordera
que ha perdido tu luz y tu camino.

Ahora vaga sin tino
y bala en la solana plañidera
esperando la piedra que la hiera
y la vuelva a tus páramos piadosos.
¡Dale, pastor, tus silbos amorosos!

«¡Yo sé de una cordera que ha perdido tu luz y tu camino!» ¿Se referiría Contreras a Sylvia, con esas palabras, o se referiría a su propia alma atada a su cuerpo siglos y siglos sin poder volar a reunirse con el pastor de los amorosos silbos?

«Ahora vaga sin tino esperando la piedra que la hiera y la vuelva a tus páramos piadosos…» La misma duda. ¿Pensaría Contreras en Sylvia, esperando la piedra del arrepentimiento por su vida de pecado, que la hiriera en contrición y la hiciera volver al redil de la pureza y la virtud? ¿O se referiría a su alma encadenada, esperando la piedra de la muerte que la hiciera volar al páramo infinito de la bienaventuranza eterna?

En cualquier caso, pensé para mis adentros, «Dale, pastor, tus silbos amorosos.» Y apenas dije esto, en oración espontánea, medio lírica, medio piadosa, sentí el respeto humano de mi estúpida sensiblería. ¡Sólo faltaba que

a estas alturas me dejara yo influir por unos versitos! ¡Y unos versitos del capitán Contreras! Aquello era del género bufo. Me reí.

—¿De qué se ríe usted, Cornejo? —me preguntó de pronto Concepción—. Estaba usted hablando a solas como si estuviera soñando.

Me azoré como un chiquillo a quien hubieran sorprendido cometiendo una mala acción. Pronuncié alguna vaguedad y seguí leyendo. Había más versos. En la sección del libro que correspondía a la poesía hispanoamericana, encontré otra hoja rayada a mano por el Capitán. La influencia de Rubén, de Gabriela Mistral y, más que nadie, de Amado Nervo, era evidente. El título de este poema decía así:

Tú que eres el camino, la verdad y la vida

Y los versos decían:

Como al mago perdido, pon la estrella en mi Oriente.
Como al fuerte Cirene, dame acceso a tu cruz.
Como en ícono vero, dibújame en la frente
la verónica imagen que me preste tu luz.

Con el halo y la imagen, la estrella y el madero
las cadenas del barro ya no me detendrán.
Darás la orden de marcha, y en redoble guerrero
al son de tus tambores iré a Ti, capitán.

Iré a Ti. Mis cadenas serán alas de fuego;
el peso de mi carne, leve brisa ascendida,
pero pronto, Dios mío. Éste es mi último ruego…
Tú que eres el camino, la verdad y la vida…

Ya no me cabía duda. Contreras no rogaba por ella, sino por él. Afuera, la lluvia caía ahora más pausada. De la lluvia tormentosa de antes a la lluvia de ahora, serena, apacible, galaica, había tanta diferencia como del Contreras redivivo de los primeros meses al Contreras herido de ahora.

Sylvia seguía cosiendo o bordando junto al bastidor. Contreras, sereno, tranquilo, escribía en el otro extremo de la pieza. Yo cerré los ojos como si quisiera dormitar, y hasta creo recordar que dije a media voz: «Voy a ver si descabezo un sueño.» Pero no era esta mi intención.

Mi intención era hablar un rato conmigo mismo a solas.

«Tú no tienes escrúpulos —me dije—. Tus planes para con Concepción sólo pueden ser concebidos por un miserable. Concepción no te gusta, no la quieres, no la deseas. Vas a ella para rescatar a Contreras de este encierro y emplearlo en seguir tus planes, movido por la avaricia del dinero. Pero Concepción no te gusta… ¡Alto, alto!, me interrumpí. Ahora soy yo el que

protesta. Emplea otros argumentos, pero ése no… Porque esa mujer me gusta a rabiar, me atrae locamente… Aun en ese supuesto lo que pretendes hacer es un crimen. Contreras es tu amigo. Tú eres sólo un pequeño miserable. Deja a Contreras. Entierra tu mal pensamiento respecto a Concepción. Vete de aquí… ¡vete de aquí!»

Me levanté y me dirigí hacia el zaguán.

—¿Va usted a salir con este tiempo?

—No. Voy a asomarme a ver el campo llovido nada más.

Que yo recuerde ésta fue la única vez de mi vida en que obré mecánicamente, pero consciente de que actuaba mecánicamente. Me eché al campo bajo la lluvia, crucé la loma y me dirigí a mi automóvil, abandonado cinco días antes en el camino. La maniobra, enfangado como estaba el suelo, fue más sencilla de lo que prometía el barro. Me fui sin despedirme de nadie, sin recoger siquiera el cepillo de dientes y los pocos bártulos de mi dormitorio. Me fui.

En el camino, atada a un árbol, acurrucada bajo la lluvia, una oveja se asustó con el ruido del motor y tiró de la cuerda inútilmente queriendo huir. Pero no pudo. Me sorprendió mi propia voz al decir mecánicamente, ¡mecánicamente otra vez!:

—¡Dale, pastor, tus silbos amorosos!

XVIII

—Eres un sinvergüenza, pero un sinvergüenza simpático.

—Me halagas demasiado, Paca.

—De manera que te has propuesto separar a esa Sylvia de Contreras.

—Bueno; la verdad, en eso no había pensado…

—¿Cuál es tu propósito entonces?

—Separar a Contreras de Sylvia.

—¿No es lo mismo?

—No, no es exactamente lo mismo.

—¿Y por qué quieres separarle de Sylvia?

—Porque con ella al lado tolera su encierro. Si ella no estuviera allí, no lo toleraría. Huiría y se reintegraría a la sociedad, donde se haría rico, poderoso, influyente; sería admirado de todos. Su caso sensacional ha trascendido a todos los países. No hay periódico del mundo que no haya hablado de «su caso». Pero él no ha recogido todavía los frutos de su situación. Contreras es una mina de oro inexplotada.

—¡Qué sinvergüenza eres!

—Te equivocas si crees que voy sólo por su dinero. Voy por algo que tú no puedes entender. Voy por rescatarle para la sociedad.

—Por amor a la sociedad…

—No; por amor a la literatura…

(Esto Sylvia no lo hubiera entendido nunca. Paca Revilla lo entendió. Paca tenía un talento fenomenal.)

—¿Y con qué armas cuentas para tus planes?

—Cuento contigo.

—¿Conmigo?

Aunque Paca esperaba absolutamente que yo le dijera eso, puso cara asombrada. Y añadió:

—De nada puedo servirte… Si él está enamorado de Sylvia… no hay nada que hacer.

—¡Vamos!, ¿de cuándo acá va a estar Contreras enamorado de ella?… Contreras está enamorado de ti.

—Tú crees…

—Claro, mujer. Pero no divaguemos y vamos al negocio. ¿A ti te divierte colaborar conmigo en el rescate de Contreras?

—Yo creo que sí.

Y me lo dijo un poco turbada.

—¡Bravo, Paca, bravo! Como premio no te molestaré más recordándote que sigo enamorado hasta los huesos de ti…

Llegamos al cigarral a las diez de la mañana. Contreras estaba de caza. Concepción salió a recibirnos, Luigi nos podría acompañar a la quebrada. Allí, a buen seguro, encontraríamos al Capitán, nos dijo. Pero era lejos… Si preferíamos esperar su regreso, ella nos haría compañía. Paca aseguró ser buena andarina y que le gustaba el campo. Así, pues, se fue con Luigi en busca del Capitán. Y Concepción y yo quedamos frente a frente, solos, en la casona del cigarral.

Desde el primer instante, desde la primera mirada, percibí que Concepción estaba a la defensiva. Cuando Paca volvió la espalda siguiendo la dirección que Luigi le indicaba, Sylvia, como si fuera un hombre, la miró de abajo arriba, analizando sus formas.

—Es muy fina esa mujer.

Y se sentó. Yo también lo hice.

—¿Está usted celosa, Concepción? En cualquier caso le va bien a la cara esa maravillosa expresión de… de… No sé… Está usted muy bonita.

—¿Quién es esa mujer? ¿A qué viene esta visita? Esta casa no está preparada para recibir a nadie. Aquí vivimos todos como aldeanos. Estas paredes no tienen sitio más que para un hombre y una mujer: el amo y el ama…

—Pero, Concepción, ustedes no están casados… Usted no tiene derecho…

Concepción me miró extrañada, como si no entendiera el idioma en que yo le hablaba.

—Yo no quiero molestarla —me atreví a decir— pero en realidad usted no puede exigir…

La cara de Concepción se fue transformando a medida que el asombro iba cediendo paso a la indignación.

—¿Pero quién es usted para meterse en camisa de once varas? ¿Quién le ha dado vela en este entierro? ¿Quién le ha concedido nunca ni esto de confianza para que se atreva a hablar así a una señora? ¿Y qué le autoriza a pensar que no estamos casados?…

—Bueno, bueno… —dije—; dejémonos de hipocresías…

Concepción perdió el control, las formas, la educación y comenzó a alzar la voz, excitándose. Estaban casados, me dijo, ante la Iglesia y el Registro

Civil; y yo no era quién para meterme a hurgar en aquella casa. Me lanzó una buena retahíla de imprecaciones, y viendo que ya le subía del corazón a los labios una nueva serie, balbuceé para calmarla:

—¡Por Dios, Sylvia, cálmese usted!…

Concepción abrió unos grandes ojos de asombro al oírse llamar por su nombre de combate. La sangre que teñía de ira su rostro se retiró de las venas dejando un gran vacío de palidez en su cara. Las manos, que estaban en actitud gesticulante, cayeron desalentadas a lo largo de su cuerpo.

—¿Por qué me ha llamado usted así? —preguntó a media voz, tras una pausa que se me hizo eterna.

Bajé los ojos como avergonzado de haber ido demasiado lejos.

—¿Me conocías acaso de antes? —preguntó, triste y tuteándome.

Moví afirmativamente la cabeza.

—¡Ya!

Y se llevó las manos al rostro como para sollozar. Pero no lloró. Cuando retiró sus manos, la palidez se había acentuado en ella y el gesto se le había endurecido.

Dio media vuelta y se dirigió a sus habitaciones. Yo la veía salir, un poco estupefacto. Todo había sido tan rápido que aún tardé varios minutos en poner en orden mis ideas.

—Oye —me dijo Sylvia antes de salir—, todavía no le digas nada a Alonso. Él aún no sabía nada… ¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

Paca montó junto al pescante del cochecillo de caballo. Luigi, a su lado, iba orgullosísimo llevando las riendas del bruto.

—¿Y todo este camino lo recorre tu amo a pie para cazar?

—Sí, señora, todos los días; a las seis de la mañana se pone en marcha con su perro.

—¿Y caza mucho?

—Al principio, sí, señora, cazaba. Pero como va siempre al mismo sitio, la caza ya le conoce y ahora le huye.

Media hora larga anduvieron trotando a campo traviesa. La tartana levantaba un polvillo fino que quedaba en el aire como el humo de un barco en día de calma, indicando el camino recorrido.

Paca llevaba un pañuelo de colores anudado a la cabeza sosteniéndole el pelo. Un rizo —su rizo— se le escapaba sobre la frente, ensortijándose con el viento. De trecho en trecho hacía un movimiento brusco como queriendo retirarlo. La nariz fina, afilada, los labios tensos, sonriendo al sol y al aire que

la acariciaba; los dientes, perfectos, blanquísimos y brillantes como el cuarzo; la cabeza, adelantada. Paca no veía el paisaje, sino un punto fijo del paisaje: el que estuviera frente a ella, aquel en el que pretendía descubrir —fanfarrón, brusco, dominante, seguro— al Capitán.

La tierra se quebró de pronto a mano izquierda, abriéndose en profunda hondonada. Allá abajo, solemne y viejo, serpenteaba el Tajo. Luigi tensó las riendas y la bestia se detuvo. Bajaron.

—Por aquí estará… —dijo Luigi.

—Espérame aquí —ordenó ella—. Yo le buscaré.

Paca se deslizó con cuidado por la pendiente que daba al río. A lo lejos, unas mujeres lavaban la ropa. Algunas, de clara ascendencia morisca, llevaban grandes cántaros sobre la cadera y andaban con la mano contraria al costado del cántaro levantada casi horizontalmente para guardar equilibrio. En la orilla opuesta la cortada se elevaba hasta que la tierra se confundía con las primeras casas colgadas sobre el precipicio. Las ruinas del Alcázar de Toledo se divisaban arañando el cielo como una mano de mal cortadas uñas.

Y en medio de aquel escenario, formando parte integrante del propio paisaje, como una piedra más, o como un tronco vetusto pegado a la tierra, la silueta del capitán Alonso de Guillén Roa y Contreras. No, no era el capitán fanfarrón, agresivo, dominante a quien encontró frente a sí Paca Revilla, sino a un hombre vencido, apagado, blando. Tan quieto estaba y tan ensimismado, tan pegado a la tierra y tan envejecido que si el sol no cayera de plano sobre la quebrada podría habérsele confundido con cualquiera de los troncos astillados de esos que algún día fueron árboles y que allí mismo aún surgían de entre las piedras como viejos fantasmas vegetales.

El Capitán estaba sentado sobre el suelo, en pronunciada pendiente, de la ladera. Tenía los codos apoyados sobre las rodillas, y las manos sobre la empuñadura de un bastón, como si fuera una espada. La barbilla descansaba sobre las manos. Y la mirada sobre Toledo.

«¿Habrá cambiado algo este pedazo de tierra —se preguntó Paca— desde la primera vida del Capitán hasta hoy?» Giró sobre sí misma y comprendió que todo cuanto la vista abarcaba (desde los viejos molinos que recogían el agua en el Tajo, hasta la muralla de las viejas edificaciones que en la ladera opuesta se asomaban sobre el barranco; desde las moriscas que ascendían la pendiente con sus cántaros y sus cestas hasta las canciones que hasta allí llegaban de las lavanderas) podía haber sido igualmente observado por un cazador de codornices, o un agricultor, o un paseante cualquiera cien, doscientos, trescientos años atrás.

Paca no supo cómo abordar al ensimismado capitán Alonso. Se sentó algunos metros a sus espaldas, sobre un tronco, se armó de un pequeño arsenal de chinas y pequeñas piedras y comenzó a dispararlas sobre su absorto amigo. Necesitó repetir los disparos varias veces hasta afinar la puntería. Por fin dio en el blanco, esto es, entre los omoplatos del Capitán. Éste reaccionó vivamente poniéndose en pie de un salto y volviéndose airado, palo en mano, hacia el sitio desde el que le agredían.

«¡Bravo! —pensó Paca—, don Alonso no ha perdido el nervio.»

Pero don Alonso en pie quedó paralizado como si viera visiones. Tardó en reaccionar, en volver a nuestros días, pues sus pensamientos le habían llevado de excursión al Toledo de Valenzuela, al Toledo de Osorio, de Vilches, de Luigi… al Toledo de 1633. Y no comprendió al pronto quién era aquella mujer tan levemente vestida que agitaba la mano en el aire saludándole y enseñaba aquella sarta de perlas de sus dientes al sonreírle.

—Don «poco galante», ¿no quieres saludarme?

Contreras avanzó, desconfiado.

—¡Pero si sois Paca…! —exclamó de pronto. Y corrió hacia ella como un chiquillo que se reuniera con sus amigos: con los brazos abiertos.

«Este bárbaro no pretenderá abrazarme así por las buenas —pensó Paca para sí—. Sospecho que va a convenir pararle los pies.»

Pero cuando el pensamiento trataba de convertirse en acción, Paca estaba ya aprisionada por los brazos del Capitán.

—¡Mi señora que vuelve a mí! ¡Mi señora que vuelve a mí! —decía mientras la estrechaba contra su pecho—. Y viene dispuesta a abonar las alcabalas que dejó impagadas la ingratitud…

—No vengo a pagar nada —se defendió Paca Revilla—; no vengo a pagar nada. Vengo tan sólo a impedir que un hombre alegre y fuerte y atractivo… se deje enterrar vivo… otra vez.

Llamé nerviosamente con los nudillos en su puerta. Sylvia desde dentro preguntó quién era.

—Soy yo —respondí—; Antonio…

—¿Cómo se atreve usted? ¿Cómo te atreves?

—Es importante. Creo que debe usted saberlo, Alonso…

Oí como Sylvia saltaba de la cama y buscaba algo para echarse encima.

—¿Qué le ha pasado a Alonso? ¿Qué le habéis hecho?

—Te espero abajo —dije tan sólo—. En el salón.

Sylvia bajó segundos después con una bata cerrada hasta el cuello. Muy bonita por cierto y muy decente.

—Alonso se ha marchado…

—¡Que Alonso se ha marchado! —balbució, incrédula.

Guardó un silencio largo. Yo no me atrevía a mirarle de frente y aproveché su estupor para encender un cigarrillo.

—Con esa mujer, claro…

—Y en mi coche —exclamé, simulando indignación.

—¿Y esa mujer es lo que en la alta sociedad se llama una señora? —se limitó a decir. Y Sylvia (aquella, indudablemente, no era ya Concepción) se echó a reír. Se acercó a mí. Creí que me iba a abofetear. Pero lo que quería era tan sólo coger mi cigarrillo. Así lo hizo. Dio varias bocanadas y se sentó frente a mí.

—¿Qué vas a hacer tú ahora? —pregunté, interesándome por su porvenir…

—¿Yo? Quedarme aquí, naturalmente. No voy a perseguirle por las calles, llorándole en los rincones…

—Desde luego, no creo que Alonso tenga ningún inconveniente en que te quedes aquí… Pero ¿y económicamente?

—Eso no me preocupa. El cigarral es mío. Está inscrito a mi nombre.

Ahora el salto lo di yo.

—¿Qué me estás diciendo?

—Lo que oyes.

—Imposible. Alonso no sabe ni hacer una transferencia bancaria…

—Él, no. Pero yo sí…

Dio una calada honda a mi cigarrillo y lo tiró.

—Yo —añadió— vine aquí dispuesta a dejar mi antigua manera de vivir. Y me aseguré las espaldas. Yo no había nacido para «aquello». Aquí me hice la ilusión de que todo lo anterior había sido un sueño. Ahora empiezo a temer que el sueño ha sido éste. ¡Qué asco!

Intenté vanamente ver una lágrima asomar a sus ojos. Sylvia no lloraba. Tenía los ojos tristes, la sonrisa lejana… y estaba muy hermosa en su tristeza.

—De lo que no os habéis dado cuenta —dijo mirándome a los ojos— es del daño que le habéis hecho; el daño que le vais a hacer.

—¿Por qué dices *vais* y *habéis*?

—No seas hipócrita y no me creas tan estúpida, por favor. Todo esto lo has urdido tú. Tú, que eres un perfecto canalla…

No lo dijo ni agresiva ni insultante. Dijo que yo era un canalla como pudo decir que el tapete era rojo o que la noche era estrellada. Más que un insulto,

pensé para mí, recordando a Valle Inclán, esta frase ha parecido una definición.

—Ayer mismo —dije ironizando—, Paca Revilla me dijo lo mismo…, pero lo dulcificó añadiendo: «Pero un canalla simpático»…

—Pues para mí ni eso. Contigo ni al cielo.

Y pasó lo que tenía que pasar. Lo que antes o después no podía dejar de ocurrir. ¿No me lo había yo propuesto acaso? ¿Y había algo que yo no hubiera alcanzado habiéndomelo propuesto?

A mi primera insinuación, Sylvia me miró largamente, fríamente, tristemente.

—Contigo ni atada.

—Déjate de hipocresías, Sylvia. ¿O es que acaso tú necesitas estar enamorada de un hombre para acostarte con él?

Aquí sí que cambió de expresión. Se mordió con ira el labio inferior y me dio un tremendo bofetón.

Días más tarde me quedé sorprendido cuando al despertar comprobé que Sylvia a mi lado estaba llorando.

Apoyé mi mano sobre su hombro desnudo y caliente.

—¿Es posible, Sylvia, que le eches tanto de menos?

—No lloro por él —explicó suavemente—, no lloro por él… ¡Lloro por Concepción!

XIX

El ánimo de Contreras se remontaba al límite de la euforia con el ímpetu de un globo que, estando sujeto por amarras en el fondo del mar, rompiera de pronto sus ligaduras y quedara libre para ascender incontenible a la superficie, y se desplomaba otras veces como un pájaro de altura cuyo vuelo hubiera sido roto por el certero disparo de un cazador.

La extrema euforia y la depresión extrema se sucedían en él sin causas aparentes que las justificaran. Tan pronto desbordaba vitalidad, energía, optimismo, como quedaba sumido en una tristeza infinita sin fondo ni contorno; una tristeza total.

—Pareces un ascensor del Empire State Building —le dijo un día Paca Revilla—; pero nunca se sabe si estás abajo o estás arriba.

—Será que el ánima está haciendo pruebas como los aviones para un vuelo largo…

—No me digas más. Hoy estás abajo. Te dejo, porque estos días así no hay quien te aguante.

Los días de euforia Contreras cogía el volante del coche de Paca y se lanzaba a velocidades inimaginables sorbiendo kilómetros de asfalto y recitando a todo pulmón estrofas del romancero. Paca gozaba con la morbosidad del peligro y le dejaba hacer. Una vez se lanzó a la arena en una corrida de toros, arrebató una muleta a un mozo de estoques y dio tres lances que le valieron una ovación. Se lo llevaron detenido, y Paca tuvo que derrochar todas sus dotes para que le soltaran antes de tomarle declaración.

—Es diplomático extranjero, ¿sabe usted?, y si le toman el nombre puede costarle la carrera.

Le dejaron ir.

Había días en que Paca se sentía imbuida por una gran ternura hacia él. Si lo perdiera se sentiría muy desgraciada. Pero nunca se entregó. Prefería estar junto a él como una fría pero interesada espectadora ante un caricato que representara una farsa para ella sola.

—Rendiré esa fortaleza —le dijo él un día—; domeñaré todos esos duendes que llevas dentro y que me son rebeldes. Los colgaré de una antena y así, sin enemigos, te haré mía totalmente.

Paca se dejaba atacar.

—¿Por qué dices totalmente?

Esto a Contreras le desconcertaba.

—Porque el amor, como la guerra, ha de ser total. En vuestros días habéis prostituido el amor. Le habéis cortado las alas. Hay amantes que entregan su cuerpo y se reservan, avaros, la libertad de sufrir y soñar y adorar. Y los hay o las hay que sintiéndose atraídos, imantados por el objeto de su amor, prefieren huir antes que darse con totalidad. Yo no entiendo el amor así.

Paca conocía los resortes del Capitán y sabía la frase exacta y el momento justo para desviar la atención de Contreras y convertir el asalto amoroso en sugestivas excursiones por el mundo de los recuerdos…

—El amor y la guerra de que me hablas sería, por ser total, cruel. La guerra…

—¡La guerra! Todos sabían entonces por qué hacían la guerra. Recuerdo que…

Y Contreras se lanzaba de lleno entre los fantasmas de su pasado que iban tomando casi realidad corpórea con la fuerza expresiva de sus palabras. Hacía vivir de nuevo las aventuras, los abordajes, las muertes, los premios.

Paca le escuchaba absorta, no tanto por los lances que allí se narraban como por el colorido que Contreras prestaba a su narración. Más de una vez Paca comparó la emoción que le producían los relatos del capitán Contreras con los de la música de una artista india peruana contemporánea llamada Ima Sumak. Paca la había escuchado en Nueva York. Esta mujer de pura ascendencia incaica, sin mezcla de sangre blanca, cantaba canciones ancestrales transmitidas de padres a hijos a lo largo de siglos y siglos. Había sido sacerdotisa adoradora del Sol, al que dedicaba sus canciones, hasta que fue descubierta por un compositor que ahora instrumentaba sus canciones y la lanzó a los escenarios de los Estados Unidos. Su voz era sencillamente un milagro. Alcanzaba las más altas notas jamás conseguidas por voces humanas, y las más bajas nunca antes de ahora registradas. Conseguía cinco escalas. Una de las canciones describía el ocaso del sol sobre el mar. La voz de esta mujer se remontaba en melodías suavísimas hasta el cielo mismo del pentagrama y desde allí, en una sola emisión de voz, se precipitaba a un abismo hondísimo que equivalía al mar. Escucharla era sentirse transportado a un mundo anterior a la llegada del hombre blanco, anterior a Cristo, anterior a la Historia conocida. Como si su voz tuviera efectos brujos, se sentía aletear en torno a ella presencias invisibles y mágicas que provenían de civilizaciones muertas, de sociedades desaparecidas en contacto directo con los orígenes mismos del hombre sobre la Tierra…

Paca Revilla, al escuchar a Contreras, se sentía transportada con fuerza idéntica a otro mundo más próximo, sin duda, pero igualmente evocador. Ni la poesía ni la música tenían tanta fuerza para ella como esas evocaciones de Contreras. Porque Ima Sumak la transportaba a un mundo ajeno, desconocido, inalcanzable, mientras que Contreras la llevaba de la mano a un mundo propio en el que Paca llegaba a veces a creer que había vivido o que estaba viviendo.

Entretanto, yo trabajaba febrilmente organizando el ciclo de conferencias en las que Contreras había de actuar.

Todos mis planes hasta entonces habían salido a pedir de boca. Todo lo previsto había sido fríamente llevado a la práctica sin concesiones de ningún género a convencionalismos sentimentales. Paca había desempeñado a las mil maravillas el papel que se le había encomendado. Se había llevado a Contreras, lo había rescatado del ambiente enfermizo, pseudorreligioso y sentimentaloide del cigarral. Había apartado de su mente el recuerdo de Concepción entreteniéndolo, dejándole envalentonarse, ilusionarse con la conquista de esa fortaleza sentimental que él pensaba rendir algún día y que Paca —por lo visto— estaba dispuesta a no rendir jamás. Porque ella sabía que el día que Contreras la rindiera, perdida la ilusión de la difícil conquista, saciado el amor propio, ella se desvanecería para él como se desvanece la ilusión al tomar cuerpo; sucio cuerpo de realidad.

El temor a una Sylvia despechada, dispuesta a no dejarse vencer, había también desaparecido gracias a mi intervención afortunada. Sylvia, que tuvo la inicial debilidad de sentir repugnancia por sí misma, pronto se convenció de que esta repugnancia debía sentirla hacia la vida misma que la había llevado sin poder ella defenderse por caminos que la degradaban. Yo ayudé un poco con mi intervención a este cambio de objetivo de su desprecio. Me asustaba la posibilidad de futuros arrepentimientos, de esos arrepentimientos desgarradores que llevan a quienes los sienten a pedir perdón, a llorar, a mesarse los cabellos y por último a buscar la redención olvidando las injurias recibidas y acordándose estúpidamente sólo de las realizadas.

Convenía mucho más a mis planes una Sylvia fatalista que aceptara de buena o mala gana el papel que el destino le había forzado a jugar. Y a ello dediqué algunas visitas reiteradas a su propiedad del cigarral. Tampoco fue difícil conseguir este propósito. Sylvia, por humana aunque triste reacción pendular de su ánimo, gozaba ensuciándose más y más, desandando los peldaños que ella creyó con Contreras que la acercarían a la virtud. Se hundía cada vez más en el fango del vicio, con desesperada voluntad de enfangarse.

Sylvia tenía conmigo la confianza de los cómplices de un mismo delito. Ni me quería ni me odiaba. Pero ante mí hablaba como no se atrevía sin duda a hablar consigo misma a solas.

Me contó su vida. Su infancia en Villanueva del Río. Su escapada a Madrid. Su conocimiento de Fernando, tal como lo he recogido en capítulos precedentes. Su primera visita a la casa donde durante tres años había trabajado. Una amiga suya la acompañó.

—Algún día —le dijo—, antes o después, tendrá que ser; ¿por qué no ha de ser hoy?

Sylvia me contó cómo desde la terraza de su casa se divisaba el jardín de un convento de monjas: las Adoratrices del Sagrado Corazón. Las monjas al atardecer jugaban al corro en el jardín. Y jugaban a la pelota. Después, cuando sonaba la campana, todas desaparecían como una bandada de golondrinas asustadas. Muchas tardes, Sylvia, que las había estado mirando jugar, cuando las monjas se retiraban, seguía apoyada en el pretil mirando al jardín hasta que anochecía, sin pensar en nada. Yo la imaginaba con su sonrisa siempre iniciada, con sus ojos tristes, tristes, mirando sin ver al jardín ya obscurecido.

Y me entraba al pensar en ello un remordimiento —un remordimiento leve, claro es— que procuraba asesinar dentro de mí con la disculpa de que aquello que estaba yo haciendo era necesario para los fines de asegurar la libertad de Contreras.

Y Sylvia me habló de la llegada de Contreras. De la intimidad que llegaron a alcanzar, de los deseos de éste de retirarse al campo para huir de algo que ella desconocía, pero que sin conocer comprendía; porque ella también quería huir de todo aquello que la rodeaba. Y para huir sólo necesitaba un brazo en que apoyarse y una cuenta corriente… («¿Tú crees que hay algo malo en esto?», me preguntaba Sylvia al contármelo.) Una cuenta corriente que le asegurara la continuación de todo.

—Yo no sé si estará loco o no lo estará —me decía Sylvia—; sólo sé que es un hombre a cuyo lado yo volví a ser Concepción…

Yo procuraba interrumpirla, no la quería dejar divagar. Pero ella recogía velas siempre y se automortificaba, riéndose de sí misma por haberse dejado engañar por el señuelo de una virtud imposible. «Las que hemos nacido para… (y lo soltaba sin rodeos) moriremos siendo lo mismo. Ya sabes el refrán: Genio y figura hasta la sepultura. Además él era ya muy viejo, y yo echaba de menos hombres expertos como tú o muchachos torpes y ardientes como Luigi. Ahora he recobrado mi personalidad…»

Y al decir esto se reía, se reía. Y cada golpe de risa se me clavaba en el alma y me mortificaba y me arañaba. Porque nunca he visto unos ojos más tristes —una amargura mayor reflejada en ojos más tristes— cómo los de Sylvia cuando echando la cabeza hacia atrás se reía y se reía.

XX

La fecha para la actuación de Contreras había sido fijada ya. La habilísima propaganda desarrollada por mí había producido tal expectación que en toda España no se hablaba de otra cosa. Largas colas se formaron a las puertas del teatro para adquirir entradas para alguna de las tres conferencias que sobre el «Amor», el «Arte» y la «Guerra» serían pronunciadas por el Capitán en tres días consecutivos. El doctor Yuste había anunciado su llegada para asistir a la primera. Paca Revilla, Castejón, Molludo, los condes de Robledo, Dorita Rivas, Morales el policía, hasta la propia Sylvia y cuantos en alguna ocasión tuvieron relación próxima o lejana con el Capitán no podían vivir, asediados como estaban por las peticiones, las súplicas y las recomendaciones para conseguir, al precio que fuera, alguna localidad. Aunque en un principio me negué a que las conferencias fueran retransmitidas por radio, temiendo que esto restara público a la taquilla, fue tan alta la cantidad que una emisora me ofreció por la exclusiva de su retransmisión que me vi forzado a cambiar de criterio. Y accedí.

Tres días antes de la fecha prefijada para la primera de las conferencias, Contreras me expuso el más extraño de los caprichos.

—Tengo curiosidad —me dijo— por visitar mi alcoba.

Después se explicó. Quería a toda costa conocer el solar donde había estado emplazada la iglesia de Santo Tomé, en cuyas criptas descansó hasta el día en que se procedió al traslado de sus restos. Y quería también volver a ver en el cementerio de la Almudena, si no lo habían vendido ya como chatarra, el féretro de hierro en que durmió —¡tan profundamente!— cerca de tres siglos. No tuve inconveniente en ello, e incluso llegué a pensar que no sería mala decoración para las conferencias situar a un lado del escenario, junto a la mesa del orador, el féretro aquel.

Llegamos en automóvil hasta la puerta del cementerio. Cruzamos la verja que separaba el mundo de los vivos del mundo de los muertos. El de los vivos era seco, polvoriento y ancho. (Castilla quebrada y sedienta se extendía, cansada de sol, hacia todas las lejanías.) El de los muertos era verde, florido y ameno. Viejos árboles de corpulentos troncos prestaban sombra a los múltiples caminos que cruzaban el camposanto. Afilados cipreses señalaban hacia la altura como señalando un camino, y multitud de rosales mostraban al

desnudo —como recordando una norma— la suavidad de unos pétalos, la fragilidad de unos capullos, la continuidad de unos espinos.

Contreras conocía el camino. Antes de partir a América lo había visitado una vez con Paca Revilla, y a su regreso lo había vuelto a hacer más de seis.

Cruzamos primero el barrio mortuorio de los ricos. Pequeños templetes con sus agujas labradas en piedra como catedrales diminutas; panteones familiares con apellidos compuestos, grabados sobre el mármol a la entrada de la capilla. Muchas de ellas eran mayores y más lujosas —mármoles, bronces, granito, alabastro— que el humilde sepulcro de Cristo bajo la nave mandada construir por Felipe II junto al templo de Santa Elena, allá en Jerusalén… Contreras se detuvo ante un ángel de mármol blanco. Tenía una mano extendida hacia un gran catafalco, y la otra posada sobre los labios, pidiendo silencio. Ante el catafalco, una mujer de mármol negro caída de bruces sobre él lloraba inmóvil a través del tiempo. Los rosales y los cipreses montaban la guardia entre los panteones. Los cipreses eran altos, obscuros y quietos. Sus cuerpos anchos en la base se iban adelgazando al crecer, disminuyendo su contorno, afinando sus líneas, hasta afilarse en la altura, en una prolongación inverosímil, en un esfuerzo supremo de alcanzar el cielo con la mano. Se diría que recogían con sus raíces los efluvios más íntimos del camposanto con la misión de ascenderlos en sus troncos y lanzar después hacia el cielo, con aquel su último extremo tembloroso, la postrer oración que se hubiera secado en los labios de los muertos.

Aquel era el barrio mortuorio de los ricos. Después, tras una breve transición de lujo rebuscado y no conseguido, tras una simplificación de los templetes más modestos nos encontramos de pronto en el barrio de la clase media: la clase media de los muertos. ¿Era ocasional, era pretendida esta división del cementerio como queriendo olvidar que «allí van los señoríos derechos a se acabar y consumir»? El capitán Contreras, con el bastón levantado del suelo como si fuera una espada, se iba adentrando por todos los caminos, por todas las bifurcaciones entre las tumbas.

Con la punta de su bastón iba apartando ahora las flores mustias o el polvo que tapaba una inscripción. Las, tumbas, del tamaño del colchón de un niño, se limitaban ahora a un pedazo de piedra o de mármol con una cruz al frente. Las más ricas tenían como un sudario de alabastro, casi transparente, sobre los brazos de la cruz. Las más modestas estaban desnudas.

«Pecó mucho… Amó mucho… Lloró mucho.
¡Perdónala, Señor!»

decía una inscripción. Y debajo, 2 de julio de 1902.

Otra decía:

Adolfo Montero
Descansó en el Señor,
el 10 de enero de 1897,
a los quince años de edad.
Su madre le recordará eternamente.

Algo más lejos la madre descansaba también.

Pensé de pronto que aquel muchacho podría ser yo mismo que hubiera muerto de niño; mi madre, sin duda alguna, me hubiera puesto una inscripción como aquella. La idea me desagradó y procuré borrarla de mí. Volví los ojos buscando al Capitán. Éste seguía husmeando, adentrándose entre los muertos.

En esto nos diferenciábamos él y yo. A mí cuando una idea me hurgaba la conciencia, procuraba apartarla de mí, si me dolía, para recuperar el equilibrio. Era como echar una manta sobre un espectáculo que me desagradara. El motivo de mi intranquilidad seguiría allí sin duda. Pero no lo vería. Esto me bastaba. Contreras en cambio no sentía generalmente inquietud por nada, pero cuando la sentía se abrazaba a ella hasta conseguir vencerla o ser vencido por la inquietud.

Algo dijimos en la primera parte de esta biografía acerca del torbellino que fue la primera vida del Capitán. Como un caballo desbocado iba la corriente de su destino, sin mirar siquiera de soslayo la vida que iba dejando atrás; una vida sembrada de fugas, abordajes, adulterios, duelos, muertes, intrigas. Pero si de pronto la corriente de su destino dejaba de seguir el mismo rumbo que él, Contreras frenaba en seco; tan en seco que, como ya vimos, una vez se metió fraile, y la otra escribió sus Memorias. Por una crisis semejante pasaba ahora, a la vuelta de tantos años, nuestro Capitán. En verdad, en verdad, entre el Contreras violento, galante y fanfarrón que despertó entre nuestras manos en el Valle de Arán, y el de ahora, meditabundo, abatido y poeta —¡Santo Dios!— por añadidura, había un abismo de diferencia. Pero me consolé pensando que no habría más diferencia que entre el Contreras capitán de corsarios en Lampedusa y el Fray Alonso de la Madre de Dios de la ermita del Moncayo. Aquel que, al retirarse a hacer vida de penitencia, respondía a cuantos le preguntaban que adónde iba: «A servir un poco a otro Rey. Que estoy cansado.»

Ahora Contreras estaba en pie de meditación. Pero no se limitaba al llegar a este extremo a cubrir como yo el motivo de su inquietud con una sábana de indiferencia, sino que lo perseguía buscando el extremo más oculto de cuanto le perturbara. Y lo hacía aunque le doliera, aunque su alma manara sangre, porque aseguraba que sólo detrás de la duda, es decir, más allá de la duda y de la inquietud, estaba la paz.

¿Era ésta tan sólo una diferencia de matiz entre el capitán Contreras y yo? ¿O era por ventura una disparidad cósmica, abismal, entre el espíritu del siglo que representaba y la mentalidad epidérmica y frágil del hombre de nuestros días?

Algo de esto me habría de decir Contreras —¡y cómo me lo dijo!— minutos más tarde. Yo entonces sólo sabía que la lectura de aquella inscripción, el paseo aquel al que Contreras me forzaba entre las tumbas, parecía llevarme de la mano a temas —la vida, la muerte, el gran juicio definitivo y final— que me inquietaban, que me dolían, que yo no quería abordar. Temas en los cuales yo no quería adentrarme. Pero, entretanto, Contreras se adentraba, se adentraba entre los muertos.

Dejamos el barrio de la clase media, la clase media de las tumbas, y desembocamos en un ancho semicírculo donde estaban adosados a la pared y hasta trepando por ella los nichos. Algunos llevaban inscripción. Un nombre, una fecha. Otros tenían tan sólo una cruz de madera adosada al balconcillo donde se pudrían sus moradores. Otros tenían la cruz marcada con tiza. Éste era el barrio popular, el barrio pobre de los muertos. La gran pared agujereada por los nichos parecía una gran casa de pisos a la que una mano indiscreta hubiera quitado la fachada descubriendo las cuadriculas estrechas de sus habitaciones, o un panal gigante o un cúmulo de escenarios superpuestos en que los actores estuviesen todos dormidos. Muchos de los nichos estaban vados. Daba angustia pensar que en recintos tan estrechos como ésos cupieran cuerpos humanos.

El capitán Contreras, al llegar aquí, miró rápidamente en su torno. Las aletas de sus narices se hincharon como si olfateara algo; dio varias vueltas sobre sí mismo y por fin se dirigió hacia un extremo de la gran pared, allí donde el material amontonado indicaba que la muralla del camposanto iba a ser ensanchada robando terreno a Castilla para almacenar sus muertos.

Subió sobre un desecho de ladrillos, y tras ellos descubrió el gran féretro de hierro, medio cubierto de tierra. Le ayudé con una azada que allí junto había a desenterrarlo. Unas arañas y unos bichos pequeños como escarabajos

enanos salieron corriendo, quedando sobre el suelo de hierro cuando quitamos la tierra.

—¡Ah, pícaros! —gritó Contreras a aquellos bichos— ¿me echáis de menos, eh?

A mí todo aquello me repugnaba. Me enervaba.

Contreras, notando mi incomodidad, se dedicó parsimoniosamente a matarlos con la punta de su bastón, acompañando cada muerte de una exclamación, la más bárbara que encontrara en su copioso vocabulario.

—¡Ah, ladrón! ¡Hi de perra!, ¡a dormir con Satanás!

Y al decir esto le aplastaba.

—Tú, bellacón, que eres un bellacón, vas a hacer compañía en los infiernos a muchos de estos que aquí duermen.

Y tras matarlo señalaba con el bastón los nichos ocupados.

—¡Vamos, Contreras, ya está bien! —dije enérgico—; todo esto es de mal gusto. ¡Vámonos!

Contreras se rió estrepitosamente.

—Éste no es sitio para reírse. ¡Vámonos, hombre, vámonos!

Di media vuelta e intenté marcharme, pero Contreras me lo impidió. Me agarró con el mango de su bastón y casi me obligó a sentarme del empujón sobre el montoncillo de ladrillos.

—¿El señor manchapapeles por ventura tiene miedo? ¡Siéntese aquí don melindres!; ¡don merengue el melindroso, siéntese!

Después recogió la voz, confidente.

—Vuesamerced, señor Cornejo, tiene miedo y no sabe de qué. Mas yo se lo he de decir. Tiene miedo de la desnarigada, ¿no es eso? Tiene miedo de la muerte. ¡Y no hay para qué! Yo la he visto en mil encrucijadas con la guadaña a punto para segarme. Si se me acercaba más de lo que era menester le ponía la zancadilla y caía sobre los mismos que la empujaban hacia mí, llevándoselos por delante. Sólo se tiene miedo —continuó— a aquello que se desconoce. Por eso, señor empresario mío, señor protector mío, en pago a los muchos servicios que he recibido de vuesamerced, yo, capitán Alonso Guillén de Roa y Contreras, capitán de corazas, os la voy ahora a presentar.

Intenté forzar una risita y decir lo más calmosamente que pude:

—Mira, capitán Alonso, yo tengo mucha prisa. Tengo otras cosas que hacer. De manera que te dejo diciendo sandeces y me voy.

En efecto, me incorporé y me dirigí a uno de los múltiples caminos que desde aquel extremo, último del camposanto, se dirigían, tras cruzarlo entero, hacia la verja de salida.

Contreras dio una gran voz que me heló la sangre.

—¡Estáis loco! ¡Todos los caminos que salen de aquí están tomados por la desnarigada! ¡Atrás, insensato, necio, atrás!

Estúpidamente detuve mis pasos. Pero reaccioné e intenté huir.

Contreras, presa de fiebre oratoria, se encaró con los nichos gritando:

—¡Yo os conjuro a cuantos aquí estáis que cerréis el paso a este necio! Tú —y señaló a un nicho con la cruz pintada en tiza— dirígelos a todos. ¡A mí, mis oficiales! ¡Sus y a él!

En aquel momento una brisa indescriptible azotó las altas copas de los cipreses, que se balancearon solemnes como si respondieran al conjuro del Capitán. Quedé paralizado, mudo de espanto, porque en aquel momento percibí como ráfagas huidizas, presencias extrañas en torno mío. Tenía la sensación de que miles de ojos estaban fijos en mí. Sentí como la sangre huía de mi rostro y las sienes se me erizaban y un gran reloj en mis venas se detenía. Giré sobre mí mismo y di un salto atrás, porque vi —¿qué es lo que vi?—; quizá no fuera más que un rododendro que se mecía con la brisa.

Cuando los miembros me obedecieron eché a correr, deshice el camino recorrido y me abracé, cobarde y tembloroso, al Capitán. Es un poco humillante para mí mismo la narración de este episodio. El corazón me latía ahora con tal fuerza que me era difícil respirar. Creo que medio me caí al suelo y quedé abrazado a una pierna del Capitán, que, sentado como estaba sobre el hacinamiento de ladrillos, me acogió junto a él, burlón y cordial.

—Ah, señor Antonio Cornejo, aquiétese su ánima, que lo ha de menester. Y piense que no ha sido burla el conjurar a estos buenos señores que aquí yacen para que vinieran a ayudarme, sino de veras y de muchas veras. Que le he cobrado afición y se me parte el alma de ver como anda ciego y desatinado por este mundo de hoy que no parece sino que Dios lo ha dejado de su mano. Aquiete vuesamerced su ánima, digo, y sosiéguese. Que no hay por qué asustarse de mi señora la desnarigada cuando a fin de cuentas ella y no otra es quien nos ha de dar el último beso y el postrer abrazo.

Yo no me atrevía ni a mirar al que así hablaba. Tan sólo me limitaba a escuchar su voz, que fluía cálida, segura, animosa, cordial:

—Os quedáis (sin querer adentraros en el misterio) sobre la piel de las cosas. Como tenéis resueltos los pequeños problemas de la higiene del cuerpo y del organismo, olvidáis el harto más trascendente de la salud del alma; como habéis descubierto los medios de vencer con el transporte las distancias de la Tierra no os preocupáis de reservar billete para el último y más trascendente de todos los viajes.

»Habéis resuelto los problemas de la materia, lo cual en sí es justo y bueno y grato a los ojos de Dios, pero habéis olvidado que tenéis un espíritu al que hay que regar y dar calor si queréis que florezca y fructifique como las flores del campo antes de ser segado por la desnarigada. Porque la muerte cuando siega las vidas no las guarda para sí, sino que las lleva al Gran Jardinero del cielo. Y éste, si ve que están florecidas, hace con ellas ramilletes y las guarda junto a Sí, alegrándose en su aroma por toda la eternidad. Pero si están secas las aparta de su lado junto a los espinos y malas hierbas porque su presencia no es grata. Y esto que os digo a vos, amigo mío, que sois literato, no es literatura… que pueda leerse o dejar de leer, según haya tiempo libre o no para escanciar el alma con pensamientos amenos. Este de nuestro florecer es el único negocio —¡el único, entendedlo bien!— que al fin y a la postre nos interesa. Pensad, pues, si no es insensato ser enemigo de la desnarigada y no poder nunca decirle como yo le digo: “Esperad, señora… No seguéis aún esta planta miserable. ¡Mirad que no ha florecido todavía!”

Y dicho esto, el capitán Contreras ya no pudo seguir porque una ola de lágrimas le alcanzó la voz, ahogándola.

XXI

«Villa Ardosa». Madrid. Medianoche en noche de verano. Viejos verdes con sus amiguitas. Matrimonios distinguidos. El ministro en una mesa. De cuando en cuando un bostezo, una ginebra, un chisme picante, un beso. Rumbas, mambos, maracas. («¿Has visto a Charito? ¡Qué vieja se ha puesto!») Sonrisas de porcelana.

—Hoy no debemos saludar a Molludo. Está bailando con una rubia sospechosa.

—Me parece ridículo. Él nos ha visto. Sabemos que él sabe que le hemos visto. Resulta ridículo no saludarle.

—No importa. Hay que guardar las formas.

Un negro golpea con ritmo de salvaje y agilidad de malabarista toda una colección de platillos y tambores. Piernas y brazos de muelle surgen del cuerpo de goma para llevar, epilépticos, el ritmo del tamtam.

—La mujer de Adolfo me dijo el otro día, desesperada, que su marido sólo podía veranear tres días en San Sebastián, ya que no podía dejar abandonada la oficina todo el verano.

—¿Y qué?

—Que le mires bailando con su «oficina». (La «oficina» era una rubia platino con cara inocente y adormecida.)

Contreras estaba en una mesa cercana a la orquesta, con Paca Revilla, Pepe Castejón y Anita Samper. En otro extremo, dos de las compañeras de piso de Sylvia bebían pipermint, esperando que alguien las sacara a bailar y ligar así algún plan. Dorita Rivas (sin ver —por guardar las formas— a su padre) se acaramelaba con un turista americano en un rincón.

Todos se encontraban a gusto respirando las breves horas de la noche en las que el fuego estival de Madrid afloja sus riendas. Sólo Contreras se sentía incómodo. La gente le miraba, reconociéndole, y las parejas se le acercaban al bailar para verle mejor. Estaba ligeramente envejecido y más delgado, pero su apostura era fenomenal. Al acercarme a su mesa me imaginaba el efecto que produciría su fachaza singular y atlética vista desde el patio de butacas durante la serie de conferencias que comenzarían el siguiente anochecer. Quemado como estaba por el sol, acentuada la anchura de su frente por el claror de sus entradas plateadas, encendidos sus ojos grises con aquella fiebre que le arrebataba al hablar, agudizadas y afinadas las facciones por la reciente

delgadez, Contreras —yo estaba seguro— produciría un gran efecto entre ese público, que tras formar largas colas semana tras semana a las puertas de la taquilla, se resignó a pagar a precios fantásticos el derecho de verle actuar.

Contreras desde lejos me vio llegar. Me saludó cordial, pero con tal fijeza se clavaron sus ojos en mí que llegué a pensar si alguien le habría insinuado algo respecto a la frecuencia de mis visitas a Sylvia allá en el cigarral. Horas más tarde comprobé que mis sospechas no estaban fundadas. Contreras más que triste parecía ido. Constantemente Paca se inclinaba hacia él y le decía algo como para volverle a la realidad.

La orquesta inició una rumba. La voz engomada, feminoide y aflautada del director comenzó a cantar. Saqué a bailar a Anita Samper; Pepe Castejón, a Dorita Rivas.

Contreras no pudo reprimir su asombro al ver a Castejón, en el que veía siempre a su antecesor el virrey de Sicilia, moviendo los hombros y las caderas al ritmo de aquella música negroide.

Paca posó su mano sobre la del Capitán. Su gesto fue dulce, pero su voz estaba un poco irritada.

—¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? Pareces esforzarte en demostrar a todo el mundo que no estás a gusto conmigo.

Contreras tardó un poco en reaccionar.

—Perdona —dijo al fin—. Estoy… guardando las formas. Tú me has enseñado a hacerlo.

—Pero no a que seas insincero conmigo. Yo creo que lo daría todo por verte feliz.

Contreras hizo un gesto sorprendido.

—¿Es verdad eso que dices, Paca?

Paca estaba seria. Le miró a los ojos y a la frente.

—Sí.

Contreras le tomó las dos manos y las estrechó con fuerza.

—¡A veces llegué a dudar si tras esa fortaleza había algo que se pareciera a un corazón!

Los ojos de Paca Revilla brillaban como si una lágrima que no llegó a aflorar los hubiera humedecido. Se pasó la mano por la frente y echó hacia atrás retirándolo el rizo que la estorbaba.

Cuando acabó la rumba volvimos a nuestra mesa. Contreras, eufórico, nos invitó a una botella de champán. Y bebió más de la cuenta.

—Vámonos —dijo varias veces, dirigiéndose a Paca—. Éstos se pueden quedar si quieren…

—No, no —respondía ella, asaeteándole, furiosa, con los ojos por su indiscreción—. Todavía es temprano.

La orquesta interpretaba ahora un mambo. Se diría que todas las cacerolas y sartenes de una cocina se hubieran derrumbado sobre una vajilla de loza, destrozándola.

—La música no ha progresado demasiado desde tus tiempos, ¿verdad, Capitán? —preguntó Castejón, bromeando.

—Ni la música ni nada —respondió éste—. El Arte todo se ha prostituido; se ha vendido al dinero.

—No eres justo en eso —replicó Castejón—. No eres justo. ¿En qué te basas para afirmarlo?

—No os pongáis ahora a hablar de cosas serias —terció Paca Revilla—. Alonso, sácame a bailar, ¿quieres?

De la orquesta —música estirada, gomosa, elástica como un chiclé musical— surgían ahora las notas lloronas y arrepentidas de un tango.

Contreras no escuchaba a la orquesta. Ni siquiera a Paca Revilla.

—Yo no soy hombre de letras, que, como siempre digo, nunca estudié en Alcalá o en Salamanca; pero es evidente para quien tenga ojos y no le falte entendimiento que el Arte se ha prostituido. En la escultura decidme, señor, si de los griegos acá ha habido en los últimos veinte siglos quien supere a Fidias o a Mirón. Tan sólo Miguel Ángel, y sólo con dos obras, el «David» y el «Moisés», puede parangonarse con ellos. Y esto por haber sido fiel a las normas que ellos marcaron. En pintura, buscadme entre los Basinos de hoy quien pueda besar el suelo donde se posó el zapato de Tiziano, Rubens, el Greco, Zurbarán, Da Vinci, o el gran Velázquez, mi contemporáneo. Y si he citado las artes que llaman plásticas es porque ellas no exigen entender las lenguas, aun siendo extranjeras, del artista que las realizó. Porque, ¿qué me decís de las letras, señor, hablando sólo de las españolas? Buscadme, buscadme en nuestra lengua cinco nombres desde mis días a los de hoy que puedan sentarse en el Parnaso al lado de los que vivieron cuando yo vivía. Porque yo, señor, tenía nueve meses cuando murió Santa Teresa, e iba a cumplir diez años cuando se durmió en el Señor el ascua viva de amor que era la pluma de San Juan de la Cruz, y cuarenta y ocho cuando fui huésped de Lope de Vega, y treinta y cuatro cuando murió Cervantes, y Quevedo, que era dos años más viejo que yo, aún vivía cuando me durmieron; y Calderón de la Barca recibió las aguas del bautismo cuando yo tenía dieciocho y estaba harto de guerrear. Y en mis días, señor marqués de mi alma, vivieron Ruiz de

Alarcón el Mexicano, y el inca Garcilaso y Fray Luis de León y Fray Gabriel Téllez el Mercedario, a quien dicen que decían Tirso el de Molina.

La orquesta tocaba ahora un *swing*. Las parejas más audaces se separaban sosteniéndose por una mano y echándose hacia atrás como si fueran a caer si se soltaran. Y después ella (todas las «ellas» del baile) se precipitaba en brazos de él, chocando violenta, para separarse de nuevo. Iniciaban entonces una persecución por la pista de baile, pegando saltitos, moviendo los párpados al compás y los hombros como si padecieran el baile de San Vito. Era aquel un ejercicio gimnástico formidable. Invité a Paca a bailar, pero se negó diciendo que había prometido este baile al Capitán.

—¿Bailamos, Alonso?

Pero Alonso no la oía.

—La prostitución del Arte —exclamó— no tendría mayor importancia si tan sólo significara la decadencia de la escultura, las letras o la pintura, pero significa, ¡pesia de mí!…

—Cuando le dan cuerda no hay quien le pare —rió Paca, armándose de paciencia.

—… pero significa, ¡pesia de mí!, que es el hombre quien ha caído, decaído, enfangándose.

—Ahí es donde no estoy de acuerdo —interrumpió Castejón—. Que el Arte esté en decadencia no puede en manera alguna significar que la Humanidad toda se esté enfangando…

—Pero, señor marqués de mi ánima, ¿es posible que un hombre de tan claras luces como las de vuestra excelencia crea que es por puro azar que, a lo ancho del mundo todo, el Arte se haya derrumbado? ¿Cree por ventura, mirando sólo a lo que nos es más próximo, que es por pura coincidencia, ¡pecador de mí!, que en mis días diera mi patria a las letras más nombres y más gloriosos que los que ha dado desde entonces hasta hoy? ¿Cree acaso vuestra excelencia que no hay relación entre la decadencia del Arte y la de las formas sociales, pongamos por caso? En mis días las razas inferiores, como las tribus de América o los bereberes del África, buscaban el ejemplo del hombre blanco, como a un ser superior, para imitarlo. Los aldeanos y gente de la tierra miraban a la aristocracia para adoptar sus maneras y costumbres. El indocto aprendía de los sabios la fe y la virtud. Hoy, la aristocracia imita a la gente plebeya y grosera en sus desplantes y vocabulario. Los sabios y filósofos alardean de descreídos, imitando a los indoctos, y las razas blancas imitan, en sus bailes, a las razas negras e inferiores. Y es que hay una causa externa y común, esto es evidente, que ha producido el desmoronamiento del

Arte, el aplebeyamiento de las costumbres y la pérdida de la fe. Y esta causa, clara como el aire, es que en mis días los hombres bogaban con dos remos y ahora con uno.

Paca se echó a reír.

—¡Tan clara, tan clara es esa causa que ninguno la hemos entendido! —dijo.

Contreras no reía. En sus ojos había nacido ya esa fiebre que le poseía cuando se arrebataba con una idea. En las mesas más próximas a nosotros los más discretos habían dejado de hablar y escuchaban disimuladamente nuestra conversación. Otros menos discretos habían acercado sencillamente sus sillas a nuestro grupo, engrosándolo.

—Mirad. La Humanidad es como una gran galera repleta de remeros que mientras no vaya a pique con el fin del mundo, navega, y que me perdone el gran Manrique, sobre la mar, que es el vivir. La galera ha menester de dos grupos de remeros para avanzar. Los unos situados a babor sólo entienden de las cosas del espíritu. Los otros situados a estribor sólo entienden de las cosas de la materia. Cuando los dos grupos de remeros se mueven al unísono, la barca avanza hacia su perfección: esto es el progreso. Si un solo grupo de remeros trabaja, la barca gira sobre sí misma sin avanzar: esto es el estancamiento.

»Pues, bien, creedme; la Humanidad hoy sólo trabaja con los remos de estribor: los remos de la materia. Si alguno hay a babor que mueve los brazos, sus fuerzas son tan exiguas para compensar las de los otros, que apenas representan nada. Vosotros los que me escucháis, estáis situados en los bancos de estribor y sólo veis el mar que azota ese costado de la nave. Vosotros y cuantos con vosotros se sientan veis que a cada golpe de remo surgen descubrimientos nuevos. El remo de la técnica, el remo de la ciencia aplicada, el de la investigación, hacen saltar a vuestra vista peces de maravillosos colores, de escamas de oro, hasta ahora desconocidos por vuestros antecesores. Y palmoteáis alborozados, porque viendo que el mar se mueve al golpe de vuestros remos creéis que la nave avanza. Pero, en verdad, en verdad, la galera sólo se mueve, girando, girando sobre sí misma.

»Y da pena ver cómo palmoteáis soberbios por una victoria que no es tal. Y da pena ver cómo perdéis un tiempo que vuestra generación no tendrá ya ocasión de recuperar. Y se le parte el alma al más desalmado al mirar desde esta atalaya de mi primera vida en la que me asiento, cómo los hombres tan necios como soberbios olvidan de batir el agua con los remos del espíritu para enderezar el derrotero. Hablábamos antes, señores, del desmoronamiento de

las artes. Las artes son los barómetros que más a mano tenemos para medir el espíritu de las generaciones, pues ellas son la representación plástica literaria del espíritu de cada época. No, no es un mal en sí mismo, señor marqués, el que las artes se hayan desmoronado. Pero significa que se ha desmoronado, y esto debía hacer llorar a las piedras, eso otro harto más delicado y sublime: el espíritu. El espíritu, que no sólo, repito, alentaba a las artes (pues esto sería secundario), sino que daba golpes de remo a babor de la Humanidad, haciendo que esta galera en la que todos navegamos bogara hacia el verdadero progreso: hacia la perfección de Dios.

Un gran rumor acogió las palabras del Capitán. Paca esta vez no le pidió que la sacara a bailar. Algunas parejas —ellos caras de peces, ellas sonrisas de porcelana— bailaban, enamorados, al compás de la música que ahora era lenta, íntima y recogida. A nuestra mesa se habían acercado diez o doce mesas más que formaban ahora una tertulia común. Muchos no entendían nada de lo que allí se decía, pero atendían, curiosos, entretenidos por la presencia de este hombre del que todos (aceptando o rechazando lo que de él se comentaba) habían oído hablar.

—Andaba yo ciego —continuó diciendo el Capitán— ciego por tanta luz artificial, cuando una mujer, nada necia a pesar de ser mujer, me tuvo por las riendas; que yo andaba desbocado. Y me dijo si creía que el hombre había avanzado en el orden del espíritu… Fe, amor al prójimo, renunciación, justicia, generosidad… en la misma medida en que lo había hecho en el orden de la materia, técnica, química, mecánica y organización.

—Es de suponer que sí —dije yo entonces.

—¿Y si te convencieras de lo contrario? —replicó.

—Pensaría que el mundo ha quedado cojo —respondí.

—Pues convéncete —me dijo—. Está cojo y sin muletas…

»Y esto es tan cierto, señores, que esta sociedad en que vivimos parece un monstruo al que una pierna, la de la técnica, se le hubiera desarrollado prodigiosamente, y la otra, la del espíritu, se le hubiera anquilosado y disminuido como un muñón. Si el hombre hubiera navegado con sus dos remos sería hoy un gigante proporcionado, pero no un monstruo sin equilibrio físico y mental.

»¡Ah, creedme, señores, creedme! Los hombres de hoy son unos pobretes que da pena verlos. La ciencia los ha ensoberbecido como las armas en manos de niños, y la técnica los ha reblandecido como al cuero el agua del mar. Ya no quedan sino los pastores de los montes o los gañanes del campo que, sin técnica y sin ciencia, son casi hombres de bien. Mirad que no es broma lo que

digo. Que si más sabe el diablo por viejo que por diablo, ha de ser mucho lo que yo sé. Y soy yo quien os digo que el mundo de hoy es menos sabio —con todas sus máquinas— que el de ayer con todas sus teologías. Porque, ¿cómo puede entenderse, si no, que quien ha llegado a hacer cabalgar al sonido a lomos de las invisibles ondas hertzianas, con el remo de la materia, no haya podido aplicar la fórmula de la convivencia social con el remo del espíritu? ¿Cómo se entiende que quien ha acariciado a la luna con el radar, o quien ha medido la frecuencia de los rayos cósmicos, ambos gracias al progreso material, no haya encontrado la fórmula espiritual de evitar las guerras? ¿Cómo es posible que quien ha multiplicado la riqueza material de la tierra no haya sabido distribuirla con espiritual claridad y clemencia entre tantas y tantas criaturas de Dios con las que no se ha contado en la nueva organización técnica e industrial?

»A una época tan adelantada como la que vivimos en el orden de la materia correspondería una sociedad sin guerras, sin pobres, sin miserables, sin revoluciones, sin odios, con un orden establecido, con unos principios reconocidos, aceptados, justos y a la par útiles y eficaces que resolvieran los negocios encontrados del hombre con el hombre; del hombre con el Estado y de los Estados entre sí de la Cristiandad.

—Bien, bien —interrumpió un recién llegado—; habéis planteado el problema. Dadnos ahora la solución…

—Remad con los dos remos, ¡voto a Cristo! Remad con los dos remos…

¿Qué duendes eran los que perseguían a Contreras? ¿Qué Parcas invisibles las que tejían y destejían y enredaban la madeja de su destino? ¿Quién iba a decirnos cuando lo oíamos hablar tan seguro, tan firme, tan elegantemente, el epílogo tan grotesco que iba a tener todo aquel discurso? Bien claro está que no había escogido el más apropiado de los escenarios para presentar su tesis ni el mejor de los momentos para desarrollarla. Paca, cuando vio que Contreras se embalaba hacia la oratoria, se empezó a sentir incómoda. Incómoda por él, porque vio las risitas y los comentarios y los codazos de los que atraídos por su potencia de voz se habían acercado a escucharle. «Es un loco estrafalario», había dicho uno. Y otro susurró que era un charlatán a sueldo mío para hacer la propaganda de las conferencias… Pero también se sentía incómoda por ella misma. Paca había cometido la debilidad al verle tan abatido, como al principio de la noche estaba, de decirle que lo daría todo por verle feliz. «¿Es verdad eso que dices, Paca?», preguntó él. Y había tal ternura, tal gratitud, tal emoción en la mirada de él, y en el calor con que estrechó sus manos, que Paca llegó a creer que a aquel hombre

se le podía llegar a querer con totalidad, tal como él decía siempre: «Es lo único que yo te pido: totalidad.» Pero después reaccionó como un grosero —pensaba ahora Paca, arrepintiéndose—, «sugiriéndome insistente que nos fuéramos solos dejando al resto en la estacada. Sólo le faltaba haberme sugerido en público que me acostara con él. Poco le faltó». Pero Paca, al pensar así, no era sincera consigo misma. Lo que de verdad le dolía era el ridículo que creyó que había hecho Contreras. Y ella también por carambola. «Cuando me vaya haciendo vieja —se había dicho mil veces Paca a sí misma— no haré el ridículo de Fulanita, que hace el efecto de que va persiguiendo a todos los mamarrachos que se cruzan con ella.» Y ahora ella, Paca Revilla, había estado a punto de caer en las redes de este tipo de quien se reía todo el mundo, a quien nadie tomaba en serio… Aquello era grotesco.

Cuando este recuerdo de su amiga cruzó de pronto por la memoria de Paca lo hizo con tal fuerza que sintió como si un velo que la hubiera cubierto hasta entonces cayera de pronto de sus ojos: «¿Pero no se da cuenta esa mujer del papel tan triste que representa?», decían entonces de aquella amiga. Y Paca se sobresaltó de rabia al pensar que de ella se pudiera nunca decir nada semejante. «Es muy atractivo tu capitán…», había dicho ella, hacía ya muchos meses, cuando conoció a Contreras. ¡Y lo era, en efecto!, pensaba ahora, como disculpándose a sí misma. Pero todos se reían de él… nadie le tomaba en serio. En realidad Contreras era un hombre ridículo. «¿No te das cuenta, Paca Revilla, que tu hombre es un muñeco de trapo?» Paca no pudo evitar cierta brusquedad ante una galantería a destiempo del Capitán. Éste quedó estupefacto. ¿Qué había hecho él para merecer este tono de voz y esta mirada glacial por parte de la mujer que hacía unos minutos le había dicho que daría cualquier cosa por hacerle feliz? ¿Habría dicho alguna inconveniencia?, ¿habría faltado a alguna de esas fórmulas que él todavía —¡pesia de mí!— no acertaba a dominar?

Contreras, torpemente, quiso forzar la reconciliación:

—Si cuanto más piadosos
más bellos parecéis a aquel que os mira…
¡no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos!

—No seas bobo —cortó ella secamente. Y dirigiéndose a Castejón—: Pepe, ¿quieres bailar? —Después se arrepintió de su desplante. Contreras no se merecía esto. «¡Qué estúpidamente te estás comportando, Paca Revilla! —se dijo a sí misma—. Al terminar el baile procura estar más amable. Procúralo.» Pero Contreras no leía los pensamientos de Paca sino tan sólo lo

que decían sus labios e insinuaban sus ojos, y se sintió de pronto como un niño al que hubieran castigado cruelmente cortándole las manos cuando iba a cometer con ellas una buena acción. Contreras en muchas de sus reacciones, sobre todo cuando intervenía el estupor, era en realidad un niño grande. Fue tal la sensación de sorpresa, de asombro, de dolor, de incredulidad que asomó a su cara cuando la oyó decir esto, que yo, que le miraba, creí que allí mismo se nos iba a echar a llorar.

Paralelamente a esto que digo, otra serie de pequeños sucesos habían sido hilvanados por las Parcas invisibles, por los duendes encargados de tejer el destino de Contreras: los duendes que le llevaron de la mano a descubrir las armas de Hornacho; los duendes, los mismos duendes que le pusieron, jugando con él hacía tres siglos, en manos de Luigi y de Valenzuela.

Y fue que habiendo oído uno de los camareros perorar al Capitán, y visto a tantos clientes rodeándole, se fue a avisar al dueño.

—¿Por qué no baila la gente?

—Hay ahí un borracho que los ha sacado de sus mesas con cosas del espíritu o algo así.

—Aquí no se puede hacer espiritismo. Que el de la orquesta saque a la gente a bailar. Que se las arregle como pueda.

Y el de la orquesta, el aflautado, siguió sus instrucciones, repitiendo, aunque con variantes, la música que noche tras noche se llevaba la palma del éxito.

Las manos en los tamtam, de los nietos de la selva, comenzaron a marcar los compases de «¡Ay, niña, la conga!».

Quien no baila conga
no sabe gozar…
Sácame a bailar,
ay, niña, la conga…

El director, seguro de su éxito, cursó unas instrucciones a sus «boys».

«¿Quién no baila conga?», preguntaban éstos, enseñando al reír la dentadura de alcanfor. Y el director contestaba, cantando, el nombre de los clientes que no bailaban.

Don Cosme Molludo
no sabe gozar,
Sácale a bailar,
ay, niña, la conga…

Molludo reía encantado de haberse oído nombrar, saludaba al director y se lanzaba con su niña a engrosar la ya larga fila de los bailantes. El sistema dio buen resultado. Los más tímidos salían antes de que los nombraran. Los petulantes no salían esperando a que dijeran su nombre. (Los camareros iban por las mesas preguntando los nombres de los clientes que no conocían y se los llevaban después al director, que los leía por el micrófono.)

Contreras, entretanto, no volvía de su estupor y miraba aterrado a Paca Revilla contoneándose de aquella manera tan poco seria, bailando con Castejón aquella majadería como si no hubiera pasado nada, como si el mundo no se hubiera agrietado incomprensiblemente entre los dos, como si su sangre no estuviera envenenada por un maleficio incomprensible, como si ella no supiera que él tenía el corazón desgarrado, desangrándose de dolor, de pena, de estupor… Alonso hizo un gesto, reaccionando, de rabia, aun antes que el director —ojos de bombilla, pelo de astracán— iniciara su nueva estrofa:

Capitán Contreras
no sabe gozar…
Sácale a bailar,
ay, niña, la conga…

Todo fue rapidísimo. Lo que vino ahora y lo que vino después. Como fotografías superpuestas vi primero la cara del negro con la sonrisa de sandía abierta de oreja a oreja. Vi a Contreras hacer una mueca de ira. Vi un cuchillo salir disparado de sus manos, y al negro agazaparse agilísimo. Y al bombo del jazzband agujerearse.

Se oyó un ruidito, ¡clock!, y la orquesta siguió tocando. Nadie, salvo el negro y muy pocos más, Anita Samper, Castejón, se dieron cuenta de lo ocurrido. Fue, repito, cuestión de segundos. Un camarero se acercó a nosotros.

—Señor, es urgente, al teléfono —dijo a Contreras.

Éste se levantó, y yo tras él. Al cruzar la mata de ciprés que forma una muralla vegetal, en cuanto desapareció de la vista del público, una voz insinuó:

—Por aquí, señor.

Contreras se volvió y un puño de hierro fue brutalmente disparado contra la mandíbula del Capitán.

Paca Revilla entraba en aquel instante.

Contreras cayó fulminado de espaldas cuan largo era a los pies de Paca y quedó boca arriba con un hilillo de sangre saliéndole entre los labios.

Tres hombres ciclópeos se me acercaron.

—Aquí no ha pasado nada, ¿está claro? ¡Llévenselo! No queremos escándalos en el local.

Eran los «matones» encargados de vigilar el orden entre la clientela. Uno de ellos se frotaba el puño que se le hinchaba y amorataba a ojos vistas. Ellos mismos nos ayudaron a trasladar a Contreras al automóvil, desvanecido.

—¿Está herido? —le pregunté a Castejón, que al levantarle le palpó el cráneo golpeado contra las baldosas.

—No —respondió éste.

Y lo metimos en el coche.

Lejos sonaban las notas de un fox.

—Anita y yo no iremos con vosotros —dijo Paca—. Pediremos un taxi.

Atrás, sin conmoverse por nada, quedaba «Villa Ardosa» con sus viejos verdes y sus matrimonios distinguidos, sol y sombra de medianoche madrileña en noche de verano. Atrás quedaban los bostezos, las risas, el ministro en una mesa. De cuando en cuando una ginebra, un chisme picante, un beso.

(«¿Has visto a Charito qué vieja se ha puesto?») Atrás quedaban las rumbas, los mambos, las maracas, las palabras del Capitán: «Creedme, señores, creedme. Los hombres de hoy son todos unos pobretes que da pena verlos»…

Atrás quedaban las risas de cartón, y las sonrisas, tan frágiles, de porcelana.

NOTA DEL EDITOR

Sentado ante su mesa de trabajo, Antonio Cornejo, «periodista, soltero, ambicioso y no del todo tonto», como él mismo se calificó (en uno de los capítulos que anteceden a este paréntesis que hemos abierto entre sus líneas), estaba abstraído en la siempre difícil tarea de dedicar a los críticos literarios y a los amigos los primeros ejemplares de su obra recién salida de la imprenta. Él no sabía que aquel montón de ejemplares que se apiñaban sobre su mesa serían los únicos que alcanzarían el privilegio de la circulación, ya que el resto iba a ser detenido por mandamiento judicial pocas horas después. De haberlo sabido, no estaría ahora buscando afanoso con ayuda del Diccionario Ideológico de don Julio Casares («desde la palabra a la idea, desde la idea a la palabra») el calificativo que mejor cuadrara a todos y a cada uno de los críticos; esos críticos de los que esperaba, con la petulancia característica del novel, que consagraran su biografía del Capitán Contreras como una de las obras merecedoras del aplauso de la posteridad.

Tan abstraído estaba Cornejo en su labor que no oyó cómo el timbre de su casa había sonado insistente, ni se dio cuenta de que dos hombres entraron en su despacho y se quedaron silenciosos a su espalda mirándole trabajar.

—¡María! —gritó Cornejo a la criada—. Entregue usted estos libros a la Agencia para que los distribuya…

Se levantó, y al hacerlo vio a aquellos dos hombres que le miraban en silencio.

Un mes antes de la última baladronada del capitán Contreras, Antonio Cornejo había entregado a la imprenta el original de su libro, con la pretensión de que éste pudiera venderse a la entrada y a la salida de la primera de las conferencias que iba a haber pronunciado el Capitán en el Teatro Lara. La imprenta se vio imposibilitada por falta de tiempo de cumplir su compromiso, y esto permitió a Cornejo añadir, dos días después de la última baladronada, los últimos capítulos hasta su definitiva conclusión, y a corregir poniendo al día algunas de las galeradas de la primitiva versión. Sólo tres días tardó la editorial —impresionada por la propaganda que los últimos acontecimientos pudieran favorecer a la venta— en entregar los primeros ejemplares a su autor. Y cuarenta y ocho horas escasas invirtió el inspector don Ambrosio Morales en estudiarlas y en convencer a doña Francisca

Fernanda Revilla, condesa viuda de Alcedo, de la necesidad de querellarse por injurias contra su autor como único medio de conseguir del Juzgado un mandamiento de embargo que evitara la difusión de aquellas injurias. Cuando éste accedió a lo solicitado por la condesa, Antonio Cornejo había ya distribuido los primeros ejemplares que le adelantó la imprenta.

Los pocos afortunados que recibieron aquellos ejemplares los conservaron —oro en paño— como una verdadera curiosidad bibliográfica. Y no por su mérito literario, ampliamente discutible, sino por la extraordinaria expectación y revuelo que provocaron. Expectación bien abonada sin duda por la reciente proximidad de la «última baladronada de Contreras», y más que nada por el hecho mismo de haber sido retenida, por aquel entonces, el resto de la edición.

Ediciones Destino da hoy a la publicidad el libro del señor Cornejo tal como su autor lo concibió. Hemos suprimido tan sólo, por encarecido ruego de la censura, algunos comentarios un tanto apasionados que puso Antonio Cornejo en boca de Contreras acerca de las formas políticas de gobierno y un capítulo entero sobre su versión *a posteriori* de los Estados Unidos de América. Ha sido añadida, en fin, con numeración independiente[2], entre los capítulos XXI y XXII, la presente nota del editor, en cumplimiento de la condición impuesta por la autoridad judicial al acceder a levantar el embargo que desde hace dos años pesaba sobre la obra.

Las consecuencias que de la lectura del libro y de sus investigaciones personales extrajo el señor Morales están ampliamente recogidas en un minucioso escrito que este policía elevó, siguiendo las instrucciones que le fueron dadas, a la Superioridad.

Inicia su estudio el citado inspector llamando la atención de las palabras «¡Hijo mío, veinte años sin verte!», que pronuncia el guardabosque cuando se presentan ante él el doctor Yuste y Cornejo con el cuerpo de Contreras recién robado del Hospital de San Juan de Dios (cap. II, parte 2.ª). «Mueven a risa estas palabras (dice Morales textualmente), siendo así que Antonio Cornejo no podía ignorar que el doctor Yuste, sin más interrupción que la de los años de la guerra, pasaba en aquel refugio, desde que murió su padre en 1925, los meses de la canícula.» ¿Tenía acaso Antonio Cornejo algún interés en ocultar la indudable presencia del doctor en aquellas tierras cuando los alemanes alcanzaron la frontera francoespañola?

A continuación, pasa el inspector Morales a detallar las actividades y filiación de un tal Alfredo Tarranco, natural de Tomillar de la Cuesta, una aldea de la provincia de Valladolid, que abandonó a los trece años para unirse

a una compañía de cómicos ambulantes que por allí pasó. Este Tarranco se estableció después en el Brasil, donde volvió a incorporarse a una compañía teatral que recorrió América del Sur, interpretando obras clásicas. La compañía quebró y se deshizo en Venezuela, donde quedaron casi todos sus componentes. En 1933 aparece Tarranco en Honrubias del Valle, provincia de Guadalajara, ejerciendo el oficio de sacristán. En los archivos del partido político de Acción Popular existe una denuncia contra este sacristán, al que se acusa de ejercer actividades políticas secretas en combinación con determinadas organizaciones marxistas internacionales, con las que estaba en contacto. Durante el curso de la guerra civil española es ascendido por méritos de guerra a capitán del ejército rojo, donde se distingue por su coraje y dotes de mando. Cuando la toma por los nacionales de la ciudad de Barcelona huye a Francia conducido por sus soldados aquejado de una grave conmoción cerebral producida por la onda explosiva de un obús.

No se vuelve a saber nada de él hasta el 27 de octubre de 1939, en que su nombre aparece registrado como dado de alta en el manicomio de Monfort, pequeña ciudad francesa del Departamento de Ariège, en la ladera Norte de los Pirineos. El manicomio fue abandonado por sus guardianes y directores cuando comenzaron a circular las noticias de que el ejército alemán se acercaba victorioso hacia la pequeña ciudad. Los enfermos fueron puestos en libertad y los enfermeros huyeron. Morales tiene la certeza de que este actor, sacristán y soldado es, nada menos, que el mismo capitán Contreras. Tarranco, atraído por la querencia de la tierra, pudo muy bien cruzar la frontera francoespañola por los montes huyendo de aquel peligro que percibía en las caras de sus guardianes y compañeros y refugiarse agotado y a punto de desfallecer en la choza del guardabosque. Lógicamente, Salvador Yuste como doctor le atendería y comprobaría la falta total de juicio del refugiado. ¿Sería entonces cuando el doctor —movido por el señuelo de una fama que nunca logró alcanzar— concebiría la idea de «resucitarle» haciéndole creer que era un superviviente de otros siglos? En el contacto que Yuste como médico municipal tenía con los periodistas que acudían a él para informarse de los accidentes ocurridos en el día, ¿informaría quizá al redactor de sucesos Antonio Cornejo de la llegada de aquel amnésico al refugio pirenaico, donde aún seguiría atendido por la generosidad del guardabosque y su hija? ¿Propondría entonces Cornejo al doctor la meticulosa preparación de la farsa dejando a aquel hombre crecer sus barbas y sus uñas hasta que llegara el momento de dar el gran golpe y fingir un desenterramiento en Madrid mismo?

Cita Morales como muy dignas de atención las palabras del capítulo III de la segunda parte del libro de Cornejo:

«Yuste había aleccionado al guardabosque y a su hija para que las primeras ideas se le fueran cediendo a dosis como si fueran píldoras de pensamiento, para no desequilibrar con la tremenda verdad el pequeño mundo mental del enfermo.»

Y más abajo: «Todo: pasos, alimentos, *ideas*, fue medido, pesado, pensado por el doctor…» Y todavía se añade —y en esto hace Morales especial hincapié—: «Cuando Contreras dormía, Yuste se acercaba a él y le hablaba al oído, como pretendiendo dirigir su sueño, preparando el subconsciente de Contreras a recibir la gran verdad.»

Morales ve en estas palabras de Cornejo una evidente ligereza que le delata. ¿No significa todo eso de dirigir los sueños, de ceder las ideas lentamente, como si fueran píldoras de pensamiento, una clara intención de trasplantar a aquel pobre amnésico una personalidad falsificada? Se duele Morales de que sus pesquisas por localizar en Francia quien pudiera reconocer por las fotografías de Contreras al capitán Alfredo Tarranco hayan sido infructuosas debido a la dispersión producida por la guerra, y a la absoluta imposibilidad de saber qué fue de aquel soldado después que entró en Francia como refugiado hasta que ingresó en el manicomio de Montfort. Honrubias del Valle, el pueblo en el que aquel hombre fue sacristán, quedó asolado durante la guerra civil, pues fue frontera de las dos Españas durante más de siete meses. De este pueblo, cuatro veces tomado por los rojos y otras tantas recuperado por los nacionales, no quedan ya sino unas piedras y un nombre anacrónico en el mapa. A pesar de la imposibilidad de demostrar por las causas antedichas esta hipótesis suya, Morales insiste en que las muchas coincidencias que se acumulan sobre el amnésico actor y sacristán comunista son suficientes como para poder reconocer en él al redivivo capitán Contreras.

Puntualmente analiza después Morales las contradicciones, los errores y las fallas del libro que Cornejo tenía a punto de distribuir. En el capítulo VII de la primera parte, cuando Luigi y Valenzuela preguntan al Capitán, inmediatamente antes de producirle la muerte artificial, cuál es su última voluntad, Contreras responde:

—Mi espada junto a mí.

Sin embargo, esta espada que fue colocada entonces en el famoso ataúd junto al cuerpo amortajado de Alonso Contreras, no vuelve a aparecer cuando el cuerpo del redivivo es descubierto en el cementerio de la Almudena. El indudable verismo lingüístico de algunos de los episodios de la primera parte

del libro mueve a risa, dice Morales, pues están tomados directamente de las «Aventuras del Capitán Alonso de Contreras», editadas en la colección Aventureros y Tranquilos, por la «Revista de Occidente».

(Nosotros en esta edición publicamos en cursiva todos los relatos que están total o parcialmente tomados de dichas Memorias. Los que no aparecen en bastardilla son originales y producto de la fantasía de Cornejo, que quiso sin duda prolongar la vida inédita de Contreras más allá de donde quedan interrumpidas las Memorias, hasta hacerla desembocar, por medio de las artes mágicas de Valenzuela, en pleno corazón del siglo XX.)

El libro de Cornejo (en ocasiones ampuloso, discursivo, reiterativo y más preocupado a veces de la forma que del contenido de las palabras) traiciona en algunos episodios a su propio autor.

Resulta burda e inaceptable la metamorfosis sufrida por el Contreras de la primera parte, en el siglo XVII, y el Contreras de la última, melancólico, contradictorio, poeta… y dueño de una sintaxis adulterada y falsa. «A Cornejo —escribe el inspector señor Morales, agotando su argumento— le convenía para realizar sus planes un Contreras con espíritu crítico, capaz de poner los dedos sobre las llagas de nuestra generación, capaz de levantar polvaredas de entusiasmo o de escándalo con sus palabras. Alfredo Tarranco, o quien fuera el que interpretó el papel de Contreras, era un actor mediocre, y Cornejo, a través de la Prensa primero y de su libro después, ponía en su boca cuanto a él le parecía oportuno que dijera su falso resucitado. Pero ni esto siquiera supo hacer a derechas Antonio Cornejo, pues los poemas, los discursos y las críticas del falsificado Capitán no cuadraban en absoluto con la personalidad que de aquel hombre se deduce de sus verdaderas Memorias.» En esto Morales tiene razón, como la tuvo también en los delitos de estafa, soborno y falsificación de que acusó a Antonio Cornejo, ya que el pasaporte que utilizó Contreras para su viaje a los Estados Unidos fue adquirido mediante cohecho, y la póliza del seguro sobre la propiedad del cuerpo del Capitán, después de muerto, a favor de la Roosevelt University, fue habilísimamente falsificada. La más grave de las acusaciones que recayó sobre el periodista no ha podido en cambio —a pesar del cúmulo de probabilidades que sobre él se cernieron— ser todavía probada. Y sin embargo…

En esto y en la pretensión de identificar a Contreras con el caricato Tarranco fallaron los esfuerzos del comisario Morales. Que entre Yuste y Cornejo existía un acuerdo para explotar la falsificación de aquel hombre no hay duda ninguna. Que la resurrección de Contreras es falsa de toda falsedad

es evidente. Pero permanece en el más absoluto de los misterios cómo y cuándo pudieron Yuste o Cornejo introducir el cuerpo embalsamado de su falsificado Contreras en el féretro aquel que fue trasladado desde los nichos en ruinas de la parroquia de Santo Tomé hasta la fosa común mandada abrir por el Ayuntamiento de Madrid en el cementerio de la Almudena.

Y aun hoy día, transcurridos dos años desde la detención de Cornejo y dos años y medio desde el mayor de los escándalos de que Contreras fue protagonista y víctima, hay no pocas personas que aún siguen creyendo en la veracidad de aquella milagrosa supervivencia… Que es tan inexplicable en sí misma, como inexplicables fueron, para muchos, los argumentos empleados para desmentirla.

El doctor Yuste, entre los barrotes del manicomio donde fue encerrado («para eximirle de responsabilidad criminal», según confesó el colega que le declaró demente), gritaba hasta desfallecer a cuantos a él se acercaban que el redivivo del cementerio de la Almudena era el mismo capitán Contreras que luchó en Flandes, en Francia y en Italia. Que pirateó en el Mediterráneo y persiguió a piratas en el Caribe, que fue acusado de ser rey de los moriscos, y que nació en Madrid el seis de enero de mil quinientos ochenta y dos, cuando reinaba en España la Católica Majestad de Felipe II. Gritaba el doctor Yuste, enronqueciendo, que su única falta fue la de haber afirmado por puro instinto (científicamente delictivo) que era cierto… lo que aún había de tardar algún tiempo en adquirir la evidencia. Pero que tal evidencia se presentó al fin como compensación a sus muchas horas de investigación y trabajos inauditos… y que él estaba dispuesto a demostrarlo a quien quisiera leer su estudio y estuviera capacitado para ello.

Gritaba, en fin, y sus gritos traspasaban las paredes del manicomio, que él era un precursor y que si el mundo lo apartaba de sí, como apartó a Miguel Servet, el descubridor de la circulación de la sangre, era porque la sociedad actual en trance de descomposición no le merecía.

Un día sus gritos y sus protestas, sus súplicas y sus amenazas no se oyeron más.

—Lo habéis asesinado —comentó Cornejo desde la cárcel cuando supo que el doctor Yuste había fallecido—. Pero éste es un mártir que un día se os pondrá de pie para gritaros a la cara la misma verdad por la cual vivió y murió: ¡el redivivo del cementerio de la Almudena era el capitán Contreras!

Durante la primera etapa del proceso que se siguió contra Cornejo (proceso que aún sigue en pie en lo que respecta a su más grave acusación) fueron llamadas a declarar algunas de las personas que más próxima relación

tuvieron con el capitán Contreras. La condesa de Alcedo —que no logró ganar la querella por injurias contra Cornejo— tuvo que desplazarse desde Oslo, donde, a partir de su fracaso ante los tribunales y siete meses después de la última baladronada del capitán, estableció su residencia.

—Antonio Cornejo —dijo Paca Revilla— es lo suficientemente miserable como para no haber podido crear una personalidad tan sublime como la del capitán Contreras. Es imposible que un creador sea inferior a su criatura. Cornejo no tenía talla ni para ser el limpiabotas de Contreras, cuanto menos para ser su creador.

—Cornejo —declaró don José Castejón, marqués del Darro— era literariamente cursi. Léase, en el capítulo XIII de la segunda parte de su libro, su descripción de un amanecer:

«En la última lejanía, el negror de la noche aparecía ya desteñido, como si un heraldo de la aurora hubiera frotado el negro horizonte con aguarrás…» ¡Cursi!

Y más abajo, doliéndose de que la amiguita de Contreras se hubiera dormido, en aquella postura tan inverosímil, mientras éste le proponía casarse con ella, añade el procesado: «¡Pobre capitán Contreras!, ¿a qué pozo fue a parar la corriente cálida de tu voz?, ¿qué sismógrafo recogió la vibración de tus ilusiones?»

Me sumo al criterio de la condesa de Alcedo. Quien haya conocido de cerca al capitán Contreras no puede concebir que este hombre sea un producto de la dirección del señor Cornejo. El capitán Contreras, señores, era una cosa muy seria. Con la venia de la Sala me permito sugerir que hay aún en este proceso muchos puntos por dilucidar, entre ellos el de la personalidad del que, según el inspector Morales, se hacía pasar por el Capitán. Es absolutamente imposible que el actor Tarranco fuera el mismo hombre con quien hemos convivido.

—¿Quiere explicarnos el marqués del Darro por qué?

—Porque con un actor de esa calidad —gritó Castejón, alzando mucho la voz— no hubiera quebrado la compañía a la que pertenecía, allá en Venezuela.

(Risas.)

—¿Sugiere entonces el testigo que el testaferro del señor Cornejo era realmente el capitán Contreras?

—Es la explicación más sencilla, señor.

—Perdone su señoría al testigo —interrumpió, sarcástico, el fiscal—. Hay que recordar aquí que el marqués del Darro es poeta…

Entre los testigos figuraba también una novicia de las Adoratrices del Sagrado Corazón. Hubo que conseguir una autorización especial del Obispado porque sus Superioras se negaban a dejarla declarar. En atención a las especiales circunstancias de la testigo, el Tribunal, presionado por sus súplicas y sus lágrimas, accedió a que sus declaraciones se verificaran a puerta cerrada.

En resumen: de las múltiples acusaciones que recayeron sobre las espaldas del señor Cornejo solamente progresaron en aquel entonces, como queda dicho, la de cohecho y la de falsificación. La más grave de todas está aún por dilucidar. De aquí el interés de esta Editorial en que el libro vea la luz antes de que sea tarde para su autor percibir los beneficios. Insistimos en que no creemos en la veracidad del caso Contreras; pero aun así, no deja de ser esta obra un documento inapreciable para seguir el curso de uno de los acontecimientos más fantásticos y aún no explicados que a lo largo de este siglo ha apasionado a toda clase de gentes. Porque en esto tenía razón Antonio Cornejo: el caso del capitán Contreras (desde su misteriosa aparición en un féretro del siglo XVII hasta la consumación de su última baladronada narrada en los capítulos que siguen) representa el suceso más extraordinario, el fenómeno de autosugestión colectiva más grande que se ha producido desde los balbuceos de los medios de difusión hasta nuestros días.

En ello pensaría su autor, quizá, aquella tarde hace ya dos años, cuando tras encargar a gritos a María que recogiera aquellos ejemplares se volvió y vio a aquellos dos hombres que le miraban en silencio trabajar. Cornejo les recibió con grandes muestras de mal imitada euforia.

—¡Hombre, Morales, «el hombre listo»! Pase usted, pase usted…

—Le presento a mi compañero, el inspector Arias…

Cornejo aplacó su euforia y tragó saliva.

—Mucho gusto, señor Arias. Siéntense ustedes, por favor.

—Muchas gracias —dijo Arias secamente, sin aceptar el asiento.

—Nuestra visita va a ser muy corta —aclaró Morales.

Cornejo tragó saliva de nuevo.

—Usted comprenderá, Cornejo, la violencia que esto nos produce… Venimos a detenerle.

Cornejo hizo un breve gesto, sorprendido. Encendió un pitillo: dio una bocanada.

—¿Traen ustedes la orden para ello?

Arias se llevó la mano a un bolsillo interior, sacó la cartera y tendió a Cornejo la orden de detención. Éste no la tomó.

—Bien; está bien. Y… —Cornejo dio una nueva bocanada—. ¿Puedo saber de qué se me acusa?

—Sí, por supuesto… Se le acusa de varios delitos. Entre otros… se le acusa de asesinato.

—¡Qué!

Cornejo al oírlo se puso pálido. Unas grandes líneas violáceas se le marcaron bajo los párpados. Tuvo que apoyarse sobre la mesa para no perder el equilibrio.

Arias comenzó a impacientarse. Morales se le acercó.

—Vamos, vamos, Cornejo. No perdamos tiempo. Vámonos.

Por la Editorial,

T. L. T.

XXII

Aun antes de que el motor se pusiera en marcha, Contreras recuperó el conocimiento.

—Buenos puños tiene el marrajo. ¡Por las llagas de Dios que tiene buenos puños!

Yo iba al volante conduciendo. Pepe Castejón, atrás con el Capitán.

—Con hombres así no se hubiera perdido la Mahometa, donde murió el Adelantado de Castilla. Que todos los nuestros estaban hambrientos, o eran lisiados u hombres de pocas fuerzas. ¡Hija de mi madre, qué buenos puños tenía el bribón!…

—¿Cómo te encuentras?

—Como unas Pascuas, ¡voto a mí! Sólo siento haber caído al primer revés como un bisoño, y no haber visto cómo se las habían vuesas mercedes con aquel gigantón. Más que de mi caída me pesa el no haberos visto batir en mi defensa, señor marqués, que no puede hacerlo mal quien lleva en sus venas sangre de mi señor don Lorenzo Suárez de Figueroa y Córdoba.

Pepe Castejón tomaba muy en serio las palabras de Contreras, y a través del espejo del automóvil le vi sonrojarse como un colegial.

—Don Lorenzo, vuestro antecesor, antes perdía un brazo que ver perderse a un amigo —disparó Contreras con sorna.

—Cállate ya, Alonso. Con el golpe y con tus gritos te va a acabar estallando la cabeza… —dije.

—Ya me duele, ya… ¡Vaya si me duele! Se diría que todos los demonios me bailan entre las sienes.

Cruzamos la Ciudad Lineal y embocamos por Diego de León hacia el barrio de Salamanca.

—¿Y Paca? —preguntó Contreras—. ¿La habéis dejado sola allá?

—Dijo que prefería tomar un taxi —titubeé—; era un poco violento para ella mezclarse en el escándalo, ¿comprendes?

—No, no lo comprendo.

Y preguntó Contreras:

—¿Dónde vamos?

—A casa, naturalmente, a dormir…

—¡Y yo… que tenía un capricho! Señores, la noche es joven, el sueño si lo tenía me lo han quitado a mandobles. Yo os sugiero un paseo a pie por el

cementerio. No hay jardín más ameno ni más fresco y generoso en todo Madrid.

—Estás loco. ¡Yo perezco de sueño!

Cruzamos Serrano por María de Molina. Un trasnochador daba palmas llamando al sereno. Tomamos la Castellana. Castelar, cuerpo y levita de bronce, pronunciaba un discurso desde su pedestal a una multitud de acacias y de castaños. Más allá, tras la torrecilla de «ABC», se oía el martilleo metálico de las linotipias. Más lejos, Cristóbal Colón, sobre la aguja afiligranada de su monumento, señalaba, el brazo extendido, hacia el más allá… Algunas mujeres de mala vida, ojerosas, forzaban sonrisas, cargadas de sueño, a los automovilistas. Pensé en Sylvia. ¿Acabaría ella así algún día?

Dejamos en su casa a Pepe Castejón. Éste desde la calle le dijo a Contreras al despedirse:

—Si yo pudiera hacer un viaje a tu siglo como tú lo has hecho hasta el nuestro… allá yo sería un hombre… ¡Aquí no soy más que el fin de una estirpe!

El marqués del Darro se quedó de pie en la acera esperando que arrancáramos. El pelo entre rubio y cano, bien iniciada en su frente la próxima calvicie; los ojos, claros, casi femeninos, con esa mezcla peculiar de distracción y tristeza que siempre tuvieron; la altura, la delgadez… todo colaboraba en él a hacerle parecer un caballero, a pesar de los codos raídos de su chaqueta y de los zurcidos, bajo la corbata, de su camisa.

Afortunadamente arranqué el coche a tiempo para que Castejón no oyera la respuesta airada y violentísima de Contreras.

—¡No es cierto, y mil veces lo mantengo, que seríais mejor entonces de lo que ahora sois! No hay madera, señor marqués… no hay madera para ello. No soy yo quien os niego que una frase bien dicha no valga la pena de perder por ella una ciudad. Pero ¡para reconquistarla después, hombre de Dios, para reconquistarla después! En mis días, los hombres esforzados no se afrentaban por haber sido una vez vencidos, porque agallas tenían para ganar mil veces lo que una vez se perdió. De los hidalgos, de los comerciantes y hasta de los guardadores de puercos de mis agüelos nacieron los nobles de mis días. Allí están los Colones, los Pizarros o los marqueses de Otumba, descendientes del conquistador Hernán Cortés… Mas vuestros nietos si los tuvierais serían plebeyos.

Contreras decía esto, asomado a la ventanilla, a grandes gritos y gesticulando. Pepe Castejón, por la distancia, no podía oírle, pero no se movió de la acera mirándole accionar…

—Te has propuesto perder a todos tus amigos —comenté tan sólo.

—¡Mis amigos! Mostradme vos las heridas que os hicieron por defenderme…

No quise contestarle entonces nada. Sólo cuando le dejé en su casa le dije con toda la cordialidad y sinceridad que pude:

—A Yuste le traicionaste en Nueva York, el día de su homenaje, negándote a sumar tu aplauso a quien le debes la vida. A Castejón le has ofendido. Paca Revilla empieza a cansarse de tus salidas de tono e inoportunidades. A Concepción, que te era fiel, la abandonaste. Si pierdes a los que te quieren bien, ¿qué te queda?

Me miró con gesto dolido, como queriendo protestar. Pero se limitó a decir:

—Me encuentro extraño entre los míos. ¡Todos me sois extranjeros!

Me despedí de él suplicándole que descansara. El día siguiente debía estar en plena posesión de sus facultades físicas y mentales para el gran acontecimiento de la primera de sus conferencias.

—Amigo mío —me dijo—, puedes decir adiós a esa idea. Mañana no habrá conferencia.

Creí que bromeaba.

—Todo lo que tendría que decir lo he dicho ya. Y nadie me ha escuchado.

—¡Claro que hablarás! Las entradas están vendidas… Las muchedumbres…

Contreras me miró, sonriendo, de abajo arriba pensando cuál era el hueso que me iba a romper primero. Le mantuve la mirada. ¡Sólo faltaba que ahora esta marioneta quisiera cortar los hilos que le unían a mis manos, de los que dependían todos sus movimientos! ¡Claro que hablaría! Yo me lo había jugado todo a la carta de las conferencias. El prestigio, el dinero, los amigos…

—No hablaré —repitió, calmoso, gozándose en la ira que me asomaba a los ojos… La sangre me vino al rostro. Le hubiera abofeteado. Pero pensé, arrepentido de haberme irritado ante él, dando así ocasión a que se pusiera farruco, que sería mejor no insistir por ahora, y dejar para mañana que Paca Revilla, con la ascendencia que tenía sobre él, le convenciera.

—No hablaré —repitió por última vez.

Y dio media vuelta dándome la espalda[3].

Entonces, sólo entonces, aprecié la herida que se había hecho en «Villa Ardosa» al caer, abierta sobre su cráneo. La herida que no había percibido al recogerlo Pepe Castejón.

—Pero, Alonso… estás herido.

Le lavé las manchas de sangre seca, con extremo cuidado, para no hacerla manar de nuevo. Le corté los pelos que bordeaban la herida para evitar una infección. Y vi que no era profunda. La piel tan sólo se le había abierto como un labio haciendo muecas.

Pero ya no le sangraba.

—Debes acostarte y descansar…

Le vendé. Ni siquiera me dio las gracias[4].

Cuando salí a la calle, la noche era joven todavía, como había dicho Contreras. El baile, la música, la irritación de Paca Revilla, el incidente con los matones, las palabras tan injustas que dedicó el Capitán a Castejón, y sobre todo la amenaza de que no hablaría la tarde siguiente me habían desvelado hasta el extremo que si entonces me acostara no podría dormir.

Descapoté el automóvil, abrí la radio y sin pisar demasiado la velocidad me deslicé calle arriba, al azar. Brigadas de obreros municipales levantaban el asfalto para renovar el pavimento. Las luces de sus lámparas incandescentes eran casi las únicas que alumbraban la ciudad oscura y dormida. Los duendes de Contreras encendieron en mi recuerdo el deseo de Sylvia, presionaron la velocidad, y hasta diría que avivaron en el coche el instinto animal de la querencia. Yo me dejaba llevar complacido a donde quisieran los duendes llevarme. Y éstos quisieron hacerlo a Toledo.

Mientras viajaba, la seguridad de Contreras diciendo que no hablaría llegaba a obsesionarme. Pero procuraba rechazar la preocupación con el recuerdo de Sylvia, que allá, dormida en su lecho del cigarral, sin saberlo ella misma, me esperaba.

Al escribir estas líneas he tenido en varias ocasiones que esforzarme para unir los episodios de Contreras que yo junto a él viví, con aquellos otros que acaecieron en mi ausencia, pero que sin referirme a ellos carecerían de lógica los otros por mí percibidos.

Yo no estuve aquella noche con el Capitán y mal puedo saber qué fuerza le movió, en el paréntesis en que dejé de verlo, a hacer lo que hizo. Pero no es difícil imaginarlo. Contreras llevaba un año de crisis. Le atormentaban deseos de fuga. El péndulo de su admiración, desbordada por cuanto apenas renacido hirió su sensibilidad, se pasó sin transición al bando antípoda. Y todo en su torno comenzó a hacérsele insufrible, árido y desabrido. Sólo una isla de paz encontró en su camino: Concepción. Junto a ella, Dios le señaló con el dedo sembrando en su pecho la inquietud del más allá.

Me engañé creyendo que al sacarlo del cigarral renacería en él el hombre primero. Durante toda esta etapa de su vida, Contreras llevaba ya dentro el amargor y la melancolía de un veneno que iba lentamente macerando e iluminando su pensamiento. Cada paso que daba, cada acción que emprendía, dejaba en él un poso de insatisfacción. Aquellos últimos días, el episodio conmigo en el cementerio, su discurso de los remeros, su reacción contra Castejón, de quien decía que era el único que merecería salvarse si el Diluvio se repitiera, debían haberme indicado que tanta insatisfacción, tanto hastío, estaban a punto de hacer crisis. La frialdad definitiva —que percibió en sus ojos más aún que si lo hubiera escuchado de sus labios— de Paca Revilla y la fuerza bruta del brazo aquel que tuvo la virtud de humillarle ante la mujer a quien pensaba haber podido rendir a fuerza de gallardía, le dolieron harto más que la herida que se produjo al chocar su cráneo contra las baldosas. Pero más que nada era un desprecio hondísimo y total a cuanto le rodeaba lo que le movía a huir: desprecio que percibí como nunca en sus ojos cuando vanamente intenté convencerle, halagándole con el brillo del dinero, de que debía hablar ante aquellas muchedumbres que le esperaban enardecidas…

Miró en su torno y sólo encontró un cayado en que apoyarse: Concepción. Al embrujo de su nombre, como si sólo pronunciarlo produjera efectos mágicos, comenzaron a desvanecerse las sombras que le ahogaban con su peso de muerte. Un hilillo de luz se abrió paso entre tanta miseria como le conturbaba y con la pasmosa y primitiva facilidad que le caracterizaba de trocar sus sentimientos Contreras se abrazó a este nombre como un preso a la idea de su libertad. Y comenzó a gozarse con la idea de volver a ella y hablarle de este modo:

—Señora, he pecado contra el cielo y contra ti. Pero no vuelvo como el pródigo con las manos vacías. Traigo en mi mano un cayado para que te apoyes en él. La otra mano la llevo extendida para que le des tu apoyo. ¿No hemos bendecido, señora, nuestra unión ante el altar? ¡Pues demos cara a la vida!

Sí, eso es lo que había que hacer antes que rendirse con el peso de una derrota. Dar cara a la vida como los hombres de bien. Hacer brotar en el alma junto a ella gemas de virtud y de oración para no tener que decirle a la muerte cuando llegara: «Esperad, señora… No seguéis aún esta planta miserable. ¡Mirad que no ha florecido todavía!»

Contreras si estuviera sentado se levantaría entonces con ánimo nuevo, acicalaría su rostro como cuando sorprendido se miró por vez primera al

espejo. «Aún soy un muchacho…», diría, como entonces. Empuñaría su bastón, y tomaría, renovado su ánimo, el camino del cigarral.

Pero esto lo digo ahora, lo pienso ahora después de cuanto ocurrió. Entonces, cuando me despertó el brusco movimiento de Sylvia junto a mí; cuando abrí los ojos y vi aquella mujer incorporada en el lecho con expresión de terror; cuando oí las voces de Contreras, «¡Concepción, Concepción!», balbuceé, incrédulo: «Será un fantasma…»

—¡Concepción! —gritaba Alonso de Contreras, acercándose al zaguán.

—Es un fantasma —repliqué, despertando de horrible pesadilla.

La expresión de mi rostro debió ser aún más angustiosa que la de Sylvia, pues ésta al verme ahogó un grito en su garganta.

—¡Concepción, Concepción!…

Yo de un salto me había plantado junto a la ventana. Medí la distancia y era imposible saltar. Me puse el batín y guardé la pistola en uno de sus bolsillos. En fracciones de segundo, mientras la voz del capitán Contreras resonaba por las escaleras, intenté de nuevo medir la altura por si aún fuera posible saltar. El campo tenía colores más violentos que nunca, como si estuviera recién fregado por el amanecer. Lejos de embotarse mis nervios y mi cabeza por la proximidad de lo irremediable, se diría que ahora todas mis facultades rendían al máximo. Y mientras en mi mente se grababa con tintes que el tiempo no podrá borrar jamás el panorama de aquel paisaje, mis manos cargaban el arma y mis pasos me acercaban a la puerta, donde descorrí el cerrojo dejando libre la entrada, y me llevaban después al ángulo extremo del cuarto, donde me quedé esperando.

Fueron cinco, siete, diez segundos los que tardó Contreras en alcanzar la puerta, segundos que parecían eternidades. Sylvia, palidísima, parecía una estatua yacente que se hubiera incorporado al mandato de un conjuro. Sus manos crispadas formaban haces de arrugas sobre la sábana tirante con la que cubría su cuerpo. La puerta se entreabrió suavemente como para no asustar a un dormido. Contreras avanzó un paso sobre las puntas de los pies.

—Pero no estás dormida…

Y quedó clavado en el suelo como un bloque de piedra en el que un mal escultor hubiera querido torpemente esculpir una sonrisa. La sonrisa al verme se le quedó enganchada al rostro, hasta que, sin mover un músculo, se le transformó en una mueca de enfermo mental. Todo esto transcurría con lo que a la lucidez y tensión en aquel instante de todas mis facultades parecía de una insoportable lentitud. Llevaba la cabeza vendada tal como yo se la había dejado horas antes y no tenía sobre sí más arma que la inocente de su bastón.

Más que una voz fue un gruñido de fiera contenida, de torre lejana que se derrumba, lo que salió de su pecho. Primero adivinó el arma que yo presionaba en el bolsillo del batín, después me miró a los ojos y se irguió farruco como un gallo de pelea. Como chispas fugaces pasaron por sus ojos el recuerdo de Isabel de Rojas y del capitán Pedro Xaraba del Castillo, a quien sorprendió en su casa a medio vestir, dispuesto a vengar la ofensa aunque en ello le fuera la vida. *«El otro echó mano a su espada y su broquel; pero como la razón tiene gran fuerza, como un rayo le dio una estocada en el pecho que le hizo rodar por tierra.»*

Contreras no estaba pálido, sino encendido y envuelto en una sonrisa feroz. Otra ráfaga cruzó sus ojos: Sicilia. La mujer adúltera sorprendida y el que «era su amigo y resultó serlo della» protegiéndose, cobarde, con una almohada de plumas como un escudo. ¡Zas, zas! Los ojos de Contreras recogían el brillo de la espada al fulgor de aquel otro amanecer.

—¡Un paso más, y disparo!

¿Por qué dije esto? Contreras no se había movido. Aquella era la primera voz que se había oído en toda la escena. Y aunque era mía, me sentí reforzado al oírla como con la presencia de un aliado. Contreras miraba alternativamente a mis ojos y al bulto del arma bajo la seda. Si era preciso disparar, yo estaba dispuesto a ello. Pero estaba dispuesto también a no hacerlo hasta el último extremo.

—Te ha sorprendido verme aquí… Pues no tienes derecho a ello… No sabes quién es esta mujer… Ni siquiera sabes su nombre… Márchate y evitaremos una tragedia…

Sylvia se había incorporado y deslizado de la cama, temerosa, por el extremo más alejado a aquel en que se encontraba el Capitán. Éste seguía mirando el arma, y comprendí que podría saltar sobre mí obligándome a lo que yo quería a toda costa evitar.

—Te sorprende encontrar un hombre junto a su lecho… ¡Necio! ¿Crees tú que cabrían en esta habitación, o en todas las de la casa, todos los hombres que han gozado de su cuerpo?

Vi que había acertado con un disparo más certero que el de la pistola. Contreras, de pie como estaba, se había encogido como si hubiera recibido en el pecho un golpe de metralla.

Y disparé otra ráfaga.

—¿Crees tú que a ella le duele oírme decir esto? Está curtida por la vida como todas las prostitutas. Pregúntale tú mismo quién es…, ¡pregúntaselo!

Sylvia echó la cabeza hacia atrás, mirando al Capitán cara a cara mientras se acercaba.

Los ojos de Contreras, somnolientos y embobecidos, parecían al mirarme los de un buey.

Sylvia deslizó su mano sobre mi brazo, como para apoyarse en mí y después traidoramente se me abrazó frenética, lanzando todo el peso de su cuerpo contra la mano que sostenía el arma.

—¡Ahora, Alonso!… ¡Ahora!…

Si en este momento Contreras se me echa encima, me hubiera desarmado. Pero no lo hizo. De un empujón me deshice de Sylvia, que cayó al suelo, y encañoné la pistola ante el peligro contra ambos. Contreras no se había movido. Dejó caer de sus manos el bastón, hundió la cabeza en el pecho, y quedó quieto, agazapado como una bestia cansada.

Guardando la distancia y sin dejar de encañonarles rebasé su perfil y de espaldas salí de la habitación, cerré la puerta y huí del cigarral. El dominio de los nervios no lo perdí hasta muchas horas después.

El capitán Alonso, tras de aquella puerta, quedaba en pie, la cabeza hundida sobre el pecho, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, las piernas abiertas en aspa como para guardar el equilibrio. Tenía los labios entreabiertos y sus mandíbulas oscilaban como si rumiaran. Sylvia se había ido arrastrando por el suelo hacia él, hasta quedar abrazada a sus pies, como la Magdalena a los de Cristo, sin osar levantar sus ojos a los del Capitán.

Todo en torno suyo se había derrumbado ya. Él lo había visto, lo estaba viendo derrumbarse con el estrépito cósmico de un mundo que se pulveriza a sus pies. Si la visión aquella de Contreras pudiera traducirse, sólo el patetismo wagneriano del «Ocaso de los dioses» sería digno de plasmar la caída de aquellos ídolos que habían sido entronizados en su ánimo y que ahora se le representaban hundiéndose en un abismo infinito sin principio ni fin. Y caían acompañados de un viento huracanado de violines, como peleles a los que la tierra ya no atrajera con el halo maternal de la ley de la gravedad. Y en su torno se iba haciendo el vacío. Un vacío compuesto de silencio, distancia y negror. Después, nada.

Contreras se sorprendió al percibir que su pecho respiraba y sus ojos veían y sus piernas le obedecían. Allí a sus pies, como una visión más, un pelele, un fantasma, sollozaba. «Creerá que estoy muerto, pensó. Y ¿lo estaré en efecto?» Contreras se llevó ambas manos al rostro, como para retener los mil pensamientos que se le escapaban. Estaba sin duda despertando de los efectos mágicos que, por salvarlo, le aplicaron Luigi y Valenzuela. Ahora lo

recordaba todo bien. Había dormido los días previstos por sus protectores. Éstos le habían disfrazado para que huyera de Osorio. «Había que hacerlo. ¡Pronto! No había tiempo que perder»…

—Tengo sed —dijo.

Aquel bulto que se movía a sus pies se incorporó lentamente y se deslizó hacia la puerta. Contreras, tambaleándose, apoyándose en las paredes, salió de la habitación. Se encontró en otra más espaciosa. ¿Quién le habría llevado hasta allí? Aquella sin duda era la mansión de su señor el conde de Monterrey, que habría accedido a las súplicas de Luigi brindándole su hospitalidad, pues aunque acusado de rey de moriscos no faltaban caballeros que le apoyaban sabedores de los buenos servicios que como gobernador y capitán de corazas había prestado a Su Majestad.

La mujer le trajo un vaso de agua. Contreras lo bebió hasta las heces.

Ella iba cubierta por una túnica transparente que apenas cubría sus hombros, que se veían desnudos, pero que le llegaba a los pies. Las uñas de éstos y de las manos estaban pintadas a la usanza oriental. Sería una morisca sin duda que habían puesto a sus órdenes para servirle.

—¡Quién fuera galán, buena moza, para enamoraros! —le dijo.

Contreras estaba aún embrujado. Los efectos mágicos de Valenzuela no habían aún desaparecido de él. Tenía la sensación de flotar sobre las cosas. Las paredes y los muebles, y hasta aquella mujer que le sonreía con los labios, aunque de sus ojos manaran lágrimas, se le fijaban de pronto en la mirada y después se le esfumaban, borrosos. Estuvo Contreras a punto de caer. Pero se sobrepuso en un supremo esfuerzo. La idea del peligro dominaba en él a la sensación de su debilidad. Había que huir. Los seguidores de Osorio no debían sospechar la trampa y el engaño de que les habían hecho víctimas.

—Tengo que huir… —E intentó moverse. Pero al hacerlo, el cristal cayó de sus manos, quebrándose, y él mismo como un toro herido se dobló, desplomándose.

Sylvia se precipitó hacia él.

—Alonso, Alonso, ¿qué es esto?

A los gritos del ama acudieron Luigi y los criados. Levantaron al amo del suelo y le echaron sobre un diván. Contreras miró sin ver a los que le ayudaban y cerró los ojos. Luigi movió, pensativo, la cabeza.

—¡A caballo, a la ciudad, un médico…! ¡Pronto! —ordenó Sylvia.

Luigi, sin perder tiempo, obedeció a su ama.

La respiración de Contreras soplaba agitada y corta. Estuvo así unos minutos.

Después entreabrió los ojos.

—¿Quién eres mujer, y por qué lloras?

—Estás ardiendo… estás delirando. ¡Alonso, Alonso! Soy yo… Sylvia…

Contreras la miró largamente.

—¿Sylvia… Sylvia…? No sé quién sois…

—¡No soy Sylvia! —lloraba ahora ésta—. ¡No soy Sylvia! ¡Alonso, mírame!… ¡despierta! No delires más. Soy Concepción.

Instintivamente el Capitán retiró la mano que había tendido. Sylvia dio un grito de dolor.

—Perdóname… Perdóname… Pídele a Dios que te dé tiempo para perdonarme. No te vayas, no te vayas sin hacerlo.

Contreras posó su mano sobre la cabeza de Sylvia y la acarició.

—No sé quién eres, buena mujer, ni por qué lloras: Pero no hay fuerza ya que me detenga. He de embarcar hoy mismo, pues me va en ello la vida, la honra y el buen servicio del Rey.

Un criado se inclinó hacia Sylvia…

—Señora, no le haga usted hablar. Eso le hace mal…

—¡Bellaco, majadero, necio…! —protestó Contreras—, ¿cómo te atreves? No sé los días que llevo embrujado sin poder hablar. Mas hoy he de hacerlo aunque reviente. —Y dulcificó la voz para añadir—: Dime, mujer, o decidme, señora, pues no sé quién eres o quién sois, la causa de vuestra pena, pues si es cierto que las ajenas lágrimas consuelan al triste, el escucharos, señora, puede ser mi medicina…

Sylvia miró a los criados que la acompañaban. Aquel hombre había perdido el juicio o estaba delirando. Los criados se apartaron, respetuosos, pero no salieron de la habitación. Como si se confesara con él, entrecortada la voz por las lágrimas, Sylvia acercó sus labios al rostro del herido, y le habló dando suelta a cuantos sentimientos se habían almacenado en su pecho sin atreverse nunca a salir de él. Como el agua de un pantano cuya plácida y bucólica superficie no permite sospechar la violencia que esconde cuando se abren las presas que la contenían, así aquella mujer, rotos los diques de todos los respetos humanos, abrió su pecho ante el Contreras sin juicio, descubriendo la hondura infinita de su dolor. Contreras la escuchaba sin mover un músculo de su cuerpo. Tan sólo contenía a veces su respiración como para oírla mejor y presionaba con su mano enfebrecida la mano helada de ella, como animándola a proseguir.

—Si vuestras penas, señora, son tan grandes como dicen vuestras palabras y confirman vuestras lágrimas… dad en buena hora gracias a Dios, porque si

las piedras no lloran y las bestias del bosque no sufren dolor del alma, bien claro se ve, hija mía, que ni es de roca vuestro pecho ni tenéis ya en el alma la bestia que teníais.

Afuera, el sol cosía en el aire fuego. Los criados entornaron las contraventanas para cerrar el paso al sol.

—Si aquel hombre gozaba fama, como decís, de grandísimo bellaco y pecador, y sólo ante vos y con vos practicaba la virtud y se recogía en meditación, y si vos misma, señora… —la respiración de Contreras se hacía cada vez más dura y desordenada— y si vos misma a su lado sentíades que vuestro espíritu, otrora yermo, perdía su esterilidad y fecundaba en virtud… no dudéis que fuisteis señalados ambos por el dedo de Dios para ser cayado el uno del otro, en que os apoyarais camino de la… salvación.

Hizo aquí Contreras una pausa muy larga. La frente y las sienes se le perlaban de sudor. Los labios, en cambio, secos por la fiebre, se le agrietaban. Los criados a distancia percibían el murmullo de la voz, pero sólo algunas palabras, como pájaros audaces separados de la bandada, llegaban hasta ellos: «señora», «virtud», «salvación»… Unas mujeres se arrodillaron y empezaron a rezar. El murmullo de sus rezos se confundía con el de la voz del Capitán.

—Poco tiempo me queda, señora, pues, como os tengo dicho, hoy mismo he de embarcar… Pero creedme si os digo que si vuestros pecados os separaron os ha vuelto a unir la misericordia de Dios. Que esto os sirva de consuelo, pues estas lágrimas vuestras son claras señales de que desde donde esté aún tiene la virtud de mover vuestro corazón. Buscadle, buscadle sin descanso y si no le encontráis entre los hombres, lo encontraréis un día entre los que lo fueron. Entretanto, retiraos, hija, donde pueda fructificar en vuestro pecho la semilla que os dejo, que sería gran lástima, si no os guardáis, que los vientos las arrebataran.

»A los que os pregunten cuando os retiréis que adónde vais, decidles: “A servir un poco a otro Rey, que estoy cansada.” Y cuando os llegue la hora del despertar, no tendréis por qué decirle a la desnarigada como yo, pecador, tantas veces le dije: “Esperad, señora. No seguéis aún esta planta que no ha florecido todavía…”

En la costa del sol (la que desde Cádiz a Málaga se alarga como una mano extendida hasta Punta Europa para acariciar al África), allá donde Hércules rompió el puente de tierra que unía los dos continentes, dando así ocasión de abrazarse a los dos mares que se presentían sin conocerse, una tarde lejana el capitán Alonso de Contreras desembarcó de una chalupa. Llevaba seis hombres a bordo malheridos y no tenía hilas ni vendas para curarles. En la

costa junto a las playas había unas pitas subtropicales, cuyas hojas acabadas como las flechas en un duro espino, al ser maceradas contra las rocas se descomponían en hilos fortísimos y delgados con los que se podía tejer. Arrancaron cuantas hojas pudieron y regresaron a bordo. Un marinero, que era natural de Marbella, explicó al Capitán cómo aquellas plantas vivían diez o más años, secas, áridas y tristes, abiertas al sol y erizadas de espinos. No daban nunca flor sino una vez: al momento de morir. Cuando ya su último fin se acercaba, la pita abría su corazón vegetal hasta entonces yermo, y de él comenzaba a crecer un tronco esbelto como el de una palmera que se abría en su último extremo en una flor de inigualable belleza. Cuando la flor llegaba a su plenitud se doblaba y la planta moría.

Contreras, al regresar hacia la fragata, de pie sobre la chalupa, miraba el perfil de aquellas plantas que se recortaban en la costa, alanceadas de sol.

Sylvia, arrodillada a los pies del cuerpo exánime de Contreras, no lloraba ya.

Lloraban los criados; lloraba Luigi, moqueando como un chiquillo, pero Sylvia ya no lloraba. Una gran paz —como la que había presentido en el jardín de las Adoratrices, cuando desde su terraza, en silencio, las miraba jugar— había ido suavemente iluminando su pecho a medida que las últimas palabras del capitán Contreras brotaban como una flor de inigualable belleza de entre sus labios secos.

Sylvia no lloraba, porque veía que aquella vida que ahora estaba tronchada ante ella, antes de ser segada, había florecido.



Notas

[1] Posteriormente han sido editadas por la *Revista de Occidente*, con un prólogo magistral tras cuyo anonimato se reconoce la pluma de uno de los prosistas más sabrosos de nuestra literatura contemporánea. <<

[2] En la edición original, el capítulo efectivamente aparece con paginación independiente, en caracteres romanos. Esta característica no puede trasladarse a la edición digital. <<

[3] Nota del Editor: A juicio del inspector Morales, el delito fue cometido a partir de este instante. <<

[4] N. del E.: Al llegar a este punto, el delito, según el citado inspector, había sido cometido ya. <<